

Nº 159



X

8-5-34

SM
2494

Gracia Foch



R. 80380

BIBLIOTECA
PÚBLICA MAG

Regalada
por
Dña Isabel Toet.
Año 1884 — N° 37.

MS
2494

DESCRIPCION E HISTORIA

DEL IMPERIO

DE MARRUECOS,



Division geográfica del imperio de Marruecos, de sus costas, montes, lagos y rios.

La parte septentrional del Africa que los griegos y latinos conocieron con el nombre de Africa menor ó Cartaginense, de Mauritania Cesariense y de Mauritania Tingitana, abrazaba desde los desiertos de la Cirenayca y desierto de Barca ó Libia, hasta las costas del continente que bañan las olas del Atlántico, en una estension de 45 grados de longitud y en una faja de diez grados, desde el 26 hasta el 36 de latitud boreal. Al propio tiempo que los antiguos llamaban á los habitan-

tes de estos dilatados países con el nombre de *Mauros* y *Maurusios*, tambien los llamaban con el nombre genérico de *bereberes* ó bárbaros, nombre que los griegos y romanos daban siempre á los pueblos que no participaban de su civilizacion. Otros hacen derivar esta denominacion de los desiertos del Africa oriental, de donde vinieron estos pueblos; desiertos llamados *Bar*, en todas las lenguas de origen semítico; y otros en fin, hacen derivar tal denominacion de un patriarca ó rey de los primeros descendientes de Noé, llamado *Ber* ó *Bur*. Sea de esto lo que se quiera, lo cierto es, que los árabes cuando entraron en esta parte del Africa, llamaron á sus habitantes colectivamente con el nombre de *Bereberes*, particularizándolos despues con los patronímicos de sus familias ó de sus tribus. Los árabes al emprender la conquista de Africa encontraron una resistencia tenaz, ya por parte de los griegos y romanos que ocupaban todo el litoral y ciudades principales, y ya de parte de los pueblos indígenas, que siempre llenos de un noble espíritu de independencia, así resistian el yugo de los emperadores de Oriente y de Occidente, como el de los nuevos advenedizos discípulos de Mahoma.

Tal resistencia obligó á los invasores á aplazar su conquista: despues de los primeros reveses fueron á establecerse en la Mauritania Cartaginense, donde fundaron por capital la ciudad de Caireguan, cerca de Tunez, prosiguiendo desde allí sus victorias hasta la completa conquista de aquellas regiones en los tiempos de Muza Ben-Noceir, bajo cuyo gobierno verificaron los árabes su entrada en España. Estos conquistadores dieron desde luego á esta gran porcion del Africa el nom-

bre de *Al-Mogreb*, que es como decir region occidental, en oposicion á la parte oriental ó Al Xarquí, de donde ellos venian; y en consonancia pues con la posicion respectiva que ocupaban estos paises, y al órden mismo con que los habian conquistado, llamaron Mogreb-el-Aula, ú occidente primero, al Africa Cartaginense, hoy regencia de Trípoli, y de Tunez; Mogreb-el-Aksa, ú occidente extremo, á la Mauritania Tingitana, y parte de la Getulia, que es lo que hoy se conoce con el nombre de reino de Fez y de Marruecos y provincias de Sus, Guzula y Tafilete. La Mauritania Tingitana, segun una division hecha de España en tiempos del emperador Othon, sesenta y nueve años despues de Jesucristo, fué comprendida en el gobierno de España, dándole el nombre de *Hispania Transfretana* ó de allende el estrecho de Gibraltar, cuya denominacion guardó aquel pais en todo el tiempo de los siglos medios, como forzosa consecuencia tambien del señorío que sobre aquella tierra tuvieron los vándalos salidos de España, y que despues adquirieron los godos en tiempo de Leovigildo.

Esta parte del Africa llamada Mogreb-el-Aksa se corta diagonalmente en toda su estension por la inmensa cordillera del Atlante, que enlazándose en los confines de Argel con los montes de Peniammer al Sur del desierto de Angad ó Angued, se estiende derramándose por diversas partes en otras cordilleras inferiores hasta los promontorios de Gher y de Nun, en donde se sumerge en el Océano, para levantar sus crestas despues á poca distancia, formando el grupo de las islas Canarias. El reino de Fez y de Marruecos se comprende en la faja septentrional y occidental de esta cordille-

ra, figurando en la parte anstral de ella las provincias de Tafilete, Segelmasa, Daraba, El Hbarits, Adrar, Huzula, Sus, y Tezzet, ó Sus-el-Aksa, esto es, el límite ulterior ó extremo.

Los dos primeros reinos corresponden á la antigua Mauritania Tingitana, y las ocho últimas provincias á una parte de la Gethulia. Este imperio confina por el Occidente con el grande Océano Atlántico, al Mediodia con los desiertos arenosos de Sahara, por el Oriente con los Estados de Argel y el Belad el-Gerid ó pais de los ramos de palma, dando al Septentrion con el mar Mediterráneo y el estrecho de Gibraltar. Bajo estos límites naturales ocupa el imperio de Marruecos en la superficie del globo, un espacio de setenta y tres ó setenta y cuatro mil leguas cuadradas de las de veinte al grado.

El reino de Fez se divide en diez provincias, que son: Fez, Temezena, Xiavoia, Beni Hasan, Elghrarb dividido en Azgar (llanura,) y Hasbat (pastos,) Hiaine, Er-Rif, Gart, Xiaux, y el desierto de Angad ó Angued que separa el imperio de Marruecos del Estado de Argel.

El reino de Marruecos se dividia igualmente en diez provincias, á saber: Tedla Z-rára ó Biled-Meskiu, Ducala, Abdá, Xedma, Hahha, Erhammena, Yeragna, Escura y Sus-el-Adná que quiere decir limite ó confin ceterior.

Mas para la administracion civil y militar de estas diversas provincias, hay treinta gobiernos ó prefecturas, donde con potestad mas ó menos ilimitada tiene el imperio un caide ó capitan que en algunas partes toma el título de bajá ó gobernador general. El nombre de

estos gobiernos como lo pronuncian los habitantes del pais son :

En el reino de Fez: Fas-beli, ó viejo Fez, Fasgediz, ó nuevo Fez, Mequinez, Dar-el-baida, Arbat ó Er-Rabatt, Salá ó Salé, Beni Hhasan, Al Cassar, El-A'raisce, Tangia, ó Tánger, Tetuan y además Er-Riff, Xei-xeiuan, Teza, Duadú, y Ugedá.

En el reino de Marruecos Merakescé ó Marruecos, y Erhammena, Tedla, Ajana, Gerari y Hebanet, O'mar, Berigia, ó Mazagan, Azamor, Asfi, ó Saffi, Abdá y Emstivá, Ducala, Xeragna y Domnet, Sfin y Beni-melk Suirá, ó Mogador, Tarudante con el Hahha, y Agadir ó Santa Cruz.

El reino de Tafiote ó pais de los amazirgas, Filelis ó Filellí, está gobernado por dos caides, uno de los cuales tiene su residencia en la gran ciudad de Tafiote, y el otro en la aldea de Resart. Lo demás del imperio obedece á los jefes de las tribus amazirgas y árabes, establecidas en los valles de Segelmesa, de Gazula, del Daraba, del Hharits, del A'drar y del Tazzet ó Sus-el-aksa en dos confines con el gran desierto, y en las alturas, ó en las faldas del monte Atlante. Un gran xesque ó capitán supremo, manda despóticamente en todas las tribus de los bereberes, y de los xiloes establecidas en el imperio.

Costas y puertos.

La parte del Mogreb el-Aksa, bañada por el mar Mediterráneo, se estiende por un espacio de noventa leguas desde el sitio llamado Tount ó Tawunt, que en lengua Amazirga quiere decir el escollo hasta el cabo

llamado antiguamente promontorio Ampelusio y nombrado cabo Espartel en alguno de nuestros mapas modernos. De aquí vuelve la costa por el Océano Atlántico en un espacio de 490 leguas hasta llegar al cabo Agulon hasta donde llega el verdadero límite de las poblaciones independientes de Sus el-aksa. En todo este círculo de costa no se encuentra mas puerto que el de Tetuan á la boca del rio Martil, aunque en verdad se pudieran habilitar otros muchos á muy poca costa, sobre todo en la bahía de Melilla, en la de Alhucemas, en Gomera, en Mostaza y en Fagaza. En el estrecho de Gibraltar se deja ver la pequeña bahía de Alcazar-el-Zaguer y mas allá hácia poniente la otra mas cómoda y segura de Tánger.

En el Océano están los puertos inseguros de *Arzila*, cerca del rio Ajascia, el de *Larache* sobre el Locus ó *Cos*. *Rabat* á la embocadura del Buregreb, *Fadala* cerca de la isleta del mismo nombre, *Dar-el-baida* ó Casablanca, *Azamor* á las bocas del Ommer-rebieh, *Mazagan* con rada excelente cerca del Cabo Blanco, *Asffi* ó Salfy entre el cabo Cantin y el rio Tensift, *Mogador* enfrente de una isla que toma su nombre de un santuario vecino llamado *Sidi Mugdul*, y últimamente Santa Cruz, cerca del desagüe del rio Sus, no lejos del cabo Pher, llamado por los amazirgas Ferni ó Aferni, en donde concluye un ramal de la gran cordillera Atlántica. Pero no les es permitido á los navegantes europeos el arribar á todos estos puertos ó escalas, pues solamente en los puertos de Tetuan, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca, Mazagan, Asffi y Mogador es en donde pueden dar fondo para alijar ó cargar sus embarcaciones. Los puertos que nosotros los españoles

posemos todavía, y que son: Melilla, Peñon de Velez, Alhucemas y Ceuta, no tienen comunicacion alguna con el continente vecino. La bahía de Tánger es muy segura, y si se esceptuan algunos temporales del levante y del sudeste que no soy muy frecuentes, este abrigo es muy superior al de la bahía de Gibraltar, en donde no pasa un año solo sin que se sufran horribles desastres. El fondo en verdad en muchas partes se compone de coral, dañando algo las gumenas y cables; pero hay tambien parajes segurísimos en donde anclar, y en cuyas aguas se ven estar los buques meses enteros sin sufrir la menor avería.

Para hacer escala, y abordar con seguridad á esta bahía, pueden servir las siguientes direcciones náuticas que hemos tomado del libro del señor Jackson que citamos en otro lugar. Se navega á distancia considerable del cabo de Malabatta, y se entra en la bahía hasta que se esté en línea recta con el dicho cabo y el peñon de Gibraltar, teniendo cuidado tambien de que queden en una misma línea el puente antiguo de los portugueses, y un cerro ó colina que se eleva á espaldas de este puente en la llanura, mirando desde el centro de la bahía. En este sitio hay de ocho á nueve brazas, ó de cuarenta y ocho á cincuenta y cuatro pies de agua, sobre un fondo de arena casi pura y consistente. Hay no obstante en la bahía una rompiente ó escollo que cae, segun la brújula, al Norte, un cuarto al Poniente, distante media milla de la primera torre, dentro de la punta de Malabatta, y al leveche medio rumbo al Poniente de la torre que está en el promontorio, distante dos millas y media.

El mejor surgidero que puede escoger un buque para

anclarse es teniendo el castillo de Tánger un rumbo á Poniente y tres cuartos de rumbo á Norte la antigua Tánger, por el austro-levecho; el cabo de Malabatta por el Norte tres cuartas de rumbo hácia el Levante; y el antiguo puente ya mencionado sobre la playa por el Sudoeste cuarta y media al Poniente. El centro del rompiente, queda entonces separado treinta ó cuarenta brazas en la direccion del Sudeste, un cuarto al Levante. Al lado de este escollo hay siete brazas de agua y de ocho á nueve en el canal de la parte de Levante. La señal de la parte de Poniente es una torre antigua que está en la playa en línea con una gran piedra que se asemeja á una cabaña sobre un cerro el mas elevado de la playa.

En direccion al poniente-leveche del cabo Malabatta, distante dos millas y media, están otros tres escollos llamados por los moros *haggiar det-ciuó*, piedras desconocidas, y por nuestros marineros *piedras del Perin*, que forman la estremidad de una escollera que se estiende desde la punta del promontorio. Sobre la parte mas elevada de esta piedra hay cuatro brazas y media de agua durante la baja mar; y estos escollos fueron descubiertos en el año de 1803, y no están señalados en ninguna de las cartas que conocemos. Dentro de la bahía se dejan ver todavía algunos mas escollos, pero de ningun peligro, porque tienen su asiento en direccion al Norte de la boca del rio Vad-el-hhaalk, que pasa bajo el puente antedicho.

La determinacion de la marea en los dias del novilunio y del plenilunio, es á la una y treinta y seis minutos de la mañana, y á las dos horas justas despues del medio dia.

La variación de la brújula era en el año de 1822, de diez y nueve grados y treinta y seis minutos al Poniente.

Las escalas de Tetuan y de Larache, entre todas, son las peores, la primera no tanto, porque con el viento fuerte de Levante es imposible mantenerse sobre el ancla sino dentro del río Martil, que apenas tiene siete pies de agua, cuanto porque en aquella ciudad y su distrito habitan los mas pérfidos y malvados hombres de todo el Mogreb-el-Aksa. Larache es otra escala ó puerto á la embocadura de un río al cual pueden entrar los buques pequeños que calen menos de dos brazas ó doce pies de agua, teniendo que quedarse las embarcaciones de mayor porte fuera de la barra, espuestas á todo el furor de las olas del Atlántico. Dentro del río la seguridad es grande, y aquel abrigo puede considerarse como el mejor de todos los puertos del imperio.

No puede decirse lo mismo de Salé y de Rabat, bien es verdad que encontrándose allí los marineros mas intrépidos del imperio, se puede contar con un auxilio eficaz y pronto en cualquiera fortuna de mar. Las dos ciudades, unidas forman una población de 50,000 habitantes, y estando situadas cerca de las dos capitales de Fez y Mequinez, el movimiento del comercio es mucho mas importante y animado que en cualquier otro puerto del imperio.

Mogador mismo con sus 17,000 habitantes, aunque pueda considerarse como el depósito de la ciudad capital de Marruecos, y del tráfico interesantísimo con el Sus y con el Africa central, no pudiera compararse con Rabat y Salé, si estas ciudades tuvieran mejor

puerto y fuesen el emporio y residencia de los mercaderes europeos. La principal ventaja de Mogador es estar situado en lugar conveniente para hacer el comercio con los árabes moros del gran desierto que traen las ricas mercaderías del Sudan y de los demás países interiores del Africa.

La espaciosísima ensenada de Voladía entre el Cabo Blanco y el Cabo Cantin, diera capacidad bastante para recibir á todas las escuadras de la Europa reunidas, si con poco trabajo y menor gasto se hiciese saltar un gran escollo que cierra de medio á medio la entrada. Pero entre todos los puertos del imperio, el mas hermoso y seguro, y el mas conveniente para el comercio con el Sudan seria el de Aguer ó Santa Cruz, si esta joya del Atlántico estuviese en manos de una potencia europea, puerto que fácilmente pudiera adquirirse, sacando de su posesion inmensas ventajas.

Las provincias situadas entre los citados montes y el Occéano, principalmente las que están al mediodia del rio Subu, contienen gran número de fértiles valles y estensas llanuras, especialmente las de Xiavoia, Temecena, Zerara y Duquela. Tambien en la provincia de Xiavs, al levante de Fez, se encuentran valles de mucha estension, entre los cuales se distinguen por su fertilidad, los llamados Sabeu et-Manga, Azagari Beni Merassem, y M'scha en que se apacenta mucho ganado mayor, como tambien infinitos rebaños de ovejas y cabras, propiedad de los Amazirgas que habitan exclusivamente aquellas dilatadas llanuras. En la provincia de Telda son famosos los siguientes valles de Zogari-Ahmar entre Seffru y Guigo que están regados por el rio Vugiel y la vega de Adahsún, que se estiende hasta la provincia de Te-

mecena, y tiene aguas abundantes; cultivándola con esmero varias tribus de árabes beduinos, y principalmente las de Zahayr y Albu-seyn.

Sin embargo, los amazirgas modernos llaman al Atlas hoy dia, como en tiempo de Marmol, Avdstez; es decir monte grande; los moros le dan el nombre de *Gebelu-Tselg* ó monte de nieve, ó mas generalmente *Gebel-Tedla*, ó *Adtlá*, es decir, monte sublime ó altísimo, por ser en la provincia de Tedla á donde se hallan los picos mas elevados de toda la cordillera. Los escritores españoles la solian llamar montes claros. De las dichas voces *Tedla* y *Adtla* se cree comunmente que traen su origen las palabras *Atlas* y *Atlante*, que un escritor moderno ha pretendido derivar de *Gebelu-Tsaleg* ó monte de la Nieve, en uno de los boletines de la Sociedad geográfica de París.

A pesar de lo arriba dicho, el monte de Hentet, al Sur de la ciudad de Marruecos, pareciera el mas alto de toda la cordillera; si se da crédito á los cálculos hechos por el viagero inglés Jackson, quien fija su elevacion á 28,000 piés sobre el nivel del mar. Los de Zalag, Zawias, Umno-del-gianiba, Zaimbi, Xiabat-Beni-Obeiod y Ugreis, situados entre Fez y Tafilete; los de Adren, Seksiva, Gedmiva, Annimei, El-Glavi y Emsfiva en las cercanias de Marruecos, y los de Ilalem, Jolla, y Bibawán en la provincia de Sus tienen asimismo una elevacion muy considerable. El de Miltsin, á 27 millas de S. S. E. de la ciudad de Marruecos, en el distrito de Emsfiva, ha sido medido por el teniente Washington, y fijada su altura á 44,400 piés, sobre el nivel del Océano; elevacion muy inferior al límite de las nieves perpétuas, establecido por el señor Humboldt; aun así, tan solo una

vez en el período de veinte años, se han visto estas elevadas cumbres enteramente libres de nieve. De esta cordillera, y principalmente de la que se extiende entre las provincias de Ajana y de Tarudante bajan los principales ríos del Mogreb el Aksá, así aquellos que desembocan en el Mediterráneo y Océano, como los que van á perderse entre las arenas movedizas del Sahara.

Por otra parte las arenas que el Océano arroja y amontona continuamente en la costa y que acabarán por hacer inaccesibles todos aquellos puertos y las entradas de los ríos, han aumentado de tal modo los bancos cerca de las fauces del Sebú, y la del Felife, río muy caudaloso, que entra el mar, á poca distancia del Bu-Regreb, cuyas aguas separan á Salé de Rabat, que los raudales de otros dos ríos no pequeños, llamados Bat, y Ben-Nassar, no pudiendo juntarse y descargar en el mar, han formado entre el Subú y el Felife un lago muy grande que se llama Bat, y que en las estaciones lluviosas vierte sus aguas sobrantes en el Sebú, y en los pantanos formados por él; pero que en la mayor parte del año se queda aislado, sin derrámen, y por consiguiente estancado.

Ben-Regreb, ó mas correctamente Buer'gaba, que quiere decir padre de las pedregales y malezas, que baja del monte Itata, recibe por la izquierda el río de Crucrú ó de Viaru, y desemboca en el mar cerca de Salé y Rabat; tiene cerca de 26 leguas de carrera, y fertiliza el terreno que atraviesa.

El *Umm-er-r'beeh*, que quiere decir madre de la verdura, de la yerba y de la primavera, llamado torpemente Morbeja en nuestros mapas, es un río muy considerable, y sin duda el mas majestuoso y el mas

benéfico del Mogreb el-acsá; fué llamado Cuza por los antiguos romanos; nace en los montes de Ajana ó Zol, cubre de agua las llanuras del Adahhsun en las provincias de Tedia y Temsna, y pasando por un valle muy estrecho, donde sufre el yugo de un bello puente, fertiliza con sus numerosos riegos las provincias de Escura, Zerara, Xeragua y Duquela, á quien sirve de término desembocando en el mar junto á Azamor.

En el invierno y en la primavera no se puede vadear; pero los habitantes del pais pasan las personas y los efectos sobre unas balsas hechas de cañas, las cuales ponen al través del rio sobre odres henchidos de viento. Su longitud puede calcularse en cerca de 62 leguas, y en sus aguas se encuentran muchos y buenos pescados. Unéñese por derecha é izquierda muchos rios no despreciables, entre los cuales solo nombraremos los de Derna y Vad el-Abid ó rio de los esclavos.

Entre las provincias de A'bdá y de Xedma sirve de límite el rio Tensift, que naciendo en el monte Animneo pasa inmediato á la ciudad de Marruecos, recibe por su izquierda los rios de Agmat Scif el-mell, Enfifa y Xiusciava, y se arroja al Océano entre Saffi y Saira al pié de Gebel-Ihadid, que quiere decir en árabe monte del hierro. Su longitud puede valuar-se en sesenta leguas á causa de los grandes rodeos que dá en su curso. Generalmente es abundantísimo de agua y muy profundo; pero á pesar de esto es vadeable por muchas partes. Cerca de la ciudad de Marruecos atraviesa á este rio un hermoso puente que se levanta sobre veinte y siete soberbios arcos, siendo una de las fábricas mas sorprendentes de toda el Africa.

Por último, el Sus no mereceria casi mencion si no

fuese el verdadero límite de los dominios del sultan de Marruecos por la parte del Mediodia. Nace en el altísimo monte de Bebauan ó Bibauenne, al Norte de Tarudante, y recorriéndolo rápidamente, fertiliza por medio de acequias, uno de los mas hermosos países del mundo, y entra en el Océano á poca distancia al Levante de Santa Cruz, despues de un curso de cerca de cuarenta leguas.

Separa tambien este rio la parte del Sus, verdaderamente sujeta al sultan de *Tezet* ó *Sus-el-aksá*, que se divide en muchos pequeños señoríos ó repúblicas mas ó menos independientes, siendo la mas formidable de ellas la que tiene por jefe á un príncipe nombrado *Sidi-Hisciam*, descendiente de los antiguos soberanos de Marruecos destronados en el siglo XVII por los xerifes.

Otro rio que tiene tambien el nombre de Sus, nace en el monte *Ylalem* mas hácia el Mediodia y corriendo por el centro de *Tezet*, desemboca cerca de la ciudad de *Messa*, en la cual toma otro nuevo nombre en muchos mapas. El *Vad Nun* ó rio *Nun*, que quiere decir rio de las Anguilas, que desemboca cerca del cabo del mismo nombre, es el último término de aquella parte del *Moghrib-el-aksa*, considerado como una region geográfica.

Entre los rios que desde la pendiente meridional del Atlante bajan hácia el gran desierto, en donde se pierden entre arenales, solo nombraremos á *Dea'h*, *Ferchela* ó *Fileli*, *Ziz* y *Ghir*.

Además de los ya mencionados lagos del *Morxia* y de *Bat*, sabemos que se miran en el interior de las provincias de *Xiavoia*, *Temsna*, *Zerara*, etc., algunos otros

de no pequeña estension; pero solamente dos son los mas conocidos. El uno es de agua salada en el *Bile'd Hhummer* ó pais rojo de la provincia de A'bdá no lejos de Salfi y del rio Tensift, y el otro llamado *Ras-al-Vad* en las inmediaciones de Tarudante, y del cual sale uno de los principales afluentes del rio Sus.

II.

Clima, suelo, fertilidad y producciones del pais.

El clima de los paises de Fez y de Marruecos es de lo mas saludable y bello que ofrece el orbe en su portentosa variedad, siendo muy raras allí las enfermedades contagiosas, y si alguna vez este azote aparece, es traído del Levante y del Egipto, no aclimatándose nunca ni tomando raiz. Los ardores del estio son mucho menos intensos de lo que pudiera suponerse, atendiendo solo á la latitud que el pais ocupa; pues de una parte la alta cordillera atlántica rechaza los vientos inflamados del desierto, y por otra parte las brisas de los cercanos mares dan frescura á la atmósfera.

Por lo mismo las estaciones casi solo se distinguen por la sequedad ó por la lluvia. En los dias mas frios, como sucede en las zonas privilegiadas de nuestra Andalucía, nunca se vé nevar sino es en las cimas de las altas montañas, cuyas puntas se miran perennemente blancas de nieve, á pesar de levantarse en la baja latitud de 29 grados. Bajo cielo tan privilegiado tomarian vuelo todas las artes, se alzaría la viva llama del talen-

to, y su luz resaltaría por do quier, si aquellos jardines de las Hespérides no los habitasen todavía aquellos monstruos despiadados de que habla la fábula, monstruos de cabeza humana, pero que no alcanzan inteligencia para conocer y utilizar los grandes bienes que poseen. En las ciudades y puertos de mar nunca se ha visto bajar el termómetro de Reaumur mas de á cuatro grados sobre el hielo, al paso que en Tarudante mismo y en Santa Cruz es muy raro en los dias de mas calor ver subir el termómetro á 28 grados. El barómetro se mantiene en las provincias septentrionales cerca de las 27 pulgadas; pero en las meridionales y en la ciudad de Marruecos varia entre 28 pulgadas y media á 29. La cantidad media de la lluvia, considerado de un año con otro, puede calcularse en 29 pulgadas.

El globo entero no presenta un suelo de mas privilegio que el de Marruecos, pues á su fertilidad proverbial reune el producir en cada año tres cosechas sucesivas. Las montañas todas ofrecen una capa ó mantillo profundísimo de tierra pura y vegetacion en aquel país.

Los campos, aunque sin abono y rotos solo con rejas de madera que trazan un surco miserable de cinco ó seis pulgadas de profundidad, multiplican la semilla veinte ó treinta veces, y muchas veces dan hasta el ochenta por uno. Fertilidad tan prodigiosa, si no se contrariase por la barbarie del gobierno y por el envilecimiento y desmayo de los naturales, que es su necesaria consecuencia, fuera parte para dar subsistencia á una poblacion tres ó cuatro veces mayor que la existente hoy, ofreciéndolo todavía para la esportacion y para el

comereio cantidades superiores á los consumos.

En los montes de Marruecos se encierra toda clase de minerales, descuidada empero su explotacion por la barbarie del gobierno y por la indolencia de los naturales. El oro se encuentra cerca de los montes de Idaultit, diseminado superficialmente y en pequeños granos y láminas. Minas de plata se ven los sitios en donde nace el rio Mesa, en el Sus-al-aksa; y en cuanto al cobre, aun lo explotan los xilohes del Adrar y del Bibavan, hallándose filones riquísimos de este metal cerca de Tarudante y en el monte Emsfiva. El hierro es muy comun, encontrándosele nativo en grandes pedazos. De los demás metales hay gran riqueza, singularmente de antimonio.

En cuanto á producciones vegetales es riquísimo el Magreb-al-aksa, pues si en sus frondosas montañas pueden encontrarse los árboles y plantas alpinas, en los valles y en las llanuras, tan cortadas por cien rios y arroyos, se vén crecer los arbustos y plantas de los trópicos. El árbol mas singular que nace en este pais es el *Argan*, que crece en todo el pais situado entre el grado 29 y el 32, y que forma bosques estensos en los valles y en las llanuras, llenos de verdor y de lozanía, aunque se les deje sin cultivo. Es árbol poco conocido en Europa, se parece al nogal, y dá por fruto una como almendra ó nuez, cubierto el hueso de una piel sumamente delgada, que en estando en sazón el fruto, reluce de noche como una luciérnaga. De este fruto sacan los naturales un aceite algo mordente, pero sabroso al paladar, y del cual hacen mucho uso.

Los cuadrúpedos de carga son muy numerosos en

todo el Imperio, singularmente los camellos, los caballos así árabes como bereberes, los mulos, los asnos, y el ganado boyuno; pero de todos los animales domésticos la oveja es la mas numerosa, suministrando la lana mas suave y fina que se conozca; y la cabra que dá al comercio una inmensa suma de pieles. En los bosques habitan toda clase de fieras, cruzando los campos rica y abundante caza; el jabalí, sobre todo, seguro de no ser perseguido, se multiplica de manera que á veces causa daños incalculables. De entre las aves merece particular mencion por la riqueza de sus plumas el avestruz, que se encuentra en gran número en las provincias y meridionales del imperio, y en los confines del desierto.

III.

De las habitaciones de los moros, y de las demas principales ciudades de Fez, Marruecos, Tafilete y Sujílmesa.

Los habitantes moros y árabes de los campos viven en tiendas ó chozas que llaman *ja mas*, nombre que toman por la sombra que procuran, ó bien *beitó boyut es-cia'r*, que es lo mismo que decir casas de erin ó de pelo, cuyas tiendas se diferencian solo por la espaciosidad de ellas, y sostenidas por dos ó tres estacas de ocho ó diez pies de altura, son de figura cónica, y se fabrican de uno como cordellate grueso de lana, ó de pelo de cabra, y muchas veces de los filamentos de cierta raiz, á quienes llaman *left-el-á-dum*.

Una reunion de un centenar de estas tiendas colocadas en figura circular de media luna, y algunas veces en líneas paralelas, se llaman *duar*; esto es, caserío, y en el centro se alza la tienda mas vistosa, la cual sirve para mezquita: si este *duar* es permanente y se deja ver en la cima de alguna eminencia ó colina, se le dá el nombre de *ners*, esto es villa, y si se muestra á la falda de un monte se le denomina *xarf*, esto es, caserío eminente.

En los lugares infestados de leones, estos aduares se rodean de espinos, á lo que tienen gran respeto estas fieras. Cada cual de estos aduares se gobierna por un *xequé* ú hombre anciano; y si muchos aduares obedecen á uno de estos jefes, se titula entonces *xequé el-kebir*, esto es, gran *xequé* ó gran señor.

Estos despues están sujetos á los alcaides ó gobernadores de la provincia. Otras tribus, especialmente los árabes y los moros, no habitan en tiendas ni mudan su morada, sino que viven en habitaciones estantes, á quienes llaman *dascar*, que se componen de algunas ó muchas casillas ó cabañas llamadas *gurbias*, hechas de piedras tomadas de las antiguas ruinas, con los techos cubiertos de paja. Los amacirgas viven en cabañas y casas regulares fabricadas de piedra y cal, y cubiertas de paja, algunas de las cuales tienen una ó dos torres aspilleradas y se llaman en el antiguo idioma del país *Tigmin*, formando en muchas provincias, y particularmente en el distrito de Tamenarte, entre Mogador y Santa Cruz, poblaciones de gran consideracion, entre las coales Deumet, Druga y Emtuga son los mas considerables.

Si se exceptuan las ciudades imperiales de Fez, Mar-

ruecos y Mequinez, que alternativamente son residencias del soberano, Tarudante, capital del Sus, y á los puertos de mar Tetuan, Tánger, Larache, Salé, Rabat y Mogador, las otras ciudades del imperio son generalmente de poca importancia.

Como la topografía del país es poco conocida, y casi hoy día no tenemos mas nociones que las que nos dejaron Leon Africano, Mármol, y las relaciones de Diego de Torres, Mendoza y otros antiguos cautivos que despues describieron los países que tan miserablemente habian visitado, nos limitaremos á dar solamente una ligera ojeada sobre las ciudades y lugares que puedan merecer la atencion de nuestros lectores, valiéndonos para ello de las noticias interesantes que sobre el imperio de Marruecos nos ha dado don Jacobo Graberg de Hempso, cónsul del rey de Cerdeña en Tánger, en la obra que publicó pocos años há sobre aquel imperio, y de que ya hemos hablado en nuestro prólogo.

TANGER.

Tánger, llamada por los moros *Tangia*, por los romanos *Tinge* ó *Tingis*, y en el imperio de Claudio *Julia Traducta*, es una ciudad mediana en la provincia de Hasbat, poco bella, pero bien situada sobre una cordillera que empieza cerca del rio de los Judios, y se estiende hasta una espaciosa ensenada en la parte mas angosta del estrecho de Gibraltar. Dista doce millas del cabo Espartel por la parte de Levante.

Termina esta cordillera tres millas mas allá en el cabo de Malabatta, llamado por los árabes Ras el-Menar ó cabo de la Almenara ó faro, donde se pierde en

la mar un ramal del pequeño atlante, llamado Angiaria, la cual dá su nombre á todo aquel terreno montuoso, que se estiende por una parte hasta Ceuta, y por otra hasta Tetuan, y los montes de Er-riff.

De la antigua Tánger (Tangia-Al-balia) edificada por los Amazirgas en los siglos mas remotos, y que se cree haber sido la única ciudad que existia en aquellos contornos antes de la llegada de los cartagineses, se descubren aun muchas ruinas sobre un montecillo á lo último de la bahía, no léjos de la embocadura, cegada hoy por las arenas de un riachuelo llamado Halk ó Tingia, que despues de haber atravesado la llanura vecina de M'goga mezcla sus aguas con las del mar, y produce una inmensa cantidad de escelente sal marina.

El recinto de las murallas antiguas, los restos de un magnífico puente sobre el rio, y de una dársena donde antiguamente se guarecian las galeras romanas, son prueba de que no sin razon el nombre de este famoso municipio se hizo general á toda la region Tingitana.

La Tánger que hoy existe situada tres millas mas á Poniente en la punta occidental de la bahía está poblada de 9,500 habitantes, incluidos 2,500 judíos, 4,400 negros, 300 berberiscos ó rifeños, y como unos 400 cristianos. Tiene un pequeño puerto, que á poca costa, y reedificando un muelle que está arruinado, se podria hacer seguro en estremo.

Residen en ella cónsules de todas las naciones cristianas que están en paz con el sultan de Marruecos, los cuales tienen en las inmediaciones hermosas casas de campo, especialmente los de Suecia y Holanda, cerca de la puerta de la ciudad; los de Dinamarca, Francia y América, mas léjos hasta el rio de los Judios, y el de

Portugal en la hermosa llanura de Xioani ó de los Pozos. Esta faja de jardines, de huertas y de viñedos, se interrumpe y se mira en parte cortada por un pequeño desierto de arena movediza que se aumenta todos los años, y que acabará por cegar toda la bahía, y cubrir en parte aquellos floridos vergeles. Esta arena está compuesta de un polvo salitroso de cuarzo y de feldespato, mezclada con pedazos menudísimos de conchas, y de bancos de marna calcárea, formados últimamente de la arena y fragmentos fósiles de las sustancias animales.

Las murallas de la ciudad están en mal estado, y amenazan ruina: no obstante se conservan algunas torres, estas redondas y cuadradas, que distan entre sí como unos sesenta pasos, y por la parte de tierra está ceñida por una especie de foso no menos ruinoso, plantado de árboles, y rodeado de huertas y de manzanos. Por la parte del mar está defendida la ciudad por dos baterías muy bien construidas, nombrada *Tofana* y de la *Marina*. La primera tiene quince cañones y algunos morteros, y la segunda, que es mas alta, tiene once cañones que defienden el puerto y la rada: el desembarcadero y la puerta de Marina se defienden por un pequeño bastion armado con dos cañones. Mas arriba, y precisamente sobre el muelle, se vé otra batería llamada el *Borg*, esto es, la torre con doce cañones, que baten tambien la parte esterna de la muralla hácia el estrecho; pero que no podrian resistir por diez minutos el fuego de un ataque hecho en regla. En la cima de la colina que por la parte del norte va á dar al mar, se deja ver la alcazaba ó castillo, residencia del bajá ó gobernador, y á cuyo recinto van á dar las murallas de

una y otra parte de la ciudad.

Por la parte de tierra no hay mas baterías que las dos que se observan en un ángulo del castillo que miran á la llanura de *M rscian* dominando la playa entre la ciudad y el rio de los judíos. La playa meridional, y la oriental de la bahía se defienden con otras tres baterías de cuatro á seis piezas cada una.

La principal mezquita de la ciudad es grande, muy bella, y fabricada poco tiempo hace. Además de esta hay otras tres mezquitas pequeñas, y otra además dentro del recinto del castillo. Los judíos tienen igual número de sinagogas, y los cristianos una iglesia con un pequeño convento de frailes franciscos españoles, que recibían una corta asignacion de nuestro gobierno, y por el abandono y penuria en que los tienen se han dispersado con gran daño de nuestros intereses en aquella costa, por la influencia que han sabido adquirir, y el respeto con que los miran los mismos naturales.

Además de la puerta de la marina, *Bad el marsa*, se sale de la ciudad por otras dos, esto es hácia el mediodia y hácia la playa en el fondo de la bahía por la de *Bab-ed-deb-bagh* ó puerta de los curtidores, y hácia el poniente por *Bab-es-soc* ó puerta del Mercado público, y de la Alcazaba por la llamada *Bar-el-kolá* ó puerta del campo. Dentro de la ciudad no hay mas que una sola plaza un poco grande, donde se ven al rededor muchas tiendas y la mayor parte de las casas de los cónsules europeos. Las casas de los moros y de los hebreos son generalmente bajas y mezquinas: algunos señores no obstante tienen palacios de dos ó mas pisos bastante grandes y cómodos: aunque siempre mal la-

bricados; con cuartos muy largos, estrechísimos, sin otra luz que la que reciben del patio cuadrado, al rededor del cual están construida. Las calles son por lo general mas anchas y menos tortuosas que las de las demás ciudades mahometanas: la calle que desde la puerta de la marina pasa por delante de la mezquita principal, y por la plaza Mayor, y vá á salir de la puerta del Mercado, y la otra en que está situado el convento y los consulados de España, de Portugal y de Inglaterra, son mas hermosas que las de muchas antiguas ciudades de Francia y de Italia.

Para comunicarse con la vecina Europa, se ha establecido entre Tánger y Tarifa una barca correo que todos los viérnes trae las cartas, y vuelve á llevar la respuesta. La travesía se hace en dos horas; pero de Gibraltar no se viene en menos de cuatro ó cinco.

CEUTA.

Ceuta, llamada por los moros *Sebta*, que se cree fuese la *Esilisaa* de Tolomeo, llamada despues por los romanos *Septum*, capital en un tiempo de la Mauritania Tingitana, y ahora fortaleza importantísima frontera á Gibraltar, está situada en una península que forma la punta extrema del antiguo monte *Abila*, hoy llamado *Acho*, bajo el promontorio de Gebel Zitut, ó monte de las monas: tiene un puerto pequeño y malo, y un recinto llamado Almina, con una poblacion de cerca de ocho mil almas. Despues de haberla poseido los romanos, los vándalos, los godos, los árabes y los genoveses, los portugueses la tomaron á los moros en tiempos del Rey don Juan el I, no habiendo salido desde entonces de poder de cristianos. Cuando Portugal, se unió á

Castilla, esta plaza entró en la corona de España; y cuando la separacion de Portugal, siguiendo la suerte de este reino, volvió otra vez á ser posesion española por el tratado de 1688. A fines del siglo XVII y principios del XVIII sufrió un asedio de 26 años consecutivos, siendo el ejército español en tiempo de Felipe V, el que despues de una brillante victoria rompió y destruyó las líneas de los sitiadores dejando libre la plaza.

TETUAN.

Tetuan llamada en el idioma del pais Tetaven ó Tetavean, y antiguamente Jagath por los romanos, y Tetequin por los amazirgas. Ciudad grande, mercantil, y muy hermosa y rica en la provincia de Hasbat, está situada en la pendiente de una colina coronada de un fuerte castillo, donde reside un alcaide ó gobernador. A media milla despues de pasado el rio Martil, y distante cuatro millas y media, hay otro castillo ó mas bien dicho torre, con puerto no muy bueno, por el que se hace un comercio muy importante con la España, la Francia y la Italia, de lanas, cebada, cera, cueros, pieles, esteras, ganados, mulos y muchos comestibles. Al comercio interior suministra sederias, grana, armas de fuego, vajilla, babuchas, azulejos, tejas vidriadas, y tabaco escelente.

Cercan esta ciudad buenas murallas, flanqueadas por torres cuadradas, y tiene 1,500 casas, de las cuales 470 forman el Millah, ó barrio cercado de los hebré s, y cerca de 60,000 habitantes, en los cuales hay 9,000 moros, 4,200 judios, que tienen siete sinagogas, 2,000 negros y 800 bereberes ó rilleños. Algunas de sus calles

están como las de Fez y las otras ciudades del imperio, cubiertas por arriba, y forman largas y oscuras galerías, en que se vé un gran número de tiendecillas que parecen otros tantos armarios.

Las mujeres de Tetuan tienen fama de ser las mas amables de toda Berberia, y se pretende que esta sea la razon porque rara vez se concede á los cristianos el permiso de domiciliarse allí. En el siglo pasado se permitió que residiesen varios cónsules cristianos; pero hoy, solo hay vice-cónsules ó agentes que por lo general son hebreos. Las cercanías de Tetuan son hermosísimas, perfectamente cultivadas, llenas de amenas casas de campo, de floridos jardines, de ricos viñedos, cuyas uvas están reputadas por las mejores, asi como los melocotones de estos contornos son indudablemente los mejores del mundo.

TERGA.

Terga tambien de la provincia de Er-riff, tiene un pequeño puerto en el Mediterráneo, y cerca de 3,000 habitantes, casi todos pescadores, que hacen gran tráfico de pescados salados con los montañeses del interior. Los habitantes de las inmediaciones son árabes, de la tribu de Xiarqui, ó levantina, y son tenidos por muy valientes; pero ignorantes y brutales hasta el extremo.

GOMERA.

Gomera ó Badis, la antigua Parietina que se cree fuese el Acra de Tolomeo, llamada despues Belis, y actualmente por los españoles Velez de la Gomera, es una ciudad muy antigua, de cerca de 600 casas, y está si-

tuada entre dos montes altísimos, con puerto en el mar Mediterráneo. En un islote inmediato que llaman Peñon, está el presidio español de Velez de la Gomera con 850 habitantes y un castillo fortísimo, encima de una roca escarpada. Tomado este castillo en 1506 por Pedro Navarro, se perdió despues por traicion, no recobrándose á pesar de varias tentativas costosas hasta 1563, en tiempo de Felipe II.

JELLES.

Jelles, otro puerto de mar de la provincia del Riff, poco distante de la Gomera, rodeado de bosques de pinos olorosos y de enebros de Fenicia.

Xexuan ó Sesuan es la capital de la provincia de Er-riff, residencia del alcaide ó bajá. No es grande, pero sus habitantes son industriosos y muy dados al tráfico y á las artes. El pais que la rodea es muy fértil, aunque produce poco trigo. En cambio tiene buena cosecha de lino por los muchos arroyos que lo refrescan. El monte de Sesuan es de los mas amenos y floridos del Mogreb-el-aksa.

ALHUCEMA.

Alhucema, llamada en árabe Hagi-ar-en Neccor, ó sepultura del Neccor, ó sepultura del Naccor, rio que divide la provincia de Er-riff de la de Gart, y desemboca en una bella y espaciosa bahía, donde se vé en un peñon aislado el presidio español, y una pequeña ciudad por la parte de tierra, de 600 vecinos, nombrada Alhucemas, que en lengua árabe significa lavanda ó espliego. Poco distante de esta bahía se vé sobre el rio de que se ha hablado y encima de un collado á

Mezzema, ciudad muy antigua, y otras veces capital de la provincia, pero hoy dia casi arruinada.

MELILLA.

Melila, Melilla ó Melilia, ciudad tambien muy antigua, fundada por los cartagineses, y conocida despues bajo el nombre de Ras ed-dir, Rusadir, y Ryssadyrum: es capital de la provincia de Gart, con un pequeño puerto en la bahía de Entrefolcos, á poca distancia hácia el Mediodia del cabo de Tres-Forcas; poblada por cerca de 3,000 habitantes, con un vasto y fertilísimo campo que abunda en mineral de hierro y en exquisita miel de donde se cree que tomó el nombre la ciudad. En un islote inmediato, unido al continente por un puente levadizo, está el presidio del mismo nombre con 855 almas de poblacion. A poca distancia hácia Levante hay una espaciosa bahía de 22 millas de largo, donde podrian guareserse con mucha seguridad mas de mil barcos de guerra, y donde se reparaban antiguamente las galeras vneccianas para hacer el comercio con el pueblo de Fez. Tres millas de tierra adentro se vé la antigua ciudad de Cazaza, con un castillo encima de un promontorio llamado Metagonium por los antiguos griegos y romanos. En Cazaza tuvo tambien España un castillo con presidio, que aseguraba toda aquella comarca.

CALAAT-EL-VAD.

Calaat-el-Vad, fortaleza edificada sobre el rio Mulya 15 millas distante de su embocadura, es una pequeña ciudad con un palacio donde reside el alcaide ó gobernador de la provincia.

VUGEDA.

Vugeda ó U'sceda, pequeña ciudad de la frontera hácia los confines de Argel, situada casi en el desierto de Angued, tiene cerca de 600 habitantes, hermosas huertas, floridos jardines y tierras que producen las carnes mas delicadas y sabrosas que se puede imaginar.

DUBDU.

Dubdú, grande y antigua ciudad de la provincia de Xiaus, edificada en la pendiente de una colina, fué en otro tiempo residencia de un príncipe independiente; pero está hoy muy decaida por estar situada en terreno muy esteril.

TEZA.

Teza ó Taza, capital de la fértil provincia de Hiaina; es de las mas bellas ciudades del Mogreb-el-aksa: se cree que fuese la antigua Rabba; está situada sobre el rio del mismo nombre que baja del monte Mahgara: sus calles son anchas y cómodas; tiene casas muy vistosas, muchas ricas tiendas, y gran mezquita muy bien construida. El aire es muy puro, las aguas escelentes, y los viveres buenos y abundantes. Tiene 12,000 habitantes que son muy industriosos y hospitalarios, hacen gran comercio con Tremecen, con Fez y con otras poblaciones del interior.

VAZAN.

Vazan ó Vazcin en la provincia de Azgar de la region llamada Et-Garb, ó sea el occidente, es una ciudad

pequeña y sin murallas situada en la pendiente de cierta montaña aislada llamada Sarsar; pero célebre por ser la residencia del mas venerado santón del imperio, dignidad hereditaria que hoy posee el famoso Sidi El A'rabi Ben-A'li, que en su distrito vive en estado de absoluta independencia, y ejerce la mayor influencia en los negocios públicos.

Los ganados de toda esta comarca se reputan por ser los mejores del Mogreb el-aksa; su población es numerosa, y los campos producen hermosas y abundantes mieses.

AL CASAR.

Al-casar, llamada en árabe. El-casar kebir, esto es, palacio grande, porque trae su origen de un magnífico palacio edificado por el rey Almanzor, es una ciudad poco mayor que Tetuan, pero poblada por 5,000 habitantes, y está edificada en la ribera septentrional del rio Luccos. Tiene muy hermosas casas cubiertas con tejas como Europa, catorce mezquitas, muchas tiendas de moros y de griegos y un mercado público donde concurren los árabes de las inmediaciones y los de toda la provincia. En las cercanías de esta ciudad y precisamente en el sitio llamado El-Cantar ó puente sobre el rio El-Mu-Hhasan, fué donde don Sebastian, rey de Portugal perdió en 1578 la gran batalla, llamada de los tres reyes, porque además del rey de Portugal, perecieron en ella dos reyes moros, el Moluco y Mahome-Xerife.

ARZILA.

Arzila, en la provincia de Hasbat, en la region del

Gart: es una antigua ciudad edificada por los romanos que la llamaron primero Zilia y despues *Julia constancia Zilis*: tiene un pequeño puerto al Océano donde llegan frecuentemente muchas barcas, pescadores portugueses y españoles, y poblándola cerca de 1,000 habitantes pobres y poco industriosos. El territorio produce gran cantidad de tabaco de mediana calidad.

Esta ciudad la ocuparon los portugueses por mucho tiempo; pero la abandonaron en los tiempos de don Juan el III. Despues, cuando las guerras del Moluco y del Kerife, el alcalde moro partidario de éste, la entregó al gobernador de Tánger, y cuando la jornada del rey D. Sebastian la armada desembarcó en Arzila. Despues de la pérdida del rey volvieron los moros á ocupar la plaza.

EL ARAISCE.

El Araisce, llamada comunmente Larache, es quizás la Lixos de Tolomeo y la Lixa de Plinio. Los árabes la llaman Al A'raisce Beni-A'ros, que quiere decir, los viñedos de la numerosa y potente tribu de Beni-A'ros, que puebla una gran parte de la provincia de Azgar, de que esta ciudad es capital, y residencia del alcaide ó gobernador. No obstante, es poco estensa, y contiene á lo mas 4,000 habitantes, de los cuales hay 2,700 moros, 1,300 hebréos, que viven en 600 casas situadas en el declive boreal de un alto cerro que se estiende hasta el mar. Al pié de este cerro está la desembocadura del Lucus, que forma un puerto bastante seguro para las barcas mayores, pero de difícil entrada, porque los huques de mas de 200 toneladas no pueden pasar la barra que cierra la embocadura del rio, y por

consiguiente se ven precisados á descargar en la rada. La ciudad está muy bien construida, y tiene una hermosa plaza de mercado rodeada de pórticos sostenidos por columnitas de piedra. Las fortificaciones son buenas; fueron construidas por los españoles que las poseyeron muchos años, y que conservaron en la ciudad un convento de religiosos franciscanos hasta el año de 1822. Tres baterías defienden la entrada del rio por la parte opuesta no hay ninguna obra de defensa.

En sus cercanías se cultiva el algodón, y se hace gran cantidad de carbon. Los leones y las panteras de las montañas bajan algunas veces hasta los muros de la ciudad.

MEHEDIA.

Mehedia ó Nueva Mamora, puerto de mar muy decayido de la provincia de Beni-Hhassan, cerca de las bocas cegadas del rio Sebú: tiene un castillo antiguo donde se refugiaban en otro tiempo los corsarios de Salé.

Los habitantes, que serán unos 600 son la mayor parte pescadores, y hacen un comercio bastante grande de una salazon que llaman en el pais Xebet ó Xiabil. La antigua Mamora, la Bahnasa de los romanos estaba situada mas hácia el septentrion en el lugar que hoy se llama Mamora, y algunas veces Malai Abu Sellum. Este punto lo ocuparon los españoles en 1611; pero lo abandonaron á fines del siglo XVII.

AGLA.

Agla, ciudad ó mas bien dicho aldea de la provincia de Fez, donde residia de ordinario el último soberano

Muley Soleiman, está situada en una espaciosa llanura muy productiva y muy bien cultivada. En sus cercanías se hace todavía como en tiempo de Leon Africano gran mercado de cueros de buey, lana y cera. Es tierra que abunda en leones, pero de raza tan degenerada, que hasta los muchachos gritando les causan miedo, y los ponen en huida: de aquí nace cierto proverbio de los moros cuando ven un hombre que siendo cobarde, hace alarde de valentía: «eres valiente como los leones de Agla, que se dejan comer la cola por los corderos.»

ZAUIAT-MULA-DRASS.

Zaiiat-Mula-Drass, esto es, retiro de nuestro señor Edris ó Enoc, ciudad famosa de la antedicha provincia de Fez, á 28 millas al norte de la capital en la falda de un altísimo monte llamado Xarhum, en país muy ameno y abundante en todo lo necesario para la vida. La ciudad llamada antiguamente Tiolit ó Valili, y que es quizá la Voluvilis de los antiguos, tiene cerca de 9,000 habitantes, y encierra un célebre santuario dedicado á la memoria de Edris, fundador de la dinastía de las Edrisitas, y padre de Muley-Edris, que fundó la ciudad de Fez, y fué el primer soberano musulman del Mogreb-el-aksa. A poca distancia hácia el poniente se ven todavía magníficas ruinas de una ciudad antiquísima totalmente destruida en la actualidad, y que los habitantes llaman Cassar-Farauu ó ruinas de Faron.

FEZ.

Fez, como la llaman los árabes ó los naturales Fas, nombre que en lo antiguo significaba tal vez oro, pero que quiere decir hazada ó pico, es una ciudad verdade-

ramente capital de todo el Mogreb-el-aksa, fabricada en el año 807 por el susodicho príncipe Edris en el fondo de un valle formado por muchos montes, cuyas faldas se miran cubiertas de bellísimos jardines, de huertas y de bosquecillos de naranjos y granados.

Un río poco caudaloso llamado Vad-el-giuharió río de las Perlas, y quizá en lo antiguo Vad-el-matrusin, ó río de los dos Cerros ó de los dos Montes, que descarga en el Sebú, atraviesa este valle, mueve un gran número de molinos, y provee de agua á la ciudad, dividiéndola en dos partes, una de las cuales se llama Fasbelli ó Fez viejo, y la otra Fas-gedid, ó Fez nuevo: esta última se llamaba muchas veces Medinat-albeida, ó ciudad blanca, por las muchas casas blancas que se han fabricado últimamente. Las dos partes de la ciudad reunidas contaban hace tiempo 700 mezquitas, de las cuales 50 son de la mayor magnificencia, y están adornadas con soberbias columnas de mármol. La universidad y las escuelas públicas de Fez eran célebres en lo antiguo; pero de todo esto solo quedan actualmente algunos vestigios, y la población asciende apenas á 88,000 habitantes, de los cuales, 65,000 son moros y árabes; 10,000 amacirgas, berberiscos y xiloes; 9,000 hebreos y 1,000 negros. Los judíos residen casi todos en la ciudad nueva, que fué edificada en el siglo XIII.

La adornan y embellecen floridos jardines, y es muy fuerte por su posición que domina á la ciudad vieja. Las calles son generalmente muy estrechas y oscuras, las casas son muy altas, y en varios sitios están sostenidas por arcos con puertas que, en cerrándose, forman un gran número de cuarteles separados. Las tiendas son muchas pero no bellas; pero, no obstante, los merca-

dos están siempre llenos de gente de las inmediaciones y de la montaña.

En la ciudad subsisten aun siete escuelas públicas, muy frecuentadas, y además 100 mezquitas, la principal de las cuales se llama El-Carubin. La sostienen mas de 300 pilastras de mármol; pero es de construcción pesada y mezquina. En esta mezquita habia antiguamente una rica librería, donde dicen que existieron los libros perdidos de Tito Livio y de otros autores griegos y latinos. La mezquita mas frecuentada es delicada á Mula Driss, fundador de Fez, que está sepultado en ella, por cuya razon es el asilo mas inviolable de todo el imperio. El palacio del sultan está edificado sobre una altura en medio de la ciudad nueva; pero está medio arruinado. Con los edificios anejos y con los jardines ocupa además una parte de la ciudad vieja; de modo que el rio lo atraviesa sin dañar á los jardines, á quienes se les dá el nombre de Bú-Scebú.

Los baños públicos son numerosos y están muy bien asistidos: hay además un hospital para los pobres y los incurables. La abundancia de los comestibles que se venden públicamente, y la multitud de tiendas y cafés que se encuentran en esta bella metrópoli la asemejan mucho á una ciudad europea. Cada oficio tiene un lugar señalado, y generalmente sucede que no se vende en cada tienda mas que una sola mercancia. En la gran plaza del mercado de géneros extranjeros nombrada Al-Caiceria, se vende todo lo que puede suministrar el comercio de levante y del Africa central: en las numerosas posadas públicas ó fondukes de dos ó tres pisos, y rodeadas de galerías, se alojan los forasteros con sus mercancias. Los tejidos de seda, de lana, sus pieles cur-

tidas, sus chales, alfombras, objetos de oro y plata, etc., gozan de grande y merecida reputacion. La ciudad está en medio de un gran recinto de muralla, por donde se sale y entra por siete puertas, y dos castillos antiguos uno á poniente y otro á levante son toda su defensa. En las inmediaciones están los célebres baños de Xiaulan y de Vicestata.

SOFRU.

Sofrú ó Soforú. Es ciudad amurallada, muy bella y hace bastante comercio: está situada al levante de Fez, sobre la orilla derecha del rio Guigo, en medio de una vasta y bien regada llanura, algo quebrada; pero muy fértil especialmente de maiz, de árboles frutales y de olivos. En sus inmediaciones se encuentran minas muy ricas de sal fósil.

MICHENESA.

Michenesa, Mechinés ó Miknas y Miknasa, llamada antiguamente Selda, es otra residencia imperial de la provincia de Fez: tiene por nombre Ez-Zeituna, por la gran cantidad de olivos que la circundan, particularmente por el lado de Levante: y por eso los españoles la llamamos Mequinez de los olivares. Es una ciudad muy grande, hermosa, fuerte y antigua, edificada por una tribu de amacirgas llamada Miknasat, tiene cerca de 50,000 habitantes, se deja ver en medio de una fértil llanura regada por muchos arroyos, y atravesada por el Bet, que corre á poca distancia de la ciudad, cuyos muros son poco altos, pero muy gruesos y provistos de mucha artillería para defenderla de los berberiscos de las montañas que bajan muchas veces en gran-

des turbas hasta las puertas de Mequinez.

Los habitantes moros tienen fama de ser los mas civilizados de todo el imperio; pero son sumamente celosos de sus mujeres, que por lo general son de estrema hermosura. Adewás de 39.000 moros y árabes, se compone la poblacion de 9,000 negros, casi todos soldados, que viven en cuarteles; 5,000 hebreos, y 4,700 berberiscos ó xiloes. El palacio del sultan tiene casi dos millas de circunferencia, en cuyo recreo se comprenden muchos verjeles y jardines: fué construido por Muley-Ismael, con piedras y columnas traídas parte de las ruinas de Faraon, y parte de Liorna y de Marsella.

En esta ciudad se guarda el tesoro imperial de que hablaremos mas adelante.

SALÉ.

Salé, llamada Sala por los antiguos romanos, y por los árabes Sala y algunas veces Salá-Bu R'gh'aba, á causa de los bosques de arbustos que la circundan, es una ciudad grande, poblada, comerciante y muy bien fortificada de la provincia de Beni Hhasan, situada en la orilla derecha y septentrional, y cerca de la embocadura del arroyo Viarou en el rio Buregreb, frente á Rabat: tiene un puerto bastante grande, donde no pueden entrar los barcos grandes á causa de los bancos de arena que impiden la entrada del rio, sobre las cuales solo hay doce pies de agua cuando el flujo, y seis únicamente cuando el refluo.

No obstante, en la rada se encuentra un fondo de arena negra, que tiene desde diez y seis á cuarenta brazas.

Por mucho tiempo fué esta ciudad la residencia de la piratería marroquí, y sus habitantes formaban con los de Rabatt una república casi independiente en el centro mismo del mas furibundo despotismo. No se han visto piratas mas impávidos y feroces que ellos: ninguna bandera respetaban, y cuando tomaban algun barco mataban toda la tripulacion, ó la llevaban á esclavitud perpetua. Sometiéronse al fin al gobierno de Marruecos, y habiendo concluido este una paz con casi todas las potencias cristianas, la política hizo lo que poco despues hubiera hecho la naturaleza por medio de aluviones cerrando la boca del puerto, que fué poner fin á la piratería de los Saletinos.

A pesar de todo subsiste el puerto, y hoy es el principal depósito de la marina militar de Marruecos, y hay almacenes y otros establecimientos al efecto. La ciudad está medianamente fabricada; tiene cerca de 23 mil habitantes, todos moros y árabes, que son todavía los mas encarnizados enemigos de los cristianos, y no permiten que ninguno penetre dentro de sus muros.

RABATI.

Rabatt, llamada en árabe Er-Rébat, y Rabatt-ul-fatáhh, y en los nuevos mapas algunas veces Nueva Salé. Es ciudad moderna, grande, muy poblada, fuerte y bien construida de la provincia de Temezena, situada en frente de Salé, en el declive de una colina, parte sobre el Océano, circundada de buenas murallas flanqueada de torres, entre las cuales hay una llamada Siná ó Burge el Hhassan, por la parte del levante, á cuyo pié se encuentra el mejor sitio para anclar en el rio, y la mejor cantera para edificar. La ciudad está poblada

por 27 ó 28,000 habitantes lo menos, entre los cuales cerca de 7,000 son hebreos, que hacen un gran comercio no solo con Fez y con el interior del país, sino también con la Europa, y particularmente con Marsella y Génova. En la edad media los genoveses hacían en ella un tráfico importantísimo, y tenían muchas casas de comerciantes; pero poco después sucedió que Rabat y Salé unidas formaron el más rico emporio de aquella costa, y después de Fez la más grande y populosa ciudad del imperio: el capricho de los déspotas de Marruecos ha hecho trasladar primero á Santa Cruz y después á Mogador el centro del comercio europeo.

A pesar de esto será siempre Rabatt el puerto mejor situado para la esportacion de los productos del país, y particularmente de los granos, de la lana y de la cera, de que abundan las provincias vecinas, y así adecuado para dar salida á las manufacturas de Fez y de Mequinez, como lo es para la introduccion de las mercancías europeas que van á la parte del interior, y por la via de Fez á las regiones centrales del Africa. Tanto dentro de Rabatt, cuanto en sus inmediaciones, hay gran número de jardines que exhalan un perfume delicioso y producen las frutas más sabrosas que se conocen. Los habitantes son vivos, inteligentes, industriosos y los mejores comerciantes de todo el Mogreb-el-aksá: descienden la mayor parte de los moros espulsados de Andalucía y de otras partes de España.

A poca distancia al levante de Rabatt, se vé el casti-
llo de Xalla ó Xialla, que contiene la tumba de la familia real de los Beni Merines, y es mirado como un santuario, donde no se permite entrar á los cristianos ni á los hebreos. Algunos creen que fué edificado por

los romanos, y en efecto, se encuentran cerca de él medallas é inscripciones, y otros creen que fué la metrópoli del dominio cartaginés en aquella parte.

MANSURA.

Mansura. Ciudad pequeña del Temezená; pero muy bien situada sobre el rio El-Mansor, ó Guir, á dos millas del Océano, en una bellísima llanura con cerca de 900 habitantes, casi todos hebreos.

FEDALA.

Fedala, ó Feid-Allah, esto es, gracia ó don de Dios, es otra pequeña ciudad de la misma provincia; es fuerte y rodéanla buenas murallas, situada en una vasta llanura, á distancia de una milla del mar, cerca del rio de Elwillah. Tiene un puerto bastante mediano, resguardado de las ondas del Océano por un islote largo y estrecho, detrás del cual solian abrigarse los corsarios saletinos cuando no podian entrar en el puerto. Todavía se esporta de Fedala mucho trigo, cebada y fruta.

DARBEIDA.

Darbeida, ó propiamente dicho en árabe Dar-el-beida, esto es, casa blanca, llamada en lo antiguo y aun en muchos mapas modernos Anató, es otra ciudad mediana y murada del Temezená. Está situada en un distrito llamado Xiavoia y sobre un puerto pequeño, y no muy seguro, de donde se solia esportar gran cantidad de grano que venia de sus inmediaciones y del mercado de Nukhaila. Se cree que la edificaron los romanos: fué ciudad muy poblada y rica en un tiempo, y todavía se conservan muchos restos de su pasada

magnificencia. En el día tendrá apenas 4,000 habitantes muy pobres. Hace poco que los españoles tenían en ella una factoría para el comercio de granos.

NUKHAILA.

Nukhaila es ciudad tierra adentro en la provincia de Temezená, y aunque pequeña al presente, en lo antiguo era rica y populosa. Al lado nace el río Guir, y en su vega se coge mucho y buen grano. En este pueblo se celebra feria anualmente, que es muy concurrida.

MESC'RA HHALUF.

Mes'c-ra Hhalúf, esto es, abrevadero, de puercos, en la provincia de Beid-miskin: aldea muy poblada, situada en un sitio muy ameno, sobre la orilla derecha del Ommer-r'bieh que se pasa en balsas. Está sobre el camino que de Demnet conduce por Abbari y Maat en la provincia de Xecragua por dos caminos, á Fez de una parte y Mequinez, y por la otra hasta Rabatt y Tánger, pasando por Caisor y Zettat en el Temsná, y por Soc-Madi-una y Feidallah.

MARRUECOS.

Marruecos, cuyo nombre es Marraksce ó Merkasce, palabra árabe, que significa adornado, embellecido, etc. Ciudad hermosa y grandísima, capital de todo el imperio, y residencia ordinaria de los sultanes, edificada el año de 1072 por el famoso Abu-Tex-finrey, de la tribu de Lamtuna y de los Almoravides, en el sitio de la antigua Martok, fundada en los tiempos mas remotos por los primitivos africanos, en cuya lengua significa ciudad de todas las cosas, ó donde todo se encuentra,

probablemente en el sitio donde estuvo la ciudad romana de *Bocanum Hemerum*.

En el siglo XII, reinando Jacob Almanzor, se contaban 400,000 casas y mas de 700,000 almas de poblacion; pero hoy se cree que solo tiene 50,000 habitantes comprendidos en ellos 4,000 xiloes y 5,000 hebreos. Se mira situada en una grandisima llanura de la provincia de Erhammena distante 14 millas del Atlante, llamado Montes-Claros por los españoles, y del rio Tensift.

Dentro del circuito vastísimo de sus murallas de treinta piés de altura, con gruesas y altas torres cuadradas en cada cincuenta pasos, y que tienen de circunferencia siete millas italianas, se ven muchos espacios desiertos y llenos de escombros, de casas y jardines que forman como montes y valles. Sus mezquitas son numerosas y ricas; las de Kutubin ó Sma-el-sana que tiene una torre de 220 piés de altura, de Moazzin, de Bení-Jusef, y de Sidi Abu-l' A'bbas, patrono de la ciudad son las mas notables y dignas de verse. El palacio imperial ó serrallo, situado fuera de la ciudad, pero cercado de muy fuertes murallas, está construido de piedras cuadradas, adornado de mármoles de Italia y de España, y es verdaderamente magnífico, y tiene tres millas largas de circunferencia. La alcacería ó cuartel del comercio es un edificio cuadrilongo rodeado de tiendas donde se encuentran todas las mercaderías que puedan desearse. Además de este mercado hay casi todos los dias en cada una de las siete puertas de la ciudad una féria, y particularmente una todos los juéves llamada por esto Soc-el-kalmis, cerca de la puerta septentrional, donde se venden diversas clases de frutos del pais.

El aire de la ciudad es puro y saludable, y todos los cuarteles están abundantemente provistos de agua traída del río Tensist por un acueducto subterráneo que dá vuelta á la ciudad. Los habitantes, sin embargo, no son muy dignos de elogio por su policía: las calles están siempre muy súcias y las casas llenas de gusanos y de insectos nocivos. Las murallas no obstante están en muy buen órden y flanqueadas de torres cuadradas; pero desprovistas de cañones y circundadas de un foso muy ancho y profundo. Fuera de las murallas está el barrio de los leprosos llamado Hhaha, poblado enteramente de personas y familias afligidas de aquella espantosa enfermedad que se trasmite de una generacion á otra. Estos desgraciados no pueden entrar en la ciudad, y nadie se atreve á acercarse á sus habitaciones.

EN EL REINO DE MARRUECOS.

Tefza, nombre que en lengua amazirga quiere decir arena: ciudad grande, muy rica, comerciante y populosa, edificada por los primitivos africanos, y ceñida de alto muro de piedra arenisca llama tefza: es capital de la provincia de Tedla, situada á poca distancia del río Derna, y célebre por su fábrica de albornoces ó mantas de lana negras y blancas que se esportan por la via de Rabatt para Italia y otras partes de Europa. A dos millas de la ciudad, al pié del monte Atlante, está situada el pueblo de Esza, llamado tambien Fix-tela, poblado enteramente de berberiscos, cuyas mujeres son muy hábiles en las labores de lana, y hacen los albornoces mas estimados. Las dos ciudades reunidas tienen cerca de once mil almas, en que se comprenden dos mil hebreos y otros tantos berberiscos. Los contornos

están cubiertos de bellos y floridos jardines, llenos de toda clase de árboles frutales.

CITIDEM.

Citidem ó Citidel, otra ciudad tambien rica y populosa, edificada por los antiguos amazirgas encima de un alto monte que desciende suavemente hácia la llanura de Tefza: sus habitantes, casi todos amazirgas, tienen fama de ser los hombres mas rústicos é inciviles de su nacion. Poseen vastos campos, abundantísimos de granos y de inmensos pastos para todo género de ganados. Viven en una especie de independendia casi republicana gobernados por un consejo de ancianos: hacen gran comercio de lana finísima, de albornoces y de otros vestidos de lana, que acuden á comprar gran número de comerciantes extranjeros. Las mujeres son muy blancas y muy amables.

GUER.

Guer ó Gher, ciudadela ó mas bien roca fuerte la mas inaccesible de todo el Mogreb-el-aksá, en la alta montaña del Tedla, hácia el nacimiento del Omm-er-r'bie'h ó Movreja; residencia usual del supremo Amr-gar, ó gran señor de los Amazirgas que se hizo famosa por una obstinada batalla en el año 1819, dada en sus inmediaciones entre los Xiloes y las tropas del sultan Mulai Saleiman, mandadas por Sidi A'bdes-Sadic, general de caballería, y antiguo gobernador de Tánger.

TEGET.

Teget, en la provincia de Duquela, hácia los confines de la Escura, en la orilla izquierda del Omm-er'

-r'bie'h, es otra ciudad mediterránea, no muy grande en el día, pero en otro tiempo fortísima, populosa y civilizada, tanto porque está colocada en el camino real que desde Marruecos conduce á Fez, cuanto porque en ella se celebraba cierta famosa feria para el comercio de granos, y que tiene lugar todavía todos los años con los habitantes de los montes del Atlante. Los alrededores son sumamente abundantes en granos y en ganados.

BULAUAN.

Bulauan, en árabe Bu-el-auvan, que quiere decir el padre de los cómodos, es una ciudad pequeña que tiene 300 casas, y un castillo antiguo: está situada en el extremo de uno de los brazos del río Emm-er-r'bie'h, que se pasa en balsas de cañas puestas sobre odres llenos de viento y en el camino que vá desde Marruecos á Rabatt y á Fez. En la orilla opuesta del río hay un pueblo llamado Tabulauant, que quiere decir tierra de Bulauant, donde residen casi todos los que se ocupan en construir y dirigir en el río las balsas de que hemos hablado; son la mayor parte hebreos.

AZAMOR.

Azamora, antigua y hermosa ciudad, capital de la provincia de Ducala, edificada por los amazirgas, en cuya lengua su nombre significa Olivas: dista milla y media del Océano, no léjos de la embocadura del río Omm-er-r'bie'h; tiene un mercado concurridísimo, tres mil almas de población, y unos campos muy fértiles en granos y otros efectos. La pesca de cierta especie de carpa, de que abunda extraordinariamente el río,

constituye uno de los principales ramos de comercio de la ciudad, tanto por las salazones que suministra, cuanto por el aceite que de ellas se recoge en gran cantidad. El rio es allí muy profundo y rápido, y así es que el paso de las barcas es muchas veces difícil y peligroso. La orilla izquierda es alta y cortada, al paso que la otra es baja y llana. Antiguamente entraban en él muchos barcos de grandes dimensiones: pero hoy sucede esto rara vez, porque la embocadura del rio está obstruida por una barra de arena que hace la entrada muy difícil. Esta ciudad la poseyeron los portugueses.

MAZAGAN.

Mazagan ó Mazigh'an, antiquísimo castillo muy fuerte poblado por dos mil almas, distante catorce millas de Azamor, en una península en el fondo de una espaciosa y excelente bahía: fué reedificado por los portugueses en 1506 en un sitio habitado ciertamente desde los tiempos mas remotos por los mazirgos ó amazirgas, por los cuales conserva el nombre. Los árabes le llaman El-Borigia, que quiere decir la ciudadela ó castillo, y este fué el último punto que los portugueses poseyeron en el Mogreb-el-aksá, perdiéndolo en 1769; el puerto es pequeño, pero la rada es buena, y el comercio de Rabatt le hace muchos pedidos de granos y de otros géneros.

SUBEIT.

Subeit, ciudad muy antigua sobre la orilla izquierda del Omm er r'bie'h, rodeada de buenas murallas, y edificada en un sitio muy montuoso que abunda en

miel y en cera, que por medio de Rabatt y de Mogador, se estrae para diferentes puntos de Europa.

TIT ó TET.

Tit ó Tet, ciudad marítima cerca del cabo Blanco, cuyo origen es tan antiguo, que quizá se remonta hasta los cartagineses; poseyéronla los portugueses. Los campos que la rodean son muy hermosos y producen gran cantidad de granos de la primera calidad. Sus habitantes, que serán como unos mil, son tenidos por de mucho talento, pero poco prácticos en el cultivo de las huertas y jardines.

SAFFI.

Saffi ó Asaffi, llamada por los naturales Asfi, y antiguamente Soffia y Saffia: es una ciudad muy antigua de la provincia de Abdá, edificada por los cartagineses cerca del cabo Cantin, entre dos colinas en un valle espuesto con frecuencia á inundaciones; tiene escelente rada, y fué por mucho tiempo el centro del comercio europeo en aquella costa, y esportaba gran cantidad de lana, cera, goma, cueros de bueyes y pieles de cabras. Pero sus contornos son muy estériles, y poco susceptibles de cultivo, y los habitantes moros ó beduinos son gente áspera, intratable, fanáticos é intolerantes. La poblacion no escede de 12,000 almas comprendidos los hebréos sumamente miserables.

MERAMER.

Meramer, ciudad del interior, edificada por los godos en territorio fertilísimo, cerca del monte Beni-Megher; hace gran comercio de granos y aceite.

EL MADINA.

El Madina, ciudad grande, amurallada y muy poblada de mercaderes, artesanos, fabricantes de cueros y otros artefactos: es capital de la provincia de Escura; está situada en medio de un bosque de eleodandros y rodeada de viñas, hermosos perales y de nogales altísimos. Los hombres son muy sediciosos, turbulentos, inhospitalarios y orgullosos; las mujeres son hermosas, muy blancas, muy amables, y amantes en extremo de los extranjeros.

TAGODARTE.

Tagodarte, otra ciudad igualmente grande y rica de Escura; de cerca de siete mil habitantes: está edificada en un alto monte circundado por otros cuatro, que todos producen gran cantidad de aceite de Aragan y otros frutos, singularmente uvas encarnadas, cuyos granos se dice que son tan grandes como huevos de gallina. Sus habitantes son nobles, de buen carácter, hospitalarios, y hacen gran comercio de granos, ganados, frutos, manteca, pero sobre todo de aceite de Aragan y de miel, que se reputa por la mas esquisita del Africa.

DEMNET.

Demnet ó Dimnit, ciudad grande, rica y poblada, casi únicamente de xiloes y judios: está situada en la falda del monte Adimmei, en la provincia de Erhammena, distante quince millas del rio de Tescut, que descarga en el Tensift. Los habitantes son gente maligna y pésima; y se creen muy doctos por haber estudiado la teología musulmana, y toman placer en dis-

putar con los forasteros que vienen á verlos.

AGHMAT.

Aghmat: en tiempo antiguo fué ciudad popilosa, floreciente, y capital de la provincia de Erhammera; la edificaron los amazirgas, y la cercaron de buenas murallas, proveyéndola tambien de fuerte ciudadela: está situada al pié del monte Atlante, en el camino que por una garganta conduce á Tafilette, cerca del rio del mismo nombre, y en medio de una hermosa campiña que abunda en jardines, huertas, viñas, etc. Cerca de la ciudad se vé cierta laguna grande y muy profunda: su poblacion se halla hoy muy decaida, y apenas tiene cinco mil habitantes, en que se comprenden mil hebreos.

FRUGA.

Fruga, ciudad poblada casi enteramente de xiloes y de judíos, distante quince millas de los montes y en la inmensa llanura en que está al septentrion situada la ciudad capital de Marruecos. Esta llanura puede considerarse como un campo continuado de trigo y cebada, cuyos granos son los mejores que se conocen, y casi dos veces mas gruesos que el que se cria en el Cabo de Buena-Esperanza.

TEDNEST.

Tednest, ciudad antigua, capital de la provincia de Hhaha ó Hea, edificada por los amazirgas y fué en un tiempo residencia de los Xerifes: se mira rodeada de alta empalizada, y está deliciosamente situada en una espensa llanura sobre el rio Xiusciava. Su poblacion es

de cerca de cuatro mil almas, comprendidas en ellas 4,800 hebréos, que gozan de muchos privilegios, haciendo un gran comercio, mientras los habitantes moros y xiloes viven guardando ganados y cultivando los campos y los jardines.

MOGADOR.

Mogador ó Mogodor, llamada por los habitantes Suirá, que quiere decir cuadro ó pintura: ciudad moderna muy considerable de la misma provincia de Hnabha, fundada en el año de 1760 de orden del sultán Sidi Mohamet, segun planta de cierto ingeniero francés llamado Cornu. Se levantó en el sitio en que se cree que estuvo la antigua Erytúrea, y su construcción se hizo con intento de que fuera el centro del comercio de todo el imperio, y como el puerto de la capital Marruecos. Su planta tiene bastante regularidad, con calles derechas y cómodas, aunque algo estrechas. Su situación es una playa ó desierto bajo y llano de arena finísima, que la separa del país cultivado que se deja ver á distancia de cuatro á doce millas, donde están las huertas y jardines, que proveen la ciudad de verduras, de frutas y de otros comestibles.

Las carnes y aves para el consumo se traen también allende de aquel desierto, y el agua potable se toma de un río que dista milla y media de la ciudad. Vista desde el mar presenta un aspecto bellissimo, pero como en todas las ciudades mahometanas, el interior no corresponde con tan bella apariencia. Los agentes consulares de las potencias cristianas, y los comerciantes extranjeros tienen casas cómodas y elegantes de ocho y doce habitaciones en el mismo piso, y reciben la luz por

una galería que rodea el espacio interior ó patio cuadrado, que hace las veces de almacén: los techos son llanos como azoteas, y defienden bastante de la lluvia. La ciudad está dividida en dos partes, una llamada la fortaleza ó ciudadela, encierra la aduana, el tesoro, el palacio del bajá ó gobernador, con otros edificios públicos, y la casa de los vice cónsules y de los comerciantes cristianos.

En la otra viven los hebréos, y ambas están cercadas de murallas, tanto por la parte del mar, cuanto por la del desierto, para resistir á los ataques imprevistos de los inquietos y rapaces habitantes de las montañas del mediodía. El puerto se forma hácia el mediodía de la ciudad, en una isla pequeña de cerca de dos millas de circuito; pero como en las horas de reflujo solo hay diez ó doce piés de agua, los barcos mayores tienen que dar fondo á una milla y media de la batería llamada la Larga, la cual se extiende por el lado occidental de la ciudad á la orilla del Océano, y fué construida por un genovés; es mas noble por su buena planta que por su fortaleza.

Dentro del puerto, y en lugar del desembarcadero, hay otras dos baterías igualmente largas, armadas con muy buenos cañones de á diez y ocho, regalados por el gobierno holandés. Por el lado de tierra hay otra batería formidable, la cual en caso de ataque habilmente emprendido defenderia poco la ciudad, que no tiene mas agua dulce que la que trae el arroyuelo que está á milla y media.

Mr. Jackson pretende que la poblacion de Mogador no escede de diez y seis á diez y siete mil, comprendidos en este número cuatro mil hebreos y como unos

cien cristianos, que hacen un importantísimo comercio con el interior del Africa, y con Lóndres, Amsterdam, Liorna, Génova, Cádiz, las islas Canarias, Hamburgo y los Estados-Unidos de la América septentrional.

TECULET.

Teculet, ciudad pequeña, pero muy bella y graciosa, edificada á poca distancia del mar, cerca de la embocadura del rio, ó mas bien dicho del torrente Daira, al lado de una montaña, con un puerto de poca consideracion llamado Gaz, defendido por un antiguo castillo. El agua de sus pozos se reputa por la mejor de toda la provincia: los habitantes son muy buena gente, y los contornos abundan en granos, cera, y toda clase de comestibles, que se llevan á vender á Mogador. Los hebreos poseen como unas cien casas.

TESEGDELT.

Tesegdelt, otra ciudad todavía de la provincia de Hhahá, muy grande y rica, situada sobre una alta montaña rodeada de rocas altísimas que hacen innecesarias las murallas y las fortificaciones. La mezquita principal es de las mas bellas del imperio.

Tefelne, Tafelane, y segun Leon Africano, Tefetne ó Tefatne, ciudad fuerte y marítima, edificada por los amazirgas, á poca distancia del promontorio del mismo nombre: pueblanla cerca de cuatro mil habitantes, y tiene puerto muy bueno para los barcos pequeños. La campiña que la rodea está llena de montes, y produce gran cantidad de cebada. Inmediato á la ciudad pasa un rio, en el cual pueden entrar con seguridad los barcos pequeños.

Agadir, que quiere decir muralla, llamada tambien Aguer y Agher, y en tiempo de Leon el Africano, Gurtguessem, se llama hoy comunmente Santa Cruz. Es una ciudad pequeña pero muy fuerte, en la provincia de Sus, situada en la cumbre de un alto y escarpado monte, no léjos de la punta del promontorio Gher, por donde el Atlánte entra en el Océano y cerca de la desembocadura del rio Sus: tiene un puerto espacioso y muy seguro, que es el mas meridional del Mogreb-el-aksa. En el siglo pasado se hacia desde allí gran comercio con Europa, y con el interior del Africa: pero el gobierno de Marruecos lo hizo suspender y trasladar á Mogador. En la actualidad Agadir contiene apenas seiscientos habitantes, casi todos hebreos, que tienen las mas hermosas mujeres de toda aquella region.

Tarudante, ciudad muy antiquísima edificada por los primitivos amazirgas, fué mucho tiempo capital de un reino independiente, y hoy lo es de la provincia de Sus, y residencia del bajá ó gobernador, uno de los mas importantes del imperio, está rodeada de altas y fuertes murallas; en su recinto podria contener fácilmente ochenta mil almas de poblacion; pero en la actualidad no tiene mas que veinte ó veinte y dos mil.

Los habitantes son industriosos, y superan á todos los moros en el arte de tejer: los cueros y el nitro de Tarudante están reputados por los mejores del mundo.

Messa, ciudad considerable cercada de murallas, edificada por amazirgas, no lejos de la boca del rio Sus y dividida como casi todas las ciudades del Sus, del Guzula y del Dara, en tres pequeñas ciudades. Puéblanla xiloes, moros y hebreos en número de cerca de 3 000, cuya mayor parte se ocupan en la agricultura. El mar

que esta inmediato, arroja continuamente á la costa gran cantidad de ámbar de la mejor calidad, y muchas veces tambien osamentas de ballenas.

Togavots, ciudad quizá la mas antigua y mas grande de toda la region de Sos, dista diez millas del gran rio, sesenta del mar y cincuenta del Monte Atlante. Sus murallas son de piedra seca: tiene muchas plazas, tiendas y buenos artesanos distribuidos igualmente en tres cuarteles separados, que casi continuamente están en guerra entre sí y suelen llamar en su auxilio á los árabes de la llanura, la cual abunda principalmente en ganados y en lana, que se emplea en tejer paños y otras telas que se venden despues en los confines del gran desierto, ó se mandan á Tumbuctu y á la Nigricia. Los habitantes de Togavots son gente muy honrada y trabajadora, y sus mujeres son bellísimas y muy graciosas. Creen que San Agustin nació en su ciudad.

Tedsi, otra ciudad grande que fué antiguamente capital de la provincia, al Levante de Tarudante, cerca de uno de los brazos de rio de Sos. Está situada en un pais muy abundante y fructífero que produce gran cantidad de trigo, de cañas de azúcar y de otros frutos preciosos: está poblada por 14 ó 15,000 habitantes, que son gobernados casi como una república, y son muy industriosos. El mercado que celebra todos los lunes es muy frecuentado por un número infinito de xiloes, montañeses y aldeanos árabes.

AL OTRO LADO DEL ATLANTE.

Tafilelt ó Tafilete, que quiere decir antigua residencia de los filelis; es capital del reino del mismo nombre: mas bien que una ciudad, es una reunion de pue-

blecillos , y está rodeada de altas murallas con torres cuadradas. Tiene por el lado izquierdo un castillo llamado Cassar , habitado exclusivamente por los Xerifes ó descendientes de Mahoma. Puéblanla 40,000 habitantes , la mayor parte amazirgas , que se ocupan especialmente en manufacturas y en comercio con el Sudán: fabrican cordobanes, que los portugueses y los españoles llaman tafilettes, telas de seda, alfombras y cubiertas de lana, y hacen gran comercio de antimonio, de plomo, de dátiles y de otras mil producciones del país. Tiene sobre el río un puente muy bueno, construido hace pocos años por un arquitecto español. Es de creer que esta ciudad ó grupo de pueblos sea el lugar de que hace mención M. Caillié en su viaje denominado *Afila*, y quizá mas correctamente *Afilet*, palabra amazirga que con la t, que forma el artículo y la designación femenina, venga á pronunciarse *Tafilelt*, que, como ya digimos, significa tierra ó residencia de los Filelis, antigua tribu de los amazirgas ó berberiscos que todavía ocupa el territorio.

Rezant, ciudad que el susodicho M. Caillié asegura ser actualmente la residencia del bajá ó virey de *Tafilete*, y que es probable que con las vecinas villas y aldeas de *Acsaba*, *Gurlan*, *Bohem* y *Soso* forme la reunión de pueblos amurallados que tiene el nombre colectivo de *Tafilelt* ó ciudad de los filelis.

Segelmasa ó *Sugilmasa*, y según M. Jackson, *Sigin-Mesa*, ciudad muy antigua edificada por los amazirgas zenetes en una vasta llanura cerca del río *Ziz*: ha sido capital de un reino independiente, y hoy lo es de uno de los distritos de *Tafilet*: está casi arruinada, mas no obstante, está muy poblada y hace gran comercio de

camellos, caballos, dátiles y otras producciones del país que se espiden á Tumbuctú y otras partes del Sudan.

Mimcina, ciudad grande de la provincia de Dará, situada en medio de un delicioso bosque de palmeras entre dos cadenas de montes de segundo orden, que se estienden de Occidente á Oriente: está poblada por berberiscos, moros agricultores, y por muy pocos hebreos.

Beneali, ciudad situada hácia el nacimiento del rio Dara'a en el monte Atlante: es la residencia del jefe supremo de los bereberes independientes del A'drar, esto es, de las provincias de Dara'a y de Guzula.

Beeni Sahib ó Dara'h, capital de la provincia de Dara'a ciudad mediana, pero muy poblada y comerciante, sobre todo de indigo y de pieles de cabra. Está edificada cerca del rio del mismo nombre, que es el Dara de los antiguos geógrafos.

Fatta y Akka, dos aldeas de la provincia de Dara'a en los confines del gran desierto, célebres por ser el punto donde se reunen las caravanas que de Mogador, de Fez, de Marruecos van á Tumbuctú.

Nel Tezet ó Sus-el-aksá, y mas particularmente *Belled sidi-Hisciam*, Estado libre é independiente, fundado en el año de 1810 por el príncipe Hisciam, hijo del Xeriffe Ahhmed-Ben-Muza: está poblada por 250,000 xiloes y árabes, que son industriosos, agricultores, guerreros y comerciantes.

Talent, ciudad fuerte, capital de la provincia de Tezet ó Sus-el-aksá; es la actual residencia del ante dicho príncipe Sidi Hisam; está situada en la pendiente de una colina cerca del rio Assa, distante una milla de la

aldea de Ilek ó Ylirg, donde hay una mezquita famosa á que concurren en turbas los musulmanes de las regiones circunvecinas. Casi todos los habitantes son judios, y hacen un gran comercio.

Stuhka y Nun, son dos villas grandes que se han hecho famosas para los viajeros modernos, por ser el lugar donde generalmente son conducidos los navegantes cristianos que despues de haber naufragado en las costas del gran desierto son hechos esclavos por las tribus de árabes y de musulmes que recorren aquella horrible é inhospitalaria playa.

Stuhka está poblada casi enteramente por 1,600 xiloes, gobernados por un Xequé independiente. Nun es mas grande, y su poblacion asciende á 2,000 almas: está edificada cerca de un rio llamado por los habitantes Vad-Nun, pero cuyo verdadero nombre es Akassa, que es sin duda el Daradús de los antiguos. Este pueblo dista 50 millas del mar; está situado en un terreno no muy fértil que confina con el gran desierto; pero á pesar de esto produce goma, cera y plumas de avestruces en gran cantidad. La mayor parte de los habitantes son árabes; hay tambien algunos xiloes; hacen un comercio muy importante con Tumbuctú y con el interior del Africa, y Nun es verdaderamente el punto del depósito del comercio entre Mogador y la Nigrizia.

IV.

De la poblacion del imperio y de las diversas razas que la componen.

Gran diversidad se encuentra entre los escritores que

se han ocupado de las cosas de Marruecos sobre la importancia de su población, asignándole algunos hasta catorce millones de habitantes, y reduciéndola otros hasta el extremo de solo cuatro millones. Pero personas que han permanecido por muchos años en aquel país, y que cuidadosamente han adquirido noticias sobre el caso estudiándolo con bastante perseverancia, fijan con bastante probabilidad la población en ocho millones de habitantes ó nueve. Los fundamentos que se tienen para este cálculo son: primero, que no puede suponerse á la mayor parte de las provincias de Marruecos menor población que á las meridionales de España, debiendo exceder en mucho á la de las provincias de Turquía y del Egipto; y segundo, porque consta que en lo interior del imperio no solo se encuentran muy pobladas de llanuras y vegas fértiles y ricas, sino que los montes, los valles y las sierras cubiertas de bosques, y abundantes en pastos y en buenas producciones, mantienen tambien una población muy numerosa, siendo muy raros los desiertos de arena, y no de grande estension en el imperio. Así, pues, según estos cálculos, puede distribuirse la población del modo siguiente:

	Hombres.	Leguas cuadradas.
En el reino de Fez. . . .	3.200,000	en 9,853
En el de Marruecos.. . .	3.600,000	5,700
En Tafilete y Segelmesa..	700,000	3,184
En el Ad'rar, Sus, etc. . .	1.000,000	5,633
Lo que haria un total de.	8.500,000	sob 24,370
quedarían 349 almas por legua cuadrada, población		

relativamente inferior siempre á la de Andalucía y á la de las provincias de Argel, Túnez, Trípoli, Turquía y Egipto. En esta superficie no se calculan los desiertos.

Si esta población se distribuye gentílicamente ó por razas tan diversas entre sí por costumbres, lengua y origen, pudieran ordenarse convenientemente en el siguiente cuadro:

Amazirgas, esto es, bereberes ó tuáricos..	3.300,000
Amazirgas, xiloes y susies..	2.450,000
Arabes puros, esto es, beduinos, hamaritas, etc.	470,000
Arabes mestizos, esto es, moros lujadas..	3 550,000
Israelitas, esto es, hebreos, rabinos y caraitas..	339,000
Negros del Sudan, mandingos y felanos.	420,000
Europeos cristianos..	300
Renegados.	200
	<hr/>
	8.500,000

Trazando ahora la historia de estas diversas gentes, diremos que los amazirgas, malamente llamados bereberes, son los descendientes directos de los mas antiguos habitantes, no solo del Mogyrebe el aksá, sino tambien de toda la parte septentrional del Africa desde las orillas de Nilo hasta las aguas del Atlántico, y si en la antigua geografia se distinguen con el nombre de gétnulos y de melanagetulos, todavía se les encuentra en las historias griegas y latinas designados aunque con varia ortografia, con los nombres de Mezyes, Mazysgi, Ma-

cycles y Mazich, de esta raza tuvieron origen todas las poblaciones primitivas de la Mauritania, de la Numidia y de la Libia. Llamados cábilas ó cabaile y mozavos en los estados de Argel, zuavos en los de Túnez, y en los alrededores de las islas de Gelbez; ademsoos en Trípoli, y tuiacos y tuazos en el gran desierto; se distinguen actualmente en el imperio de Marruecos en bereberes y xiloes. Los primeros tienen su asiento al oriente de la parte septentrional del monte Atlante, en donde de la provincia de Er-rife toman el nombre de riffeños, estendiéndose desde allí hasta la provincia de Tedla, en donde ya comienzan los xiloes. Estos desde las cercanías de Mequinez, y ocupando la falda occidental de las montañas, se dilatan por las llanuras de Umm-er'-rebich y del Temsilt, y demás derrámenes del Atlante y llegan hasta las playas del Océano.

A la banda opuesta en la cordillera y en los distritos de Taflete, Sagel-mesa, así como en las arenas del Biled-el-gerid y el Harats, viven otras tribus amazirgas no menos poderosas que industriosas, entre las cuales ocupan lugar preferente los filelies, los zenetes, los sanghias y los ait-agarizt, que tienen origen xiloe. Hacia el septentrion, y tocando con el Mediterráneo aquellas frondosas montañas y valles fertilísimos, son dueños de la tierra casi exclusivamente los bereberes ó riffeños, entre los cuales fueron célebres, y son todavía fuertes y poderosas las tribus de los gomeres, mastuudas, zenetes, havoras, cenegas y cien otras que toman nombre ó de los jefes que en un principio las capitanearon ó de los valles ó montes en que tienen asiento.

La palabra bereber es enteramente de origen extraño, tanto mas, cuanto que en la antiquísima lengua

que hablan aquellas gentes no se encuentra el sonido de la consonante B. Este nombre amazirga significa en el propio idioma libre, noble, ilustre, independiente y en la acepcion misma que se dá á la voz teutónica frank, y á la moscovita slaw, y de ese nombre tomado apelativamente han usado aquellos habitantes para designarse á sí propios, su idioma y el pais que habitan.

Los árabes pretenden que estos pueblos son descendientes de los amalecitas y cananeos, que fueron lanzados de la Palestina por Josué y otros jueces de los hebreos, pero ya es cosa averiguada históricamente que mucho antes de esta época la parte septentrional de Africa estaba poblada por la misma nacion que hoy, hablando la misma lengua que al presente, que es y ha sido siempre radicalmente distinta que la hebrea, que la fenicia y la árabe. La lengua amazirga se ha conservado siempre, y se habla al presente en toda la estension de la cordillera atlántica desde el centro del Egipto y de la Nubia hasta Cabo Num.

Esta lengua, que es comun á los habitantes del Occis de Siveh, de Angela, y del Fezzan, y á las demás gentes del gran desierto y Sus-el-aksa, se divide en dos diversos dialectos, el de Argel se llama Xiovia, y el del Mogreb-el aksa Tramsirgt, que se distingue despues en bereber y en xiloe. Se ha disputado mucho sobre si es una misma habia la de los bereberes que la de los xiloes; y despues de serias observaciones y estudios dirigidos á este objeto, se puede asegurar que son idiomas derivados de un tronco comun y derivaciones de una misma lengua madre, no habiendo entre sí mayor diversidad que la que pueda existir entre el español, el italiano y el portugués, ó entre el alemán, el sueco

y el danés.

Son muy pocos, generalmente hablando los amazirgas que obedecen enteramente al emperador estándole sometidos estos, antes por necesidad de comercio y de comunicacion para procurarse muchas cosas indispensables, que por buena voluntad. La mayor parte, es decir, cerca de dos millones de individuos, viven independientes bajo el mando de sus omzarghis, señores, ó arnagarí, ancianos, y otros príncipes hereditarios de la propia nacion. Viven generalmente en aduares movibles ó tal vez en cavernas retiradas y en lugares ásperos é inaccesibles, en donde conservan su tradicional independencia. Son blancos, de mediana estatura, de formas atléticas, robustos, activos, de aire gallardo y sueltos de su persona. Lo escaso de la barba los distingue entre todos los habitantes del Mogreb-el aksá, así como la mirada torva, maligna y feroz del rifeño lo distingue entre todos los amazirgas, y muy particularmente de los xiloes. Sus ademanes son vivaces y no faltos de gracia, el color es esclarecido, y con sus cabellos rubios á veces, se les pudiera tomar, no por habitantes del Africa, sino por naturales de paises de la Europa boreal.

Son grandes cazadores, y su principal ganancia la sacan de los ganados, sin que por eso no haya algunos que se dediquen á la agricultura, y muy particularmente al trato y cuidado de las abejas que les dan mucha miel y cera. Su manera de vivir los hace robustísimos y muy sufridos, son muy dados á revueltas y enemigos irreconciliables del nombre cristiano, sobrepujan á los mismos moros en fanatismo.

Los xiloes por el contrario, y muy señaladamente

los que pueblan las ramas del Atlante al Sur de Marruecos, viven menos del producto de sus ganados que de los frutos de la agricultura y de otros ramos de industria que, así como el comercio, cultivan con gran provecho. No viven en tiendas ó cavernas, sino en casas (tigmin), villajes (tadvere) y en ciudades (murt.) Las casas por lo regular están fabricadas de piedra, arcilla y cal, cubiertas con techos de ladrillos y con losas de pizarras en forma de tejas, y fortalecidas algunas veces con torres que las defienden de sus enemigos. Difieren los xiloes de los bereberes, no tanto por la diversidad de traje y de lengua, cuanto por una constitucion física menos robusta, un color mas cetrino, y cierta disposicion para las artes y oficios muy superior en mucho á la de los bereberes. Menos rústicos, mas industriosos, y casi por decirlo así, mas civilizados y sin duda mas inteligentes; de tal modo se diferencian de los otros, que muchos han creído que fuesen descendientes de los lusitanos que en los siglos medios poseyeron aquella costa abandonada poco despues que las Américas se descubrieron.

Aun se le quiere dar mayor colorido á esta suposicion, haciendo notar cerca de Demnest, ciudad enteramente habitada por xiloes, una iglesia con inscripciones latinas que se supone levantada por los portugueses, sin haberse atrevido los naturales á desbaratarla por creerla siempre frecuentada por los genios y espíritus. Mas estos son devaneos infundados, y la antigüedad que llevan estas tribus de habitar aquellos paises, se encuentra contestada en la historia, así como tambien el lazo que los unia originariamente con el resto de los amazirgas. No dejaremos de hablar de estas gen-

tes, ya sean bereberes ó ya xiloes, sin que apuntemos que los de las tribus de Zenetta y de Sanhagia, que poseyeron antiguamente el Tafilete y el monte de Ziz y de Mezetelca y las faldas del Monte Atlante hácia las provincias de Tedla y de Escura, continuaron inquietando siempre á los déspotas de Marruecos, pudiéndose buscar en ellos, así como en el soberano independiente de Sus el-aksá, una poderosa diversion cuando llegue el caso de trasplantar la civilizacion al Africa.

Los moros forman despues de los amazirgas la parte mas numerosa de la poblacion marroquí. Ya sean de origen árabe ó pérsico, es averiguado que se establecieron en el Mogreb mucho tiempo despues que los amazirgas, aunque con anterioridad muy dilatada á los griegos latinos. Su nombre puede venir de la palabra hebrea Mahur, occidental, aunque puede derivarse tambien de la voz griega Mauros, que significa oscuro, fosco, color el mas comun entre los árabes y moros. Confundidos así en las antiguas como en las modernas historias, con los amazirgas, entraron en el Africa en épocas repetidas, dividiendo con ellos la posesion, así como á su vez tuvieron ellos posteriormente que dar lugar á otro enjambre de árabes venidos antes y despues del islamismo. La primer época de su venida se cree probablemente que fué hácia el tiempo de Josué 1,400 años antes de nuestra era, recibiendo cinco siglos despues otra colonia de la Fenicia, por la via de Cartago. De lo dicho se infiere que los moros debieron ser un enjambre compuesto de muchos pueblos asiáticos que buscaron asiento en la region boreal del Africa.

Hoy dia la mayor parte de los moros que en Marruecos habitan en las llanuras y en las ciudades, son

descendientes de los que salieron de España hace dos y tres siglos. Ellos forman en aquel país el plantel de la administración y de la milicia, y son los únicos marroquíes que mantienen alguna comunicación con los pueblos cristianos.

Los moros son de mediana estatura, sueltos y bien formados. En la edad madura, por efecto de la vida inactiva é indolente, adquieren así hombres como mujeres cierta crasitud. Uno y otro sexo ostentan rasgos de fisonomía muy expresivos; ojos negros hermosos, blanca y regular dentadura, y un color que participa de todos los tintes desde el albor mas sin mancha, hasta el moreno mas atezado, nacida tal variedad del comercio que tienen los moros con mujeres de todos colores.

El vestido es vistoso y pintoresco. Consiste primeramente en camisa con anchas mangas y de calzones ó zaragüelles mas amplios todavía, sobre lo cual viene un caitan ó túnica tomada con botones por la muñeca, por lo regular de color amarillo ó azul turquí, á lo cual añaden muchas fajas ó ceñidores de varios colores. Sobre este traje campea con mas ó menos aire el ja ke, que las mas veces es de lana blanca, de seda ó de algodón, que se trae á modo de toga romana. A menudo llevan algunos otra especie de vestidura de paño azul con capucha, que es el albornoz, y á veces otra como capa de paño ligero ó casimir, que se llama sudhen. El calzado lo componen las babuchas de cordobán ó tafite. El carácter de esta raza es el menos recomendable. Orgullosos, soberbios con sus inferiores, son viles y bajos para con sus superiores y de la servilidad mas repugnante con los poderosos. Entre iguales se tratan

con llaneza baladí y villana. Sus inclinaciones favoritas son la voluptuosidad, la ambición, la venganza y la ~~avaricia~~. No conociendo los placeres del estudio, del trato familiar, ni el recreo de los espectáculos públicos, se lanzan desesperadamente en la torpeza. Susplicaces y desconfiados, menos acaso por defecto natural que por efecto del yugo infame que los oprime y envilece, no hay vínculo ni título de amistad ó de parentesco por sagrado que sea, que no lo rompan y violen por satisfacer su codicia ó su venganza. Hasta en su aspecto hay algo de terrible ó de siniestro que no se puede arros-
trar sin horror y repugnancia.

La avaricia es el vicio que sobre todos sus vicios descuella; pero como no pueden gozar impunemente de sus riquezas sin escitar la codicia de sus amos y verdugos, las ocultan cuidadosamente. No hay palabra mas terrorífica para un moro que el decirle que es rico. Por lo demás son hipócritas y crueles y aborrecen á todos los extranjeros y persiguen á todos los cristianos cualquiera que sea la confesion que profesen.

Los árabes originarios de Hegiaz ó del Yemen se distinguen en Marruecos en dos clases; los que viven en las ciudades, y los beduinos ó errantes que vagan por los montes y campos. Así que el sitio que llena el aduar se plaga de insectos ó los alrededores agostan sus pastos, la colonia alza sus tiendas y vá á buscar mejor y mas cómodo asiento á la orilla de una fuente ó manantial, ó al lado de algun sepulcro ó santuario. No son coléricos y pérfidos como los moros; dan la hospitalidad al pasajero como en tiempos de los primeros patriarcas, y si empeñan su palabra, se puede contar ciegamente sobre ella. En cambio son los hombres

mas ladrones del mundo. Se precian de conservar en toda su pureza el idioma de sus padres, esto es, el dialecto coraixita que es el del Coran, y en verdad que sus costumbres, el género de vida que llevan y su existencia nómada y pastoril les identifica con los árabes del tiempo de Job si la religion se exceptúa.

Los hebreos entraron en el Mogreb-el-aksá en diversas épocas muy remotas las unas de las otras. Los que viven en las ciudades populosas y puertos de mar, son descendientes de los que fueron lanzados de Europa en diversos siglos, de Italia en 1342, de los Países Bajos en 1350, de Francia é Inglaterra en 1403, de España en 1492 y de Portugal en 1496.

Los que habitan entre los amazirgas vinieron al Africa en siglos muy remotos, y ellos mismos se llaman Philistin, palestinos. Se ha dicho que en algunos valles y quiebras del Atlante, existen pueblos de estas gentes que se establecieron allí, antes de la cautividad de Babilonia, y que conservan por consecuencia el hebreo en toda su primitiva pureza; pero este hecho curioso no se ha comprobado. En medio de la abyeccion en que vive esta raza infeliz entre los moros, los hebreos que habitan entre los bereberes gozan mas libertad y de cierta consideracion. Se atribuye tal distincion al convencimiento que tienen los amazirgas de que sus padres, antes de la venida del Islamismo y de pasar á la conquista de España, eran judayzantes como otras muchas tribus de la Arabia y Africa. Este hecho lo confirman los historiadores árabes.

Los negros son en Marruecos como en otras muchas partes un objeto de comercio y de tráfico. El número no es considerable. El negro en general es alegre y de buen

natural, y no taciturno como el moro. Tienen fama de ser muy fieles, y por tal razon desde tiempo inmemorial vienen formando la guardia del Sultan que es el nervio del ejército marroquí. La mayor parte vienen de Guinea, de la Senegambia y de la tierra de los felanos ó felates.

Los renegados, es clase que de dia en dia vá disminuyendo, siendo muy posible que desaparezca enteramente. Esto es hablando de los que fueron cristianos, pues el número de los hebreos que abraza el islamismo por causa del mal trato, ó buscando medios de venganza por ofensas recibidas, aumenta diariamente.

Los renegados cristianos provienen en su mayor parte de los desertores de nuestros presidios, de franceses, italianos y portugueses. El renegado es mal mirado entre los moros. No lo consideran como buen musulman, y hasta la cuarta generacion no se confunden sus hijos en la poblacion mora. Antiguamente solian los renegados hacer fortuna en el Imperio, no siendo raro el que algun elche (como ellos le llaman) se viera siendo de los primeros alcaides y vazires, todavía en 1825 se vió á un piamontés, llamado Antonio Pilotti y entre moros Ahmed Ben-Soliman, tener el mando de toda la artillería. Pero este tiempo ya pasó, y hoy día es seguro que ningun renegado podrá llegar á ningun puesto importante.

Cualquier cristiano que se permita decir: «No hay Dios, sino Dios, Mahoma es su profeta» (La ilah ila ilah mohamed rosili ilah) ó entre voluntariamente en alguna mezquita se le considera como musulman, y conducido ante el Cadi, se mira obligado á tomar el turbaute. Solamente los cristianos que pertenecen á na-

cion que tenga cónsul en el pais , pueden ser presentados ante él , y si por tres dias persiste en su resolucion queda irrevocablemente por musulman , sin esperanza alguna, ya para siempre, de poder dejar los estados del Sultan. Si es hebreo el que abraza el islamismo, ó tiene que confesar la divinidad de Jesucristo ó al menos creer que fué el mayor profeta antes que Mahoma , y que el nuevo testamento es el evangelio de Dios , y esto segun los musulmanes para seguir el órden de los tiempos , y para venir de grado en grado religioso á la mas perfecta creencia.

V.

De la agricultura pecuaria, caza y pesca.

En un pais en donde el despotismo agobia al pueblo tanto, no se puede hallar en las leyes ni ese respeto á la propiedad, que es el distintivo de los pueblos civilizados, ni en sus disposiciones ese conato incesante para proteger y estimular las producciones de la agricultura. Por lo mismo esta industria se halla en el propio estado á que la redujeron los árabes cuando trajeron el islamismo doce siglos hace, pues antes de ellos es sabido que todo ese pais se miraba cuidadosamente cultivado, asi en tiempo de los romanos como en los de los vándalos y godos. Asi pues, pésimo método de cultivo, instrumentos imperfectos de labor, indolencia de los naturales fiados en la fertilidad no desmentida del suelo, y las pocas necesidades que tienen, son causas que alejan de aquellos campos la no interrumpida cosecha

de variadas producciones de que debieran disfrutar.

Los cereales, elemento indispensable de alimento, y algunas legumbres forman todo el aparato de su agromía. El trigo en algunas provincias es el mas granado, el de mas peso, y el mas farináceo de cuantos se conocen, singularmente en Ducala y en las campiñas de Marruecos. En otras partes este grano no es tan aventajado, pero siempre es de mucho acudir. La cebada es mala por lo comun, y por lo mismo solo sirve para los animales y para cebo de gallinas y aves. El maiz se cultiva, aunque no con grande esmero, pues su siembra, y el cuidado que exige, parece demasiada tarea á aquellas gentes, siendo en las provincias meridionales en donde llama algun tanto la atencion. Hay una simiente en el pais llamada daráa por los moros, que viene á ser una especie de nuestra sayna, que es la base alimenticia de las clases menesterosas, y que acude por lo menos á ciento cuarenta por uno. La multitud de sus usos, y la seguridad de sus cosechas, le aseguran un lugar privilegiado en la agricultura marroquí, y así no es de estrañar el ver tantas y tan dilatadas campiñas consagradas á su sementera. La patata se cultiva tambien, aunque es necesario renovar la simiente, porque la del pais á la segunda ó tercera cosecha pierde todo jugo y sustancia.

Entre las legumbres, el garbanzo es el mas generalizado en el cultivo, y es lleno, grueso, blando, y muy alimenticio. Como el abono no se usa en la agricultura de los moros, dividen en tres hojas el campo, empezando al tercer año la que primeramente sembraron. Para la cebada y el daráa no se toman mas trabajo que arar lijera y someramente la tierra, arrojando despues

el grano dejándole así hasta la hora de cosechar. El arroz se cultiva también en las provincias meridionales, en donde la abundancia de aguas estancadas hace más fácil su cosecha; pero nunca es de superior calidad, y por ello el consumo que de este artículo hace la casa imperial y señores principales se abastece con arroz de los Estados- Unidos de América.

El riego se hace por medio de las norias cuando no se tiene agua de pie, y de ningún modo se encuentra en esa parte de África el sistema de irrigación que los árabes dejaron asentada en varias partes de España, y que llenan de admiración todavía á los agrónomos estudiosos.

En cuanto á los árboles no merece ninguno en Marruecos cuidado especial, si se exceptúa el olivo, cuyo aceite por lo acerbo y fuerte de su sabor dista mucho de calificación excelente. Por lo mismo su cultivo había decaído mucho, y con ánimo de reanimarlo en algún tanto es por lo que el emperador actual ha permitido su esportación, que anteriormente estaba prohibida. Las palmeras solo llegan á madurar y perfeccionar su fruto en las provincias meridionales y del lado allá del río Tensif. Del Argan ya hemos dicho que formando selvas frondosas del lado allá del grado treinta y dos de latitud, presta su fruto sin cuidado ni cultivo alguno.

La vid se cultiva con objeto solo de pasar ó de verdear su fruto, que es excelente, habiendo especie de uva cuyo grano límpido, esplendente, y brillando con los colores más vivos, iguala en medro al huevo de la paloma. En las cercanías de las ciudades marítimas es en donde algunos hebreos y cristianos suelen dar otra

aplicacion á las uvas, sacando para gusto y satisfaccion propia algun vino, que es agradable y generoso, como lo aseguran las personas que han tenido ocasion de probarlo.

En un país en donde no se dedica al cultivo ni la cuarta parte de la tierra, claro es que la granjería de los ganados debe dar ocupacion á una raza independiente y nómada, que considera como esclavitud insoportable el vivir dentro, de recintos cercados, ó cerca de sembrados, que es preciso custodiar á pié firme. Por ello una gran parte de la poblacion del Mogreb-el-aksá, así moros como amazirgas, viven del producto de sus ganados y rebaños. La oveja es la especie mas multiplicada, y sin exageracion se podrá hacer saber á 48 ó 50,000.000 de cabezas su número. Por una rareza que muchos han observado, se vé que el color blanco domina constantemente en esta especie, al paso que en otros países en las ovejas es muy comun el negro y otras pintas. Esta particularidad hace que vistan de blanco regularmente los moros del campo, al paso que los campesinos de otras partes ostentan en sus trajes el color oscuro y pardo que domina en la lana de sus rebaños. Despues de la oveja la especie mas numerosa es la cabra, que ascenderá su número de 10 á 12,000.000. Este animal es el patrimonio de los amazirgas y beduinos, que viven en las asperezas escarpadas y poco fértiles de varias provincias. Además de la doméstica hay otras especies de cabras monteses, que se confunden algunas veces con las gacelas y las antílopes.

El ganado vacuno abunda mucho en las provincias septentrionales del imperio, pudiendo ascender su número á 5 ó 6,000.000 de cabezas. Esta especie es estremada-

mente mansa en ese país, y no es raro ver que un toro llene y cumpla en el apero con todas las funciones propias del asno ó del mulo. La cecina hecha con la carne de buey es de gran uso entre los moros y árabes, y es buena de un año para otro. Las pieles son objeto de un comercio considerable.

El camello forma la parte mas apreciable del ajuar del árabe. Sóbrio, sufrido y bastandose á sí mismo por encontrar su alimento en los cardos y espinos del desierto, deja en entera libertad á su dueño para que aplique su esmero y cuidado á otro objeto y tarea. El camello sufrirá una carga de diez ó doce quintales si es grande; pero no pasará de siete si es de corto tiempo. Andan desembarazadamente diez ó doce leguas castellanas, y su número en el imperio lo hacen subir á quinientos mil.

Como en todos los países ocupados por los árabes, el caballo es en el imperio marroquí el animal doméstico mas noble, el mas familiar, y el que se cuida con mayor atención y cariño. El caballo bereber tiene la cabeza pequeña y alta, de traza muy sue'ta, menudo de cuartos, y de piernas delgadas, pero por los pechos y de frente cautiva mas la vista que el caballo árabe. Son mas bien pequeños que altos, pero aptos para soportar la fatiga, el frio y el calor, y para resistir al hambre y la sed; se les considera como de los mejores caballos del mundo. Es cosa probada con hechos repetidos que se puede viajar con ellos por treinta dias consecutivos de marcha de la mañana á la tarde, sin darles mas descanso ni alimento que el que la noche podrá proporcionar encontrándoseles firmes, robustos y contentos al fin del viage como al punto de arrancar. El caballo bereber es

de raza excelente, y acaso de sangre árabe.

Sin embargo de tan buenas cualidades, es difícil hallar un caballo verdaderamente bello en el Mogreb-el-aksa, siendo la causa de ello el que los moros no son solícitos como los árabes del oriente en conservar la pureza de las razas, ni cuidadosos en perfeccionarlas. Es imposible tener pasión y esmero por objeto alguno, en cuya posesión no se tiene seguridad, amenazada siempre por la rapacidad del despotismo. El número de los caballos del Mogreb-el-aksa no pasará de cuatrocientos mil, y su esportación está rigurosamente prohibida. En las provincias meridionales, en donde hay mas independencia, y singularmente en el Sus, suelen encontrarse caballos mas hermosos. Por eso los mejores salen de los pastos de Heha, Ahdá y Erhama.

Los mulos y asnos son muy comunes en Marruecos, y su número acaso ascenderá á dos millones. Un mulo de punta suele tener mas valor que un buen caballo, y no es raro que uno de estos pudiéndose alcanzar por doscientos pesos, no se logre por trescientos uno de aquellos. En las cercanías de Fez se cria una raza de asnos altísima que llevan ventaja á muchos mulos y caballos; además de tan ventajosa estatura, caminan con un portante tan cómodo y veloz, que los estiman mucho los ginetes, pagando por ellos mas que por un buen caballo.

No pasaremos en silencio la granjería de las abejas, que en las provincias septentrionales y entre los bereberes es de bastante importancia. No hay caserio, choza ó huerto en donde no se encuentre colmenar numeroso que proporciona dos veces al año abundante co-

secha de cera y miel, reputadas por las mejores del mundo.

En cuanto á la caza pocos hombres habrá que aventajen á los moros y amazirgas en agilidad, destreza y valor para este peligroso ejercicio. Al leon, al tigre, á la pantera, á los animales feroces los asaltan en sus breñas ó cavernas, ó los acechan en sus querencias ó abrevaderos hasta rendirlos y matarlos: otras veces les tienden redes ó les disponen trampas ó armadijos para que caigan en ellos y cogerlos vivos.

De los animales feroces aprovechan sus hermosísimas pieles, que aderezan y curten en Marruecos y otras partes, hasta suavizarlas como seda. La caza del avestruz es curiosa por extremo. Los cazadores escuadrados en turbas, persiguen al pájaro gigante echándole encima el viento. El avestruz que no vuela, comienza á correr rápidamente, acosándole los cazadores: cansado el pájaro de luchar contra el viento, que le hincha y abre las alas, vuelve cara y pugna por abrirse paso entre los cazadores, quienes entonces á golpes lo rematan.

La pesca es sumamente abundante en los rios y en toda la costa del Mogreb-el-aksa, y en algunas calas ensenadas de Errif y Gerret puede morir tanto pescado, que bastaria para el consumo del reino de Fez. Pero este es un ramo enteramente abandonado por los naturales, ya por su inerte indolencia, y ya por las socaliñas y gabelas con que agobian cualquier granjería, la codicia y la tiranía de aquellos bajáes y gobernadores. Por lo mismo las pesquerías de toda aquella costa se encuentran en mano de los portugueses y españoles, que sacan gran lucro de ellas, empleando muchos buques y brazos en este ramo provechoso. La pesca en

aquellos mares fué uno de los objetos que se tuvieron presentes en el tratado de Mequinez, reservándose por algunos de sus artículos ámpliamente á los españoles este derecho en toda la costa del Atlántico. Creemos oportuno dar fin á esta materia copiando á continuacion los indicados artículos.

PESCA.

Art. 35. A los habitantes de las islas Canarias, y á toda clase de españoles, concede S. M. marroquí el derecho de la pesca desde el puerto de Santa Cruz de Berberia al Norte.

Art. 36. Los españoles presentarán la licencia con que deben salir habilitados de los puertos de España ó Canarias al alcaide ó gobernador moro mas inmediato al sitio en que intenten hacer la pesca, y éste les asignará sin retardo ni dificultad los límites en que hayan de ejecutarla.

Art. 37. Cualquiera embarcacion española que se aprehenda por los marroquíes en su costa sin licencia para pescar, ó se haya acercado á ella por necesidad, ignorancia ó malicia, será entregada desde luego al cónsul ó comisionado de España mas inmediato, á fin de que examinando su causa, sea absuelto ó castigado el capitan ó patron por sus respectivos superiores, segun las leyes y ordenanzas que rigen en España.

VI.

Del estado de la industria, de las artes y del comercio en el imperio de Marruecos, y de las monedas, pesos y medidas.

Teniendo los moros tan limitadas sus necesidades, su industria no puede menos de ser reducida y mezquina. La opresion del gobierno que imposibilita el lujo, primer síntoma de la riqueza, y la bondad del clima, que deja pasar desconocidas ciertas exigencias indispensables en otros países, son las causas principales de tal atraso. En este país cada familia se basta á sí sola. La mujer hila, el hombre teje, y de tal modo, ocurren á la necesidad de su vestir con telas mas ó menos groseras, pero que como formadas de lana finísima, el uso y el lavado las pone cada dia mas blancas y delgadas.

En Fez se fabrican los bonetes que usa todo musulman, y que bastan para el consumo del imperio. Se tejen fajas riquísimas de seda y de oro, que valen desde dos hasta cincuenta pesos fuertes. Tambien se fabrican pañuelos de seda, cierta especie de tafetan y de damasco, y un hilo de oro de la calidad mas esquisita. Tambien hay en Fez gran número de batilhojas, de lapidarios, de joyeros y diamantistas que saben montar y engastar maravillosamente las piedras preciosas. El curtido de las pieles se hace en muchas partes, pero no con perfeccion, debiéndose exceptuar sin embargo los famosos cordobanes ó taliletos que se fabrican en

Fez, Tafilete y Marruecos. En muchas provincias, y singularmente en Ducala, son famosos los paños marroquíes, llamados por los moros alcatifah, de rica y diversa taracea de colores, y que se conocen por Europa con el nombre de tapetes turquescos. Se vende cada pieza desde tres hasta ochenta pesos fuertes. En otras partes el junco, el esparto, la paja, y la palma salen de entre las manos ágiles é industriosas del hombre ó de la muger, convertidas en azafates, canastillas, esteras y otros objetos curiosos y de valor. En Rabat y en Salé se fabrica muy buen jabon blando, y en Alcasar tienen fama los hornos de loza y cacharrería.

En una palabra, todo el mundo se basta á sí mismo; el suelo da pan, el pelo de la cabra y del camello materia con que cubrirse de los rayos del sol, el vellon de la oveja y las pieles del ganado vestido ó abrigo, y la leche, la carne y el queso, fruto de los rebaños, manjares con que alimentarse. Si alguno necesita algo que comprar ó le sobra para vender, en el mercado que se tiene cada semana en un lugar dispuesto para ello en la comarca, es donde se encuentran para sus cambios, y tratos. Allí los saltimbanquis, los charlatanes, los curanderos y cien otros juglares atraen y entretienen á los curiosos, y el gusto de solazarse ó la necesidad de curarse de alguna dolencia junta allí mas concurso que el deseo de vender ó de comprar.

COMERCIO.

El comercio de los habitantes de Mogreb-el-aksá puede dividirse en tres grandes ramos principalmente:

1.º El comercio con el interior del Africa por medio de las caravanas llamadas cáfilas ó accaba, segun

que son mas ó menos numerosas: la accaba es la agregacion de muchas cáfilas que se reunen para viajar en conserva.

2.º El comercio con Europa, que todo es marítimo, y del cual reporta el pais muchos beneficios.

3.º El comercio con Levante por medio de los peregrinos que van anualmente á la Meca, los cuales vuelven parte por tierra con las caravanas y parte por mar en los barcos cristianos.

Las caravanas que van al centro del Africa no son tan numerosas como las que salen para la Meca. No obstante, suelen traer consigo en muchas ocasiones de diez y siete á veinte mil camellos, aunque parezca extraño que el número de los hombres no pase de quinientos ó seiscientos, comprendiendo en este número los conductores de los camellos, los muleteros y los demás sirvientes. Las cáfilas, que constan por lo regular de ciento á ciento y cincuenta individuos, y de mil á mil y quinientos camellos, parten de Marruecos, de Tetuan, de Fez ó de Tafilete.

La primera pasa por Demnest, y se reúne á las otras en Tafilete, yendo todas juntas á Tatta ó á Akka, para atravesar juntas el Sahara ó gran desierto, que confina por la parte de Mediodia con el territorio de Mogreb-el aksa. Estas accabas ó caravanas agregadas se detienen en los confines meridionales del desierto en Taudeni y en El'-A'rauan para proveerse de sal. Desde allí se dirigen á Tumbuctú, donde encuentran otros comerciantes allí establecidos ó venidos de otras partes para hacer el comercio interior del Sudan, de la Senegambia y de Guinea, que consiste sobre todo en abalorio, cuernos de rinoceronte, incienso, oro en polvo, dijes y jo-

yas, grana ó cardamomo menor, asafétida, índigo y esclavos negros de uno y otro sexo.

Estos objetos, en que hay una inmensa ganancia, se cambian por sal, esclavinas, ceñidores, tabaco, puñales de Turquía, espejos y paño azul, que es muy estimado en los cantones del Tuat, de Mog'-alfri, y por las tribus del desierto, que poseen los pozos de la sal.

Es muy curioso el modo como se hacen los mercados en mas de un lugar de la Nigricia. Por un lado de una colina se colocan los moros moghrebinos, y por la otra los negros del Berci y del otro lado del Niger. Aquellos disponen sus mercaderías sobre la colina, y se retiran: los negros van á examinarlas, y sobre cada cabo ponen aquella cantidad de polvos de oro que quieren dar, y tambien se retiran. Vuelven despues los moros, y si encuentran con aquel polvo equivalente el precio de sus géneros, lo toman, y dejan allí sus efectos; si no, retiran sus mercancías; y si la cantidad de oro no se aumenta, queda nulo el contrato, y todos se separan. Si el mercado se cumple en común satisfaccion, se reúnen y viajan juntos quince dias.

El Oasis de Tuat, esto es, su capital Agabli, dista 30 jornadas de Tafielt, en el centro del desierto. Allí concurren otras caravanas que vienen de Argel, de Túnez, de Ghadama, de Tripoli y del Fezzan, y continuando reunidas su camino, se encuentran en los confines del Sudan con las de Marruecos, y parten juntas con ellas para el grande emporio central. De cuatro mil esclavos que anualmente se conducen al Mogreb-el-aksa, poco mas de la mitad quedan en el pais; la otra parte se manda á Argel y á Túnez por tierra. En la actualidad no es muy comun que entre los esclavos vengan euucos, de

modo que quizá no haya veinticinco en todo el imperio de Marruecos. Según los últimos cálculos, este ramo de comercio esporta para la Nigricia y la Guinea por valor de cerca de un millón de duros de mercaderías marroquíes, é introduce de retorno por más de diez millones en hermosas plumas de avestruz, oro en polvo, abalorio y esclavos; de cuya cantidad, más de las dos terceras partes van á venderse con mucho lucro en las regencias de Túnez y de Argel.

COMERCIO CON EUROPA.

Las primeras expediciones mercantiles que desde Europa se hicieron con Marruecos, parece ser que se remontan al año 1551, llevadas á efecto por un inglés llamado Tom-Windhan, que en su nave volvió con dos príncipes marroquíes, cuyos nombres se ignoran. Al año siguiente repitió su expedición trayendo de los puertos de Asfi y de Agadir cargamento de azúcar, dátiles y almendra. Desde entonces empezaron á concurrir en aquellos puertos las diversas naciones de Europa, naciendo de tal comunicacion y trato varios tratados de comercio, de que despues nos haremos cargo.

Los artículos principales que el comercio europeo saca de Marruecos son bastante variados: anotaremos aquí los principales y su importancia.

La lana se saca la mayor parte para Holanda y los puertos de Marsella y Génova. La cantidad llegará á mil doscientos quintales de á cien libras cada uno, siendo su valor regularmente el de cinco pesos fuertes por derecho de salida.

La cera se dirige á Cádiz, Liorna, Marsella, Lisboa y Lóndres, y la esportacion ascenderá á dos mil qui-

nientos quintales : cada ciento cincuenta libras valen cuarenta ó cincuenta pesos , siendo los derechos diez pesos.

La goma arábica y la almendra son artículos bastante importantes de esportacion, y mas que ellos, las pieles de cabra que dán para el comercio exterior ciento cincuenta mil docenas, que segun su calidad se pagan desde tres hasta cuatro pesos la docena, pagando ocho por aduana. Casi todo este artículo viene de Taflete y se despacha para Inglaterra.

El grano cuando se permite su estraccion es artículo de sumo valor : el mud ó fanega tendrá de precio un peso fuerte, y paga en la aduana desde otro peso hasta los de derecho, segun el beneplácito del emperador. Para dar una idea de la importancia de este artículo, diremos que solo de las llanuras que rodean á Dar-el-bayda se estrageron en un solo año en el reinado de Sidi Mahomed grano para cargar doscientos cincuenta buques de ciento cincuenta á setecientas toneladas, que pagaron por derecho de aduanas 5,257.320 pesos.

En fin, las plumas de avestruz, los dátiles, las aves y gallinas, los ceñidores ó fajas, los cordobanes y tafletes, miel, las astas, el regaliz y algunos tejidos de Tessa y de Fez, con otros artículos de menor importancia, forma el cuadro de la esportacion de Marruecos, que lleva en cambio toda suerte de tejidos de lana, algodón y sedería, azúcar, café, drogas, joyería, hierro, quincallería y estaño.

El comercio con el Levante se hace enteramente por medio de las caravanas de los peregrinos que ván regularmente todos los años á la Meca. Si por una parte cumplen los musulines con una obra de devocion visi-

tando á lo menos una vez en la vida el sepulcro del profeta , por otra se aprovechan de esta oportunidad para mantener un comercio considerable con el pais por donde hacen su peregrinacion.

La caravana se reúne en Fez , siete meses despues de la festividad del nacimiento del profeta. Tres clases la componen : los bereberes , los mercaderes , y la gente de la corte.

A los primeros no se les exige formalidad alguna para el viaje : los segundos necesitan licencia del gobernador de la provincia , y los empleados ó gente de corte piden licencia al sultan , que no la concede si no está convencido de que están en disposicion de satisfacer los gastos del viaje.

Esta peregrinacion se hace de dos maneras : ó bien por la via de tierra , ó bien parte del camino se hace por mar. En la ciudad de Teza es en donde se convoca la primera asamblea de los peregrinos ; pero hasta Fez no forman su pacotilla los comerciantes , ni los devotos hacen sus provisiones que les han de durar hasta Trípoli ó al menos hasta Túnez. A punto todas las cosas , se pone en camino la caravana , invocando á Dios y al Profeta. Los camellos y acémilas cargadas de provisiones , abren la marcha ; siguen despues los peregrinos , que caminan á pié , ya por causa de su pobreza ó por motivo de mayor mortificacion , y cierran la marcha los peregrinos que cabalgan á mula ó á caballo. A la aurora se comienza á caminar , al medio dia se sesteaa y come , y á las cuatro se hace alto y acampa para descansar y volver á la tarea al romper el alba. La caravana se interna en el continente , dejando á la izquierda á Tlemecen , Argel y Túnez , y en Cairewan se dá tiem-

po para que se reúnan otros peregrinos que vienen de Occidente. Entretanto los mercaderes van á Argel y Túnez á vender unas mercancías y comprar otras. En Trípoli y Alejandría compra la caravana las provisiones necesarias para el resto del viaje, que es de seis ó siete meses, en cuyo tiempo no toman gran enfado los mercaderes, que ván comprando y vendiendo de ciudad en ciudad con lucro y ganancia considerable.

Juntas las Caravanas en la Meca, se encuentran con la fèria mayor que acaso pueda celebrarse en el mundo entero, que dura cinco meses, y que concluye pocos dias despues del Corban, ó sea fiesta del sacrificio de los corderos, único tiempo hábil para ganar los peregrinos el título y dictado de *hhagi*, tan glorioso para un musulman. En esta feria se reúnen mas de doscientos mil hombres, con gran aparato de cien mil caballos y camellos, viniendo de todas las partes del mundo, en donde Mahoma es tenido por el profeta de Dios.

Concluida la festividad del Corban, los peregrinos se emplean enteramente en especulaciones mercantiles. Las principales mercancías que los peregrinos esportan de Marruecos son el índigo y la cochinilla, las pieles, las plumas de avestruz, y los tejidos de lana de Fez, Tefza y Tafiète, cuyos géneros cambian por telas de algodón, sederías y otros varios productos de la Turquía, de la Arabia y del Egipto.

MONEDAS, PESOS Y MEDIDAS.

Las ciudades de Fez, Marruecos, Mequinez, Rabat y Tetuan tienen *zecas* donde se baten monedas de oro, de plata y de cobre. Antiguamente estaba confiada la

direccion de estas zecas á los hebreos, que rebajaban sin escrúpulo el valor intrínseco de la moneda; pero conserva siempre el mismo valor de cuenta y de cambios.

Las monedas de oro son: la dobla, cuyo valor es de diez pesos fuertes; el *bu' t' zhi* ó butaca, que quiere decir el padre de la fuerza, de donde viene el nombre de patacon, ó piastra doble, que vale dos pesos fuertes; el *metbu-o* ó ducado de oro, que vale uno y medio. Un *mistcal* es moneda imaginaria; pero corresponde á diez *ukias*: diez y seis de estas monedas hacen un peso fuerte de la nuestra.

La mitad de un ducado se llama *nusf*, y vale 27 mozunas, ú onzas $6 \frac{3}{4}$. De plata hay: el real redondo y cuadrado, que equivale á la peseta nuestra: la *ukia* ú onza, llamada tambien rial *em-taa' sidi Embammed*, esto es, real ó peseta de Mohammed, las cuales valen cuatro mozunas, que llamamos blanquillos. El valor intrínseco de la *ukia* es de tres mozunas y media. La moneda de cobre se denomina *fols*, y en plural *flus*: cuatro de estas monedas hacen un cuarto, veinte y cuatro una mozuna, y noventa y seis una *ukia*; y segun esta proporcion, cien libras de cobre deben dar ciento cincuenta *ukias* en catorce mil *fluses*. Conviene guardarse de las mozunas de plata, porque la mayor parte están falsificadas por los hebreos. La *ukia* es lo mismo que el *darham*, ó *dracma* de los antiguos.

La moneda mas corriente del pais es nuestro peso fuerte que equivale á diez y seis *ukias*, tres de las cuales hacen una peseta: de modo que cinco de estas hacen una peseta: de modo que cinco de estas hacen un duro ó peso fuerte. La circulacion de la dobla de oro y sus

fracciones está autorizada en el país; pero están sujetas á cierto agio que depende de la mayor ó menor cantidad que de ellas se encuentra. La esportacion del oro y de la plata acuñados está rigorosamente prohibida: pero la introduccion vá exenta de todo derecho, excepto las pesetas, que pagan el doce y medio por ciento sobre la suma importada.

PESOS.

El quintal ó cántaro comun del Mogreb-el-aksa contiene cien libras del país, y corresponde al inglés de 412 libras, igual á 45,775 kilogramos. Hay además de esto otro cántaro ó quintal, y pesa 75 libras, y un cántaro grande pesa en Asfi 125, y en Rabatt y Salé 150. Con este último se pesa la carne, la manteca, la fruta, el aceite y el jabon, y en la aduana la cera y el hierro. Un cántaro comun iguala en el peso á 4,680 patacones ó pesos fuertes, y por él se computan en la aduana los derechos de lana, el aceite, el cobre, los cueros, etc. La libra es de dos clases; la grande y la pequeña; aquella se divide en 28 onzas y esta en 16.

MEDIDAS.

El mud ó sea almud de grano en Rabat, Dar-el-beida, Asfi y Mogador, y no en los demás puertos del territorio de Marruecos, es sobre poco mas ó menos la tercera parte de una fanega. Cuatro almudes hacen un sahh, que pesa mas ó menos, segun el tiempo y el lugar, y sirve para pesar, además del grano, la cebada, la sal y el aceite de Argan. El almud se divide en mitad y en cuarta parte. En muchos lugares hacen uso de nuestra fanega con todas sus divisiones. La medida

del aceite se llama cula ó coula; pesa 22 libras del cántaro grande, y tiene un vacío de 764 pulgadas cúbicas, ó 15,456 milímetros: no tenemos noticias de otras medidas de capacidad para líquidos.

La medida lineal ó de longitud se denomina Dhratá, y los cristianos codo, cubo ó braza, que corresponde á 5,51 decímetros, de modo que 400 codos hacen 86,92 brazas de Liorna, y se divide en ochos partes, que se llaman tomines. Cualquiera medida lineal extranjera es llamada por los moros cula, vocablo que quiere decir mala lengna.

Las bancarotas de los comerciantes las llaman los moros kerat. Los que vienen á este trance están obligados á manifestar lo que han hecho de sus bienes y de sus mercancías, y si se prueba que se han perdido sin dolo ni culpa, quedan exentos de toda pena; pero si ha habido negligencia ó mala fé, los deudores son reducidos á prision hasta que satisfagan á sus acreedores.

En el tiempo de Muley Suleyman se publicó, sin embargo, un edicto, por el cual los hermanos ó parientes del fallido, en caso de insolvencia, hubieran de pagar sus deudas, y no teniendo, que el insolvente recibiese cada mañana al salir el sol sendas bastonadas para recordarle su deuda.

Concluiremos estos apuntes relativos al comercio, diciendo que desde el tiempo del citado emperador Suleyman, el cuerpo consular de Tánger está autorizado con todas las atribuciones de junta superior de sanidad, pues todas las cuestiones relativas á este punto exclusivamente, llevándose á efecto sus decretos con entera inhibicion de las autoridades locales del pais.

Todos los barcos apestados ó sospechosos que llegan

á los diversos puntos del imperio, son dirigidos á Tánger para hacer la cuarentena, desde donde acaso se despachan para Mahon si vienen demasiadamente infestados.

VII.

De los impuestos y recursos del imperio, de sus gastos, y del tesoro imperial.

Siendo el Sultán de Marruecos señor absoluto de cuanto existe en sus Estados, no puede fijarse con exactitud la cuota de sus recursos, pues depende solo de su omnímoda voluntad en dilatarlos hasta donde alcancen los bienes de sus esclavos. Sin embargo, para hacer el yugo menos insoportable, y conservar alguna sombra del derecho de propiedad, se contentan los Sultanes con los impuestos que prescribe el Alcorán á los introducidos por la costumbre, salva esta ú aquella innovacion que el trascurso del tiempo y el ejemplo de otros pueblos autoriza, y que admite sin repugnancia la docilidad y sumision de los pueblos.

El impuesto prescrito por el Alcorán se reduce al diezmo (a'shara) contribucion conocida desde lo mas antiguo entre los pueblos agricultores por ser lo mas natural y menos oneroso para el cultivador. Segun el código de Maleke, cuyas disposiciones son las que se siguen en Marruecos, esta prestacion es la cuarentésima parte del producto del terreno ó de los ganados, recolectándose en especie por lo regular sin oposicion alguna.

Las especies se recojen en grandes almacenes ó depósitos en las ciudades, y lo que sobra, despues de atender al gasto de la casa imperial, y de las asignaciones que sobre ellas se hacen para el ejército y la marinería, se vende en beneficio del emperador.

Hay otro impuesto llamado Naiba que quiere decir contribucion ó contingente directo que se exige de los árabes y beduinos que viven fijos en los campos ó que vagan por los desiertos, singularmente en las provincias de Xiaus, Riff, Hasbat, Temsena, Xiaboia, Tedla, Guzzola, Sus y otras. Este impuesto ascenderá de cincuenta á sesenta mil duros al año, que se reparte por los xeques de los respectivos aduares, segun la posibilidad ó riqueza de cada individuo. Algunas veces la exaccion de este impuesto provoca grande estrépito ó por pobreza del contribuyente ó por mala voluntad.

Entonces en virtud de una relacion que del caso se hace al emperador se despacha una escuadra de soldados negros que llegando al hogar ó tienda del renitente le embargan tres ó cuatro veces el valor de lo que deben sus mejores efectos, caballos, mulos, camellos ó dinero, llevándoselo preso si es habido. Algunas veces nacen de aquí reyertas y animosidades que comenzando por un choque con los soldados concluyen en una rebelion abierta como sucedió en 1819, originándose guerras sangrientas y la devastacion de provisiones enteras.

Los judios pagan otra contribucion llamada (dja-zia), esto es, reconocimiento de vasallaje, tan antiguo como el Koran, y que no es muy dura ni crecida, repartiéndose en las principales ciudades del imperio, en donde habitan los hebreos, esceptuando empero los

de Asfi y Aguer por su estremada pobreza. Además de esto cada judío mayor de 13 años paga anualmente un *mitcal* ó ducado de oro, que vienen á ser cuatro pesetas, por via de capitacion.

El ramo mas productivo de las rentas del imperio es el de las cargas ó derechos impuestos sobre las mercaderías, comestibles y otros géneros que entran en las ciudades y en los mercados, y en la contribucion que pagan las tiendas, los puestos públicos, los molinos, las joyerías y demás. Este impuesto se llama *el enkes*, esto es, derechos reunidos. Su repartimiento no tiene base alguna fija; es toda arbitraria y casual é impuesta sin igualdad ni regla sobre las ciudades, los mercados y los individuos mas opulentos.

El beneficio que se saca de la acuñacion de moneda fuera de poco valor visto el poco movimiento que tiene la moneda; pero el sultan corrije este defecto con liga de la plata, pues de cada pesoduro español que vale cinco pesetas saca en moneda marroquí cerca de siete pesetas y media. Este derecho de braceaje se llama (*Kes el derab*).

Los derechos de aduanas llamados *avaid-el-gumrug*, conocidos desde muy antiguo en el imperio de Marruecos, se exigen sobre todos los géneros que salen y entran en el territorio.

Antiguamente esta renta se administraba por los judíos mediante un arrendamiento pagado al sultan, pero ahora administra este la renta directamente por medio de amines ú hombres de confianza puestos en cada puerta de mar ó en todo punto por donde pasen los comerciantes y las caravanas que trafican con el exterior. A esto es necesario agregar el derecho de ancoraje (el.

mostaf) que satisfacen cuantos buques estraños anclan en las diversas escalas de la costa.

El estanco (et-tahhuit) de ciertos artículos, como la cochinilla, el hierro y otras mercancías, cuya introduccion ó está prohibida, ó se hace solo en beneficio del emperador, es otra partida de ingresos, á la cual es necesario añadir el kerá ó el tanto que pagan los camellos, caballos, almacenes, casas, huertos, jardines y demás pertenencias del patrimonio imperial ó del Estado.

Las multas y penas pecuniarias, llamadas eldeiat, esto es, la redencion que se saca de los individuos ó de la comunidad por causa de homicidios, asesinatos, robos y otros delitos, cuyos autores no pueden descubrirse, forman con las confiscaciones, los derechos de las herencias y la sucesion de los que mueren sin herederos legítimos, una partida muy cuantiosa en los ingresos del Estado.

A esto es necesario agregar el hadeia ó regalos y tributos que hacen anualmente los cónsules de los respectivos gobiernos cristianos acreditados cerca del sultan, y tambien los derechos que este príncipe recibe en las audiencias ó mexuar, que dá cuatro dias por semana, administrando justicia públicamente.

El siguiente estado comparativo de los recursos y gastos del imperio de Marruecos tomado de la curiosísima obra del señor Hemsó, llamado Espejo del imperio de Marruecos, demostrará cuáles sean las cargas y los recursos del sultan. Estos datos merecen entera fé, puesto que están tomados casi originalmente de los cuadernos de la córte de Muley Suleiman cuando estuvo en Tánger en 1821.

INGRESOS.

	Pesos fuertes.

1. El Ashara ó diezmo.	450,000
2. La Naiba ó contribucion directa. .	280,000
3. La Djazia y otros impuestos sobre los judios.	30,000
4. El Ankes ó derechos reunidos. . .	950,000
5. El Kesb-ed-derab ó acuñacion de moneda.	50,000
6. El Anaid <i>guimrug</i> ó derechos de aduana.	
A saber: en Tetuan.	40,000
Tanger.	35,000
Arzilla.	3,000
Larache.	20,000
Momora.	4,000
Sale y Rabat.	70,000
Dar-el-baida casa blanca.	20,000
Azamor.	10,000
Mazagan.	15,000
Asffi ó Saffy.	10,000
Suirá.	170,000
Aguer ó Santa Cruz.	3,000
	400,000

7. El Tahhuit ó estanco.	25,000
8. El kera ó arrendamientos del patri- monio.	40,000

9.	El deiat ó derechos del fisco.	450,000
10.	El Hadaia ó regalos de los cónsules y mercaderes cristianos y dona- tivos de los que piden audiencia.	225,000
	Suma total.	2.600,000

GASTOS.

1.	Sostenimiento de la casa imperial del Heren, de las caballerizas, salarios, etc.	410,000
2.	Entretención y conservación de los palacios, jardines, fortalezas, etc.	65,000
3.	Regalos y presentes ofrecidos á la Meca, á los xerifes de Tafilete y á los santuarios y mezquitas.	65,000
4.	Sueldos de algunos gobernadores y alcaides como los de Tetuan, Tánger, Suirá, etc.	50,000
5.	Sueldo, mantenimiento y equipaje de ejército de tierra.	650,000
6.	Sostenimiento de la marina militar.	30,000
7.	Sueldo de algunos cónsules en Eu- ropa, regencias berberiscas y en Levante.	45,000
8.	Correos, postas y veredas.	5,000
		990,000

Comparando pues los gastos con los ingresos, se echa de ver el ahorro que anualmente se hace de un millón seiscientos mil duros que entran á aumentar el tesoro sepultado en Mequinez, y del cual parece oportuno dar alguna idea.

El tesoro imperial se llama el beitul-mel, esto es, casa de las riquezas, que no puede considerarse como erario público ó del Estado, sino como una propiedad particular del sultan. Estas inmensas riquezas se miran sepultadas en un edificio erigido espresamente para el caso en la ciudad de Mequinez de los Olivares, y custodiado por una guardia de dos mil negros. Al edificio lo cerca un muro macizo y fortísimo cubierto de la misma manera, formándose los techos con barras robustísimas de hierro. En lo interior hay otro muro y otra fabrica no menos fuerte que la primera y aquí se encuentran las cámaras ó estancias rebosando de oro y plata. Para entrar en cada cámara se pasan cinco puertas de hierro, cerrándose cada una con cinco cerraduras cuyas llaves se miran siempre en las manos del sultan ó de la sultana favorita.

Se cuenta que antiguamente eran víctimas del veneno ó del puñal las personas encargadas de depositar en este alcazar de tiempo en tiempo los tesoros acumulados para evitar el que se divulgasen las señas de aquel sitio sagrado; pero segun se dice parece que se ha desterrado medida tan bárbara en la política de aquel emperador.

VIII.

De las fuerzas del imperio, así de tierra como de mar: de la organización del ejército y modo de batallar.

Como los Estados de Marruecos poco ó nada tienen que temer de los ataques de los enemigos exteriores, casi toda la fuerza armada se emplea en mantener la paz interior y en recaudar los tributos. El ejército marroquí puede considerarse dividido en tropas de rey, á que ellos llaman Almagasen, y en tropas de los gobernadores ó bajaes, que son unas verdaderas milicias. Las primeras reciben su estipendio del emperador, y las segundas ó son á cargo de las respectivas ciudades ó disfrutan solo de alguna pequeña suerte de tierra, que cultivan con sus mismos brazos. El ejército activo ó almagasen es hoy dia muy reducido, y acaso no llegará á 16,000 hombres, negros la mitad de ellos. Algunas veces el ejército se compone de 32,000 hombres, como en tiempos de Sidi Mahomed por los años de 1789, distribuidos en esta forma: soldados negros 22,500, divididos en ocho cáfilas ó regimientos, acantonados en catorce diversas guarniciones: 4,000 ludajas ó árabes del Gran Desierto, y 5,600 moros á caballo de las provincias militares de Erhammena, Zorara, Zabanet, Zedma y Ducala. Mas esta fuerza respetable, que fácilmente y en caso de necesidad podría ser llevada al diez tanto haciendo el llamamiento de las milicias del país, y

á la caballería de los árabes y de los beduinos, apenas asciende hoy, como ya hemos apuntado, á la mitad, siendo de ella ocho ó nueve mil hombres de á caballo. Fez, Marruecos y otras ciudades principales tienen su milicia urbana, á la que se reúne en caso de alarma ó de rebato la gente hábil para tomar las armas que se encuentra en los alrededores, alternando con perfecta igualdad en el servicio con los soldados del ejército, pero sin obligación de salir del distrito ó circunferencia de la ciudad ó provincia. En cada plaza hay algunos artilleros, que no pasan de 2,000 en todo el imperio.

Los soldados de tropa reglada, y muy particularmente los que residen en la corte y forman la guardia del emperador, reciben cada año dos camisas y dos pares de zarwil, un castan de paño encarnado y un *sulhen* turquesco, teniendo de haber diario cada uno desde un mozuna hasta diez, que equivale desde diez hasta cuarenta cuartos, facilitándosele además el fusil y armamento. Muchas veces el emperador proporciona á estos soldados algunos provechos, nombrándolos para escolta de los cónsules, embajadores ó viajeros y mercaderes ricos, y otras les hace algun pequeño regalo para sus mujeres, ó en la época de la circuncision de sus hijos.

Cuando el sultan vá á entrar en campaña llama primero á sí á todos los soldados que puede sacar de las guarniciones, dándole á cada hombre desde doce hasta veinte duros, y dos ó tres á la mujer, por título de paga para todo el tiempo que dure la expedicion. Despues manda al bajá de cada gobierno que levante tanto número de milicias, quien á su vez previene al xeque de

cada aduar que llame el número prescrito, que es de uno por cada diez jaymas ó tiendas, cuando el contingente de la provincia es de mil hombres, ó de cinco por cada diez si el contingente es de cinco mil, y así adelante en proporción hasta alistar á todos los hombres capaces de tomar las armas. El número que falta al contingente de una provincia lo suplen las otras, mediante la retribucion de cinco ducados ó veinte pesetas por cada hombre, que son satisfechos por el sultan en el acto de recibir las armas.

Si una parte solo de las provincias militares es llamada á las armas, las que se miran exentas tienen que pagar cinco ducados por cada hombre de los que deberian haber alistado, y esta suma se amplia todavía si dura mucho la campaña. Además de esto deben suministrar á la gente alistada cuanta pólvora necesiten, caballos, armas y otros menesteres, fuera de tomar á su cargo el cultivo de las tierras y el cuidado de los ganados del soldado ausente.

Cuando se forman los grandes ejércitos, el gobernador ó bajá manda las tropas en cada provincia, estando á su cargo además el cuidado de proveerlas de víveres y municiones. La guardia del emperador vive siempre sobre el pais en la provincia en donde acampa. Los mocadenes ó coroneles siguen en gerarquía á los bajás, y despues de estos los alcaides ó comandantes que mandan desde 25 hasta 500 hombres. El comandante de 2,500 soldados se llama caid-el jansi, esto es, jefe de cinco batallones de cada 500 hombres. El generalísimo de las tropas es el sultan, y en ausencia suya uno de sus hijos ó cualquier otro de los príncipes de la familia.

Por lo general el soldado marroquíes muy bien tratado por sus jefes, y por lo mismo es sumiso y obediente, y en la función intrépido, resuelto y lleno de ardimiento y buena voluntad. Es diestrísimo tirador así á pié como á caballo, y en este ejercicio tiene todavía las mismas cualidades de agilidad y rapidez que sus antepasados los compañeros y soldados de Juba y de Masinisa.

Los xiloes sobre todo son incomparables hombres de á caballo. Cuando se dá una batalla, la caballería, que es siempre el nervio de la fuerza, se divide en dos partes iguales para formar las dos alas del ejército, que siempre se despliega en forma de media luna, ocupando, si la hay, la infantería el centro. Al dar la señal de acometida se recita devotamente alguna aleya del Alcorán, se grita el *la ilah ela ilah*, que se repite con horrendo alarido, y se embiste animosamente al enemigo. Es cierto que si se resiste al primer ímpetu de aquellas turbas fanatizadas y mal ordenadas, y si se les conturba con evoluciones rápidas, impetuosas y no previstas, se desordenan, vuelven la espalda, y ya en fuga no son muy diestros en rehacerse. Les falta en sus ejércitos artillería diestra y bien servida, y no tienen ni una idea de la táctica ni del movimiento de las masas. Su género de pelear es todo de ímpetu y de esfuerzo momentáneo: son muy diestros para las sorpresas, y no lo son menos para huir de las emboscadas y trances que se les quieren armar. Si en los principios alcanzan alguna ventaja son temibles por extremo; pero si, como dejamos apuntado, son bien recibidos y rechazados, fácilmente desmayan, como hombres que no tienen mas prenda militar que el valor y que juzgan ver el fallo

inevitable de la fatalidad en cualquier revés de fortuna que sufren.

Las fortalezas del imperio que tienen guarniciones permanentes son veinte y cinco, de las cuales estas cuatro, Keit Rosum, Gerari, Uled-Auvar é Roia, defienden la capital Marruecos. Las otras son Mequinez, Fez-gedid, Tánger, Larache, Al-Cesar, Salé, Dar-el-Bayda, Azamor, Mazagan, la Cazaba ó residencia de los alcaides de Biled-Meskin, Ducala, Alida, Xelma, Saira, Tarudante, Demuese, Hagat, Aguer ó Santa Cruz, El Medr-gara, Erisani, Casar-Mulay-Manun y Taflete. Las fortalezas situadas en las costas no están mal fortificadas ni artilladas, pero sin embargo no hay alguna que pueda resistir largo tiempo el poder de un ataque bien dirigido. Las principales son Suirá, Mazagan, Astfi, Azamor, Rabatt y Salé, Larache y Tánger. Las baterías por lo regular no están lo mejor construidas, siendo un servicio de lo menos adelantado, pues los artilleros apenas saben manejar el espeque y el escobillon.

Cada una de las plazas de Suirá y Tánger tienen setenta cañones de bronce del calibre de 8 á 24, ciento cincuenta á ciento setenta cañones de hierro de los mismos calibres, y diez ó doce morteros de varias dimensiones. Los obuses no se conocen entre los moros, Rabatt, Larache y Astfi pueden considerarse como la mitad menos fuertes que Suirá y Tánger: en cuanto á Mazagan y Azamor se les mira solo como simples castillos ó ciudadelas.

En Salé es en donde se encuentran los mejores medios de construcción y el arsenal marítimo del imperio. Cuando Muley Suliman subió al trono en 1793, la ar-

mada marroquí se componia de diez fragatas, cuatro bergantines, catorce galeras, y diez y nueve barcas cañoneras, tripuladas por seis mil ó mas intrépidos marineros; pero hoy se encuentra tan disminuida esta escuadra, que solo cuenta con tres bergantines ó goletas que apenas contendrán cuarenta cañones, y con trece cañoneras apostadas en las bocas de los rios de Buregreb, de Lucos y de Martil en Tetuan.

Toda la marina militar no cuenta hoy ni con mil quinientos hombres entre oficiales, marinería, soldados, constructores, empleados y operarios, derramados en los puertos de Tetuan, Tánger, Larache, Salé, Rabatt y Suirá, si no están en corso á bordo de sus desmantelados buques. En algunos de estos puertos se encuentran todavía habilísimos trazadores y carpinteros de ribera; pero en cuanto á la maniobra, la táctica naval, las ciencias exactas aplicadas á la náutica y á otros conocimientos de tal calibre, tendrá en todo caso el emperador, cuando lo necesite, que valerse de los europeos que sin dificultad le consagrarán sus servicios si son bien pagados y favorecidos.

IX.

De la religion, de las leyes, del soberano, de los ministros y de la administracion municipal del imperio.

Siendo Marruecos un Estado perfectamente despótico, el sultan dueño absoluto de cuanto poseen sus súbditos, que hasta la vida que viven no la tienen sino

en depósito. El emperador toma el título de Arnir-el-mumenin ó príncipe de los fieles, ó bien se llama también Califa-el-Haliqui, que tanto monta como vicario de Dios sobre la tierra.

Por estos dictados se echa de ver que el soberano de Marruecos es cabeza también de la religion, lo cual hace su imperio mas seguro cuanto mas insoportable. La familia que manda en Marruecos presume descender en línea recta, y siempre de varon en varon, de Fátima, la perla, hija única del profeta legislador, lo cual ha hecho creer á aquellos fanáticos que su soberano debe ser xerife, esto es, noble, descendiente de Mahoma. A pesar de esto, la religion de Marruecos no es la que profesan los discípulos de Alí, sino el mahometismo, según la secta de los Sunnitas. Esta rama de los xerifes se estableció en el imperio á mediados del siglo XVII, vinculando el trono hereditariamente en su familia. Desde este tiempo suceden regularmente los hijos mayores del Sultan á sus padres, no sin guerras y disensiones, pues todos sus hermanos le disputan el trono, sostenidos por sus partidarios ó por los habitantes de las provincias en que habitan ó gobiernan. Regularmente el que logra apoderarse del tesoro imperial logra al fin sobreponerse á sus rivales. Los hijos de las cuatro mujeres legítimas que permite el Coran son los preferidos, y el que tiene por madre una mujer del linage de xerifes tiene un título de superioridad que todos le reconocen.

Los hijos de esclavas negras no pueden suceder al trono, bien que esta regla tiene sus excepciones, pues se han visto en el imperio á Muley Arxid y á Muley-Is-mail que tenían tal origen, de donde nace que los xe-

rises de la familia imperial tengan un color mas oscuro y atezado que el resto de los moros. Los descendientes de Muley-Xerif, que fué el fundador de la dinastía, pasan hoy dia de cuarenta ó cincuenta mil, que viven la mayor parte en las provincias de Tafílete.

El Sultan que hoy reina nació en el año de 1778, de modo que cuando murió en 1794 su padre Sidi Hixem, que reinó pocos meses, se encontraba todavía en muy corta edad, de donde no pudo estorbar que su tío Sidi Suleiman se apoderase del trono, manteniéndose en él hasta su muerte, en cuyo trance entregó el poder á su sobrino, convencido como estaba de que nadie como él podia volver la paz al imperio y la tranquilidad, por el buen nombre y respeto que habia alcanzado por su discrecion, templanza y prudencia. Abd-el-rahman cuando murió su tío Suleiman se encontraba de gobernador ó bajá en Suirá ó Mogador, y entrando en el imperio pronto sosegó todas las provincias.

En Marruecos no hay como en Turquía un cuerpo de ulemas ni un Malti encargados de decidir los grandes asuntos religiosos y canónico civiles con independencia absoluta del emperador. Aquí todo lo resuelve el sultan por sola su voluntad omnimoda y absoluta, y para mas imprimir en el ánimo del pueblo, que todo lo conoce, lo manda y lo ordena el emperador, no hay ministros propiamente dichos. Una junta reducida en número y compuesta de algunos tios ó parientes del emperador, de ciertos cadís ó legistas, y de los primeros oficiales de la guardia, forma el mezles ó consejo, que tanto quiere decir como concurso que está sentado. Todos aplauden las inspiraciones del sultan. Uno de es-

los cortesanos ó mokaseni ó sajebi-sidina (compañeros ó amigos de nuestro señor) desempeña las funciones de wasir ó primer ministro, á quien tambien suelen llamar Keteb-el amir, esto es, secretario del príncipe, y es quien se comunica con los cónsules cristianos. Otro cargo de grande importancia es el mula-et-tabaa, esto es, el guarda-sellos, que es quien guarda é impone ante la presencia del sultan el gran anillo imperial, que además de contener todos los nombres y títulos del emperador, lleva tambien algun versículo ó sentencia del Alcorán.

El copero ó mula-el-teia es por lo regular el favorito del sultan y quien posee toda su confianza. En cuanto á ministros de hacienda, tesoreros y demás empleados de esta clase, no hay la menor idea, pues el emperador es el solo guarda y custodio de sus tesoros. Es verdad que para el gasto de la casa imperial hay un encargado ó despensero, á quien llaman mula-et-tesse-rad ó encargado de pequeños gastos, que regularmente lo es un hebreo. Por lo demas, los empleados son muchísimos, pero no tienen sueldo ni asignacion por el sultan, ni emolumentos fijos, y los gastos de sus viajes y desembolsos que tienen son gratuitos, quedando á su ingenio y buena maña el reembolsarse con creces del trabajo que toman y del perjuicio que sufren.

El sultan dá audiencia pública (mesxuar) cuatro veces por semana, montado á caballo, rodeado de sus grandes, y á la sombra de un parasol verde que sostiene el alcaide principal, que es lo que en Marruecos se tiene por distintivo de la soberanía. En estas audiencias es donde se reciben los embajadores, los cónsules, los viajeros, los mercaderes y demás extranjeros, tra-

tándose todas las cosas públicamente. Si la naturaleza del negocio requiere secreto, entonces se nombra para el efecto una persona de confianza. Nadie es admitido á una audiencia del sultan sin ofrecer un donativo proporcionado á las riquezas que disfruta. Los extranjeros tienen que regalar tambien á los cortesanos del sultan, que tienen buen cuidado de suscitar nuevos embarazos para que las dádivas se multipliquen.

Los bajáes para obtener sus audiencias regalan caballos, joyas, esclavos y dinero; los particulares telas, pieles, tapetes y otros objetos, y hasta los menos acomodados acuden con un mal rocin, ó con gallinas y otros presentes miserables para alcanzar la audiencia del emperador.

Los bajáes, los alcaides, los califas administran la justicia personalmente como el sultan, imitando exactamente su despotismo. A pesar de todo, la justicia es pronta y severa, teniendo todos por norte de conducta el principio de que el empobrecer el pueblo es quitarle el deseo y los medios de rebelarse.

Los asuntos litigiosos sobre compras y ventas, préstamos, esponsales, divorcios y demás se deciden ante el cadí, quien para ello se encuentra sentado á la puerta de la ciudad dando su audiencia. Los interesados defienden por sí mismos sus negocios, aunque se les permite encomendarlo á un wayuil ó procurador. En derredor de los cadíes asisten los adul, escribanos, y los kotebi, escribientes, que dan fé de los actos y los estienden por escrito. El Koran y los comentarios de Malek-Anes son la pauta á que ajustan sus decisiones y sentencias los que administran justicia. Si alguna de las partes no se conforma al fallo del cadí, pueden alzarse

al sultan ; pero esto sucede raras veces por temor de los gastos y de perder la cosa litigiosa , como á veces acontece.

La justicia criminal es cruel y espedita. En cuanto á las culpas leves se redimen regularmente con multas pecuniarias ; despues se aplica la bastonada ó la flagelacion , luego la mutilacion , y la última pena segun los delitos y circunstancias. El robo se castiga en los dos sexos con la mutilacion de ambas manos. El adulterio se castiga rigorosísimamente ; pero como el acusador tiene que probar el hecho con cuatro testigos de toda fé , y si no logra su intento aun sufre él mismo ochenta azotes , de ahí nace que son muy pocos los casos en que se presenta tal acusacion. El homicidio premeditado se paga con la vida. Para probarlo se necesitan solo dos testigos , pero es preciso que conste no haber gustado nunca vino , ni comido tocino , y otras escepciones por este órden. Si el homicidio es involuntario se redime con una suma de dinero , contentandose antes á los parientes mas inmediatos del muerto.

Cuando no puede descubrirse el agresor , el distrito ó pueblo donde se cometió el homicidio se mira obligado á pagar la cantidad de dinero que juzga fijar el sultan. Si una mujer tiene fama de santimonia , su dicho vale tanto como el de un hombre ; pero en las demás es necesario reunir desde dos hasta seis votos femeniles , para compensar un testimonio masculino. La pena del otro tanto ó del Talion es la que mas agrada á los moros , y la usan siempre que pueda tener aplicacion. Aparte de esto el capricho y la buena voluntad del sultan ó de sus lugar-tenientes es quien define y modifica la diversidad de las sentencias. La mutilacion

se estiende á los pechos, á las orejas, pies y brazos de los reos: se les cubre de miel y aceite, y se les espone al furor de los insectos: se les carga la boca y las narices con pólvora, y se la da fuego: se les entierra dejando fuera la cabeza para que sirvan de blanco á los verdugos: se les quema á fuego lento, ó se les ciega y divide en dos ó mas pedazos palpitantes, segun las circunstancias del delito. Los moros sufren estos horribles castigos con bárbara resignacion. Se les vé clavados por las orejas ó por las manos en las plazas y mercados fumando tranquilamente su pipa ó bien a veces recogen con gran desenfado la mano que les han cortado y arrancan á correr.

La bastonada se aplica teniendo al reo con la boca al suelo. Un sayon lo cabalga por el cuello, mientras otro le sujeta las piernas, y en tanto otros dos, puestos al lado y blandiendo sendos látigos ó rebenques de que siempre ván armados, descargan el número asignado de golpes. El reo tiene que pagar despues su obra á estos oficiales; y si el dinero le falta, ha de sufrir además las adeales de azotes y coces que estos indudablemente le suministran.

El Khalifa ó vice-gobernador cuida de todo lo que concierne á la administracion municipal ó provincial con relacion á la tranquilidad pública. Examina principalmente todas las disensiones y tumultos entre los moros y los hebréos, y esta atribucion es la que mas enriquece á los gobernadores, porque todas las riñas son siempre castigadas con multas. No es muy comun que los moros se batan unos con otros: en sus altercados se insultan, se dicen los denuestos mas ultrajantes, y dan muchas voces; pero nunca se dan golpes y

heridas. El primero que diera un golpe pagaría inmediatamente una multa.

El Amin ó administrador de las rentas ejerce las funciones de intendente general, colector de los impuestos, pagador general, director de las aduanas, y en las ciudades marítimas de capitán del puerto y de la marina: en determinadas épocas del año da sus cuentas y entrega los caudales recaudados en el tesoro del sultan.

El hakem, llamado también mocaddem, es decir, capitán del buen gobierno, ó comisario de la policía, es responsable de la tranquilidad del país donde reside. Es digno de observarse que hay pocos países en el mundo en que se observe una policía general é interior tan bien montada como en el imperio de Marruecos, singularmente en las ciudades de cierta extensión y de cierto número de habitantes. Una guardia, patrulla toda la noche, mandada por un Caid-el-dacer, ó comandante de la ronda, y armada de gruesos bastones, con los cuales se castiga en el acto á cualquier persona que se encuentra en las calles después de cierta hora. Otra ronda vela en la puerta de los almacenes y tiendas, y sus individuos son responsables de los robos que se cometan, por lo cual se contentan con una módica retribución. Algunos soldados circulan por la plaza los días de mercado, y los oficiales llamados matehesseb castigan en el acto á los que quebrantan los reglamentos de la feria ó á los que hacen fraudes en el peso, en la medida, en la calidad, ó en el precio de los géneros.

La riqueza de los gobernadores y de sus subalternos suele ser muy grande, porque por lo general son públicos y autorizados concusionarios. No hay socatua

y vejaciones á que no recurran para oprimir al pueblo y sacarle dinero; y si alguna vez es castigado un magistrado por algun hecho escandaloso ó por alguna prevaricacion, se mira mas la ventaja del Erario que el interés del público y de las personas agraviadas. Si hay quejas contra un alcaide ó contra un amin, son depuestos al momento, y el sultan les confisca todos sus bienes, y á veces algo mas, y lo hace ingresar todo en su propio tesoro.

Como los gobernadores ó alcaides están revestidos de la autoridad militar en las ciudades y provincias donde mandan, tienen á sus órdenes un cierto número de soldados, que forma como una especie de guardia de su persona, y se emplean al mismo tiempo en recoger los diezmos y otras gabelas, en prender á los malhechores, en llevar despachos á la corte, y órdenes á los superiores en toda la estension de su distrito. Los jeques de los árabes y de los beduinos no son hereditarios como los jefes de los amazirgas; pero se eligen entre los magnates de la tribu ó del campamento. Pueden castigar á sus administrados con el látigo, el baston, ó con multas pecuniarias; pero no pueden pasar de aquí.

Los gobernadores de las ciudades y provincias hacen ir á sus hijos á la corte, donde segun sus talentos son empleados.

Usos, costumbres, lengua, literatura y espectáculos del imperio de Marruecos.

Las costumbres de los marroquíes en cuanto á sus ceremonias religiosas y pompa de ellas, de sus casamientos, funerales, supersticiones, al uso de los baños y otros hábitos, se confunden con las de los otros musulmanes. En todas sus acciones llevan un sello opuesto al de los europeos; si nosotros en señal de atención cedemos la derecha cuando paseamos con nuestros superiores, ellos ceden la izquierda. Si nos descubrimos la cabeza ó nos levantamos significando así nuestra consideración á la persona que llega, ellos se mantienen sentados y cubiertos ó entran descalzos en los lugares de veneración ó respeto. Nosotros besamos las manos por cumplido, ellos se las besan á si propios. Nosotros damos primero la entrada en las puertas de nuestra casa á nuestros visitantes y amigos, ellos toman siempre la precedencia, y así en las demás costumbres. Lo que verdaderamente es un distintivo en nuestros vecinos allende el estrecho, es el lujo que ostentan en sus casamientos, así en la clase rica y acomodada, como en la gente menuda, así en las ciudades como en los campos y aduares. Todo encarecimiento es poco y aun por ello ha nacido el proverbio que dice: que los cristianos gastan su dinero en pleitos, los hebreos en el boato de sus fiestas religiosas, y los moros

en sus bodas. En cuanto á la humillacion en que viven las mujeres, es mayor si cabe en Marruecos que en todos los demas paises sujetos al islamismo. Entregadas á la desesperacion y á la soledad en el harem, si pertenecen á grandes señores, ó encargadas de los oficios mas rudos y fatigas mas penosas entre los pobres, la vida de una mujer en esos paises es un tormento incessante. Si en este mundo merecen tal tratamiento, no les prometen mejor suerte en el otro, pues las consideran escluidas del paraiso, y aun ponen en duda si en su cuerpo podrá abrigarse un alma racional. Tanto desconuelo, el uso del baño caliente y el combate continuo de los celos, del amor propio irritado y de la envidia, las mustia y acaba tanto, que al ver una jóven de 25 años cualquiera la tomará por una mujer de 50.

Al nacimiento de un hijo no se hace festejo alguno extraordinario, solo á los pocos dias de nacido convida el padre á algunos amigos ó parientes; les sirve un cordero ó una cabra, matada al efecto, y se decide el nombre que ha de llevar el nacido toda la vida. A los seis años comienzan los chicos á asistir á las escuelas; que son bastante comunes en el imperio aun en las poblaciones menos importantes. Estas escuelas si son privadas se llaman mesdi ó mekib, esto es, colegios para escribir y leer, y si son públicas se las dice Xamá, esto es, aljama, por estar cerca de la iglesia ó mezquita. De estos establecimientos no salen los muchachos sino que sepan leer y escribir, y recitar de memoria muchos versículos del Alcorán. De aqui van al madris ó colegio, esto es, lugar de enseñanza, y por último á la universidad de Fez, llamada Dar el alem, ó casa de la sabiduría. En estos establecimientos se ense-

ña por maestros mas ó menos instruídos la gramática, la lógica, retórica, la poesía, la aritmética, la astrología y la medicina, y se esplican las tradiciones moslémicas, se comenta el Alcorán, y se enseñan los fundamentos de su jurisprudencia civil y canónica, y el ritual judicial. En la universidad de Fez es en donde únicamente pueden adquirirse los tres grados literarios de Taleb, esto es, estudiante erudito: de Alfaqui, esto es, doctor y a'lem ó ulema que vale tanto como sapiente.

Los profesores de gramática adiestran desde luego á sus discípulos á escribir correctamente la lengua literal árabe que siendo la del Coran, se diferencia mucho del lenguaje vulgar. Es indudable que este es radicalmente árabe, pero mezclado con muchos términos y locuciones amazirgas, españolas y de otros idiomas. La diferencia se deja ver desde luego en la escritura, pues estos africanos cambian en algunas letras la puntuacion diacrítica y otras la figuran de una manera distinta al método oriental. La pronunciacion de las vocales ó muciones, y el movimiento de las demás letras es tambien distinto, admitiendo ciertas construcciones y desinencias que jamás se conocen en las escuelas del oriente. Aun entre los escritores antiguos mas afamados y puristas del Mogreb-el aksá se encuentran estas diferencias tan notables; aunque es verdad que siendo tan estensa la literatura árabe, y tan diversos los países en que se ha cultivado y sido indígena, estas diferencias casi pueden considerarse como una riqueza antes que por un defecto, no pasando de ciertos límites. Pero el idioma que se habla en Marruecos es en verdad muy diverso del escrito. Así es que cuando el

famoso orientalista Jacobo Gofio fué á Marruecos en la embajada que enviaron los holandeses en el siglo XVII, si él maravillaba á los alfaquies y ulemas del imperio por su profundo saber y conocimientos de la lengua del Alcorán, el mismo Gofio quedaba atónito de no entender una palabra del idioma en que le hablaban.

Sin embargo del aparato de conocimientos de que parece por lo espuesto ser Fez depositario, todo lo que se sabe en el imperio se reduce á la teología moslémica, que es la base y único fundamento de su derecho y de sus leyes. Asi el estudio del Koran y el de los comentarios de *Malek ben-Anes*, del *Cairewani* y del *Rokhari*, y al formulario de los procedimientos de *Ben-Ardan*, se circunscriben los libros que se estudian y se consultan en todo el imperio. Fuera de la aritmética y de algunas nociones muy ligeras de geometría, todo lo demas en matemáticas lo desconocen. En cuanto á medicina están muy lejos en Marruecos de presentar discípulos dignos de Averroes y de Avicena, y para cualquier trance de peligro en algunos de los principes de la casa real ó de los grandes señores, fuerza es hacer ir de Europa á algun médico ó cirujano. No há muchos años que ganó gran fama por sus curaciones asombrosas en aquel pais un médico español llamado don Serafin Solá, que asistió por mucho tiempo en la capital del imperio y al lado del mismo emperador. Los *tabit* ó médicos del pais suelen tener conocimiento de algunos simples específicos ó plantas para aplicar á veces con singular felicidad; pero en cuanto á la fisiología, terapéutica, clínica y anatomía, no tienen la mas leve idea. Estos médicos andando de pueblo en pueblo, y de feria en feria con un morral á la espalda en donde

llevan los libros y recetas, los simples y remedios y los instrumentos con que han de operar, antes parecen juglares que discípulos de Esculapio. Las enfermedades que mas afligen á aquellos naturales son la lepra, la oftalmia, la elefantitis, el hidrocele y la siglide. Amigos de los afrodisiacos y estimulantes, valiéndose para ello de ciertas plantas desconocidas, pronto dan al traste con su virilidad, procurándose muchas veces hasta la muerte, con el uso immoderado de ellos. Todavía no hacen uso de la vacuna á pesar de que la ven practicar á los hebreos y cristianos que viven en el país.

Con respecto á las bibliotecas y librerías del imperio que han dado lugar á sueños tan dorados por parte de los amantes de las letras árabes, es indudable que han existido, aunque están de acuerdo en afirmar los últimos viajeros, entre ellos Ali bey, que nada existe ya de aquellos tesoros. Segun se dice *Sidi Mohamed* en 1760 hizo distribuir entre los *cadices* ó jueces del imperio los libros de la famosa biblioteca ó mezquita de Carubin, dejando solo en ella los libros coránicos y teológicos que se dispersaron definitivamente en tiempo de Sidi Suliman, tio del actual emperador.

Sin embargo de estas noticias, estamos convencidos de que en Fez se conservan todavía muchos libros preciosos, ya sea en las bibliotecas de las mezquitas, ya en poder de los tálebs del país. Allí se han hecho adquisiciones muy preciosas en esos tiempos en que se dice haber desaparecido ya las bibliotecas, y el padre Patricio de la Torre trajo á España los viajes completos de Ebni-Batuta, libro solitario, pues apenas se conoce otro ejemplar completo de él; un tomo de la biblioteca granadina de Ben Aljatib, un ejemplar del *Kartás*,

ahora recientemente traducido al portugués por fray Antonio Moura, una historia de la España árabe, obra de un autor anónimo del siglo XII, y otros á este tenor.

Esto prueba que el instinto conservador de tales antiguallas que tiene algo de supersticioso entre los árabes, es superior á la barbarie en que se encuentran sumidos hoy día en Marruecos. La antigua civilización musulmana que tantos títulos de gloria adquirió en el Oriente, en España y aun en el Africa mismo, se halla casi estinta en el Mogreb-el-aksá, y por desgracia el descenso es tan continuo que no se arriesgaria nada en decir que aquel pueblo ha de confundirse con los mas salvajes. Cuando los moros fueron espulsados de España en los siglos XVI y XVII, llevaron á esta parte del Africa, donde se acogieron, muchas reliquias de su antiguo saber, no pocos libros, monumentos de su civilización, y ciertas costumbres y hábitos de mayor refinamiento y comodidad, que reanimaron de alguna manera entre sus nuevos huéspedes las centellas del estudio, de la riqueza y de las artes. Aun entre sus monarcas de aquel tiempo se miraban algunos muy dados á la lectura, al estudio y al comercio con los hombres doctos y eminentes, como se comprueba por la biblioteca de Muley Sidan, compuesta de libros escogidos y raros en todos los ramos del saber humano cultivados por los árabes, y por las obras que hemos visto dedicadas á aquel soberano. El advenimiento de la última dinastía de los xerifes concluyó, á nuestro entender, con aquellos crepúsculos de ilustración.

Salidos, como otras dinastías africanas, de los arenales del Tafilete y del Saljilmesa, en donde jamás ha

penetrado rayo de civilizacion, en donde ni una mezquita revela la idea de la arquitectura, ni las artes mas sencillas, la facultad modificadora que distingue al hombre, ni otro libro que el Koran, el fértil é inagotable minero de inteligencia que encierra la cabeza humana, dejaron pagar, si no destruyeron, los restos de civilizacion y de cultura que habian perdonado las revoluciones anteriores.

Siempre débil y flaca la civilizacion que ha habido en ese pais para contener y dominar las razas crueles y bárbaras del desierto, ha ido perdiendo terreno incessantemente en cada una de las invasiones que sobre la parte septentrional de Africa han verificado aquellos fanáticos desde antes de los almoravides. No parece sino que se apresuraron á abrazar el islamismo para tener á mano un origen perenne de fanatismo con que encender mas fácilmente su ódio á la civilizacion, y un instrumento mas eficaz y poderoso para combatirla y destruirla.

La única obra notable salida de la pluma de un marroquí en todo el siglo XVIII, es la que escribió Ajmed Ben-el-Mohedi el Ghazal que estuvo de embajador de Sidi Mohamed en Madrid en 1765. Esta obra es una relacion de su viaje de Marruecos á España, y la hemos visto en el Museo Británico de Lóndres.

En este libro se encuentran consideraciones muy discretas, observaciones profundas y rasgos sabrosamente picantes. Cotejadas las épocas, no fuera desacertado el pensar en el trato y comercio que pudo tener este personaje marroquí con el célebre Cadahalso, le sugirieron á este el pensamiento de sus Cartas marruecas, que aunque inferiores en su originalidad á las Cartas Per-

sianas de Montesquieu, siempre ofrecieron atractivo á un lector español. De todos modos el Ghazal debia ser hombre versado en el conocimiento de los buenos escritores árabes, y su trato con los extranjeros le habian hecho, si no perder, al menos suavizar en gran parte esa corteza de fanatismo, de odio á los cristianos y de ferocidad que distinguen á los moros de Marruecos.

Si tal es el atraso en que allí se encuentran las letras cuyo estudio no es incompatible con el Alcoran y cuyo culto puede autorizarse con el ejemplo de las épocas mas gloriosas de todas las historias árabes, ¿qué habrémos de decir de aquellas artes encantadoras que están ó anatematizadas por el Alcoran, ó dadas al ódio y al desprecio por sus comentadores y escoliastas? La pintura, la escultura y las artes imitativas se desconocen enteramente. Las galas de la declamacion y los primores de Talía y de Terpsícore, se miran con extraño desden. Aun la música es mas bien una algazara inculpable y estruendosa, que no el resultado de la combinacion melodiosa y armónica de los sonos.

Pero tal es la influencia de esta luz y de ese aire privilegiado que respiran, que segun las muestras de sensibilidad y de amor que dan los moros en sus canciones tristes y monótonas, se vé lo que podrian hacer, aun á despecho de las censuras religiosas que ya se sabrian eludir ó interpretar, si ese yugo cruel que los agobia, y esa mano de hierro que así los maltrata en sus personas y bienes, como los oprime en su alma y en su inteligencia, se les hiciese mas leve y llevadera, ya que no les dejase en la hermosa libertad, patrimonio eterno del hombre. En las canciones que hoy entonan los moros de Marruecos, en el retiro de sus casas

y en las que les arranca el pesar ó la alegría; en los campos ó jardines se dejan entrever muchas entonaciones llevadas de España, así en canciones castellanas, como en música de los árabes de Granada.

Muchos de los instrumentos que usan, son inventados caprichosamente por ellos, pues únicamente tienen por objeto el concluir el concitar estruendo y algazara: por lo demás, algunos hay bastante familiarizados con el violin, y otros que preludian algo la guitarra, tomada esta habilidad de los renegados y transfugas españoles.

El mejor músico entre los moros no es el que mejor conoce un instrumento ó el que mas aventajadamente entona su voz; sino el que sabe mayor número de canciones. El baile se mira entre los moros como entretenimiento ajeno enteramente de la compostura femecil, y por lo mismo ninguna matrona ni doncella posee esta perfeccion, siquiera para ganar mayor imperio sobre sus titanos. Esta habilidad se encuentra solo en ciertas bandas de saltatrices ó histrionisas que acuden a las casas de los grandes señores en las festividades y alegrías para divertir con sus danzas y movimientos al numeroso concurso de curiosos, citado para ello. Este es el recreo mas estimado que tienen los moros; que no es tan frecuente como pudiera suponerse, atendida la ausencia de todo otro entretenimiento, por la costa y dispendio que proporciona. Se deja por supuesto entender que todos estos festejos se propinan á cada sexo separadamente, pues nunca se dá el caso de hallarse juntos en ocasion ninguna.

Algunas veces mancebos sueltos y gallardos, ensayan danzas al compás de algun instrumento, en las que si

no hay artificio y buen gusto, se vén al menos tales cabriolas y saltos mortales, que dieran envidia al volatin mas intrépido. La propension invencible que se revela en la condicion humana, á tomar placer en todo lo que es imitativo de la naturaleza, y en lo que parece sorprendente y extraordinario, por mas contrariada que sea, siempre halla campo en donde emplearse, y teatro en donde satisfacer la curiosidad, bien que á costa del buen gusto y de la nobleza del alma.

Los moros, no gozando de espectáculos mejores, acuden ansiosos á ver los saltimbanquis, los charlatanes y saludadores que abundan por todas partes en aquel pais. Algunos de estos forman una como cofradia, á quienes llaman *a'isawani*, ó discípulos de un nombrado *Aisa*, que tienen el secreto de fascinar las serpientes; que corren y cantan desesperadamente; que en determinadas épocas persiguen frenéticamente á todo cristiano ó judío que encuentran, y que en estos momentos de vértigo y de rabia devoran vivos los animales que al hallan paso y aun las culebras ó serpientes que silban entre sus manos. Cuando estas bandas entran en los pueblos, los bajaes ó alcaides se apresuran á noticiarlo á los extranjeros y hebreos para que se mantengan encerrados en sus casas mientras aquellas furias diabólicas y repugnantes no llevan su frenesí infernal á otros lugares. Los moros además toman gran recreo en el juego de las damas, del ajedrez, y de las tablas ó chaquete, no arriesgando jamás interés alguno en ello, contentándose el vencedor con plantar una paja ó un colgajo sobre el turbante del vencido, cosa que por cierto lo mortifica por extremo.

XI.

De las relaciones diplomáticas del imperio de Marruecos.

Las relaciones exteriores que mantienen el imperio marroquí, se reducen hoy á tratados de paz, amistad y comercio con las naciones cristianas de Europa y América. Mucho se ha hablado de lo poco conveniente y menos decoroso que parecia el que pueblos poderosos y civilizados pagasen un feudo innoble y humillante á una nacion semi bárbara, por mas que este tributo se coloneste con el nombre de regalo, obsequio ó presente. Pero ello es cierto, despues de todo, que hasta ahora solo la Rusia y la Prusia se han abstenido de tratar con el imperio de Marruecos, considerando su gobierno solo como un hecho que no puede merecer las consideraciones diplomáticas que exigen los gobiernos de derecho y legítimamente constituidos.

Todas las demás naciones han considerado oportuno el entablar relaciones con el emperador de Marruecos para asegurar á sus súbditos la navegacion y el comercio en el Mediterráneo, pues de otro modo grandes é incalculables pérdidas habian de probar estos, siendo objeto de la rapacidad y persecuciones de los corsarios berberiscos, que al abrigo de toda persecucion en las embocaduras peligrosas y de mal anclaje de los rios de Larache, la Mamora, Salé y otros, podian á su salvo hacer presa sin peligro alguno en las oaves mercantes, indefensas, que atraviesan el Mediterráneo.

Y si se considera por otra parte lo inmenso de los sacrificios y dispendios que fueran necesarios para cualquiera expedición que tuviera por objeto tomar venganza de actos semejantes de piratería, gastos tanto mayores y contingentes en resultados, cuanto mayores fuesen las distancias de los Estados agraviados, se deduce facilmente la discrecion con que han procedido las naciones mas poderosas en sacrificar algo de su orgullo fantástico é insostenible por intereses mas reales y positivos. Así la Francia y la Inglaterra no han vacilado nunca en imponerse por la seguridad de su comercio, un tributo cuantioso que con el nombre de regalo, vá anual y regularmente á formar parte de las rentas conocidas del emperador de Marruecos. La España misma, en los dias de la grandeza de Carlos III, cedia á esta exigencia indeclinable, aunque es verdad que no tenia cuota fija su regalo, y que los españoles gozaban de alguna mayor consideracion que los demás cristianos en las tierras del imperio, poseyendo ciertos establecimientos religiosos en Tánger, Larache, Mequinez y en la misma capital de Marruecos.

Siendo esto así, no parecerá extraño el que naciones de segundo y tercer orden, y dificilmente situadas, para tomar venganza de tanta insolencia y dañar á los marroquies hayan consentido en someterse á condiciones tan desairadas. Hasta hoy dia son doce los Estados cristianos en relaciones con el imperio de Marruecos, que los iremos apuntando por su orden y segun la fecha en que aquellas tuvieron principio.

1. La España por consecuencia forzosa de su situacion geográfica y de sus posesiones en Africa, ha sido

una de las naciones que desde mas temprano han tratado diplomáticamente con el imperio de Marruecos. En tiempo de Felipe II, sabemos que tuvo por su embajador en Marruecos á Pedro de Venegas, que trató sobre el modo de rescatar el cadáver del rey don Sebastian, sucediéndole en su encargo Diego Marin, y á este un sobrino suyo. Despues en tiempo de su hijo Felipe III, mediaron relaciones muy estrechas entre su gobierno y el emperador depuesto de Marruecos Xerife que estando en Segovia en 1662, buscando medios y recursos para recuperar el trono, celebró un tratado, por el que entre otras cosas se obligaba á entregar la fuerza de Larache á los españoles y dar tierras que sembraran á cuantos ocupasen las plazas fronterizas de Africa. En cambio recibió una gruesa cantidad de ducados, seis mil arcabuces y otros recursos con que recuperar el poder, como al fin lo consiguió. Sobreviniendo grandes guerras y disenciones en aquel imperio, cesaron todas las relaciones con España, hasta que despues de tanto tiempo y laboriosamente se concluyó un tratado en 1767, que luego se confirmó con el de 1798 celebrado en Mequinez. La España no paga subsidio alguno anual, aunque en circunstancias extraordinarias ha aprontado sumas de gran consideracion.

Los regalos que satisface su representacion apenas llegarán á mil duros al año, pero en cambio este presente asciende á diez ó doce mil duros, siempre que se cambia de agente consular. Este funcionario disfruta en Tánger de un palacio muy capaz y hermoso, que pertenece á nuestro gobierno, y cuyo coste ascendió á diez y seis mil duros. El cónsul español goza de tres mil duros de sueldo y de mil para gastos, á cuya suma

han quedado reducidos los seis mil duros de que gozaba antiguamente.

La exigüidad de este sueldo para las obligaciones que tiene y el retraso con que se encuentra satisfecho, ponen á nuestro representante en embarazos que menoscaban la dignidad y el respeto que se merece nuestra nacionalidad.

No fuera difícil probar que las diferencias que se han suscitado sobre los límites de la frontera de Ceuta, dimanaban de la poca autoridad é influencia que nuestro agente alcanza en Tánger, por no haber podido con tiempo neutralizar la malevolencia de algunos de aquellos alcaides ó hajaes, con el aliciente único que tiene poder con aquellos bárbaros, que es el oro y los regalos. Aquella agencia general tiene además un vice-cónsul con doce mil reales, y un intérprete con dos mil.

Hay en Tánger también un convento de españoles de San Francisco, sobre el cual llamamos la atención del gobierno para que alivie la suerte de sus individuos. Este establecimiento bien dirigido pudiera ser un plantel de buenos y entendidos intérpretes.

2. El Portugal como la España, por su posición en la Península Ibérica, y por sus antiguas posesiones en Africa, hubo necesariamente que tener continuas relaciones con los soberanos de Marruecos; pero alteradas con guerras incesantes no adquirieron firmeza y solidez hasta despues de la pérdida de Mazagan, que fué el último punto que conservaron los portugueses, y que fué tomado por el emperador Mohamed en 1769. Las relaciones actuales entre las dos coronas, se reducen á demostraciones recíprocas de benevolencia y amistad, y de vez en cuando á remitirse por el emperador al rey

de Portugal algunos caballos de raza, ó algunos animales hermosos de los que abundan por aquellos desiertos, que son recibidos con grande ostentacion, y que merecen en remuneracion grandes regalos para el soberano marroqui y gajes muy lucidos para los conductores sus criados.

3. La Inglaterra, desde los tiempos de la reina Isabel tuvo relaciones comerciales con Marruecos; pero hasta los reinados de Jorge I y Jorge II, se puede decir que no existieron transacciones formales entre ambos países.

En 1729 tuvo pues lugar este tratado, que se confirmó despues en 1760 y 1805.

La Inglaterra no paga ningun subsidio fijo, pero si se considera la cuantía de los regalos que presenta al emperador, de cuando en cuando, se notará que ascienden á cantidades muy considerables. En una lista publicada en Inglaterra en 1845 con autoridad del parlamento, de los subsidios otorgados por aquel gobierno durante su guerra contra la Francia, se vé figurar á Marruecos por una suma de 16,177 libras esterlinas, y esto solo desde 1797 á 1814, de manera, que contando un año con otro, sale á mas de cuatro mil duros al año el subsidio pagado, y esto sin contar los dos mil duros que se dan al cónsul anualmente por regalos á las autoridades de Tánger y á los ministros del emperador. Además de esto, el gobierno inglés continuamente está facilitando á los marroquíes municiones de guerra y de marina sin retribucion alguna, siendo solo premio á tanta largueza la facilidad y buena y voluntad que en cambio exigen los ingleses para el abastecimiento de Gibraltar en carnes y otros ramos.

4. El imperio austriaco y antes el imperio de Alemania, tuvo desde antiguo relaciones con el emperador de Marruecos, y ya á principios del siglo XVII Rodolfo II envió por embajador suyo al sultan Abu Fers á un inglés llamado Shirley, que fué recibido con grande ostentacion y magnificencia. Ciento ochenta años despues envió Sidi Mahomed por embajador suyo á Viena á un moro llamado Ben-Ostman, cuya demostracion pagó el emperador José II con enviar correspondiente embajada en 1784, con la cual se confirmaron los antiguos tratados, renovándose despues estas transacciones en diferentes épocas. Primeramente en 1799, cuando la agregacion al imperio del territorio de la república de Venecia, y despues cuando este mismo territorio se separó del Austria para unirse al reino de Italia por Bonaparte. La antigua república de Venecia desde el año 1765 pagaba al imperio de Marruecos un tributo de diez mil cequíes al año, sosteniendo un agente consular con los dependientes necesarios en Tánger.

Pero desde los tiempos del emperador Francisco, que representaba los extintos intereses de Venecia, no se ha vuelto á satisfacer tributo alguno ni tener el Austria agente consular en Tánger; desempeñando las funciones consulares en los casos que ocurría con súbditos austriacos cualquier otro de los cónsules, y muy particularmente el español.

El sultan llevaba muy á mal esta violacion de la antigua costumbre, naciendo de aquí sérias contestaciones entre ambos gobiernos, lo que motivó un armamento naval por parte del Austria, que bombardeó algunos de los puertos marroquíes del Océano, verificando algunos desembarcos en las costas. Por la mediacion del

cónsul dinamarqués se concluyó al fin una avenencia entre el emperador de Austria y el de Marruecos en febrero de 1830; y aunque no son muy conocidas las condiciones del tratado, es de inferir que S. M. I. R. y apostólica se mira exento de pagar subsidio alguno.

5. La Holanda es una de las naciones que desde mas antiguo conserva sus relaciones con el Mogreb el-áksa, pues ya en 1604 se sabe que el rey Abu-Fers envió al judío Pacheco al Haya por embajador suyo, muriendo en su misión, y mereciendo de los holandeses magníficas exequias. En 1684, mediando los buenos oficios de otro hebreo llamado Josef Toledano, se celebró otro tratado, que roto despues, fué de nuevo puesto en vigor en 1732 por las provincias unidas, y el sultan Muley-Abdalah, bisabuelo del emperador reinante, y cuya paz se renovó despues en 1755 y 1778 por Sidi Mahomed. La Holanda pagaba antiguamente quince mil duros de subsidio anual, pero desde la creacion en reino de aquel país, se ha negado el rey á satisfacer tal tributo,

6. La Francia hizo su primera paz en 1695 bajo el reinado de Luis XIV; pero no se consolidó verdaderamente hasta el tratado de 1767. La Francia no paga subsidio alguno determinado; pero sus regalos han ascendido frecuentemente á diez mil duros en el trascurso de un año. Aun hoy dia no fuera arriesgado suponer el que tales sacrificios hayan subido algo mas, pues la vecindad de Argel exigiendo buena armonia y ciertas medidas de represion por parte de los marroquíes en contra de los enemigos de los franceses, habrán autorizado y hecho indispensable tal sacrificio.

7. La Dinamarca hizo su tratado de paz en 18 de

enero de 1753 con Muley Abdalah, y paga anualmente veinte y cinco mil duros, aun despues de la separacion de la Noruega.

Cuando celebró la paz alcanzó privilegio, mediante el pago anual de cincuenta mil duros, para establecer con privilegio esclusivo una compañía de comercio en toda la parte de costa que corre desde Salé hasta Salfy, cuyo establecimiento consiguió algun nombre y esplendor en los primeros catorce años de su creacion; pero que al cabo de este tiempo dió al traste por falta de fondos, no logrando en adelante que persona alguna le facilitara los medios de remontarse.

8. La Suecia celebró su tratado con Sidi Mahomed en 1763 allanándose á pagarle veinte mil duros al año. Gustavo III despues se negó á satisfacer subsidio alguno señalado ó prescrito, reservándose sin embargo el dar á su albedrio los regalos convenientes, para lo cual enviaria cada dos años una embajada con su presente, pero sin que su valor hubiese de fijarse de antemano. Este arreglo duró hasta 1803, en cuyo tiempo se estipuló que cada año por la fiesta del A'nsara, que es el dia de San Juan, se le pagarian al emperador veinte mil duros, sin contar los demás regalos de menor importancia dirigidos á las autoridades del pais, y que ascienden á 400 ó 500 duros.

9. La Toscana fijó sus primeras relaciones con Marruecos en 1778 por medio de un tratado de paz concebido en doce artículos, dirigidos especialmente á la abolicion de la esclavitud entre los respectivos súbditos. El sultan Sidi-Mahomed, por cierto desaire que supuso haber recibido del gobierno toscano, hizo capturar dos naves mercantes de este pais, reduciendo á

esclavitud á pasajeros y tripulaciones.

Pero el gran duque Pedro Leopoldo, dando el mando de su escuadra al famoso Acton, no solo logró rescatar las presas y poner en libertad los cautivos, sino que renovó el antiguo tratado de paz, estipulando que cuando no hubiese agente toscano en Marruecos, el cónsul austriaco fuera hábil á proteger la bandera toscana. Como el Austria no tiene tampoco por ahora agente conocido, los asuntos de súbditos toscanos, así como los de súbditos austriacos, se despachan por el consulado dinamarqués desde la paz. El gran duque de Toscana no paga subsidio alguno anual; ni dá estipendio tampoco á sus encargados consulares en el imperio de Marruecos, como no los paga á ninguno de sus funcionarios en los demás Estados berberiscos.

10. Los Estados Unidos de la América septentrional comenzaron á negociar con Sidi Mahomed en 1786; pero no llegaron á concluir un tratado formal hasta 1795 con Muley-Soliman, tío y predecesor del emperador actual. Este tratado debia durar cincuenta años lunares, y ha espirado por consiguiente á fines de 1843, debiéndose preceder ahora á nuevas estipulaciones. Los Estados Unidos no pagaban subsidio alguno anual, pero los regalos ascienden á quince mil duros un año con otro. Las nuevas repúblicas de la América meridional y central tienen tambien un representante en Tánger que percibe una pequeña asignacion por su encargo.

11. La Cerdeña comenzó á tratar en 1820 con Muley-Soliman; pero el tratado no se llevó á efecto hasta el año de 1825, en cuya época se estableció por el gobierno sardo un consulado independiente en Tánger.

La república de Génova desde antiguo se mantuvo con el emperador de Marruecos en un estado tal de treguas, que casi semejaba á una paz, de tal manera, que un leñador genovés llegó á levantar en Mogador un establecimiento comercial de bastante importancia, que produjo algunos buenos resultados. Hoy dia es Génova uno de los muy pocos emporios en donde reside un cónsul general del emperador de Marruecos, acreditado tambien como encargado de negocios cerca de la corte de Turin.

12. El reino de las Dos Sicilias concluyó su tratado con Marruecos en 1827 por la mediacion del cónsul de la Gran Bretaña; pero las condiciones no son muy conocidas, ó al menos no debieron estar esplicitas, puesto que en Nápoles se verificó un armamento en 1834 para apoyar el arreglo de ciertas diferencias con Marruecos. La ciudad anseática de Hamburgo tiene tambien una especie de tratado con el imperio, siendo su encargado consular el cónsul portugués. La Prusia hizo en 1817 algunas gestiones por medio del cónsul sueco, que no fueron mal recibidas por el emperador Muley-Soliman; pero las vicisitudes y revueltas que sobrevinieron en Marruecos por aquel tiempo, dejaron sin resultado este proyectado convenio.

Todos los asuntos diplomáticos que á las naciones civilizadas ocurren con el imperio de Marruecos se ventilan en Tánger por medio de los agentes consulares. Estos se entienden con las autoridades del pais habilitadas al efecto, que lo son el bajá ó gobernador, y el amin ó administrador de aduanas, únicas que se entienden directamente con el emperador ó con sus ministros ó wizares.

Cuando las facultades de estos funcionarios no son bastantes para dar solucion á las dificultades ó resolver los casos pendientes, entonces es preciso entenderse directamente con el emperador por medio de correos despachados al efecto. Las cartas ó despachos deben ir escritas en árabe literal ó coránico, que se estienden en un taleb ó erudito, especie de funcionario adicto al consulado; pero como este no entiende otro idioma que el del pais, hay necesidad de un intérprete, que es judío las mas veces, que le esplica en lenguaje vulgar lo que el cónsul le esplica en el suyo propio, que muchas veces no entiende bien el hebreo. Estos despachos se dirigen á Marruecos, Fez ó Mequinez, residencias habituales del emperador, ó á cualquier otro aduar ó campo en donde haya levantado su tienda imperial. Muchas veces viendo la dificultad del caso envia á Tánger una persona de su confianza autorizada al efecto, quien se entiende con el cónsul respectivo; y si la importancia es tanta, que ni aun así hay posibilidad de entenderse, entonces el emperador da sus órdenes para que el cónsul sea recibido en su corte, lo cual se considera como un alto honor, aunque se paga á buen precio.

Desde luego el sultan nombra un alcaide y una escolta para que acompañen el cónsul, quien ha de pagar todas las impensas del camino de ida y vuelta, dando despues una regalía al alcaide, que sobe desde cincuenta hasta cien duros, y otra á cada soldado desde cinco hasta diez. Por el camino salen los xeques de los aduantes y los alcaides de las ciudades á ofrecer carneros, gallinas, pan, frutas y otros víveres á la caravana; pero es preciso pagar estos presentes al menos por

un doble de su valor. Al llegar á la estancia del emperador este dá disposiciones para que por su cuenta se dé todo lo necesario al sostenimiento del cónsul y su comitiva; pero estos obsequios es necesario devolverlos con otros regalos adecuados y de valor.

Desde que la colonizacion de Argel y la perseverancia del gobierno francés en este propósito, hace probable, si no cierta, la civilizacion de aquella parte de la antigua Mauritania, todo el mundo se pregunta cuál será mas tarde el territorio comprendido en los límites de la antigua España Tanfretana. Sonada la hora de la civilizacion para aquel continente, recibido ya el primer gérmen por el Egipto, y secundado el impulso tan poderosamente por Argel, el imperio de Marruecos no puede dormir por muchos años en ese letargo de barbarie, que es su estado normal tantos siglos hace.

Las instituciones mahométicas, mas barbaramente arraigadas en esa parte del Africa que en todo otro pais moslémico, el ningun recuerdo ni centella que allí queda de la antigua cultura y civilizacion oriental, y en fin, el casi total aislamiento en que aquel imperio vive con el orbe entero, hace imposible suponer que el remedio venga naturalmente por los esfuerzos del gobierno del pais ó por la voluntad del emperador.

Nosotros estamos tan convencidos de esta verdad, que no vacilamos en decir que el sultan que se atreviese á soñar en la menor innovacion seria depuesto, degollados los que se atreviesen á proponerlo, y mirado con ceño y con entero aborrecimiento el gobierno europeo que hiciese la indicacion mas leve en tal sentido. Pero entretanto la civilizacion adelanta por la parte oriental; y si ella llega á ser en Africa el patrimonio

esclusivo de la Francia, esta alcanzará un poder que no debe ser mirado con indiferencia por su rival la Inglaterra. Esta potencia, pues, no debe dejar encadenar los sucesos de manera que ofrezcan despues consecuencias fatales é insuperables para su porvenir, lo cual aconteceria irremediabilmente si la parte septentrional del Africa lo abandonase á la casualidad. La causa de la civilizacion es muy santa para que pueda combatirse indirectamente, ni cara á cara por una de las naciones que marchan al frente del género humano, y que abraza con entusiasmo, ó lo afecta al menos, los intereses sagrados de la humanidad, aun en cuestiones mas problemáticas ó lejanas. Esta es la razon por la que la Inglaterra no se ha atrevido á contrariar á la Francia en su vasto plan de colonizacion africana; pero como al fin los resultados de estas inmensas adquisiciones de poder actual y de esperanzas venideras han de fijar la consideracion del gobierno inglés, tratamos de indicar aquí cuál deberá ser en nuestra humilde opinion la política probable que puedan seguir los ingleses, con respecto á la cuestion presente.

El poder británico es tan fuerte, que fácilmente podría ensayar una colonizacion en cualquiera de las costas del imperio, y con particularidad en las del Océano Atlántico; pero como la política de aquel gabinete rehuye siempre fijar sus establecimientos en otro territorio que el de las islas donde fácilmente puede crearse una posicion respetable y militar, no es de presumir que salga del método constantemente seguido para arriesgarse á todos los eventos de una conquista, que sinde las mas distantes, ofrece por otro órden gran numero de dificultades y de peligros. Esto así, no queda

á la Inglaterra otro medio para salir habilmente al paso del engrandecimiento de la Francia, que al apresurar cuanto antes la mision civilizadora que con respecto al Africa tienen las dos naciones de la península, y para lo cual han hecho desde antiguo sacrificios inmensos y dolorosos. Como esta cuestion la ventilamos desde una esfera superior todavía á las preocupaciones de nacionalidad y de pueblo, pues nos remontamos á las ideas grandes y hermosas de felicidad y civilizacion de la gran familia humana, no trataremos aquí de fijar la demarcacion que en estos proyectos deberian obtener los derechos de la corona de Castilla y los de la de Portugal; pero sí diremos que asi como acometido el pensamiento deben ambos paises participar de las conquistas y de las ventajas á proporcion de los gastos y sacrificios que arriesgasen, asi no deben mirar con ceño ni envidia el engrandecimiento y la gloria que pueda caber al pueblo que, mas animoso o mas afortunado, logre llevar á cabo este adelanto y progreso del Evangelio sobre el Koran, de las luces sobre el despotismo mas brutal é insoportable.

La Inglaterra, apoyando este movimiento, podrá reportar dos grandes ventajas, que dejaremos apreciar á las personas entendidas. En primer lugar, ceñirá y estrechará el poder de la Francia, de manera que no pueda salir de los desiertos de Angued y del Bilad el gerid, y en segundo podria con gran ventaja y oportunidad dar salida y direccion á ese escedente de la poblacion que aqueja á la Irlanda, y que amenaza ahogar á la Inglaterra en medio de su grandeza y de cubrirla de lepra en medio de sus festines y de su prosperidad.

Mil circunstancias hacen fácil que los irlandeses en-

cuentren participacion noble, franca y generosa en la colonizacion de las costas occidentales del Africa, confundidos en intereses, en religion y en tradicion con los españoles. Puestos los primeros cimientos á esta grande obra, y dados los pasos preliminares en tal empresa, no es difícil concebir el que organizadas expediciones á tiempo fijo y en puntos determinados, se verificase la emigracion irlandesa para el Africa, en escala tan dilatada y poderosa, que pudiera servir de provecho y utilidad á aquella parte preciosa del Reino Unido; pues á no ser así, ya es sabido que poco remedio alcanzan para poner coto á las desgracias que sufre Irlanda, la emigracion lenta para el continente y para la América. De todos modos, la Inglaterra se encuentra en el caso de tomar partido en la cuestion africana: ¿hará armas contra la causa de la civilizacion, combatiendo la conquista de la Francia? Esto no puede ser. ¿Inducirá al déspota de Marruecos para que dé en sus Estados alguna entrada á las luces y á costumbres menos bárbaras? Tal medio no produciria resultado alguno, y permitiria á la Francia el ensanchar su dominacion por el occidente del Africa.

Luego, no le queda otro medio, en la altura de los destinos que ejerce, y segun los principios de una saludable politica, que ayudar á la España en todas las demostraciones que juzgue oportuno hacer allende el Estrecho para seguridad de las posesicoes que allí tiene, y para vindicacion de su honor ultrajado, y de sus no respetados derechos, combinando todo esto empero con los intereses de la Gran Bretaña.

XII.

De las entradas y conquistas que hicieron los españoles, así castellanos como portugueses, en los reinos infieles de Fez y de Marruecos.

A medida que los reinos de España se iban desembarazando y restaurando del poder agareno, se alentaban los reyes cristianos para dilatar sus conquistas por el Africa, como si quisiesen así tomar justa venganza de la agresion que siete siglos antes habian ejecutado los árabes, y que causó la pérdida de España y la ruina de los godos.

Por otra parte, el espíritu guerrero que lucha tan prolongada habia engendrado, el celo religioso llevado al último punto del entusiasmo, y mas que todo la afición á emprender cosas grandes y famosas, pensamiento que dominaba sobre todos en el corazón y en la mente de las dos naciones que se dividían la Península ibérica al final del siglo XV, no pudieran tomar un blanco mas sublime, ni escoger campo mas dilatado y fecundo en donde emplearse con mas gloria y con mas utilidad. D. Juan el I de Portugal fué el delantero para acometer la conquista del Africa.

Habiéndose propuesto armar á sus hijos caballeros con todo el boato y solemnidades que en aquellos siglos se usaba para esta ceremonia gloriosa, fueron tantos los preparativos que se hicieron y los gastos, y tantos los hidalgos y nobles y gente de armas que acudían

de todas partes á Lisboa, que sus amigos y consejeros le hicieron notar cuanto mas útil no seria aplicar tanto aparato y estrépito en conquistar una plaza á los moros, y cuanto mas honroso el armar de caballeros á los infantes por tal hazaña. El rey D. Juan, vino en ello, y consultado el punto del ataque, se resolvió la conquista de Ceuta, cuyas fortificaciones y planta se reconocieron con el mayor recato, y dejándose correr por el vulgo que la expedicion se dirigia contra el duque de Bretaña á quien directamente se le avisó del verdadero intento: se embarcó el rey con sus tres hijos mayores y un ejército de 50,000 hombres. Despues de algunos contratiempos, la armada llegó á las aguas de Ceuta; y mientras que por el lado del castillo se daba muestras de desembarcar la gente, acudiendo allí los moros á la defensa con gran furia, la operacion se hizo felizmente por otro, tomando tierra un buen escuadron de soldados. Acudiendo los moros al reparo, se trabó una brava escaramuza, llevando lo peor de ella los infieles, quienes al fin tuvieron que volver las espaldas, siguiéndoles tan de cerca los cristianos, que no habiendo tiempo para cerrar las puertas, entraron detrás de los fugitivos por la ciudad, en donde se comenzó una reñida batalla por las plazas y calles.

Arrancados al fin los moros, unos huyeron con su alcaide á las montañas vecinas, y los otros, retraidos á un pequeño castillo, se dieron á merced del rey Don Juan, quien concediéndoles las vidas y dejando con buen presidio la ciudad, y por gobernador de ella á D. Pedro de Meneses, se embarcó para Portugal lleno de júbilo y de gloria. Las conquistas de Africa por los portugueses no caminaron adelante hasta el tiempo de

D. Alonso el V, pues la fatal expedición que su padre el rey D. Duarte intentó, sobre Tánger, en que pereció la flor la nobleza portuguesa, fué un revés que por mucho tiempo entibió el espíritu emprendedor de los lusitanos.

El rey D. Alonso, su hijo, y que por sus conquistas en Africa alcanzó el renombre de africano, supo tomar cumplida venganza de aque la sinrazon de la fortuna. Ello es que los progresos de los turcos en Europa, la ruina del imperio de Oriente y la toma de Constantinopla por Mahometo II en 1453, alarmando á todos los príncipes de la cristianidad, y muy singularmente al Santo Padre, le movieron á amonestarles á la defensa comun en vista del peligro que á todos amenazaba. El rey D. Alonso, inflamado con las vivas solicitudes del Santo Padre, hizo grande llamamiento de soldados, y aprestó una poderosa armada de ciento ochenta velas. Las divisiones que sobrevinieron entre los príncipes cristianos inutilizaron toda empresa en favor de los cristianos de Oriente; y queriendo D. Alonso no dejar perder los dispendios y sacrificios hechos, se resolvió á emplearlos en alguna conquista importante. Puso los ojos en Alcázar Zaguer, plaza situada entre Ceuta y Tánger, abrigo de los corsarios que inquietaban las costas de España; y con tal resolucion se embarcó el rey con su hermano el infante D. Enrique, y un ejército de 47,000 hombres en 1458.

Dando la armada vista á la plaza, quiso el rey que se acudiese al desembarco con suma diligencia para que los enemigos no tuviesen tiempo en que prevenirse; pero nunca pudo hacerse con tanta presteza que no llegase del pais vecino buen golpe de gente de á pié y

mas de quinientos ginetes para oponerse al paso. Peleóse reñidamente: pero al fin cedieron los infieles, haciendo unos á los montes, y encerrándose otros en la ciudad. El rey mandó desembarcar la artillería para batir el muro: los alarbes se daban prisa á repararlo; pero D. Alonso mandó dar la escalada y romper las puertas, lo que no pudo tener efecto por las gruesas planchas de hierro con que estaban enchapadas. Los sitiados se defendían valerosamente, y en medio de las tinieblas de la noche, entre el fragor de los alaridos de los unos y de los liles de los otros, por todas partes discurría el rey D. Alonso animando al combate y dando sus órdenes. El infante D. Enrique en tanto, viendo la obstinada resistencia de los moros, dispuso que se aiestara un cañon contra la parte mas flaca de la muralla; y abierta allí una gran brecha al primer disparo, impuso tal espanto á los sitiados, que haciendo señal de paz desde una torre, ofrecieron entregar la plaza al rayar el alba, con tal que se les permitiese salir en libertad con sus familias y riquezas.

Así se les concedió, y á la mañana siguiente, en fuerza de lo estipulado, salieron los moros en libertad y entró el rey D. Alfonso acompañado del infante Don Enrique y de todo su ejército, y proveyendo la plaza de todo lo necesario; y nombrando por gobernador á D. Duarte de Meneses, volvió triunfante para Portugal con toda su armada.

Aunque el rey de Fez, que á la sazón lo era uno de los benimerines, quiso en dos distintas ocasiones recuperar la fortaleza perdida, nunca lo pudo conseguir á pesar de sus esfuerzos, de la morisma innumerable que al efecto allegaba, y de la mucha artillería con que

combatió los muros ya cristianos. Este rey, que por sus desgracias llegó á ser aborrecido de sus pueblos, murió alevosamente, dando fin á la dinastía de los benimerines, y dejando el imperio dividido en bandos encarnizados, y siendo por consiguiente presa de los mayores horrores y atrocidades. El rey D. Alonso aprovechó bien tan feliz coyuntura para adelantar sus conquistas en Africa, determinando atacar la plaza de Arcila, situada en la provincia de Habat, siete leguas mas al poniente del estrecho de Gibraltar, cercada de buenos muros y torres, y defendida por un fuerte castillo. Señoreaba esta ciudad Muley Vataz, el Sayd, que habiéndose sublevado con toda la provincia de Habat, hacia guerra por entonces al rey de Fez, á quien estrechaba con duro cerco en su capital. No descuidó don Alonso ocasion tan venturosa, y así partió de Portugal con un ejército de 20,000 hombres y una armada de doscientas velas, llevando en su compañía al príncipe D. Juan su hijo, desembarcando en la playa de Arcila á mediados de agosto, atrincherándose en su campo á vista de la plaza para repeler cualquier salida que se aventurasen á hacer, lo cual no lo intentaron los sitiados, á pesar de ser en número considerable. Puestas las baterías, se jugaron con tanta fortuna, que á los tres dias se hallaron ya practicables dos brechas, lo cual, visto por los de la ciudad, enarbolaron bandera de paz, y comenzaron á tratar de las condiciones.

Entretanto, viendo algunos soldados cristianos que la brecha estaba desguarnecida, pues con los tratos de paz los moros la habian descuidado, avanzaron por ella animosamente, á cuyo rebato, acudiendo los infieles, trataron de estorbarles el paso; pero acudiendo mas

gente cristiana, los defensores tuvieron que meterse en la ciudad, siguiéndolos de cerca los cristianos.

Acudió el rey entonces, los soldados que habian entrado en el recinto abrieron las puertas, y entrando el ejército se combatió valerosamente por las calles, en donde se hizo gran carnicería. De los moros, cuáles se encerraron en la mezquita y cuáles en el castillo; pero asaltándolos en todas partes los cristianos á escala vista, fueron todos muertos ó traídos á cautiverio, cogiendo los conquistadores un rico botin y mas de cinco mil moros. De los infieles murieron pasados de dos mil, y no pocos de los cristianos, entre ellos el conde de Marialva y el conde de Monsanto, ambos de la primera nobleza y hombres de gran valor. Entre los cautivos se hallaron un hijo y una hija de Muley Vataz, que le sirvieron despues al rey para darlos en rescate del cuerpo de su tio el infante D. Fernando, que murió en cautiverio cuando la jornada infeliz de Tánger. Muley Vataz, al saber en el cerco de Fez la empresa de los portugueses, revolvió con gran celeridad sobre Arcila; pero hallándola ya ocupada, y en cautiverio su familia, movió tratos de paz, ajustándose al cabo una tregua por veinte años y quedando el rey de Portugal por dueño y señor de las tres plazas de Ceuta, Alcázar-el zaguer y Arcila, con todos los lugares de su dependencia.

De estas treguas se esceptúan los pueblos y ciudades muradas, pues á cada uno de los contratantes les era permitido el apoderarse de ellos á su arbitrio si pudiesen, y con esto tornó Muley Vataz á su intentada empresa del cerco de Fez. Viendo esto los moros de Tánger, encontrándose en poco número y mal apercebidos,

y temiendo que el rey D. Alonso quisiese en aquella ocasion tomar venganza de las desgracias y desastres que en sus muros sufrieron los portugueses años antes, resolvieron abandonar la ciudad, como lo pusieron en obra, quemando antes lo que no pudieron llevarse, aunque no se atrevieron á dar fuego á los edificios por temor de dar voces de su huida á los conquistadores de Arcila.

D. Alonso no dejó pasar la ocasion que le presentaba su buena estrella, y tomando posesion de la ciudad y dejando en ella buena guarnicion, se volvió a Arcila, y de allí se embarcó para Portugal, en donde fué recibido con grandes aclamaciones.

Los reyes de Castilla y Aragon D. Fernando y doña Isabel, en tanto, acababan de desarraigarse de sus estados el poder agareno con la conquista de Málaga, Baza, Almería y Granada, quedando los moros por vasallos de los afortunados monarcas, ó pasándose muchos de ellos á las costas de Africa. Uno de los que tal hicieron fué el rey Boabdil, quien desde Tetuan, en donde tomó asiento, no dejaba de inquietar á los cristianos de Ceuta y Tanger, dando abrigo tambien á todos los corsarios, turcos y berberiscos que desde aquellas playas infestaban las encontradas costas de España.

Esto movió desde luego á los reyes católicos á apoderarse del litoral africano; y sabiendo que de Melilla era desde donde mayores daños recibian las costas españolas, resolvieron apoderarse de ella. Para ello hicieron aprestar una poderosa armada en los puertos de Andalucía, dando el mando de ella al duque de Medina Sidonia. La armada se hizo á la vela en 1496; y sabiendo los de Melilla la tempestad que les amenazaba, re-

currieron al rey de Fez para que les socorriese poderosamente, quien se contentó con enviarles quinientos hombres. No era de tanta valia este socorro que pudiera aquietar los ánimos de los de Melilla, y por lo mismo en cuanto divisaron las velas de la armada española abandonaron la ciudad, destruyeron algunos de los lenzos de las murallas, y dieron fuego á los edificios para que los cristianos no se aprovechasen de su comodidad. Desembarcando los cristianos, el duque de Medina Sidonia hizo reparar los muros, reedificó la ciudad, recogiendo empero su antiguo recinto, y levantó una respetable ciudadela para mayor defensa, con lo cual, y dejando buen presidio, se volvió para España. Desde entonces se cuenta esta fuerza entre las posesiones españolas. No era tal conquista bastante para satisfacer el ánimo elevado de los reyes católicos; pero la guerra de Italia llamó su atención y sus esfuerzos á otra parte. Mas concluida felizmente la empresa de Nápoles, volvió el rey don Fernando á pensar en lo de Africa, instado sobremanera con los consejos y reconvenções del cardenal Cisneros, gloria del claustró, timbre de España, y columna firme del Estado, quien, en vida de la reina católica, le ponía inminentemente ante los ojos la utilidad y la honra que de estas conquistas habian de seguirse á sus reinos.

Resuelto, pues, D. Fernando á llevar adelante la conquista, y ayudado con los subsidios que francamente puso á su disposición el cardenal Cisneros, arzobispo de Toledo, dispuso una armada con cinco mil hombres de desembarco, que haciéndose á la vela desde el puerto de Málaga en 1506, bajo el mando del alcaide de los donceles D. Diego Fernandez de Córdoba, tomó la

vuelta de Mazalquivir. Este es el *Portus-Magnus* de los antiguos, que suena lo mismo en su actual denominación arábiga, y saltando los cristianos en tierra el 11 de setiembre despues de algun contratiempo, escaramuzaron bravamente con tres mil peones y doscientos ginetes de los infieles, que les salieron al encuentro; pero arrollados desesperadamente los moros, se retiraron á Oran, dejando en Mazalquivir para la defensa cuatrocientos hombres, que se defendieron valientemente con la ayuda de un cañon que jugaba con gran ventaja sobre los españoles. Uno de los artilleros de la armada, sin embargo, asestó con tal ventura un cañon contra el contrario, que metiendole la bala por la boca lo desbarató en mil piezas, matando al moro artillero que lo servia.

Los sitiados desmayaron con esto, y al tercer dia se dieron á partido, saliendo de la plaza con sus mujeres, hijos y riquezas; y quedando por gobernador de la fuerza el alcaide de los donceles con el titulo de capitán general de la conquista de Berberia, la armada dió vuelta para Málaga á las órdenes de D. Ramon de Cardona.

El rey D. Fernando mandó en seguida que el almirante Pedro Navarro corriese con sus galeras las costas de Berberia, limpiándolas de los corsarios de los moros que en ellas se abrigaban, y despues de apresar muchas naves de tan vil canalla, llegó á la vista de Velez de la Gomera, en cuyas playas tenian una de sus mas seguras guaridas aquellos piratas. Situada esta ciudad en una ensenada entre dos montes, el Cantil y la Baba, en la costa del Mediterráneo y en la provincia de Errif, del reino de Fez, la tenia bajo su gobierno ó se-

horio cierto Muley Almanzor, grande enemigo de los cristianos, y que con su apoyo daba larga mano á la piratería de los berberiscos.

Pedro Navarro, conociendo la importancia de aquel lugar, y viendo en medio de la ensenada á setecientos pasos de la orilla un islote ó peñon escarpado y fuerte por naturaleza, se propuso ocuparlo con permiso del Rey, y edificando en él un castillo, en donde empleó cinco piezas de artillería, y dejándolo bien abastecido con razonable presidio, y por su gobernador á un tal Villalobos, prosiguió en sus conquistas y cruceros. El nuevo gobernador principió á incomodar con su artillería á la ciudad de Velez de tal manera que los habitantes, para librarse de ver caer sus casas y arder sus edificios, se allanaron á franquear al fuerte cuantos bastimentos y refrescos necesitare.

Entre tanto, el señor de la tierra Muley Almanzor acodió al Rey de Fez para que le diese medios con que redimirse de huéspedes tan incómodos, y el xerife le envió dos mil hombres de buenos soldados, con los cuales y la demás gente de guerra que tenia, asedió al Peñon con rigor bastante; pero los del castillo se defendieron tan bien, y su artillería mataba tantos moros, que estos tuvieron que levantar el sitio, dejando en paz á los cristianos. Poco despues de esto, la industria de los moros alcanzó lo que no pudo la fuerza, tomando el Peñon y matando á Villalobos, y sin dar cuartel á ningun soldado. Quien dice que los que franquearon la entrada fueron dos moros muy entendidos en las artes de la alquimia, que hicieron creer al codicioso Villalobos que por su medio podria hacerse inmensamente rico; y admitiéndolos en su com-

pañía, y ellos puestos de acuerdo con un soldado que quería mal al gobernador por achaques de celos, le dieron de puñaladas cuando de pechos en las almenas se espaciaba distraídamente mirando al campo enemigo. Sea de ello lo que fuere, es cierto que por entonces se perdió aquel presidio, no recobrándose, despues de varias tentativas, hasta algunos años despues.

Por este tiempo los portugueses de Arcila se vieron tan apretados de los moros, que perdido el recinto de la ciudad, en donde hubo gran carnicería de gente indefensa por no poder repararse, hubieron de encerrarse en el castillo, en donde hubieran sucumbido á no ser por la oportuna llegada del almirante de Portugal que estaba en Alcázar-el Zaguer, y la de Pedro Navarro, que estaba en Gibraltar, llamados ambos por el gobernador de Tánger D. Juan de Meneses, que tuvo noticia cierta del poder y pujanza con que los moros combatian á Arcila. El Rey de Fez Mahomad-Xerife, viendo el gran socorro que les llegaba á los cristianos, levantó el cerco, recibiendo con alto júbilo los sitiados á sus libertadores. El rey D. Manuel de Portugal tuvo en mucho el socorro y buena voluntad de Pedro Navarro, y por aquel tiempo firmó tratados con D. Fernando el Católico, por los cuales el portugués podia conquistar y hacer suyas todas las tierras puestas al poniente de Ceuta, y el castellano todas las que hobiese al oriente de Tetuan. En fuerza de esto y mientras D. Manuel se disponia á estender sus conquistas por las costas del Atlántico, D. Fernando ordenó que se prosiguiesen con empeño las de las playas del Mediterráneo. Ayudado, pues, de los consejos del cardenal

Cisneros y de las gruesas cantidades que ese heróico prelado le franqueó, mandó aprestar una numerosa armada en el puerto de Cartagena con hasta catorce mil hombres de desembarco, y siendo de la espedicion el mismo cardenal arzobispo, y yendo de general Pedro Navarro; zarpó la armada el 16 de marzo de 1509, endetezando las proas para Mazalquivir.

Al dia siguiente entraron en este puerto, donde publicó ser dirigida la espedicion contra Oran, ciudad populosa tan rica, que muchas veces habia mantenido armada en los mares para perseguir á los cristianos.

Verificado el desembarco se emprendió por el camino de Oran animando á los soldados el cardenal con sus exhortaciones para que peleasen como buenos. Los moros, en número de doce mil hombres, salieron al campo á recibir denodadamente á los cristianos, dejando muy poca gente en la ciudad. En este tiempo dos moros y un judío que estaban cohechados por el gobernador de Mazalquivir, cerraron las puertas de Oran y alzaron en los muros una cruz roja, que era señal convenida. Los infieles que venian malparados por el furor de los cristianos, y que se hallaron sin tener en donde repararse, se derramaron por los campos, en tanto que los vencedores escalaban los muros y enarbolaban por todas partes las banderas cristianas. Aun se conservan, á pesar de la rapacidad de la época lastimosa en que vivimos, algunos trofeos de esta conquista en la catedral de Toledo y en la ciudad de Alcalá, traídos por el cardenal Cisneros para recuerdo eterno de las glorias españolas, y que llevarán su nombre á las últimas generaciones. Quedó por gobernador de la tierra Pedro Navarro, quien al año siguiente saliendo

de Mazalquivir con treinta velas, y reuniéndose con la demás armada que venia de Ibiza, dió sobre Bugía, que tomó, poniendo en dependencia á Argel, Fedeliz y Mostagan, y á los reyezuelos ó bájaes de Tunez ó Tremecen.

Asentadas las cosas de estas conquistas, volvió á darse á la vela Pedro Navarro en el mes de julio del propio año; y dirigiéndose sobre Trípoli se apoderó de ella por asalto y escala vista, aprisionando á su rey Abu-beit, y matando cinco mil moros. Despues de esta conquista, toda la costa de Berbería, desde el estrecho de Gibraltar, hasta los confines del Egipto, quedó bajo la dependencia y vasallaje del rey D. Fernando, quien para dar raiz y consistencia á tantas importantes adquisiciones pensó establecer casas de las órdenes militares en Oran, Bugía y otras de aquellas posesiones con acuerdo de las Córtes en Valladolid de 1513, lo cual no tuvo efecto por las guerras de Italia que sobrevinieron, y las disensiones que estallaron entre los príncipes de Europa.

Estimulado el rey D. Manuel con el ejemplo del rey de Castilla y de Aragon, no se descuidaba en dilatar sus conquistas del otro lado del Estrecho. Como que su ánimo levantado no le dictaba nada menos que apoderarse de los dos reinos de Fez y de Marruecos, resolvió levantar una plaza en la parte occidental del continente desde donde pudiera tener en jaque y con mas proximidad que desde las posesiones del Norte, á las dos capitales del imperio. Para ello edificó la plaza de Mazagan, á tres leguas de Azamor, en la provincia de Duquela, en lugar acomodado para la navegacion, y sobre una llanura que allí se esparce hasta la orilla de

la mar, y en donde antiguamente se dejaba ver una torre que formaba parte del puerto de Al Medina. Mazagan se fortaleció de una manera ventajosa, y desde luego se la guarneció con numerosa artillería y un buen golpe de gente.

Con el propio intento hizo fortalecer el rey de Portugal el castillo del Aguer, situado en los confines de las provincias de Heah y Sus, en un lugar en donde el Atlante, formando un cabo, se mete en el Océano, y en donde se veía un castillo de madera llamado Santa Cruz, levantado por un portugués para dar abrigo á los pescadores que concurrían á aquellos mares, y á quien los moros le llamaban darnzara ó casa del cristiano. Este punto importante se ensanchó con mayor recinto de murallas, se fortaleció con gran número de artillería y se guarneció con buen presidio, nombrándole alcaide ó gobernador.

Por este tiempo andaban tan revueltas las cosas de los moros, que todo el país se miraba dividido en bandos y parcialidades, á cuya cabeza se ponía el mas osado y animoso, burlándose todos del príncipe que gobernaba en Marruecos. Una de las ciudades que le negaron la obediencia fué Saffi, ciudad situada al occidente de la provincia de Duquela, sobre el mar y á orillas del rio Tensif, con anchos muros y muy bien torreada, y con buen castillo sobre una bahía no muy fuerte por estar dominada por otras eminencias. Esta ciudad sacudiendo el yugo de los reyes de Marruecos se habia erigido en República independiente, gobernada por una familia llamada Beni-farhom; pero el jefe de esta familia llamado Amedux, siendo muerto por un sobrino suyo llamado Abed-el Rahmeo, se hizo con

reconocer por régulo ó soberano de la República. Abd-el Rahmen tenia una hija hermosa por todo extremo que andaba en amores con un mancebo de los principales de la ciudad llamado Ali, quien mediando una esclava y la madre misma de la doncella, la habia conseguido por esposa.

El padre, furioso cuando llegó á entender semejantes tratos, se propuso deshacer de Ali, llamándolo para este efecto un dia á la mezquita; pero advertido á buen tiempo el mancebo, y tomando la delantera, entró en la mezquita con su amigo y Ben Yahia y otros mozos de su faccion, y arremetiendo con Ali acabaron allí con él á puñaladas.

Quedaron por gobernadores de Saffi Ali y Ben-Yahia, pero fueron tantas las asechanzas y tumultos que movieron los parciales y parientes de Abd-el-Rahmen que Ali tuvo que refugiarse en un castillo que los portugueses tenian sobre aquella costa, llamado Santa Clara, en donde gobernaba un alcaide nombrado Diego Arambue, hombre discreto y de resolucion. Allí se ofreció por vasallo del rey de Portugal si le daban los medios para que recobrase su poder, á lo que no accedió Arambue hasta recibir órdenes del rey D. Manuel. Ali pasó á Portugal á hacer valer sus ofertas, que fueron admitidas, sentando entre otras estipulaciones el que los portugueses habian de tener una casa en la ciudad con puerta al mar para reparo de los mercaderes, y que se les permitiria la fortificacion de una torre para su seguridad. Esto era lo mismo que entregarse á los portugueses, y por lo mismo cuando volvió Ali y con la ayuda de Arambue adquirió de nuevo el gobierno de Saffi, comenzó á poner obstáculos y dila-

ciones al cumplimiento de sus promesas. El portugués entonces se propuso encender la rivalidad entre los dos jefes Ali y Ben-Yahia, y lo consiguió tan cumplidamente que cada cual por merecer mejor las buenas gracias del alcaide le permitieron que entrase en la ciudad con cincuenta hombres, cediéndoles una casa grande en que alojarse, habia sido la de Abd-el-Rahmen.

Las cosas en tal estado, hizo entender Arambue á los moros de la ciudad que el modo de poner término á tantas discordias é inquietudes, seria el que el gobierno recayese en uno solo de los dos rivales; y viniendo todos en ello, y aun los mismos pretendientes, que tuvieron en el caso una lucha de cortesía cediéndose uno al otro el imperio, recayó este en Ali. Poniendo en seguida asechanzas á Yahia, tuvo este que ampararse en la misma casa de los portugueses, desde donde se embarcó para Lisboa, á justificarse ante el rey de la repugnancia que habia demostrado en cumplir las estipulaciones. No fué Ali mas exacto que antes en sus promesas, oponiéndose en cuanto podia á la fortificación de los portugueses, los cuales disimulaban su intento, prosiguiendo en sus obras al cubierto de unos lienzos que antepusieron en la parte exterior.

Cuando los reparos estuvieron en cierto estado, resolvió Arambue romper abiertamente con Ali y los de la ciudad; y un dia despues de la misa salieron los portugueses de sus estancias y cerraron con los moros por las calles, haciendo grande estrago en ellos, de manera que unos se refugiaron en la mezquita, y otros se encerraron en el castillo, desde donde comenzaron á causar algun daño en los cristianos, con un cañon

que al fin fué desmontado por los tiros de una caravela portuguesa.

Rendidos los de la mezquita, y sin esperanza los del castillo, hubieron de abrir las puertas, entregando las llaves de la ciudad, y allanándose los habitantes á quedar por mudejares ó vasallos del rey de Portugal, bien que muchos se pasaron con sus familias á tierra adentro, y entre ellos el gobernador Alí, que primero vivió en Targa, fijando luego su residencia en Fez. Al saberse en Lisboa la rendición de Saffi, envió allá el rey una gran armada con tropas, artillería y armas, nombrando por gobernador á Nuño Altaide, quien llevó en su compañía á Yahia, que abrazó cordialmente la parte de los portugueses. Este, poniéndose á la cabeza de tropas, comenzó á correr la tierra con tan buen efecto, que al cabo de poco tiempo se sujetaron a los portugueses cuantos lugares y alquerías estaban en seis leguas ó mas á la redonda de Saffi, pagando los moros tributo ó paries. Los alfaquies, llevando á mal tan pesado yugo, encizañaron á los nuevos convenidos, y lograron encender de tal modo el fanatismo de la morisma y amontonar tanta gente armada, que vinieron sobre Saffi á ponerla sitio, pasados de cien mil moros de á pié y de á caballo.

En vano fueron los esfuerzos que hicieron para entrar en la plaza, y al cabo de diez y siete dias tuvieron que levantar el sitio, dejando tendidos por el campo dos mil hombres. Los de la ciudad salieron á picar la retaguardia, y fueron tantos los adelantos que hicieron Yahia, Lope Barriga, bravo caballero portugués, y otros soldados, en la conquista por esta parte del Africa, que sujetaron é hicieron tributarios á muchos pue-

blos y distritos de la provincia de Duquela, Hea y de la misma provincia de Marruecos. Fueron tantas las hazañas y los servicios de Yahia en estas empresas y entradas, que el rey de Portugal lo nombró por su general en toda aquella campaña.

Los de Azamor, viendo los progresos que por aquella parte hacian las armas cristianas, se ofrecieron por tributarios del rey de Portugal, y prometiendo el dar franca entrada en la ciudad á los mercaderes cristianos, conviniendo en ello, bien á su despecho, su príncipe ó gobernador Muley Cidan, pariente muy cercano del rey de Fez, que por estorsiones y tiranía era muy mal quisto en el pueblo. Este moro además habia engañado pérfidamente años antes al rey de Portugal, pues habiendo vivido aquí mucho tiempo por haber sido tomado cautivo cuando muy niño, despues de vuelto al Africa ya libre, por enfados que tuvo con el rey de Fez, tornó entre cristianos, y prometió el entregar á los portugueses la ciudad de Azamor si le facilitaban algunas naves y soldados.

Mas cuando llegó á cumplir su promesa, volvió traidoramente las armas contra los portugueses, que fueron muertos y cautivos, alcanzando de Muley Cidan, por precio de tal traicion, el imperio de la ciudad. Mas las treguas y tratos que hicieron los de Azamor pronto comenzaron á ser violadas por Muley, y entonces resolvió el rey D. Manuel apoderarse de aquella fuerza á todo trance. Para ello armó una poderosa flota de 480 velas, con 8,000 infantes y 2,500 caballos, gran número de nobles aventureros y soldados de cuenta con artillería y armas, nombrando por general de la expedicion á su sobrino D. Jaime, duque de Br.

ganza. La armada salió de Portugal en 17 de agosto de 1518, y desembarcando en Magazan, sin obstáculo alguno, se detuvo allí el duque tres días para refrescar y dar tiempo que se le reuniese D. Nuño de Atayde con la gente de Saffi. Todo dispuesto, el ejército se movió contra Azamor. Esta ciudad de la provincia de Duquelas, se deja ver en una pequeña ensenada que forma el Océano en la desembocadura del río llamado por los árabes Um el Rabie, que algunos nombran Omiramis y otros Morbeja, conteniendo en aquel tiempo cinco mil fuegos y casas, y siendo cercada de muy buenos muros. Cidan se había apercibido á la defensa, y saliéndose él de la ciudad para correr la campaña, la dejó encargada á un moro muy principal y valiente llamado Almanzor, con guarnicion numerosa y resuelta.

A pesar de los rebatos y escarreos con que Cidan presumió embarazar la marcha de los cristianos estos llegaron á la vista de la plaza, y haciendo desembarcar la artillería que traia la armada entrando algunas caravelas con ella río arriba, comenzaron á combatir las murallas. La defensa la hacian los moros con gran denuedo, pero una bala de cañon, habiendo llevado la cabeza de Almanzor, los defensores con esto se atemorizaron de tal suerte, que no pensaron sino en huir, abandonando la ciudad con tanta furia, que á la salida de las puertas se ahogaron mas de ochenta personas. Entonces un judio haciendo señales bajó á hablar con el general, y le participó la huida de los moros, pidiendo por albricias la vida y los bienes de la nacion, lo que la fué concedido. Así se apoderaron los cristianos de Azamor, en donde encontraron riquezas innu-

merables que con su precipitada fuga no pudieron llevarse los moradores. La nueva de esta conquista causó tal espanto en las ciudades comarcanas, que los moros abandonaron también á Tit y á Almedina, que al punto fueron ocupadas de los cristianos, quedando de gobernador en esta última ciudad el fiel y valiente Yahia. Este mandó pregonar que todo el que quisiere, viniese á poblar en sus antiguas moradas, sin temor de ser vejados ni oprimidos, lo cual llegándose á entender, no solo volvieron á sus casas los fugitivos, sino que vinieron otros muchos pueblos á prestar obediencia y tomar vasallaje del rey de Portugal. Con tales conquistas llegó este soberano á ser tan poderoso en aquella parte del Africa, que á mas de sus ricas posesiones contaba con un ejército de mas de 17,000 caballos y 200,000 peones, todos africanos, lo cual sin duda le hubiera dado á aquel soberano y á sus sucesores todo el señorío de Marruecos, si el descubrimiento de las Indias orientales y occidentales que prestaba á la ambicion y á la codicia medios mas inmediatos de satisfacerse, no hubieran venido por aquel tiempo á desviar del verdadero y seguro camino de su poder y grandeza, á las dos naciones de la Península.

Desde los tiempos del rey D. Manuel hasta D. Juan el Tercero, los portugueses sostuvieron un grande ascendiente y poder en las cosas de Fez y de Marruecos, habiéndose visto talados los distritos de esta última capital con las correrías de Yahia, Lope Barriga, Noño Mascareñas y otros capitanes cristianos y alcaides de los moros confederados. Entre tanto, habiéndose levantado los xerifes con el imperio de aquellos países, y conociendo cuanto les importaba deshacerse de la

vecindad de los cristianos para adquirir favor entre aquellos pueblos, y afirmar su autoridad naciente, no dejaron de combatir y de urdir tramas para acabar con los hombres que por valor, capacidad, y ser prácticos en la tierra podrian poner coto á sus intentos manteniendo la causa y voz del rey de Portugal.

Así, pues, á fuerzas de trazar inteligencias y lides dieron muerte á Yabia, Nuño Fernandez y Lope Barrija, que despues de haber sido cautivado por dos veces y de correr las aventuras mas dramáticas y peligrosas, murió, rescatado ya, en un encuentro con los moros, pasada la garganta con un dardo.

Los xerifes comenzaron á medrar desde entonces, y embistiendo á los portugueses de Agher ó Santa Cruz con gran ejército y aparato, entraron en la plaza despues de un sitio de siete meses, habiendo tenido la desgracia los portugueses de que volándoseles un almacén de pólvora volase tambien gran parte de la muralla cuya coyuntura aprovechó bien el xerife, asaltando la brecha. Los cristianos que quedaron se retiraron con el gobernador D. Gutierre de Monroy al castillo, en donde continuaron defendiéndose por buen espacio de tiempo, hasta que perdida toda esperanza se dieron á partido, aunque los moros, no guardando lo pactado, ó los pasaron á cuchillo ó los redujeron á cautiverio.

Entre las cautivas se encontraba la hermosa Doña Mencía, hija del gobernador, cuya doncella guardó para sí el xerife, perdidamente enamorado de ella, y cuya posesion reclamaba vivamente el hermano del xerife, que imperaba en Marruecos, prendado tambien de la fama y hermosura de Doña Mencía. Esta señora,

viendo que no era rescatada por lo difícil que era allegar la suma inmensa que su dueño pedia por ella, desesperada vino en casarse con él, dejando las vestiduras de su patria por el traje africano, aunque guardó la fé de sus padres hasta su muerte, que no tardó en venir, vencida la dama al peso de sus desgracias y de su tristeza, y aun se dice tambien que por efecto de cierta ponzoña que la dieron las demás mujeres y esclavas del xerife Mahomad por celos que tenían de la preferencia de que era objeto.

El rey de Marruecos tambien publicó la Gazzia ó guerra sagrada, y juntando gran morisma atacó la ciudad de Saffi. Cogieron los moros tan falta de hombres la plaza, que el gobernador hacia subir á los muros las mujeres vestidas á lo soldado, para dar á entender que no escaseaba de gente; y asi comenzó su defensa, con gran valor. Fueron vanos cuantos asaltos y embestidas dieron los bárbaros á la ciudad, y ellos encontrando tanta resistencia levantaron el sitio despues de seis meses de lid continua.

El rey D. Juan el Tercero, que á la sazón reinaba en Portugal, viendo lo costoso que le era sostener aquella y otras plazas, y como ya se ha indicado, llamada la atención de los naturales á otros adelantos y conquistas, resolvió abandonar á Saffi, y poco despues á Azamor, Arcila y Alcázar, manteniendo solo á Mazagan, Tánger y Ceuta plazas que le aseguraban la entrada libre en Africa, siempre que á bien le viniere.

Las mismas causas que distrageron á los portugueses de proseguir en sus conquistas de Africa por la parte que les señalaba el tratado hecho entre los reyes Don Manuel y D. Fernando, desviaba á los castellanos de

afirmar y arraigar los grandes adelantos que por la suya llevaron á cabo hasta la muerte del Rey católico. Además, las continuas guerras que suscitaron los reformados de Alemania, y la lucha porfiada y casi personal que sostuvieron por tanto tiempo Francisco I y Carlos V, impidieron á este que con sus españoles llevase á perfeccion su señorío en todo el oriente de Africa. Sin embargo de ello, habiendo los turcos mandados por Barbaroja destituido al Rey de Argel Muley Hacen, que era tributario de Carlos V, decidió este proteger y reponer á su cliente, para lo cual aprestó una gruesa armada con cincuenta mil hombres de desembarco que él mismo mandó en persona tomando el fuerte de la Goleta, venciendo á Barbaroja y reponiendo en su autoridad á Muley Hacen.

Sin embargo de esta empresa memorable tan gloriosa para las armas españolas, y de la destruccion de la ciudad de Africa, ello es que llamada la mente y los esfuerzos de Carlos V á otros proyectos y fortunas, dió lugar á que los turcos se apoderasen del reino de Trípoli y Bugia, que recobrasen la Goleta, que destronasen de nuevo á Muley Hacen, que se afirmasen en Argel de donde nos rechazaron, y en fin, que hicieran reconocer el imperio del Gran Señor, desde Egipto hasta los confines de la España Transfretana. Aquí encontraron otros nuevos y temibles enemigos con quienes combatir, que eran los xerifes de Fez y Marruecos, naciendo de ello continuadas guerras y frecuentes batallas que no son de nuestro propósito el relatar.

En los tiempos de Felipe II, los moros atacaron á Melilla por las prédicas de cierto Morabito muy reve-

renciado de ellos, que les hizo entender que él por fuerza de ciertos encantos dejaría inmóviles á los cristianos, de manera que ningun riesgo se corría en asaltar la plaza hasta matarlos ó cautivarlos á todos.

El gobernador, que lo era D. Pedro Venegas, entendiendo el desvario de aquella gente bárbara, fingió dejarse engañar, dejando abierta una de las puertas de la plaza, teniendo prevenidos en tanto todos sus soldados y artillería, y cuando los moros, fanatizados por su Santon, entraron por los muros seguros de su hecho, recibieron tal rociada de balas y tal Santiago de los cristianos, que dejando cegados con cadáveres los fosos y las entradas de la plaza, salieron huyendo de ella. Todavía el Santon prosiguió en sus embustes afirmando que los cristianos estaban encantados, y que si no hubieran embestido los moros con los soldados que estaban en la puerta se hubieran señoreado de la plaza sin ninguna dificultad, y al propio tiempo mostraba el embaucador, por prueba de lo que decía, tres golpes que había recibido en la cabeza sin lesion alguna. Tanto les dijo, que al cabo pudo alcanzar de los moros que viniesen á otra nueva tentativa. En esta ocasión la lección fué mas severa y sangrienta, pues además del crecido número de muertos quedaron prisioneros mas de cuatrocientos, sin que mas se volviese á oír hablar del Morabito.

Esto pasaba en 1563, y casi al mismo tiempo los turcos de Argel asediaron las ciudades de Oran y el puerto de Mazalquivir, pero el marqués de Alcaudete, gobernador del primer punto, y su hermano D. Martín, que lo era del segundo, se dieron tan buena traza, que resistieron los ataques de los sitiadores, dando lu-

gar á que llegasen en su socorro las galeras de España, á cuya vista se retiraron los turcos.

De vuelta de esta expedicion fué cuando D. Sancho de Leyva probó, aunque inútilmente, apoderarse del Peñon de Velez, teniendo que aplazarse la espugnacion para ocasion mas venturosa que se presentó en el año venidero de 1564, mandando al efecto Felipe II una armada de 60 galeras reales con 14.000 hombres de desembarco al mando de D. Garcia de Toledo. La ciudad de Velez fué como siempre tomada facilmente, pero lo difícil era la toma del Peñon. Para lograrla hizo levantar D. Garcia un bastion por la parte de la ciudad, y desde allí se comenzó á batir el muro del fuerte con buen efecto. Intimidada la rendicion al turco que mandaba, llamado Tered, se negó á la propuesta con muestras de grande ánimo, pero ordenando Don Garcia que la artillería mejorase de terreno aquella noche, colocándola mas cercana del Peñon, los turcos desmayaron, y unos con el capitan se deslizaron por las aguas en un esquife, otros se salvaron á nado, y los que quedaron en el fuerte, entregándose á merced, fueron hechos esclavos. D. Garcia dejó gobernador en el presidio con trescientos arcabuceros, y muchos trabajadores y albañiles, y aportillando en seguida las murallas de Velez, dió la vuelta á Málaga ocho dias despues de la salida. En este mismo año las galeras de España, al mando de D. Alvaro Bazan, entraron en Teuan, guarida infame de corsarios y piratas, é hizo á su propia vista cegar é inutilizar la entrada de su puerto, poniendo asi algun remedio al continuo mal que desde allí sufrían las costas de España.

Otras muchas ventajas alcanzó en su tiempo el rey

D. Felipe contra los moros y turcos, así dentro como fuera de España, pero ninguna como la gloriosa batalla naval que ganó sobre las escuadras de Soliman don Juan de Austria para fama eterna de España y de sus valientes hijos. En su tiempo tuvo lugar sin embargo la desgraciada jornada de Africa hecha por los portugueses en 1578, en donde se perdió el rey D. Sebastian y todo su ejército y nobleza, pero este asunto pide de suyo capítulo separado.

XIII.

De la jornada de Africa y batalla de Alcazarkebla, en donde se perdió el rey Don Sebastian, llamada tambien batalla de los tres reyes.

Cuando en Africa cayó la dinastía de los Banimerines, entraron á reinar los xerifes que se dicen descendientes de Mahoma por Fatima, su hija única casada con Ali. Como no es nuestro intento detenernos ahora en la historia de estas revueltas, solo diremos para conocimiento de las causas que motivaron la jornada del rey D. Sebastian, que los dos hermanos que fundaron esta dinastía de los xerifes establecieron por ley que el mayor de los hijos de cualquiera de los dos hermanos que viviere á la muerte del rey habia de suceder en el reino y no los nietos; que era lo mismo que decir que los tios habian de preferir muchas veces á los sobrinos.

Aconteció, pues, que el hijo del xerife Mahomad, llamado Muley Abd-allah, le sucedió en el trono; y despues de diez y siete años de feliz reinado, vino en declarar heredero de sus estados á su hijo Muley Mahomad, sin embargo de tener vivos todavía varios hermanos, hijos del dicho xerife, su padre, que por razon del contrato debian heredar. En quanto el principe jurado se vió en el poder comenzó á perseguir á sus tios, haciendo matar á uno en Tremecen, y obligando á otro á refugiarse en las tribus errantes de la Libia. Otro tio llamado Abd-el-Malek, vulgarmente llamado el Moluco, pudo escapar, refugiándose en tierra de turcos. Despues de varias fortunas en que demostró valor y sagacidad, y despues de escapar en la naval, que venció D. Juan de Austria, alcanzó del turco Vchali, que le diese cinco mil genízaros bajo ciertas condiciones, todas en conocido detrimento de la España, pues una de ellas era el que los turcos pudieran tener galeras en Larache. Con este auxilio se dió tan buena maña, que en tres batallas derrotó y destronó á su sobrino, quedando en poco tiempo por señor de todo el Mogreb. El xerife destronado se vino primero al Peñon á pedir ayuda á Felipe II, y no hallando oídos se vino para Ceuta, desde donde hizo los mismos oficios con el rey D. Sebastian, ofreciéndole la fortaleza de Larache, con otras cosas mas.

El rey D. Sebastian, que entonces se hallaba en lo mas florido de la juventud, animoso, de espíritu levantado, que ardía en los deseos de señalarse como caballero y como soldado en guerras de infieles, acogió al rey destronado con toda cordialidad, y le prometió su apoyo y restaurarle en sus Estados. Aunque

personas entendidas y experimentadas trataron de disuadirle de empresa tan arriesgada, todo fué en balde, y los preparativos de la armada comenzaron á hacerse. Todavía se alcanzó del jóven héroe que oyese los consejos de su tío el rey D. Felipe, para lo cual pasó á tener vistas con él en el santuario de Guadalupe, siendo recibido por los pueblos del tránsito bajo palio, y tratado como rey propio y natural de España. La resolución de D. Sebastian era tan firme que á pesar de las amonestaciones entendidas de su tío, persistió en su intento, dando algo de oídos solo á las indicaciones del duque de Alba, que aconsejaba el que la armada se contentase con alguna empresa en la costa apodrándose de Larache, sin internarse nunca en tierra adentro.

Vuelto á Portugal D. Sebastian, despedido cordial y cariñosamente por D. Felipe, de quien recibió socorros cuantiosos de hombres y dineros, se aprestó con el mayor ardor para la jornada, desoyendo de nuevo los consejos de los hombres de Estado y de su tío el cardenal D. Enrique, que despues sucedió en el reino. Por lo pronto envió coroneles al ducado de Florencia para levantar gente de aquel Estado, lo cual ofreciendo dificultades, resolvieron hacer su recluta entre tudescos. La armada y el ejército estuvieron prontos para la primavera de 1578, componiéndose de casi diez y siete mil hombres, en esta forma:

Portugueses en cuatro coronelías de	
á cada 2,500 hombres.	10,000
Un tercio de castellanos.	2,000
Un tercio de tudescos.	3,000

Italianos.	600
Y de nobles aventureros como. . .	4,300

	46,900

Los tercios portugueses los mandaban Vosco Silveira, Francisco Tabora, D. Miguel de Loroño y Diego Lopez Siguira. Don Alonso de Aguilar mandaba los castellanos, Mr. de Borgoña los alemanes, y el marqués de Sterlin, inglés de nacion, los italianos. Estos iban en una nave genovesa á dar favor á los católicos de Irlanda; y como por accidente de mar llegasen al puerto de Veras, cerca de Lisboa, en donde les vió maniobrar el rey, se enamoró tanto de ver su agilidad y destreza, que no paró hasta que los alistó en su espedicion, regalándolos espléndidamente, y prometiéndoles todo favor para que concluida la jornada prosiguiesen á su primer destino. A la gente noble aventurera la mandaba D. Cristóbal de Tabora, camarero y caballero mayor del rey, con quien privaba mucho. Además iban en compañía de D. Sebastian todos los grandes, títulos y señores del reino acompañados de criados y familiares suyos, y algunos prelados. El 17 de junio se bendijo con toda solemnidad el estandarte real, que era blanco con la cruz roja de Cristo, entregándosele al alférez mayor D. Luis de Meneses.

Concluida la funcion, en vez de caminar el rey para el palacio, se dirigió á su galera, á donde se redujo por los ocho dias que aun faltaban para estar á punto la espedicion; tal era su noble impaciencia por verse en el término de sus deseos. Al fin en el 24 de junio zarpó la armada de Lisboa, compuesta de mil y mas ve-

las, aunque fuera de la galera real, y de otras cinco que la acompañaban, y de cincuenta navíos armados, todo el demás barcaje eran urcas y otros vasos de comercio para el transporte. La armada tocó en Lagos, en el Algarbe, para recoger el tercio que habia levantado Francisco de Tabora, y al cabo de cuatro dias haciéndose á la mar llegaron á Cádiz, en donde se tomó alguna mas gente, deteniéndose aquí ocho dias, en los cuales fué D. Sebastian festejado por el duque de Medina con ostentacion régia. Vuelto á la mar, y atravesando el Estrecho, la armada llegó á Tánger, en donde desembarcó el rey para dar gobierno á algunas cosas, como fueron el sacar de aquel presidio los soldados viejos y ginetes fronterizos, dejando gente de la mas visonã, disponer que le siguiese el xerife Mahomad que le aguardaban allí con trescientos hombres, y que don Martin de Silva, acompañado del xerife Muley Xeque, hijo del xerife, fuese costeando hácia Mazagan para mover la tierra y allegar los partidarios de su padre.

Gobernadas estas cosas, el rey D. Sebastian partió en las galeras para Arcila, adonde ya le habia precedido el resto de la armada, siguiéndole por la costa el rey Mahomad con sus partidarios. La ciudad de Arcila, gobernada por un alcaide de los aficionados á este rey la habia entregado al principio de las revueltas al gobernador de Tánger, y por eso de nuevo la ocupaban los portugueses. Don Sebastian hizo desembarcar el ejército acampándolo al abrigo de la fortaleza, y en estas y otras disposiciones, en dar alarmas falsas para ver cuál era el continente de los soldados, y en tomar consejo sobre la ruta que debia seguirse, se pasaron lastimosamente diez y ocho dias, cuya tardanza fué

gran parte en la pérdida de aquella jornada.

Se decidió que el apoderarse de la fuerza de Larache debía ser el principio de mayores cosas, pero los dictámenes estaban muy divididos sobre el camino que había de seguirse.

Los unos pretendían que debían irse por mar, entrando la armada por el río Luccus que baña la ciudad, desembarcando allí la artillería y batiendo la plaza. Este parecer ofrecía la contra de que defendiendo la entrada de la barra la fortaleza, siendo la costa brava, y habiendo la soldadesca que llevar el agua á la cinta para tomar tierra, era fácil por extremo el ser calados á fondo los barcos que llevasen la artillería y desbaratos los soldados, á medida que desembarcasen con los numerosos ginetes y gran arcabucería, que por parte del Moluco sostenían la ciudad, en donde mandaba su hermano Muley Ahmed.

Otro de los pareceres era el ir costeando el ejército la playa siempre á vista de la armada, y llegando al río pasar la gente con los bateles á la otra parte, y luego embestir la plaza. Se contradijo esto, porque las cuatro lenguas que separaban á Arcila de Larache, eran de ásperas montañas y muy ocasionadas á los rebatos de los moros, además de que en este caso tenían toda su fuerza las consideraciones que hacían desestimar el consejo de llevar el ejército en la armada, pues iguales eran los riesgos para pasar la barra. El otro medio propuesto era el meterse tierra adentro remontando el río Luccus y vadearlo por encima de Larache. Fuertes contradicciones sufrió en el Consejo este dictámen que era el mas acepto á los ojos del rey, porque mas pronto había de ponerlo en el trance de

pelear. Primeramente se dijo que la falta de mantenimientos habia de ser estremada, porque los moros recogian todo el ganado y el pais estaba todo en armas, que se habia de perder toda comunicacion con la costa y la armada, y que la gente desmandada para buscar víveres, habia de ser presa de las acometidas de los moros que no descansarian, por ser tantos, en traerla desvelada y cansada para combatir, además en que por este medio se ponía á grave riesgo la persona del Rey que era el consuelo y la salvacion de todos. Sin embargo de tan fuertes consideraciones se adoptó este parecer que no fuera descaminado si la diligencia y la celeridad hubieran sido parte, para no dejar perder ocho dias en Cádiz, y diez y ocho en Arcila.

Si tal hubiera sucedido, el rey Moluco que á principios de junio estaba en los últimos confines del imperio, y que al saber la llegada de la armada se encontraba en Marruecos á ciento veinte leguas de la costa, no hubiera tenido tiempo para allegar sus gentes y el ejército cristiano combatiera y tomara á Larache sin obstáculo. Con la tardanza, al contrario, tuvo tiempo el Moluco para venir al encuentro de los cristianos con todas sus fuerzas, y cuando se movió el ejército de Arcila ya se encontraba él, poderosamente acampado en unos sitios cerca de Alcazar Kibir, llamado el Tremencenal, con un ejército que ninguno de los historiadores de la época le hacen bajar de cien mil combatientes de toda gente y de diversas naciones, contándose muchos moros andaluces de los que allá pasaron desde Granada, no pocos renegados, y algunos genízaros de los que le habian ayudado á ganar el reino, toda gente hecha á las armas y muy diestra. El ejército cristiano

movió, pues, de su campo de Arcila, y el primer alojamiento lo tomó á dos leguas de esta ciudad caminando en muy buen órden. En el tercer alojamiento llegó al real con alguna escolta Francisco de Aldana, gran soldado, y que antes de ahora habia tenido grandes pláticas sobre esta guerra con D. Sebastian, habiendo corrido disfrazado mucha parte del imperio Marruecos para observar, tomar lenguas y adquirir noticias. Venia ahora con advertencias del duque de Alba, y con encargo de D. Felipe II de presentar á D. Sebastian el yelmo y las armas que vestia su abuelo Cárlos V, cuando la toma de Tunez.

Este bravo y entendido castellano fué recibido con grande alborozo por el rey, quien lo mandó aposentar cerca de sí, nombrándole superintendente general del ejército, y que fuese obedecido como su persona, aunque en verdad no encontraba este capitán sino mala voluntad y desden de la gente portuguesa.

El día 3 de agosto se avistaron los ejércitos en las grandes llanuras que dicen de Tamita cerca de Alcazar-Kibir, por donde corre el grande río Mugasen. Venia el Moluco muy aquejado de la dolencia que lo acabó al siguiente día, nacida dicen de un tósigo que le habian suministrado algunos días antes. Traido en unas andas adoseledas con lienzo y llevadas por esclavos, las dejó en cuanto se avistaron los cristianos, y montando á caballo para reparar cualquier turbacion que pudiera saltar á sus soldados, paseó todas las haces y escuadrones, ordenándolas como buen capitán con ánimo esforzado, y presentó la batalla. El rey D. Sebastian tambien preparó su gente, manteniéndose firme en el campo por dos horas, lo cual visto por el Moluco, ba-

tallando con la muerte, que tan de cerca le apremiaba, volvió á montar su caballo, é hizo alarde de sus fuerzas, como ofreciendo la pelea otra vez, pasando sus escuadrones por delante de los cristianos, y viniendo á acampar sobre la izquierda de estos, cerca del rio Muhasen.

El xerife en tanto, tendidas sus banderas delante de las haces cristianas, brindaba con ellas á los partidarios con que contaba en el campo contrario, pero ya sea por tibieza, desconfianza ó temor, lo cierto es que dos elches ó moros descendientes de cristianos fueron los que se le vinieron, cerrando la noche. El campo cristiano se miraba ventajosamente alojado en una eminencia, y asegurados los flancos con dos rios de difícil acceso, que inutilizaba las embestidas de la caballería enemiga, inmensamente superior á la nuestra. El xerife, que por los moriscos pasados era sabedor del apurado estado en que su tio estaba, se fué para D. Sebastian y le manifestó cuan conveniente seria dilatar la batalla, dando lugar á que espirase el Moluco, lo cual dispersaria su campo, se dividiria en parcialidades ó acaso le aclamaría á él mismo por sucesor. El rey sometió esta consideracion al consejo, que reunió aquella noche en su tienda; pero la falta de mantenimientos, que no daba treguas, hicieron desechar tal propuesta. Entonces D. Duarte de Meneses, que por ser muy práctico en aquella guerra gozaba de gran autoridad, propuso dar á los moros una encaminada aquella noche con los fronteros de Tánger, pues esta clase de empresas los conturbaba y asombraba mucho, pudiéndose esperar, si no la total dispersion de la muchedumbre, al menos el que muchos se abuyentasen, y el que los

partidarios del xerife tuviese lugar para declararse y venirse á él. Esta propuesta se desechó tambien, por temor de cansar la caballeria del campo, que por ser en tan corto número era preciso reservarla para mejor efecto.

La noche se pasó con mas sosiego del que prometia tan presta cercanía del enemigo, y en amaneciendo comenzaron los aprestos para la pelea. Todavía inquieto el xerife por el fatal aspecto que tomaban las cosas, vino á D. Sebastian y le dijo, que puesto que su última resolución era el pelear, que lo aplazara para cuando solo quedaran tres ó cuatro horas del dia, porque si, lo que Dios no quisiese, la suerte fuese adversa, era fácil salvar su persona entre la oscuridad de la noche, y que si el suceso fuese próspero poco tiempo bastaria para intimidar á los moros, pues todos se le pasarían. A esto se dijo que en el campo iba mucho soldado allegadizo y forzado, que al abrigo de no ser visto por la noche se desbandaria, abandonando la pelea, cuando de dia haria su deber por temor de sus cabos y capitanes.

Hubo quien propuso que se dejase clavada la artillería y abandonase los carros para engañar al enemigo, y que erguazándose la ribera que corria por la izquierda, que por lo mas hondo no llevaba seis palmos de agua, se pusiese en salvo el campo la vuelta de la costa para encontrar la armada. Con grande enojo recibió este consejo el rey, exclamando lleno de noble dolor: ¡y mi honra! Desoyendo en fin las advertencias del capitán Aldana, que con militar franqueza le dijo que iba á perderse, le mandó que marchase á disponer los escuadrones, y todo se dispuso para la pelea.

Llevaban la vanguardia los castellanos y los tudescos, estos el cuerpo derecho, y aquellos el siniestro, tendida su manga de arcabuceros al mando de Luis de Godoy, yendo los arcabuceros italianos del capitán Hércules al lado de los tudescos. El centro de la vanguardia la llevaban los aventureros, que se señalaron en este día valerosamente. El cuerpo de batalla lo formaban los tercios de D. Miguel de Noroña y de Vasco Silveira, y á la retaguardia marchaban los tercios de Diego Sequiera, que por haber quedado en las galeras, lo mandaba D. Miguel de Loroño y el de Francisco Tavora. El cuerpo de batalla iba reforzado con cuatro compañías de arcabuceros, y la retaguardia ceñida con 300 mosqueteros. Otros tantos iban batiendo el terreno de la vanguardia con 200 caballos de armas, los fronterizos de Tánger y Ceuta, y 200 ginetes del xerife. La demás gente de á caballo formaba dos escuadrones, el uno á la derecha, mandado por el duque de Aveiro, con muchos hidalgos y señores de su casa, y á la izquierda el otro, en donde estaba el estandarte real, el duque de Barcelos, niño de trece años, que quiso tomar parte en la jornada, el prior D. Antonio, pretendiente despues á la corona de Portugal, acompañados de muchos de sus criados y vasallos.

La artillería, que se componía de veinte y cuatro piezas, la mayor parte caminaba en la vanguardia con sus capitanes Pedro de Mezquita y Juan de Acuña, quedando en la retaguardia dos cañones. El rey, rodeado de sus títulos y grandes, asistido del embajador de Castilla y de algunos prelados, se dejaba ver animosamente entre la caballería de la izquierda, por donde amenazaba mayor morisma. El bagaje, los carros, las

municiones y un tercio de gastadores caminaban á la derecha entre la caballería y los infantes, no con razonable espacio para dar abrigo á la caballería cuando tuviera que recogerse de las acometidas contrarias, inconveniente que despues se tocó. En esta forma bajó el ejército cristiano del montecillo en donde se alojaba, al espacioso campo de Alcázar, caminando en buen órden, asi para la marcha como para la pelea, la vuelta del rio Luccus, que se pretendia vadear. El Moluco, que no esperaba tal yerro de los cristianos de abandonar alojamiento tan fuerte, y como capitán entendido que era, cuidó de aprovecharse cuanto antes de esta falta, y asi dió la órden de levantar el campo y arremete. Como era su costumbre, los moros venian en figura de creciente ó media luna con cuerpos muy prolongados, con grandes turbas de caballos en que eran muy superiores, en las puntas, y atronando el aire con sus lilies y vocería.

El Moluco, además, llevaba cerca de su persona un escuadron numeroso de gente escogida y diestra, y cercado de sus alcaides, y precedido de muchas banderas, tamborcillos, añafles y otros instrumentos bárbaros, y de algunos morabitos que con grandes alaridos incitaban á la pelea recitaban sus allacabriras, amparado de los rayos ardientes del sol en un pabellon de brocado de oro, fué discurriendo entre los alarbes, denostando á su sobrino el xerife por traer cristianos á Berbería, recordándoles sus glorias pasadas; y por mas asegurarse del ánimo de los andaluces y elches, les gritaba que el objeto principal de D. Sebastian era castigar en ellos su apostasia y mahometismo. En tanto D. Sebastian animaba á los suyos, revestido con unas ar-

mas negras, y poniendo órden en toda cosa, y mandando enarbolar un crucifijo por uno de los eclesiásticos que en el campo venian, dió el Santiago y arremetió. Las piezas de artillería del Moluco, que en número de veinte y dos se ocultaban entre la maleza de un montecillo, comenzaron á jugar, llevándose las primeras balas varias hileras de soldados nobles y de cuenta.

Ya á esta hora los cuernos de la media luna que formaba la chusma morisca se habian juntado, y comenzó á pelearse por la retaguardia primeramente, lo que unido al destrozo hecho por las bombardas conturbó á muchos de los soldados visoños de tal modo, que desordenados y en remolino, hubo compañía que no recuperó su formacion.

La voz de Santiago repetida por los corone'es y los capitanes, partieron con paso tirado al frente de sus compañías y tercios al enemigo, sufriendo no poco daño de la artillería que contra ellos jugaba. El tercio de aventureros portugueses y castellanos comenzó á caminar con gran furia, y disparada su arcabuceria, y recibiendo la rociada de los arcabuceros contrarios, que se hallaban sin piqueros que los abrigasen, cerraron con ellos con tal ímpetu, que los desordenaron; y haciendo en ellos gran carnicería los arrancaron á la fuga, cuyo desbarate, visto por los moros de á caballo, siguieron la huida. El Moluco, que acertó á estar por aquella parte llevado en su litera, viendo la rota de los suyos montó á caballo, queriendo morir ó volver los suyos á la pelea; y viéndolos huir alzó el alfange para herir en los cristianos, y hallar la muerte antes que ella le buscase; y en aquel punto, ahogado de la rabia y el despecho, y vencido de las ansias de la en-

fermedad que le atormentaba, cayó muerto miserablemente, llevando el dedo sobre los labios, dando á entender así que en el silencio de su muerte estaba la victoria. Los que le rodeaban lo entraron en la litera con un elche, mancebo, llamado Almanzor, que cumplió tan bien el encargo del Moluco, que prosiguió dando órdenes para la batalla como si las recibiese de su rey.

El espanto de los moros fué tal, que llegaron muchos fugitivos á Fez y aun mas allá con la nueva del vencimiento de los cristianos, no faltando quien por el campo gritase victoria, victoria, y que pregonára la muerte del Moluco. Mas la confusion era tan grande, y en la retaguardia y cuerpo de batalla estrechaban tanto los moros y los aporos eran tales, que estas alegres voces quedaron sin efecto. Tampoco la caballería del duque de Aveiro acudió á dar calor á los aventureros, porque al principiar la batalla les encargó el rey que no se moviesen sin órden suya, de manera que dejaron pasar una feliz coyuntura, que pudo haber decidido la suerte de la jornada.

Los aventureros siguieron avanzando con tan extraño valor, que apoderándose de la artillería del Moluco llegaron tan cerca de su litera, que de cinco pendones verdes que junto allí habia, los portugueses tomaron dos. En este punto un Pero Lopez que sargeateaba en las primeras hileras del escuadron, bien porque quisiese ordenar las que confusamente iban marchando, ó segun otros para dar ayuda á un capitan su amigo que se miraba en el mas amargo trance por dos ó tres alarbes, comenzó á gritar ¡alto! ¡alto! atravesando su pica por la primera fila.

Los aventureros , que no por ser valerosos en extremo eran muy experimentados , al oír estas ó semejantes voces , se repararon y comenzaron á retirar , no con la debida ordenanza ; y ya perdido el ímpetu primero comenzaron á echar de ver sus propias heridas y la confusión que por todas partes se dejaba ver , que á haber ellos seguido con el furor primero , y llegando á la litera del Moluco , le cortarán la cabeza y la enarbolarán en alguna pica para conocimiento de los suyos , no hay duda sino que los moros se hubieran huido ó pasándose al xerife , completándose la derrota. De tan pequeñas causas pende la fortuna de las batallas , y de tan leve ocasion produjo tanto mal aquel hombre desventurado.

Las bandas de caballos de los moros , que por ser tantos no todos tuvieron lugar de huir , viendo que sus peones volvían á hacer rostro , revolvieron sobre los aventureros que se retiraban , y los trageron en desorden hasta en medio de la batalla.

En esta sazón el duque de Aveiro , que aguardando la órden del rey no se movía de su lugar viendo los moros tan cerca que casi los tocaba con la lanza , irritado por algunos caballeros que bramaban viendo la insolencia de los moros , dió el Santiago , y arremetió tan fuerte , que metiéndosele la lanza por una de las muchas grietas que la tierra abría , entró tan adentro , que no fué posible cobrarla , con lo cual , metiendo mano á la espada , se entró el duque por los escuadrones enemigos , adonde había hecho meter su guion , llevado por su mancebo harto arriscado llamado Vasconcelos.

D. Duarte de Meneses , que se encontraba á la banda

del duque algo apartado, también cargó con los fronteros de Tánger que le seguían: y el xerife, que cerca de él allí estaba, hizo lo mismo con su poca gente, y entrando por los moros hicieron tal estrago y carnicería, que poniéndolos en huida comenzó de nuevo á aparecer la victoria por parte de los cristianos. En este punto llegó un hidalgo del rey, y le dijo que los moros tenían ya casi presa la artillería: y el monarca, acompañado de muchos caballeros y gente de cuenta, se lanzó por entre los moros, que peleaban sobre la artillería, con tanto coraje, que les hizo soltar lo que ya tenían ganado, haciendo despues el rey con los que le seguían y otros hidalgos que se le juntaron, varias entradas en los moros. Pero poco efecto y resultado muy lastimoso habia de venir con tal desigualdad de fuerzas, pues aunque como campeones pelearon los dos mil caballos cristianos, ¿qué adelanto pudieran conseguir contra mas de cuarenta mil ginetes, que es el menor número que algunos conceden á los alarbes? Ello es que el de Aveiro, arrebatado por la corriente de tanta multitud enemiga, embistió forzosamente con los tudescos y les desordenó los piqueros; y preguntando por el rey, y no teniendo razon de su paradero, reunió otros hidalgos y los pocos que le habian quedado, y para no volver á aparecer se entró de nuevo por los moros lanceando y degollando. Los caballos del xerife, acosados tambien por los moros y no hallando plaza desembarazada por donde entrar al abrigo de los escuadrones cristianos, dió tambien en el campo de batalla desordenando y atropellando.

El escuadron de aventureros, al dar la arremetida que casi puso la victoria en manos de los cristianos,

habian perdido todos sus arcabuceros, pues adelantándose estos con el ardor de la pelea, quedaron anegados entre las olas de la morisma. Así pues, estos valerosos soldados estuvieron sirviendo de terrero y blanco á la numerosa arcabucería de á caballo que tenian los moros, dirigida por un renegado genovés llamado Lalaba, que fué de quien mas daño recibió el campo cristiano.

Todo comenzó á ser ya confusion y desventuras. La multitud de alarbes que se habian mantenido á la mira en las montañas comenzaron á bajar para participar del triunfo, y el cerco en que se miraban encerrados los cristianos comenzó á estrecharse por todas partes. Los tercios portugueses del campo de batalla y de la retaguardia peleaban flojamente, como formados de gente cogida y armada á la fuerza; y amontonados y descompuestos no se atrevian á salir al campo á dar ayuda á sus compañeros, por mas que con sus palabras y acciones los incitaran y alentasen sus coroneles y capitanes. El rey en este tiempo andaba por todas partes peleando personalmente, y como si en el valor de su brazo fincase el remedio tamaño mal.

Por su propia mano habia tomado dos banderas de los moros, perdiendo otro caballo en la demanda, pues llevaba ya muertos en aquella hora otros dos. En aquel trance le ofreció otro caballo Jorge de Alburquerque, y acompañado de este hidalgo, de su inseparable Cristóbal de Tabora, del paje de su guion, que en aquel dia hizo maravillas, Jorge Tello, y de otros caballeros que acertaron á estar por aquel sitio, bien certificado de los últimos términos en que las cosas estaban, quiso tentar la postrer fortuna antes por desdeñar la congojosa vida, que por presuponer alegres esperanzas. En-

tró, pues, por el apiñado escuadron mahometano haciendo gran riza y abriendo ancha calle, pues conociéndolo ya se apartaban de ser blanco inmediato de sus iras.

Aquí murió Juan Carvallo, que trayendo una lanza pasada por los pechos se encontró con su hijo Pedro Carvallo, heredero de su casa, tan bañado en sangre por dos cuchilladas que llevaba en la cabeza, que apenas era conocido; y abrazándose como en mútuo confortamiento, volvieron á la lid á morir en gloriosa compañía. En este último conflicto murieron muchos y buenos caballeros, que fuera prolijo referir, y los que aun vagaban con vida por el campo peleaban aquí y allá sin órden ni concierto, peleando no ya por la victoria, sino para vender caras sus vidas. Allí murió don Alonso de Aguilar, coronel de los castellanos, que mirando cuán forzosa era la retirada, siempre decia arremetiendo mas fuerte con los moros: «Nunca Dios quiera que vuelva atrás la casa de Aguilar.» Tambien cayó el capitan Aldana, haciendo cosas de inmortal memoria como buen soldado, D. Gonza'o Chacon, caballero castellano, el marqués de Eterlin, que mandaba los italianos, y monsieur de Tamberg, jefe de los tudescos, con D. Juan, hijo del duque de Braganza, de la casa real, y cien capitanes, caballeros y hombres principales.

El Rey conociendo bien tanta desventura despues de que le mataron otro caballo iba acompañado de los pocos hidalgos que le quedaban; cuando se vieron todos cercados de crecidas bandas de ginetes enemigos. Entonces uno de los caballeros poniendo un lenzuelo sobre la punta de la espada se avanzó á ellos diciéndo-

les que allí estaba el Rey. Los moros respondieron que entregasen las armas lo primero, para tratar despues lo que convenia; lo que oido por el Rey, y retirando su brazo del conde de Vimioso, que le iba á recoger la espada huyendo de que algun moro se atreviese á llegar á su persona, se lanzó furioso contra la chusma, seguido de los pocos que le quedaban, que pelearon con desesperada osadía, viéndosele caer despues de rendido el caballo. Allí quedaron tendidos á su lado el conde de Vimioso y D. Cristobal Tavora, que murió tan cerca de él como habia vivido.

El Rey xerife considerando la desventura del campo, y no viendo medio alguno, se desmandó de la batalla, buscando salvacion en la fuga, y con su caballo se arrojó al rio Muhacen para atravesarle. El rio iba hinchado con la plea mar que rebosaba del rio Lixus ó Lucus, y en medio de la corriente ladeándosele el caballo lo cogió bajo de sí y lo ahogó. Las mayores tragedias se representaban en tanto en el campo: los moros, que al principio de la briegua habian huido vueltos cuando la suerte era ya segura, vengaban en los rendidos y cansados el temor que les infundieran cuando armados y briosos y en todas partes dejaban larga matanza y carnicería. Otros mas codiciosos y vengativos desbalijaban el bagaje, repartiéndose barbaramente la ganancia, dividiendo y rompiendo en partes lo que de tal modo de ningun útil ni provecho podia servir. Muchos que escapados de los azares del combate contaban, aunque en misero cautiverio, con la vida, se miraban privados de este último bien por la atroz codicia de un alarbe, que matando desde luego, pensaba ganar mas pronto los despojos de aquel infeliz. Algunos

hallando en míseros pedazos ó en huesos mutilados los restos de sus cercanos parientes ó estrechos amigos, maldecían la cruel fortuna que les habia reservado para ofrecerles despues tan trágico suceso. Todo era llanto, todo dolor. En aquel trance fué hallado por dos alarbes el tierno duque de Barcelos, que comenzaron á despojarle cruelmente. Llegando en esto un moro azuago mas entendido, y echando de ver la calidad del infante por su continente señorial y ricos arreos, se los arrancó del mejor modo que supo.

Uno de los alarbes, ofendido del despojo, alzó el alfanje para hendir de un solo golpe al tierno duque. El azuago previniendo el bárbaro intento interpuso su arcabuz, que aunque de gran reparo, no fué para estorbar que con algo de la cuchilla alcanzase el alfanje á la gentil cabeza, de donde brotó largo raudal de sangre. El duque fué presentado en este estado á Muley Amet, que ya habia sido declarado sucesor del Moluco, quien lo recibió como á su alta clase correspondia, mandándole aposentar convenientemente, y que se le diese para el camino una litera, que se encontró á dicha en el campo, y que habia sido de Silva de Silveira.

De todo aquel gran campo y numerosos escuadrones solo se salvaron unos sesenta cristianos, que por ser fronterizos en Tánger eran prácticos en aquellas tierras, y lograron atravesar hasta allá cuando los moros, al hambre del saco, deshicieron el ancho cerco con que rodeaban á los cristianos. Los muertos de los cristianos pasaron de once mil, y el resto fué de cautivos, aunque de ellos murieron muchos de las heridas despues en Fez y Marruecos, y de los moros murieron pasados de diez y ocho mil.

Un paje del rey llamado Resende, pasando á dicha por cierta parte del campo, reconoció el cadáver de su infeliz amo, ya del todo desnudo. Señalando bien el sitio vino y lo dijo á los nobles y caballeros de la casa del rey, que tenia el xerife Amet en su tienda como cautivos, lo que llegado á entender se dió orden para traerlo. El paje se despojó de su camisa para cubrir el cadáver del rey que puesto á la traviesa en un caballo y sostenido por un moro fué conducido á la tienda del xerife que lo hizo reconocer por todos sus cautivos.

El rey mostraba dos principales heridas en su cuerpo; una bala de arcabuz al soslayo en el costado y otra de alfange sobre la ceja derecha que mostraba ser la que le arrancara la vida. Los cautivos le besaron los piés con grandes llantos y sollozos, y el xerife le mandó enterrar en Alcázar, de donde despues fué exhumado para entregarle al rey D. Felipe II poco tiempo despues, quien lo mandó conducir á la iglesia de Belen, cerca de Lisboa.

Se ha querido decir que el rey D. Sebastian no murió en la batalla, y que salió de ella y se retiró á un desierto á llorar sus culpas y desgracias. El fundamento que hubo para fábula tan acreditada fué el siguiente: de los pocos que se salvaron llegaron aquella noche á las puertas de Arcila cuatro ó seis mancebos. Los centinelas no habian de abrirles sin que llegase la mañana, y entonces los fugitivos, temiendo que eran perseguidos, alegaron venir allí el rey D. Sebastian. Abriéronse entonces las puertas, mandando el gobernador encender algunas antorchas; y acaso por no ser conocidos algunos de los hidalgos que allí venian, ó por sonrojo de haber sobrevivido á sus compañeros, se caló el embozo sobre

los ojos y desapareció por las calles de la ciudad.

Tal fin tuvo la jornada del Africa, y tal la suerte de la batalla de Alcázar. Nos hemos detenido en su relacion por ser suceso que puede llamarse doméstico, y para que los errores allí cometidos sirvan de advertencia saludable en los eventos que puedan presentarse de llevar nuestras armas á aquel pais, cuya civilizacion ha de ser empresa que tarde ó temprano ha de correr á cargo de nuestra península.

La mala calidad de las tropas, la precipitacion en llevar á cabo cosa que necesita gran madurez y estudio el tiempo que se perdió en Cádiz y Arcila, la tenacidad de D. Sebastian en no dar oidos á los consejos y advertencias de los capitanes mas famosos de aquel tiempo, y de los prácticos de la tierra y de aquella clase de guerra, la imprevision en no acordar y medir los mantenimientos necesarios para la duracion de la marcha hácia Larache, y la ceguedad, en fin, de desamparar para la batalla los alojamientos tan fuertes que ocupaban los cristianos para pelear voluntariamente con grande desventaja, fueron las principales causas de aquella perdicion. El rey perdió un reino y la vida, y murió como caballero y como rey. Séale la tierra ligera, así como su nombre goza de la fama de los héroes, y del interés que inspiran la fatalidad y la desgracia.

XIV.

En donde se prosigue el relato de las vicisitudes de muchas posesiones en la costa occidental de Africa.

Con la muerte del rey D. Sebastian, seguida poco

despues de la del cardenal D. Enrique su tio, se reunió la corona de Portugal á la de Castilla en las sienes de Felipe II, incorporándose asi á nuestras posesiones las plazas que los portugueses tenian en el continente africano, que eran Mazagan, Tánger y Ceuta. Toda España se conmovió y cubrió de luto y llanto con las nuevas de la pérdida del rey D. Sebastian, no habiendo familia noble que no tuviese que deplorar la sangre de algun deudo ó la esclavitud de algun pariente.

Tanto mientras ocupó el sòlio portugués el rey cardenal, quanto en los primeros tiempos despues de la batalla, no se trató mas en las dos cortes de Portugal y de Castilla, que de buscar medios para rescatar á cuantos cautivos fuese posible, y de aliviar la suerte de los demás. Los ochenta hidalgos de la casa del rey D. Sebastian que quedaron despues del horror de la batalla y de los azares del cautiverio, fueron rescatados por la crecida suma de 400,000 cruzados; y el rey don Felipe, para aliviar la suerte de tanto infelz, y procurar la libertad de su embajador cerca de D. Sebastian, don Luis de Silva, y de otros principales castellanos, envió un presente al xerife Ahmed en perlas y piedras preciosas mil ducados, bizarría que agradeció y tuvo en tanto el emperador, que además de entregar el cadáver de D. Sebastian devolvió sin rescate al tierno duque de Barcelos, al embajador de Castilla, y á otros principales caballeros. Es cierto que si la política de Felipe II no hubiera estado tan distraida en las cosas de Flandes, de Italia y de Alemania, y poco despues con las de Inglaterra, aprovechando la poderosa reunion de las dos grandes fracciones de la Península, hubiera tomado señalada venganza de la muerte del rey D. Sebastian, y

desquite de la sinrazon de la fortuna.

Pero las cosas se jugaron de otro modo, y siempre tomando plazo para las empresas de Africa, ensayando providencias insuficientes para refrenar y castigar la pira-
 ratería marroquí y berberisca, sin medios para acometer nada grande y decisivo que hiciese revivir la política bien atendida del rey don Fernando el Católico, trascurrió sin efecto alguno el último tercio del siglo XVI. Todas las demostraciones del Gobierno de Felipe II se redujeron á la presuncion de trocar por la fuerza de Larache, situada en la entrada atlántica del Estrecho, la ciudadela de Masagan. Es indudable que el cambio era muy ventajoso para toda España en aquellas circunstancias, pues si Masagan era inoficioso supuesto el abandonado proyecto de dominar grandes estensiones de territorio en Africa, la posesion de Larache, daba gran seguridad á nuestras costas y navegacion, inquietadas y amenazadas siempre de los corsarios berberiscos y saletinos, y de los piratas holandeses, franceses é ingleses que allí se abrigaban. El xerife Ahmed, diestro y sagaz, aparentó como venir al principio en tal pensamiento; pero tanto en ello quanto en otras propuestas que se le hicieron por ingleses y portugueses; siempre eludió todo empeño, engañando á todos, y no mirando mas que á su particular provecho y al conato de sostenerse en el trono de Marruecos á todo trance. Es el caso que Felipe II tenia en España un inmediato pretendiente á aquellos Estados llamado Muley Nacer, hermano de Ahmed. Si el rey de España se hubiera propuesto, no teniendo sobre sí otros proyectos de mas angustiosa premura, el darle la mano y ayuda poderosa á este altivo xerife, cosa es cierta

que gran partido sacara de agradecimiento, quedando vencedor, ó de la division de los moros si la guerra civil tomaba raiz y empeño.

En vez de esto Felipe II se contentó con dejar en libertad al príncipe Nacer, quien desembarcando en Melilla é internándose en las sierras de Mexara, en donde casó con la hija de uno de aquellos poderosos xeques, juntó gente bastante para poderse adelantar hácia Fez. Uno de los hijos de Ahmed salió contra el tío, á quien desbarató facilmente por la mala calidad de la gente allegadiza que traia. Nacer se retiró con los desbandados de su ejército hácia la costa, desde donde volvió á poco á tentar fortuna, sabiendo que por desavenencias y descontento sobrevenido en el campo de su hermano y sobrino, habia quedado flaco en gente y dudoso en la fé. En esta segunda tentativa fué Nacer mas desgraciado que en la primera, pues ademas de ser desbaratado tambien, fué herido gravemente en una pierna, teniendo que esconderse entre las fragosidades de los montes cercanos á Fez, desde donde aquellos alarbes, temiendo ser castigados si le daban refugio, lo entregaron á los alcaides del emperador y de su hijo, quienes lo mataron de dos golpes de azagaya, entrando despues su cadáver en Fez. El xerife Ahmed fué envenenado por uno de sus hijos, y con su muerte se encendió entre ellos una nueva guerra civil, fecunda en catástrofes y en lances prósperos y adversos para cada uno de los contendientes.

El mayor y mas querido de los hijos del difunto Emperador era Muley, xequé, dotado de algunas buenas prendas, y que á pesar del voluble capricho de aquellas gentes alcanzaba favorable popularidad entre

ellas. Sin embargo de que la fortuna lo sacó á buen puerto en varias asechanzas que le armaron sus enemigos, aun viviendo el padre y muy particularmente sus hermanos *Abufers* y *Cidan*, siempre temió como varon prudente el que de nuevo se encendiera contra su persona y familia. Para ajuste á tales amagos conoció cuan importante le seria el contar con la hospitalidad y favor del rey de España, que por entonces lo era don Felipe III. Para procurarse este apoyo en todo evento, puso los ojos en un genovés que residia por aquel tiempo en Marruecos, llamado Juanetin Mortara, hombre fiel al par que sagaz y ladino, y lo envió á Madrid en compañía de un alcaide y de Diego Marin, que habia sido hasta entonces el agente del rey de España en aquellas partes, para que le solicitase su libre entrada en los dominios españoles cada y cuando le conviniese, y esto ademas de participarle á D. Felipe III la buena nueva de una gran batalla ganada por Abdalah, hijo de Muley xequé, contra el rey Cidan.

Esto prueba lo cauto del moro, y cuanto desconfiaba de los favores de la fortuna, bien es que esta prevision, justificada despues por los sucesos que sobrevinieron, hicieron decir á la parte crédula del vulgo que sus contratiempos futuros los habia entendido el moro por ser estrellero y muy práctico en cosas de astrología. El rey don Felipe acogió benignamente tal demanda, y con mercedes para Juanetin, y buenas esperanzas por el xerife, despachó la solicitud de este con una carta que asi decia:

«Don Felipe por la gracia de Dios, rey de España, etc. A vos el honrado y alabado entre los moros, Muley xequé, rey de Marruecos, y de Fez y de Sus; á

quien todo bien y honra des amos, salud, y acrecentamiento de los buenos deseos. He recibido vuestras cartas de los doce y veinte y nueve del año pasado, y siete de febrero de este año: con las cuales y las nuevas que Juanetin Mortara me ha dado de vuestra salud, y la victoria que el principe Abdalah, vuestro hijo, tuvo contra Muley Cidan, he holgado mucho: y ansi os doy la nora buena della; asegurandoos que deseo vuestra salud y acrecentamiento, muy á medida de lo que merece la aficion y voluntad que mostrais á mis cosas.

«Juanetin Mortara lleva los dos seguros que tambien habeis pedido, para que siempre que os pareciere pasar á estos reinos y salir dellos, lo podais hacer libremente. Y estad muy cierto que en qualquiera ocasion hallareis en mi buena correspondencia: como mas en particular os lo dirá el dicho Juanetin: el cual por la buena relacion que haceis de su persona, y el zelo con que ha acudido á mi servicio y al vuestro, lo he nombrado agente mio y le he mandado que resida cerca de vuestra persona. Recibiré particular gusto en que le honreis y favorezcáis en todo como lo habeis hecho hasta aquí. Honrado y alabado seais entre los moros. Dios os guarde y dé la prosperidad que mas os conviene.»

De Aranjuez á 24 de abril de 1608

Es el caso que como la toma de la fortaleza de Larache ocupaba tanto, por aquel tiempo los intentos del gobierno español, y Mortara estaba bien informado de todo, fué preciso que este hiciese entender al duque de Medina, que mandaba entonces la costa de Andalucía, el que suspendiese toda demostracion contra Larache, para no despertar la desconfianza del marroquí, esperando me-

jor ocasión y coyuntura, que no podría menos de ofrecerse, atendido el sesgo que tomaban las cosas de Africa.

Con la vuelta de Mortara á Fez se alegró mucho el xerife por las lisonjeras palabras y recuerdos que le traía en su provecho del rey de España, pero conociendo por las razones de Juanetin que siempre se pensaba en lo de Larache, le dió á entender que esto era imposible, pues antes queria sufrir todo fracaso y resarcir los desmanes de la fortuna con solo las fuerzas de los moros, que poner en manos de cristianos joya que tanto codiciaban. El genovés volvió á asegurar al xerife del desinterés de las promesas que le hacía, tranquilizándole algun tanto; pero al propio tiempo avisó al de Medina que la fuerza de Larache estaba totalmente desmantelada y de guarnecida, pudiendo ser entrada fácilmente. El duque con tal noticia mandó aprestar gruesa armada para la empresa; pero no se hizo tan secretamente que no se trasluciese el objeto, noticiándosele todo algun morisco al xerife. Este, soberbio y enforecido, amenazó con la cabeza al Mortara, y le manifestó que para desbaratar la proyectada invasion, y castigar cualquier amago, iba á meter en Larache cuatro mil arcabuceros, que era lo mejor de sus tropas. Sin turbarse el genovés respondió que tales noticias eran todas engañosas; que respondia con su cuello de la falsedad de ellas, y que en cuanto al envio de los cuatro mil hombres, que mirase bien lo que determinaba, pues metiéndolos donde ninguna falta hacian, entlaquecia su ejército de tal suerte, que con facilidad podia ser derrotado por las fuerzas de Cidan, que era el verdadero enemigo poderoso y temible.

En fin, tales y tantas cosas supo decir, que conven-

cido el xerife, ó mas bien sacrificando á un temor cercano sospechas y recelos menos poderosos, y no pensando que en motivo alguno sacrificase nadie su cabeza, demostró aquietarse, y retuvo en sus inmediaciones los cuatro mil arcabuceros, aunque mirando siempre de reojo al Juanetin. Este no se descuidó en dar aviso al de Medina de que los intentos de la armada estaban descubiertos y de cuanto peligro seria el que encontrasen á Larache tan respetablemente defendida, pero repitiendo el genovés los avisos de que la fuerza quedaba sin defensa, y entendido esto por el marqués de Santa Cruz, que era quien mandaba la armada, y á cuyas manos por orden del duque iban todos los correos despachados por Mortara, enderezó de nuevo para Larache, á cuyas aguas llegó á 6 de setiembre de 1608. Fácilmente hubiera entrado en la plaza el marqués, pero ya fuera que temiese encontrarse dentro con el golpe de los cuatro mil arcabuceros ya no quisiese hacer perder la vida al confidente genovés, ó ya se mirase obligado á dejar la costa por lo tempestuoso del tiempo y lo alborotado del mar ello es que recogiendo la gente que habia soltado en la playa se hizo á la vela, dejando la empresa por entonces.

El xerife teniendo noticia del caso, y ofendido altamente de aquellas demostraciones, mandó meter en una mazmorra á Juanetin, confiscarle todos sus bienes aguardando á asegurarse de todos sus enemigos para cortar-le la cabeza. Pero las cosas sucedieron muy al revés de lo que pensaba, pues su hijo Abdalah, siendo derrotado por su tio el Rey Cidan cerca del rio Buregreb en enero de 1609, puso en contingencia tal suceso el trono y la caída de su padre y el porvenir suyo. El xerife

tuvo que huir, encerrándose en Larache con la Reina, su madre, sus mujeres, hijos y riquezas, acompañándole también su hermano Abufers, con él reconciliado.

Fué á media noche cuando el xerife llegó á entender lo cercano que estaban sus enemigos; y á aquella hora, llamando á Mortara, le dijo: «sálvame á mí, á mis mujeres y á mis hijos.» El genovés, avisando los bajeles que allí habia, condujo al rey para embarcarlo en ellos. En tanto el eunuco se habia adelantado codiciando el crecido galardón que le aguardaba; y conociendo por los llantos de las mujeres que el xerife se embarcaba, se fué tras él á la orilla resuelto á prenderle ó matarle, lo que hiciera sin falta alguna á no ser por un indio llamado *Natan*, que le salió al paso apuntándole con una escopeta, mientras tomaba el barco el rey moro. Los marineros turbados en aquel trance, no acertaban á maniobrar ni á gobernar, dilatando tanto la faena, que hubo tiempo para que el mar se alborotase, poniendo en peligro la nave, aun mas desacordados entonces, y sin pilotos prácticos para aquellas aguas, cortaron las amarras, y la nave fué de popa á dar contra unos peñascos, donde perecieran irremediablemente si la corriente no la hiciera entrar por el albeo del rio *Lucus*. Aun todavía no se vió libre de riesgos el xerife, pues habiendo llegado ya la chusma de los seis mil moros de *Meymon*, se metieron en los castillos y comenzaron á disparar sobre la nave, dando por fortuna todos los tiros en el vacío. El piloto, desconcertado siempre, y equivocando la canal, fué á tocar en el banco de arena ó barra que forma allí el rio, salvándose también milagrosamente por hallarse la marea en creciente.

A poco llegó también allí el hijo Abdalah, fugitivo y roto, y entonces no hubo más remedio que volver los ojos á Mortara, que se encontraba encerrado en una de aquellas fortalezas. El príncipe Abdalah fué el encargado de desenojarle y de reclamar sus buenos oficios, logrando ambas cosas con harta facilidad, como tan conformes á los designios del prisionero. Resuelto el xerife á pasar del Africa á España, encargó á sus dos hijos Abdalah é Yahia y á su hermano Abufers que mantuviesen su voz como mejor pudiesen en aquellos países; y estos inmediatamente tomaron el camino del rio Buhahu y de las asperezas en donde toma nacimiento, no lejos de Fez, para ver de mantenerse y esperar mejor fortuna.

Volvió á tratarse con Mortara de Larache persuadiendo al xerife á que comenzase por entregar la fortaleza al rey de España, como medio más eficaz en su favor para empeñar el ánimo, benevolencia y liberalidad de D. Felipe. Los alcaldes y moros de cuenta que aun acompañaban al xerife, le aconsejaban que no entregase la fortaleza, porque más daría y más franco se mostraria el rey de España por cosa que deseaba que no poseyéndola de antemano. *Muley Xequé* no queria acceder á convenio alguno de entrega por temor de concitar más el ódio de sus enemigos, y de resfriar el cariño de sus parciales, á lo que le respondia el Mortara, que tragera él largas sumas de dinero de España que con ellas afirmaria á los unos, granjearia la voluntad de otros y haria contentos á todos. Por lo demás alojó Juanetin algun tanto la mano en esto de Larache, temiendo que mudando de pronto la voluntad del xerife quisiese ponerlo todo al tablero de la

suerte, no embarcándose para España y quedándose en su territorio. Entretanto el general del Rey Cidan, que habia derrotado á Abdalah, y que mandaba en Fez, que era un renegado llamado Mustafá, conociendo cuantas albricias ganaria apoderándose de la persona del xerife y de su familia, envió sobre Larache un cuerpo de seis mil hombres al efecto, mandados por un eunuco llamado *Meymon*.

El xerife tomó la vuelta de España, no sin probar algunas amarguras en la travesía, pues temiendo que Juanetin Mortara tomara venganza en su persona de los desmanes que contra él y sus bienes habia ejecutado en Fez, se recelaba de tal modo que el genovés para asegurarle le entregó su propia espada y la puso á sus piés con las demás armas de sus gentes y criados. El marroquí desembarcó en Villanueva de Portiman, en Portugal, en donde recibió cartas por medio de un embajador francés disfrazado de mendigo por parte de Enrique IV de Francia, en las que este monarca le convidaba á venir á sus Estados, ofreciéndole su amparo y proteccion. Mucho costó á Mortara en desviar al xerife de toda determinacion contraria al primitivo intento de su viaje, pues ya comenzaba á ladearse del lado francés; pero el diestro agente de España le supo presentar tales inconvenientes á toda veleidad, y tales cosas le dijo, que al fin lo redujo al buen camino de proseguir conforme á sus empeños con el rey don Felipe. Este señaló al xerife por residencia el castillo de Carmona, morada en donde habian asistido todos los de su casa que antes habian estado en España.

El xerife se vino para Sevilla y á tres leguas de esta ciudad, en Coria, sobre el Guadalquivir, salió á reci-

birle y saludarle D. Luis Bravo con cuatro galeras de Portugal, cuya ostentacion y festejo tuvo el moro en mucho. A poco de residir Muley Xequé en Carmona le llegó noticia de la gran victoria alcanzada por su hijo Abdalah sobre las tropas de Cidan, y con esto el mudable moro comenzó á trocar de intentos, negándose ya á entregar á Larache, y fiando toda su fortuna á la buena suerte de sus armas y de las de su hijo. Advirtiéndole tal mudanza el sagaz genovés, acudió al rey don Felipe para que hiciese despachar al xerife, y se llevasen á cabo los tratos secretos. El rey entonces facultó á Juanetin para que acabase con el xerife lo conveniente, haciéndole nueva propuesta de trocar á Larache por Mazagan.

Mortara hizo el último esfuerzo, y redujo en fin al xerife á lo razonable, consintiendo éste en la entrega de Larache y escusando la de Mazagan mediante la suma de doscientos mil ducados y seis mil arcabuces, dejando él por rehenes tres hijos suyos y los de algunos alcaldes, sus parciales y confidentes. Tambien se conviniéron otros artículos que constan de las capitulaciones que se firmaron en Madrid en 9 de setiembre de 1609, y que hemos creído oportuno reproducir al fin en el apéndice.

Firmados los convenios referidos mandó el rey don Felipe al marqués de San German, general de las galeras de España, que recogiese al rey moro, pasándolo al Africa, dándole por lo pronto cien mil escudos para que de ellos se valiese Muley Abdalah para ganar voluntades, prometiendo dar la resta lo mas pronto, y depositando cuatro mil escudos para la despensa y gasto de los hijos y rehenes del xerife en Tánger, lo cual

todo se ejecutó puntualísimamente. Navegando las galeras con fausto tiempo dejaron al xerife en el Peñon, quien plantó sus tiendas en tierra firme al abrigo empero de la artillería del presidio.

Entretanto su hijo *Abdalah* señoreaba ya en Fez. Es el caso que cuando se supo en aquella capital que el xerife se habia pasado á España, contando sus parciales que su causa estaba perdida, le volvieron la espalda los mas, ofreciendo su sumision al rey Cidan, de tal manera, que sus hijos *Abdalah é Yahia* y su hermano *Abu-fers* quedaron con poco mas de cien ginetes, amigos y criados que les siguieron, retirándose á toda prisa hácia Melilla. Cidan entonces se echó sobre Fez, saqueó los palacios de su hermano, y dejando por gobernador de la ciudad á su renegado favorito *Mustafá*, dió la empresa por concluida, retirándose á Marruecos. Tal nombramiento humilló mucho á los de Fez, que siempre se habian visto gobernados por gente de la principal nobleza, y muchas veces por xerifes; y tal disposicion de las voluntades sabida por *Abu-fers*, tio de *Abdalah*, no dejó de estimular la altivez de éste, y de recordarle la gloria de su prosapia y de su propio nombre, ya famoso por tantas victorias, hasta reducirlo á que saliese á campaña y tentase de nuevo la fortuna. Para mas facilitarle estos briosos intentos le habia hecho tomar por mujer una hija de los *Abu koraques*, alcaides de mucho poder y valer en aquellas partes, y de quienes pudiera ayudarse en mucho para toda empresa.

Entretanto su padre el xerife andaba dudoso sobre el término de aquellas cosas, pues si perseveraba en la entrega de Larache ponía á riesgo el reino; y si faltaba

á lo pactado con España, para siempre daba por perdidos á los hijos dejados en rehenes, y á los cuales amaba por extremo. Los alcaides que le rodeaban, aunque muchos de ellos tenían tambien de aquellas prendas dadas en rehenes menos tiernos que el xerife, ó mas temerosos de las alteraciones que podian sobrevenir en la tierra repugnaban lo de Larache, bien que no atreviéndose á oponerse á las claras al xerife, cuya voluntad sondeaban siempre cautelosamente, limitaban su voluntad torcida á dar largas y á proponerle á Muley otros medios de dilacion. El objeto de ellos era enfadar de tal modo al español y á sus ministros, que cansados estos de aguardar, mandaran retirar la armada y romper los tratos, para entonces decir que la impaciencia y el poco aguante de los cristianos habia desconcertado el negocio, que no la mala voluntad berberisca.

Caminando siempre con tales intentos, hicieron los alcaides que el xerife se moviese desde el Peñon para Alcazarquibir, como en ánimos de dar calor á lo de Larache, desde mas cerca; pero tardando tanto en las jornadas, que bien se echaba de ver el corazon que abrigaban. Mortara, que atento estaba á todo, y bien conocia las entrañas de aquella máquina, hubo de reprimirse y disimular mientras se caminaba por las ásperas montañas de Errif, que separan al Peñon de Tetuan, poblada de gente feroz y levantisca, que con poca espuela podrian atreverse á cualquier desman en contra del xerife, y mas singularmente contra el mismo genovés y sus criados. Pero en cuanto entró en tierra mas abierta y conocida (era la de Tetuan) se fué para el rey y le habló mas alto y y claro, poniéndole delante cuán mal servia sus propios intereses, andando de tan

torcida voluntad en el cumplimiento de lo pactado. En Tetuan se tocaron varios inconvenientes, pues los alcaides quisieron castigar á aquel pueblo por haber seguido la parcialidad de Cidan, gravándolo con gruesas multas. Pronto se venció esto, pues la ciudad abrió sus puertas al xerife, huyendo á los montes el gobernador Naccis, y redimiendo los culpados su castigo con dinero. Ya dentro de la plaza inclinaron los alcaides al xerife á que aguardase quince ó veinte dias mas para tener tiempo de sacar ochenta mil escudos de farda de los moriscos espelidos de España y avecindados en Tetuan. Notando ya Juanetin el poco comedimiento que con él se guardaba, y que á mas de andar se acercaba el invierno, tiempo inseguro para navegar por las costas de Berbería, y asegurar la laccion Larache, volvió de nuevo á la carga del rey, y le dijo que mirase bien lo que hacia; y que si en algo estimaba la salud de sus hijos, la amistad del rey Don Felipe y su propia conservacion, pospusiese un interés pequeño de hacienda á consideraciones de mas alto valor, pues si el español tomaba á mala parte tantas dilaciones, haria retirar la armada, romperia los pactos y emplearia despues otras demostraciones en su perjuicio y daño. Labraron estas razones tanto en el pecho ya apocado del rey con tantas contrariedades, que al punto recogió la gente de guerra, marchando la vuelta de Alcazarquivir, siguiéndole disgustados los alcaides por no ver camino llano para descomponerlo de la entrega.

Llegado el xerife á Alcazar quiso entender cuanto antes en lo de Larache; pero sus consejeros, queriendo esperar remedio de algun acontecimiento extraordina-

rio, le hicieron presente que asunto de tanta monta no podia manejarse ni desde lejos, ni por otras personas que el mismo xerife.

La intencion de esto era que como con el rey caminaba mucha gente de guerra, al tratarse y llevarse á efecto delante de ella y por su intermedio lo de la entrega, fácilmente sobrevendria algun accidente que bajará las cosas é imposibilitase el efecto. El Mortara era demasiado astuto para no conocer y contar los hilos de esta red, y así lo dijo al rey, y le descubrió la oculta intencion de sus alcaides, y en qué ocasion de tanto peligro podria él mismo hallarse si al presentarse el marques de San German en la playa entre los soldados de sus galeras y la gente del campo moro se provocaba algun alboroto. Que lo mejor era detenerse él en Alcázar y enviar á dos alcaides de lealtad y confianza para que hiciesen salir de Larache á los moradores bajo cualquier pretesto, aguardando allí ellos con poca gente, pero escogida al efecto, la llegada de la armada española. Tan bien pudo encarecer estos fundamentos el Mortara, que redujo á razon al rey, quien procedió desde luego á nombrar los dos alcaides comisarios, que lo fueron Mohamad el Garni y Almanzor Ben-itia. Cuando estos habian ya marchado á poner en planta su cometido, volvieron á la carga los enemigos de la entrega, ofreciendo al xerife dinero doblado que el que podia interesar en dicho trato; pero desechó tan fea propuesta por no ser el dinero su principal torcedor, sino el miedo y la poquedad de esfuerzo.

La última batería que aquellos moros obstinados asestaron contra la voluntad del xerife para apartarle de lo pactado, fué de calibre diverso. Le dijeron que

puesto era el amor de sus hijos lo que mas le forzaba á la proyectada entrega, que tuviese entendido (pues ellos lo sabian por sus confidentes de España) que aun cuando Larache entrase en poder de los españoles, no por ello cobrarían su libertad los rehenes, pues se rendrían todavía en prisiones, poniendo mayor precio y condiciones mas duras para entregarlos. Que por lo mismo lo mas acertado seria pedir tambien otras prendas y rehenes en cuatro hijos de grandes señores de España, escribiendo para ello al marqués de San German que cruzaba el Estrecho. Este medio conmovió el ánimo del xerife, como que cuadraba mas con el entrañable amor que profesaba á sus hijos y al miedo de que sus alcaides, teniendo tambien prendas en rehenes y ofendidos de su indebida retencion, le hiciesen perder el reino moviéndole alteraciones ó pasándose á su contrario. Mandó, pues, llamar á Mortara, y con las mejores palabras que pudo le propuso que escribiese al marqués sobre la demanda de rehenes.

El Mortara, que tenia arsenal inagotable de todas armas para combatir los ingenios de sus adversarios, le hizo conocer al xerife cuál era el solapado intento de los alcaides, reducido á que, conociendo ellos que nunca se alcanzaria del marqués asentimiento á lo de rehenes, vendria á dilatarse la entrega de Larache, y con la dilacion á romperse todo trato, pues ya no era dable alcanzar de España mayor sufrimiento, trascurrido ya un año en negocio que en dos meses pudo y debió quedar perfeccionado. Que á tan gran monarca como el de España no se le podia pedir rehenes sin hacerle grave ofensa, singularmente mediando su real palabra, y que si queria, por otra parte, contentarse con su persona,

que él la entregaba para que le cortasen la cabeza, si un instante solo despues que se entregase Larache por la armada española se retenian los rehenes dejados en Tánger.

Que si otra cosa determinaba el xerife que no fuese para el inmediato cumplimiento de lo pactado, que él mismo escribiria á los ministros del rey don Felipe para que despidiesen la armada, y que le presentasen á S. M. como cautivos los hijos del xerife y de sus alcaldes. Tanta firmeza desconcertó y convenció definitivamente á Muley Xequé, y al punto dió las órdenes para acelerar lo de la entrega.

Estando en Gibraltar don Juan de Mendoza, marqués de San German, esperando con atencion la deseada entrega de Larache, con las nueve galeras de la vez pasada, á cargo del conde de Elda (sin la escuadra de Antonio de Oquendo, por haber dado la vuelta á las costas de Cantabria con tres mil hombres), llegó aviso de la última resolución de Muley Xequé. Ordenadas y dispuestas bien las cosas, partió la armada el 48 de noviembre de 1610, y navegó la vuelta de Tánger, y á vista de ella dió fondo. En haber ancorado las galeras, sobrevino un mediano temporal, que puso al general y á los demás en cuidado; y pareciéndoles que tenían poca seguridad (por haberse desembarcado el marqués con cuatrocientos hombres), dió orden que se recogiese en Ceuta la dicha armada, que llegó á 19, y de ella sacó el conde de Elda un buen golpe de infantería, con que formó un escuadron. No bien hubo desembarcado la gente, cuando envió el marqués aviso para que se viniese luego el conde con las galeras y gente para Tánger. Recogida la gente con los hijos de xequé, se hizo

á la vela á boca de noche, y llegó á la mañana donde el general le esperaba con cuatrocientos de su guardia.

Embarcado el marqués como queda dicho, salió al anochecer del puerto, y navegó toda la noche, y en toda salud llegó á Larache. Habiendo dado fondo á las galeras, ordenó la gente que habia de saltar en tierra, la cual, puesta en sus barcones, todo se ejecutó luego.

Deseembarcó el sargento mayor Hernando Mejia de Gamez con la gente señalada para entregarse del castillo de arriba, y luego el sargento mayor Mateo Bartox de Solchaga Aragonés, para que con el mismo orden entrase en el castillo de abajo: y para acudir á lo que se ofreciese, tambien saltó el marqués con un escuadron á cargo de los capitanes Pedro Cano y Francisco Ramirez Briceño. Llegaron Mejia y Bartox á los dos castillos, á donde fueron recibidos de los alcaides Mohamed Gani y Almanzor Benythya, que para este efecto se apoderaron de los castillos, y se les entregaron con toda paz y sosiego, siendo lengua en esta ocasion el intérprete Diégo de Urrea, que para ello vino con los alcaides. Avisado el marqués de que los nuestros estaban dentro, fué en persona bien acompañado, y hecha la ceremonia de la entrega, tomó posesion en nombre del Rey don Felipe III. Luego que entendió Muley que el marqués estaba dentro de los castillos, envió 200 de á caballo; y con ellos á Juane'in de Mortara (que voluntariamente se habia ofrecido por rehenes con fin de asegurar la entrega) para que recibiera sus hijos, y el quedase restituido en su libertad.

Como el tiempo no daba seguridades de bonanza, se mandó que las galeras entrasen en el puerto, lo que no se llevó á efecto sin algun fracaso, porque al aventu-

rarse los barcos luengos á pasar la barra, se perdieron algunos, y en ello se ahogó el patron Fabricio con un compañero suyo y ocho ó diez soldados, saliendo la demás gente bien remojada. Aquel dia se dijo misa en la marina, y en todo el tiempo se tuvo buena correspondencia con los moros, hasta que fueron desamparando la tierra, regalándolos mucho el marqués y los demás caballeros que con él allí se hallaban, entendiéndose todos, en los ocho ó nueve dias que allí quedó la armada, en fortificar muy bien la plaza.

Se nombró por gobernador al maese de campo Valdés, y dejándole cuatro compañías de doscientos hombres cada una, se embarcó la demás gente, tomando la armada la vuelta de España.

Pero la posesion de Larache, aunque disminuía, no desarraigaba los daños que sufrían nuestras costas, y la pérdida del comercio con Flandes, Italia y las Indias.

Teniendo los moros doce á catorce leguas mas á poniente el puerto de la Mamora con mayor comodidad para sus piraterías, no se habia hecho mas con tomar á Larache que trasladar la madriguera de aquellos corsarios á otro lugar. El gobierno de España, no queriendo dejar incompleta la obra, se preparó con gran prevencion para esta empresa. Había cierto recelo en ella, porque un siglo antes, habiendo intentado posesionarse allí el rey D. Manuel de Portugal, enviando grande armada al efecto, esta habia sufrido mucho en la gente de pelea que desembarcó, y con gran menoscabo de reputacion, de soldados, de fardaje y de artillería, se vió obligada á dar la vuelta para Portugal. Ahora se dispusieron noventa velas, á cargo de D. Luis Fajardo, que salieron de Cádiz á los 10 de agosto de 1614, sui-

giendo á los tres dias sobre la Mamora. Al dia siguiente reconocieron los bajos D. Gerónimo Agustin y Joselo Meno, marinero escelente, por cuyas trazas y disposiciones se llevó á efecto el desembarco al amparo de la artillería de las galeras. Apoderados los cristianos del portezuelo entró el dia siguiente el resto de la armada, echando en tierra cinco mil hombres de pelea, con lo que huyeron los moros hácia Salé.

Los nuestros hallaron abandonados en el rio algunos barcos corsarios asi marroquies como holandeses, habiéndose salvado la marinería. Al punto se puso mano en la obra de fortificacion, pues para ello se habia llevado todo buen recado de herramientas y albañilería, levantándose el fuerte en situacion muy á propósito y eminente.

Cuando se estaba en la obra y en hora de las de descanso de la siesta, se recibió un rebato de los moros tan de sorpresa y violento, que hubo bárbaros de ellos que salvando los parapetos murió pugnando por arrancar una bandera. Fueron rechazados con razonable pérdida. Cautos con tal eleccion los infieles, dejaron caminar las obras, artillando el fuerte, el Fajardo con cincuenta piezas de bronce, y guarneciéndolo con dos mil quinientos hombres bajo el mando de don Cristóbal Lechaga; dió la vuelta para Cádiz, refrenada ya muy de cerca la osadia y desvergüenza de los corsarios berberiscos y sus amigos.

No tardaron mucho los moros en querer romper el bravo torcedor que los aquejaba, y asi, poniendo á un lado las discordias y disensiones que los dividian, trataron de sacudir á los españoles de la Mamora. Junta-ron para ello mucha gente de á pié y arcabucería, y

cómo el abrigo de aquella antigua madriguera de piratas era conveniente para todos los enemigos de España, contaron con el apoyo y ayuda de los holandeses que enviaron al efecto muchas naves con pertrechos, armas y soldados. La plaza, pues, fué asediada por mar y tierra, dando calor á todo con tanta furia cuanto maña y arte, los moriscos espulsos de España, y sus hijos que por venganza de la sinrazon con que habian sido tratados, no perdian ocasion alguna de dañarnos, y siendo guias y maestros del corsariaje y pirateria en nuestras costas, y ya apurándonos en los presidios y plazas de Africa, como lo hacian ahora en la Mamora. El asedio duró largas semanas, pero el gobernador D. Cristóbal Lechaga, hombre práctico en cosas de atacar y defender las plazas, supo tan bien valerse de su arte y de su valor, que al fin hizo retirar con pérdida á unos y otros de los enemigos ayudado con escasos socorros que le vinieron de España.

En este tiempo, por la parte de Azamor y Mazagan no se estaban quietos tampoco cristianos y moros. Los de la primera ciudad, derrotados siempre, pero nunca dándose por escarmentados, no dejaban de traer en continua alarma é inquietud á los cristianos de Mazagan, atreviéndose muchas veces hasta llegar á las propias murallas. Si esto era por la parte de tierra, en la mar era mayor el descaro. Un moro andaluz, llamado el Blanquillo, si osado, todavía mas fértil en invenciones, infestaba aquellos mares turbando toda navegacion con las costas de Portugal, España y las Indias. Ya se disfrazaba de español, y perito en el idioma, como que le era materno, se entremetia en los secretos de los navegantes y las fuerzas que tenian, y la

direccion que tomaban para asaltarlos con mayor seguridad y acierto. Ya se vestia de religioso visitando las naves, pidiendo para los cautivos y armando siempre trazas y emboscadas que luego realizaba con tanta resolucion quanto valor, entrando y corriendo á veces tambien en tierra de cristianos. Tantos fueron sus hechos y empresas, que el gobernador de Tánger, D. Jorge Mascareñas, puso todo su conato en destruirlo. Al fin, un dia atreviendose el morisco á dar caza á un barco cristiano casi bajo las murallas de Tánger, soltó el gobernador en contra suya dos medias galeras que le obligaron á dar al traste en la costa, en donde se perdieron las dos naves que capitaneaba, muriendo ó siendo tomados por esclavos sus compañeros, pero salvándose arriesgadamente el Blanquillo.

Como que por toda la frontera de las plazas cristianas se peleaba llevando siempre lo peor los berberiscos, quisieron estos poner fin á tanto estrago, aviniéndose unos y otros en ciertos tratos que dieron algun sosiego á los cristianos.

Por la parte de Oran tambien hubo que hacer en este tiempo. Un fanático morábito de la propia estofa que el otro de Melilla, de quien hemos hablado, hizo tambien creer á las turbas bárbaras que en acometiendo á Oran, los cristianos no los podrian dañar, pues sus mismos tiros se volverian contra ellos, pudiéndose en tanto desorden entrar fácilmente en la ciudad. Los bárbaros acometieron, y la artillería y fuegos de los cristianos hicieron gran mies y estrago en ellos, á pesar de los conjuros del morabito.

En Mazagan se encendió de nuevo la guerra. Furióso un cadí ó santón de ellos, llamado Seid, de las ven-

tajas que siempre sacaba contra los moros en la pelea, el gobernador Teitez de Meneses, corrió por las provincias de Duquela y Temaná, predicando la gazzia ó guerra santa, allegando innumerable morisma así de á pié como de á caballo. Capitaneadas por él estas turbas y por cuatro alcaides de cuenta, se dirigieron todos hácia Mazagan, y con tal recato y diligencia que con ser muy vigilante y tener grandes confianzas el Meneses, la primera noticia que tuvo del amago que se le preparaba, se la dieron las banderas de moros que á mas andar caminaban hácia las murallas.

No era hombre para desmayarse aquel bizarro gobernador, y para dar muestras de su persona sacó la gente que pudo de la plaza y colocándola en disposición conveniente comenzó á pelear con gran ardimiento y constancia. Entonces se acabaron de descubrir los escuadrones moros que eran muchos, poniendo en grave perplejidad á los cristianos, porque ni ellos eran bastantes para arremeter, ni la retirada á la plaza dejaba de ofrecer grande riesgo.

En esto un escuadron de los moros caminó á paso largo hácia las murallas, lo cual observado por la esposa del gobernador, dama de grandes alientos, haciendo cerrar las puertas de la plaza, subió al muro, y animando á los soldados y haciendo las demás partes de un esperto capitan, logró detener á los moros y castigarlos bien con los disparos de su artillería. Enardecidos mas los cristianos de fuera con tan raro ejemplo de valor, haciendo por su parte un admirable esfuerzo, cargaron sobre los moros, singularmente contra el escuadron inmediato al muro, poniéndolos todos en arrancada fuga, matando muchos y de ellos un alcaide. Grandes

aclamaciones mereció tal hazaña de los de Mazagan, acudiendo la piedad cristiana á los templos á dar gracias á Dios por su intervencion en aquel suceso, y poniendo la ciudad libertada bajo la advocacion y amparo particular del apóstol Santiago, patron general de las Españas.

Pero los males de esta monarquia que se agravaron año por año, y á medida que adelantaba el siglo XVII, estorbaron el pensar nada saludable y vigoroso en lo del Africa, y harto fué que se asistieron de lo necesario las fuerzas y presidios que allí conservábamos por parte de la corona de Portugal y de la de Castilla, el que las guarniciones se reforzasen de vez en cuando, y el que nuestras galeras los visitasen de tiempo en tiempo. En tan angustioso estado llegó el año de 1640, y con las rebeliones de Cataluña y de Portugal, la señal de nuestra total ruina. Los esfuerzos que se hicieron en tan dilatado tiempo como duraron aquellas guerras, asi para combatir con este reino como para someter aquellas provincias, agotaron de tal manera nuestras fuerzas, que quien representa á la monarquía española en aquella sazón, como un gigante exámine é inerte, ofrece una imágen tan viva coanto verdadera. Ello es que con Portugal se nos fueron todas las colonias y posesiones que teniamos por derechos de aquella corona, y con ellas Tánger, Mazagan y Ceuta.

Como el rey de España habia sido tan escrupuloso en mantener todas las posesiones portuguesas en el propio pié y estado en que se veian y administraban antes de la reunion de las dos coronas, dando siempre el gobierno de las plazas á naturales de aquellas provincias, y presidiéndolas con ellos, les fué pronto y fácil el darse á los rebeldes y desentarse del gobierno de Ma-

drid. Ni Tánger, ni Ceuta, puntos ambos que tan cercanos nos estaban, se exceptuaron del ejemplo general y aquellas plazas comenzaron á depender de Lisboa. Pero Portugal habia quedado demasiado débil para volver á comprender y mucho menos para realizar los grandes pensamientos del rey D. Manuel y de D. Alfonso el Africano. Es achaque de todos los pueblos que por celos y rivalidades desacordadamente se oponen á la constitucion y formacion de los grandes Estados, dentro de los cuales se representa una idea poderosa y una gran nacionalidad, el quedar siendo enfermos y raquíticos sin tener vida propia y dependiendo servilmente de los estraños por no querer acordarse en buena conformidad con los propios. La Italia y el Portugal son un ejemplo elocuente de la verdad de tal consideracion. Ello es que los portugueses teniendo en poco sus posesiones africanas cedieron en 1662 la ciudad de Tánger á los ingleses, dándola en dote de la infanta doña Catalina, hija de los reyes de Portugal, que casó con Carlos II de Inglaterra. Los ingleses cuidaron por lo pronto mucho de su nueva adquisicion, renovando las fortificaciones y presidiándola con buen golpe de gente.

Por entonces era muy temido y poderoso en toda aquella parte de Africa que corre desde Arcila hasta Tetuan un xeque de los bereberes llamado Sidi Gailand, que contaba con mucha gente de pelea, trayendo siempre en rebato todos los presidios de los cristianos. El gobernador de los ingleses de Tánger, que lo era el conde de Teviot, quiso poner á raya las correrías del xeque, y tuvo frecuentes riñas y escaramuzas con él, pero en una en que el conde salió de la ciudad á la cabeza

de 500 á 600 hombres , fué sorprendido ó cogido en celada por los moros , perdiéndose toda la gente cristiana , y muriendo allí el gobernador peleando como bueno. Los ingleses gastaron sumas inmensas en las fortificaciones y el muelle , pero cuando todo esto anunciaba tener en grande estimacion aquella joya , resolvieron arruinar la plaza y cegar el puerto sin razones convincentes para tal resolucion. El conde de Darmouth vino á Tanger en 1682 con tales instrucciones , que se llevaron efecto con gran celeridad. Los portugueses reclamaron la posesion de la plaza , prometiendo satisfacer las sumas gastadas en ella , pero estas reclamaciones fueron desestimadas.

Años despues , y cuando ya habiamos perdido la Mamora y Larache , el embajador de España en Lisboa , tuvo instrucciones del gabinete de Madrid , para que hiciese presente á aquel gobierno , que le daríamos ayuda eficaz para la restauracion de Tánger , siempre que los portugueses nos hiciesen los mismos buenos oficios, respecto de las dos plazas que acabamos de perder. Peticion que por nuestra parte demostraba debilidad y flaqueza , teniendo que pedir ayuda á una antigua provincia de la monarquía , para llevar adelante empresa , que la sola costa de Andalucía era bastante á verificar , habiendo vida en el corazon; y repulsa que manifestaba ya de parte de Portugal la política errada y anti-ibérica, que lo habia de traer al desmayo y desvalimiento en que se encuentra hoy, y del cual ya nunca saldrá sino concibe ideas grandes , generosas y conformes á los intereses de toda la Península.

Los españoles perdieron la Mamora á fines del siglo XVII, entrándola el rey de Marruecos , y cogiendo en

aquella fortaleza dos mil cristianos cautivos, de los cuales cien personas de las principales fueron rescatadas, y casi todos los demás se vieron precisados á abrazar el islamismo.

Por este mismo tiempo perdimos tambien á Lara-che, presidio situado doce leguas ó trece al Nordeste de la Mamora, como ya hemos dicho. El rey Ismael que lo sitió, empleó cinco meses en rendirlo. La impericia y el descuido de los asediados, permitió que los moros estableciesen una batería en cierta punta de tierra avanzada, que cerró toda comunicacion con el mar. La plaza trató entonces de capitular, andando en estos tratos uno de los franciscanos del convento que allí habia, persona no muy esperta en aquellas negociaciones, y que se dejó engañar por los moros. Las condiciones fueron, que todos los oficiales, soldados, gente de mar y habitantes, habian de ser libres de su persona y bienes, embarcándose para España. Pero la perfidia de los moros se dejó conocer bien pronto. Despues de entregada la plaza, vecindario y soldados, fueron desarmados, golpeados y tratados indignísimamente, y si bien los jefes y alcaides moros aparentaban contener tanta vileza, era para decir á los rendidos, que era preciso ir á Mequinez á solicitar de Ismael las cartas ó licencias de embarque.

Fueron allá todos, pero el marroquí, que si era poco cumplido en palabras, lo era menos en las obras, solo dió franca licencia á los frailes; otorgándola á los oficiales, dando estos diez moros esclavos cada uno por su rescate; lo cual tardó en efectuarse un año entero. Entretanto la poblacion cristiana que llegaba á 4,800 almas, se fué convirtiendo al mahometismo, habiendo

durado allí el hospicio de frailes franciscanos españoles, que cuidaba de su pasto espiritual hasta 1822, en cuya época ya habia desaparecido hasta la última centella de cristianismo en Larache.

Antes que tuviésemos que lamentar la pérdida de tales fortalezas, tomamos los españoles posesion del islote ó peñon de Alhucemas, situado en la ensenada ó bahía que forma el rio Nacor, cerca de la antigua y arruinada ciudad de Memnema, á treinta y cinco leguas distante de la costa de Málaga. La ocupacion se hizo con objeto de alejar de aquel abrigo á los corsarios y piratas. Dos naves llamadas *San Carlos* y *San Agustin*, salidas de Málaga con otros buques menores, formaron la expedicion y aun todavía se conservan sus nombres en los dos principales baluartes de la plaza. Los rebatos y embestidas que le han hecho los moros han sido iguales á las que en semejantes trances han verificado contra los demás presidios; pero en tiempo de D. Fernando el VI llegó á estar tan apurada la plaza que casi se dió por perdida. Afortunadamente llegaron oportunos socorros y los bárbaros desistieron de su empeño por entonces.

Los moros pusieron sitio á Ceuta en 1694. La plaza fuerte por naturaleza, lo era tambien por el arte, bien que las obras no presentaban el aspecto imponente que presentan ahora. Los marroquíes, altivos con las tomas de Larache y la Mamora, se creyeron fácilmente de que tambien podrian enseñorearse de Ceuta. El primer general que se acercó á sus muros, fué el alcaide Ali-ben-Abdalá, gobernador de Tánger y Tetuan. Para su empresa trajo una muchedumbre armada de los árabes y bereberes de aquellas montañas y llanuras, sirvién-

de reserva un cuerpo de la guardia negra del emperador que vino desde Mequinez.

Los moros circunvalaron los muros con hondos fosos, enterrándose en acecho en ellos con el mayor silencio, llegando casi á dudarse que alguien estuviese allí, pero apenas asomaba una cabeza en las murallas, se estaba seguro de ser el blanco de muchos centenares de arcabuceros. Creyendo los moros que las minas les darian mejor resultado, como les sucedió en Larache apelaron á este medio dirigidos por unos renegados franceses. Pero las minas no dieron efecto, pues al llegar al foso, como no eran bastante hondas para salvar el agua la filtracion puso en peligro á los trabajadores de morir anegados.

Volviendo á la tarea minaron mas hondo, pero con resultado mas funesto, pues, como las obras exteriores de aquella plaza descansan sobre pilares de madera, les era muy fácil á los españoles contraminar las obras de los sitiadores, haciéndoselas saltar con harta pérdida de los moros. Estos se propusieron despues dar un asalto á escala vista pero desistieron de su intento cuando friamente consideraron sus alcaides la locura de semejante medio dejando sin uso las muchas escaleras fabricadas al efecto.

Entre tanto los sitiados no se descuidaban en dañar al enemigo, y con sus salidas y rebatos incomodándolo siempre solian causarle tambien considerable pérdida.

En sitio tan dilatado que duró veinte y seis años, se vieron todos los azares de la guerra. Lo que la fuerza no podia alcanzar, estuvo muy á pique de conseguirlo la traicion. Un presidario llamado Juan, confinado por sus robos y latrocinios, y que en el mismo Ceuta ha-

bia reincidido en tan horribles crímenes, resolvió por librarse del cordel poner el sello á ellos entregando la ciudad á los moros.

Asistiendo él en el fuerte fronterizo que era la llave de la ciudad, una siesta en que los unos jugaban, otros atendian á varias ocupaciones, y otros en fin dormian, abrió el postigo del campo, corriendo á la trinchera mas cercana de los moros, les dijo como las puertas les eran francas. Los moros se echaron encima al punto con resolucion y valor, pasaron á cuchillo gran parte de los doscientos soldados que guarnecian aquel fuerte, antes que pudieran repararse. Siguiendo para la ciudad, es cierto que se hubieran apoderado de ella si el afan del botin y las reyertas que sobre la partija nacieron entre ellos, no los hubiera retardado algun tanto. Los de la ciudad que oyeron el fragor y vieron vagar los moros por dentro las murallas, conociendo lo que podia ser, y sin desmayar de ánimo por ello salieron denodadamente al encuentro y á la cabeza el gobernador.

Cerrando bravamente con los moros, y despues de una caliente pelea, estos fueron desalojados de todo el recinto, y la ciudad quedó salva. Como en esto la noche habia sobrevenido, las mugeres, niños y gente anciana, cerrando puertas y ventanas, se miraban como perdidos, no oyéndose mas que gritos de dolor y sollozos. Cuando la mañana vino á descubrir la verdad de las cosas, todo el luto se trocó en alborozo y parabienes.

Desalentados ya los moros no pensaron en nuevas empresas arriesgadas, contentándose en adelante en incomodar la ciudad con sus bombas. Por algun tiempo el sitio desmayó tanto, que casi parecia haber una tre-

gua ó suspension de hostilidades, originado esto de que el gobernador que habia sucedido en la plaza era perezoso ó de pocos alientos. Pero despues entró en el mando un vizcaino bravo y duro que antes habia mandado en Barcelona, y que se propuso desquitar con creces la negligencia del antecesor. No habia dia en que no verificase dos ó tres salidas mortificando siempre á los moros. Para hacerles entender á estos que recibia incesantemente socorros de tropas frescas, vestia á sus soldados ora de rojo, ora de azul, ora de blanco.

No contento con esto hizo armar dos ó tres medias galeras, arrojándose á la barra de Tetuan con ellas, apresando y cautivando cuanto encontraba, trayéndose una vez prisionero el puesto de diez y ocho ó veinte hombres que los moros tenian de cuerpo de guardia en aquella ciudad. El temor fué tal; que muchos vecinos desampararon á Tetuan y por asegurarse algun tanto, apostaron permanentemente en la orilla del mar cuarenta ginetes escogidos para que avisasen de cualquier rebato, que siempre lo tenian encima, singularmente en los dias en que el viento soplabá por el Estrecho.

Asi prosiguió el sitio de la plaza por mucho tiempo, hasta que cansado el rey D. Felipe V de padraastro tan incómodo, se propuso dejar libre y desembarazada de él á Ceuta, como lo veremos mas adelante cuando nos hagamos cargo del reinado de Ismael, tronco de la familia reinante.

La plaza de Orán tambien la habiamos perdido en 1708, cuando la España se miraba empenada y dividida en las funestas guerras de sucesion. Despues que Felipe V logró desembarazar á Ceuta de su molesto asedio, volvió los ojos hácia Oran queriendo volver á Es-

paña aquella su gloriosa joya que tan altos recuerdos pregonaba.

Al considerarse las inspiraciones de este rey, se le vé como queriendo volver á cojer el hilo de la política del rey D. Fernando el Católico, y solo intereses de la familia y la corriente de los sucesos que sobrevinieron á la Europa, pudieron hacer aguardar pensamientos tan altos y tan bien entendidos.

En 1732, y bajo el mando del duque de Montemar, se aprestó otra numerosa armada con gran golpe de gente de desembarco que tomó tierra en las costas argelinas en 30 de junio. Mas de veinte mil moros árabes y turcos se arrojaron de tropel y animosamente contra los españoles desembarcados, pero siendo recibidos con gran firmeza y no pequeño daño de los bárbaros, tomaron estos la huida á guarecerse en las breñas y montañas inmediatas, abandonando la ciudad de Oran, el castillo de Santa Cruz y otros fuertes inmediatos. Se cuenta que el famoso duque de Riperdá, de quien luego nos ocuparemos, se hallaba entre los moros dirigiéndolos y animándolos á la pelea, acción por cierto de gran villanía como cristiano y de baja ingratitud como caballero, puesto que tantos beneficios habia recibido de los españoles. Los cristianos ocuparon de nuevo la plaza de la que habian sido desposeidos veinte y cuatro años antes, encontrando en ella ciento treinta y ocho cañones y gran cantidad de municiones de boca y guerra.

La plaza de Oran fué abandonada impolíticamente por los españoles á fines del siglo pasado, por causa de los grandes terremotos que arruinaron la ciudad. Esta fué una de las muchas faltas que cometió la adminis-

tracion que entonces regia á España. La órden de la evacuacion se cuenta que fué arrancada subrepticamente del rey, quien manifestó gran sentimiento, cuando al querer remediar lo mandado supo que las tropas de la guarnicion ya se encontraban en Cartagena.

Por despicarse los marroquíes del escarmiento que habian llevado en Ceuta, armaron muchos buques con objeto de infestar las costas de Andalucía. Una furiosa tempestad dispersó aquel enjambre de piratas, y temiendo las prevenciones que se tomaban, y viendo la vigilancia con que se atalayaba todo el litoral español, desistieron por entonces de su intento.

Entre tanto, se hizo un tratado de paz con el emperador de Marruecos, habiendo sido D Jorge Juan el encargado nuestro en tal negociacion; pero el moro, creyendo conseguir fáciles ventajas, anuló á poco el tratado y se vino con gran campo sobre Melilla y el Peñon de los Velez. El primer punto fué atacado con brio y con mas acertada disposicion que la acostumbrada por aquellos bárbaros, lo cual prestó poderoso motivo para creerse que andaban en las filas y baterías marroquíes, oficiales ingleses dirigiendo y mandando.

Los marroquíes, con todo, fueron rechazados del primer punto por el valor del gobernador Don Juan Sherlock, y del Peñon por la inteligencia de su jefe don Florencio Moreno. Cinco años antes de esto, los marroquíes fueron mas venturosos, arrancando á los portugueses la fortaleza de Mazagan, único punto que les quedaba en las costas de Africa.

La España pensó entonces en dirigir una expedicion poderosa contra Argel, que era el punto de donde mayor daño recibian entonces nuestro comercio del Me-

diterráneo y las costas de Levante. Al efecto zarpó de Cartagena en 28 de junio de 1775, una escuadra de ocho navíos, otras tantas fragatas, muchos jabeques y como hasta 400 velas de barcos de transporte, conduciendo un cuerpo de veinte y dos mil hombres, mandados por el general conde de Orreille. La escuadra navegaba á las órdenes de D. Pedro Castejon y D. José Mazarredo, y dió vista á Argel, en 1.º de julio. Se quiso proceder al desembarco desde luego, pero la prevision habia sido tan poca que solo en los preparativos para echar en tierra la primera gente se invirtieron seis dias, al fin de los cuales pudo desembarcar la primera division entre la plaza y el rio Elras. Estas tropas debian aguardar á que la segunda division estuviese en tierra para avanzar reunidas, pero la inesperienza y el ardor de los primeros oficiales, hicieron atacar á nuestros soldados, viendo que cejaban los enemigos, empeñándonos así en una refriega imprudente y desventajosa.

Los moros así que vieron á los cristianos en el terreno á donde quisieron llevarlos, muy fragoso y atrincherado, dieron vuelta y los atacaron con tal furia que les trajeron mal trechos y desordenados al punto del desembarco. La segunda division tambien participó del desorden y el dia estuvo á pique de sernos tan aciago como lo fué casi dos siglos antes cuando la pérdida de D. Sebastian. Aunque el general hizo levantar á toda prisa trincheras en donde las tropas pudieran repararse, esto no pudo hacerse tan á salvo que no tuviéramos que lamentar la pérdida de cerca de quinientos muertos y de tres mil heridos, pues nuestras tropas estaban bajo los fuegos de las baterías y chusma del ene-

migo. Gracias á la serenidad y pericia de los jefes se logró reembarcar todos los heridos y casi toda la artillería dando vuelta la expedición á los puertos de Cartagena y Alicante, no sin levantarse en España un clamor universal contra los generales de la expedición y el ministro que la habia sugerido, que lo fué el marqués Grimaldi. El vulgo califica siempre por los resultados las grandes empresas.

Años despues, en 1781 el famoso Barceló apareció en las aguas de Argel bombardeando la ciudad para castigar en algo los daños que sus piratas nos hacian, cuyo azote se repitió al año siguiente. Entonces hecha la paz con el gran señor y con las regencias de Túnez y Trípoli, se trató de entrar en relaciones amigables con los argelinos para lo que se comisionó al general D. José Mazarredo.

Aunque las pretensiones de los argelinos fuesen exageradas no pudiéndose por ello venir á ningun acomodo inmediatamente, tuvo lugar este algun tiempo despues dándoles razonables sumas, ya en dinero y ya en municiones y aprestos militares. Desde entonces tomaron grande incremento la poblacion y cultivo de nuestras costas del Mediterráneo libres ya del continuo azote de la piratería que por tres siglos las habia destruido y despoblado.

En los tiempos del marqués de la Victoria, D. Julian José Navarro, se le dió comision para que visita nuestras posesiones y presidios africanos, calificando la importancia y utilidad de ellos. El ilustre marino considerando aquellas fortalezas únicamente bajo la condicion de puntos militares, calificó de inútiles y de costosos por extremo la mayor parte de ellos, exceptuando

solo á Ceuta de una parte y de otra á Oran y Mazalquivir que todavía nos pertenecian. La superioridad y pujanza en que por aquella época se mostraba nuestra marina, barriendo así nuestras costas como las fronteras de Africa de todo enemigo y pirata, y asegurando los mares á nuestro comercio, inclinaban á considerar como ruinosos los gastos ocasionados en mantener aquellos presidios. Apesar de las indicaciones de aquel marino, las posesiones africanas se mantuvieron, y creemos que con sólidos fundamentos y prevision.

En los años de 1820 al 23 volvió á tratarse de la evacuacion de Melilla, Alhucemas y el Peñon de Velez, mediante algunas retribuciones en metálico del emperador de Marruecos, y la cesion de algun territorio por la parte de Ceuta. En la comandancia general del campo de Gibraltar, y creemos que tambien en el ministerio de la guerra ó direccion general de ingenieros, obra una Memoria relativa á este proyecto de ocupacion y fortificacion del territorio ceutí. Personas inteligentes en cosas militares y muy conocedoras de aquel terreno, están de acuerdo en considerar como no difícil, la realizacion del pensamiento y como muy fácil la conservacion del territorio que se ocupase. Configurándose el continente africano por la parte de Ceuta en una especie de Península de cinco ó seis leguas de largura, era muy militar y fácil su defensa estableciendo una línea de fuertes, que apoyándose en el mar por un lado y otro custodiasen la línea de cuatro ó seis leguas de tierra con que se abre el Africa por aquella parte. Esta adquisicion daria á Ceuta veinte y cinco ó treinta leguas cuadradas de territorio fértil, frondoso y rico, que la prestaria recursos para vivir con vida propia y

un campo en donde hallarian empleo la actividad y laboriosidad de nuestros mahoneses, mallorquines, allicantinos, valencianos y otros naturales, que van á llevar sus brazos, su industria y sus hijos á las posesiones francesas.

La configuracion del pais se brinda maravillosamente para la ejecucion de este proyecto, pues debiendo establecerse gran parte de la línea de fuertes en el declive exterior de Sierra Bullones, la cúspide de ella quedará en nuestro poder, en donde otra fortificacion de mayor escala, y que abrigase crecida poblacion y presidio numeroso, serviria de Ciudadela para las nuevas adquisiciones y de plantel para la futura colonizacion. Nuestras pesquerías de salazones tomarian en este caso grande incremento, por morir en aquella costa mucho y buen pescado, y de recalar allí tambien abundantemente el atun.

Despues de las vicisitudes ocurridas desde 1823, fácil es concebir que tales pensamientos quedarian olvidados. Por otra parte, como estas cesiones y cambios de posesiones y territorios eran de naturaleza pacífica, se encontraban dificultades de bastante monta para la realizacion de ellos, pues el emperador de Marruecos se negaba á dar suma alguna de dinero por las plazas que se le cedian, y no era muy pródigo en los territorios que por indemnizacion y resarcimiento nos debia entregar. De todos modos, el plan ó memoria de que hemos hablado, debe tenerse muy presente.

Al dar cabo aquí al bosquejo que nos propusimos trazar de las conquistas y hazañas de los peninsulares en Africa, estamos muy lejos de haber apurado la materia. Objeto seria ello de obra especial y pensamiento

que exigiria gran esmero en la ejecucion, laboriosas investigaciones por archivos y bibliotecas, y un caudal inmenso de erudicion histórica, asi de las cosas árabes como de las españolas.

Pero pocas materias puede haber, que como esta, lisonjeeen el orgullo nacional, ni que mayor utilidad puedan prestar á la historia y nuestra futura gloria; teniéndose en cuenta que cuando asi hablamos, confundimos en unos propios merecimientos á castellanos y portugueses. De las cosas de Tremecen, en tiempo de la dinastia de los Beni-Zeian, en las que los españoles tuvieron gran parte y manejo quitando y poniendo reyes y dirigiendo espediciones al interior del pais desde Oran, no nos hemos ocupado por ser cosa mas lejana de nuestro propósito. Repetimos que la publicacion de todas las relaciones de aquellas conquistas y espediciones ya someramente esplicadas por nuestros historiadores, ya olvidadas ó desconocidas de ellos por la mayor parte, fueran á un tiempo el documento mas precioso para nuestra historia militar y diplomática, y el cebo mas gustoso para la lectura del lector apasionado á las glorias de su patria.

XV.

Breve compendio de la historia de Marruecos, desde los primeros tiempos hasta el advenimiento de la dinastia de los Edrisitas al trono de Fez.

Como no puede ser blanco de este libro, que en su mismo titulo envuelve el pensamiento de un resumen y

compendio, al tratar estensamente de la historia de aquellos paises, nos limitaremos solo á bosquejar en un cuadro de breve medida las mas laudosas vicisitudes por donde han pasado, gentes diversas que los han dominado, dinastías que los han regido y principales hechos de que han sido teatro ó en que sus habitantes han tenido parte.

Mas esta brevedad en el relato, no dañará el apuntamiento exacto de los sucesos, así como cuidaremos tambien de que la pequenez de las dimensiones no sea en perjuicio de la claridad y distincion de los objetos. Y no es esta tarea tan fácil, pues la historia de Marruecos, además de no encontrarse escrita por autores árabes de nota mas que hasta el comienzo de la dinastía de los benimarines, y las cosas mas antiguas, siendo relatadas muy de paso por los historiadores latinos y de los siglos medios, los hechos que se refieren á épocas mas cercanas son tan confusos, las particiones hechas en el imperio y deshechas de nuevo por conquistas de unos príncipes sobre otros, para desmembrarse otra vez, derraman tal oscuridad en los nombres, tal contrariedad en los acontecimientos, que es muy difícil aun para el lector mas estudioso y atinado el darse cuenta exacta, cumplida y clara del fruto en sus investigaciones.

El fijar quienes fueron los primeros pobladores del Africa Septentrional, es punto tan difícil, quanto lo son todas las cuestiones que se refieren á las primeras edades de la historia. Pero segun la generalidad de los genealogistas árabes muy escrupulosos en materias de filiaciones y descendencias, se puede asegurar que ya fuesen los primeros habitantes de esos paises ó bereberes y amazirgas ó xiloes, no descenden de la estirpe

de Sem, sino de la Cam. Los primeros descienden (dicen) de un cierto Ber, hijo de Kis y nieto de Adam, uno de los primeros reyes pastores del Egipto, que obligado á buscar asilo en la region Septentrional de Africa, le dejó su nombre por herencia, y que los segundos vienen de Mazig, hijo de Canaan y nieto de Cam, de donde les une el vínculo de una misma descendencia y comun origen. Ya hemos apuntado en otro lugar, hablando de las razas diversas que pueblan esa parte del Africa, la esencial diferencia con que se distingue la lengua de estos dos pueblos de la árabe, hebrea y cualquiera otra de carácter semítico, así como hemos hecho tambien notar los rasgos de semejanza que existen entre el dialecto bereber ó amazirga y el de los xiloes.

Segun tales observaciones, se puede deducir legitimamente que estos antiguos pueblos derivan de la propia alcurnia, aunque no pueda fijarse la época de su enlace, y que son de distinto origen que los hijos de Sem. Esta gran verdad que se revela por las observaciones y cotejos filológicos que aun hoy mismo es fácil verificar, es lo único que puede sacarse en claro de la historia de este pais.

Cuanto los fenicios llegaron á las costas orientales del Africa Septentrional, y fundaron á Cartago, hallaron las llanuras y vegas, las faldas y valles de la cordillera atlántica, pobladas y poseidas por las dos antiguas familias de los amazirgas y xiloes. Desde aquella época ya se habla de un rey africano llamado Hiervas, que quiso obligar á la infeliz Elisa ó Dido, á que le entregase su mano. Pero así este jefe como los otros que se nombran por los historiadores griegos y romanos, imperaban solo

en la parte oriental de la Mauritania, guardándose un profundo silencio por aquellos escritores sobre todo lo perteneciente al vasto país, conocido después con el nombre de España Tingitana ó Transfretana, y hoy Mogreb. Hasta el rey Bocor, Bocar ó Boco de que nos habla Salustio en la historia Yugurtina, nada se cuenta ni de los reyes ni de las cosas de la Mauritania occidental. Las costas eran conocidas y fueron exploradas indudablemente por los cartagineses que fundaron en ellas colonias y establecimientos, pero el interior del país, si no les era extraño y desconocido, fué siempre independiente hasta que las revueltas en que tomó parte el rey Bocor, provocó, como después veremos, la incorporación al imperio romano de todo aquel vasto territorio. Si de lo sucedido en Yugurta sacamos conjeturas sobre épocas más antiguas, podremos decir que la parte oriental de la Mauritania, teniendo en su propio seno un centro de vida y de movimiento activo como Cartago, los soberanos ó jefes de las tribus africanas que vivían por aquellas partes, no pudieron ser indiferentes ni pasivos á los grandes acontecimientos que abortó la encarnizada lucha entre Roma y la república africana, resonando sus nombres por necesidad en las historias latinas, pues los cartagineses, ó no escribieron, ó con la patria se consumieron en pavesas las memorias y los monumentos de su historia.

Los reyes de la parte occidental, ó no intervenían en un principio en estos dramas sangrientos, ó influían solo como auxiliadores ó aliados de los reyes vecinos de Cartago, que fué lo que sucedió con Yugurta alcanzando el apoyo de Bocor en sus últimos esfuerzos contra los romanos. Los nombres de gomeres y de gétulos

suenan sin embargo, en los escritos de Salustio y de Plutarco, y estos son nombres que se encuentran hoy todavía entre los bereberes de Erriff y los xiloes de Guzula, territorios ambos de la Tingitana, demostrándose así que en el enlace y relaciones de familia que siempre han vivido en aquellas tribus, los habitantes de esta parte occidental se alistaban en las aventuras y guerras de los númidas de Sifax, Gala y Masinisa, acaso sin sospecharlo los cartagineses y los romanos, ó al menos no entendiéndose directamente con sus reyes y soberanos. Ello es que Yugurta, que por su parricidio, su valor, sus perfidias y sus hábiles larguezas para corromper los capitanes y senadores de Roma, habia llegado á sojuzgar y dominar todo el reino heredado y ensanchado por Masinisa, vino al fin á romper con los romanos, y vencido en diversos trances por Metelta y Mario, á tener que ampararse del Rey Bocor, cuya hija habia tomado antes en matrimonio. Con la autoridad que le daba tal enlace, con el ascendiente que le prestaba su valor y esperiencia, y los argumentos que le sugería su condicion de rey fugitivo cerca de otro rey cuyos Estados eran ya codiciados de los romanos, por lo mismo que les eran ya conocidos, fácil es de concebir la tempestad que concitaría sobre Roma, si esta fuera servida por hombres menos determinados y astutos que el africano.

Pero Yugurta se las habia con Sila, quien supo desbaratar sus proyectos por los mismos medios de perfidia con que aquel contaba llevarlos á cabo. El rey Bocor, que persuadido por su yerno habia combatido con los romanos, siendo vencido apesar de sus esfuerzos, hubo de oír proposiciones de acomodamiento. Sila fué

el enviado por el cónsul Mario al rey Boco para tratar de la paz. Cerca del rey tenia sus confidentes Yugurta. Este queria alcanzar del suegro que le entregase la persona del embajador romano, para que las condiciones de la paz fuesen mas ventajosas, mas religiosamente cumplidas, como que los romanos no habian de querer arriesgar la persona de varon tan señalado como Sila, por no cumplir aquello que se capitulára. El enviado lisonjeaba á Boco, con que le era fácil adquirir la mejor parte de la Numidia solo con entregar á Yugurta, como siendo el servicio mas acepto que hacer podia al senado y pueblo romano. Mucho tiempo vaciló el rey entre peticiones tan conformes en perfidia aunque tan contrarias en objeto. Sila venció al fin y Yugurta le fué entregado, viendo morir ante sus ojos los adictos y compañeros que formaban su séquito, y el juguete de la fortuna, y siendo objeto de burla para un pueblo insolente, sirvió de trofeo en el triunfo del cónsul Mario. El rey Boco alcanzó por su infamia el aumento de sus Estados y los términos de ellos que iban antes por el rio Muluca, los adelantó hasta el rio Ampsaga. El resto de la Numidia se dió por los romanos á Juba, hijo de Hiempsal, y nieto de Masinisa, premiando así todavía el Senado los servicios del famoso abuelo contra el parecer de muchos que querian declarar aquel reino como provincia romana.

RESEÑA HISTÓRICA DE LA CONQUISTA

DEL PEÑÓN DE VELEZ DE LA GOMERA.

I.

Todo lo terreno tiene fin. Corre el año de 1492 de la era cristiana, y la venturosa estrella de los queridos del Profeta acaba de dar su postrera oscilacion. Los terribles guerreros, que un dia fueron asombro de la Europa, véense reducidos á mendigar hospitalidad en sus mismos hogares, de los que son inhumamente expulsados. Sufren la pena del Talion: setecientos treinta y cuatro años há, que ganados por un vengativo conde, pusieron su planta esterminadora en aquel fértil suelo, llevando á sangre y fuego cuanto hallaron en su tránsito. Larga ha sido la lucha: generaciones de generaciones han sucumbido en ella; pero la justicia ha triunfado. Esclavos hoy, á sus esclavos de ayer, imploran mercedes: concédenselas, pero bajo una condicion bien dura, si reniegan del Dios, si abandonan las creencias de sus mayores. El instinto de la conservacion sofoca los gritos del deber y miente la boca al corazon: es el único medio de salvacion que les queda, y demasiado pusilánimes para imitar el heróico ejemplo de los saguntinos, humillan la cerviz á la servidumbre: mas ¡ah! la servidumbre que se les ofrece, es carga en extremo pesada para espíritus desasosegados. Privados de sus leyes y costumbres, espiados hasta en el seno de sus familias, perseguidos en todas par-

tes; su sufrimiento se agota y lanzan el grito de independencia: es demasiado tarde: asaz débiles para romper la cadena que les sujeta, sus esfuerzos son impotentes, é irritado el vencedor con su rebeldia, se la hace pagar bien cara. Los que salvan su cabeza de la sangrienta cuchilla, son condenados al ostracismo, y el africano continente, el que osó rivalizar un dia con la orgullosa capital del mundo en gloria, riqueza y poder, vése por do quiera invadido de aquella grey fugitiva, que á la desbandada toma posesion de sus tierras para construir miserables albergues donde guarecerse de la intemperie con sus hijos y familias.

Sedu leila ila-la Sidi Mojamet de Resulá: (Confieso que no hay Dios sino Dios, y afirmo que su Profeta solo es Mahoma), pueden al fin exclamar con toda la efusion de sus corazones aquellos ilusos adoradores del zancarron entre la fragosidad de los montes africanos. Nada poseen, pero libres son, y la libertad para el que sin ella estuvo es prenda de inapreciable valía; pero como el corazon humano se hastia muy pronto de lo que sin oposicion disfruta, por mas que antes de disfrutarlo le parezca el mas allá de sus deseos, cuando el infeliz proscrito hubo á sus anchas gustado el dulce placer de la independencia, parecióle que, para el complemento de su dicha, le faltaba todavia algun otro bien que adquirir.

Ni podia suceder de otro modo. Allá en la hermosa ciudad que baña el Darro, en la melancólica Granada, manos extranjeras se repartian las riquezas que sus antepasados acumularon á costa de inmensos afanes, mientras ellos errantes, vagabundos, gemian entre los horrores de la miseria. ¿Podian, pues, resignarse con su

triste posición, por más que oyesen continuamente repetir á sus muftis el *solo Dios vencedor* con que pretendían acallar las voces de la codicia, los consejos de la venganza? ¿Eran por ventura insensibles al hambre y la desnudez los que en la abundancia nacidos y entre el lujo de una opulenta corte criados, ni aun remotamente pudieron sospechar la pérdida de sus terrenales goces? La ley del fuerte se los había arrebatado. A la ley del fuerte apelaron, porque la pobreza no había aun enervado los músculos de sus brazos ni amortiguado el valor en su pecho.

Pasan días y días. Engreído el cristiano con la victoria ha sepultado en la fosa del olvido al enemigo mortal que lanzó al otro lado del Mediterráneo, porque lo juzga incapaz de incomodarle; pero bien pronto lamenta su error; una soberbia galera armada en corso, ha hecho presos un barco... dos... tres de los suyos: otra, no menos arrogante y velera, se mece en las aguas de sus costas, acechando una ocasión en que poder derramar por ellas el robo, el incendio y el asesinato. Y aquellas naves piratas, y aquellos robos, incendios y asesinatos van cada día haciéndose más frecuentes, y no hay hombre, ni mujer, ni embarcación, ni casa, ni riqueza seguras de la rapiña del sarraceno. ¡Tristes y lastimeros ayes resuenan en las risueñas márgenes de la Península española! Sus hijos y los hijos de sus hijos, dominados, hasta el fanatismo por la fé de sus creencias religiosas, se insultan y despedazan mutuamente con el ciego frenesí de hidrofobia. ¡En el nombre de un Dios justo y clemente se destruyen y aniquilan!...

II.

Ceñían la corona de dos mundos en aquella época borrascosa las egregias sienes de D. Fernando y doña Isabel, llamados por antonomasia católicos. Era su ministro predilecto, á par que consejero espiritual, el célebre Fr. Francisco Jimenez de Cisneros. Ninguno que haya recorrido con alguna detencion los anales de nuestra historia, desconocerá ni la oscura política de aquel rey, ni el carácter indomable de su favorito; y sin embargo, mas de una vez necesitaron, el uno de toda su sagacidad y tino, y el otro de toda su energía y prestigio, para contener las contiúas bullangas y rencillas de aquellos ambiciosos magnates, que acostumbrados desde la niñez al *maremagnum* de las batallas, se avenian mal con la paz. Acordaron, pues, «para espurgar el pais de amigos inquietos y librarlo á un mismo tiempo de enemigos poderosos, llevar la guerra al Africa, y obteniendo al efecto el consentimiento de Roma, aprestaron un buen número de naves y soldados, que, navegando á las órdenes del duque de Niebla y Medina-Sidonia D. Juan García, dieron el primer grito de victoria sobre los entonces débiles muros de Melilla el 17 de setiembre de 1497.»

¿Y era allí en aquel mismo continente donde un dia floreció la inmortal Cartago, la patria del grande Anibal, la famosa competidora de Roma, cuyas glorias cantaron sus mismos enemigos, donde las armas españolas osaban penetrar, obteniendo un triunfo en cada encuentro y un botin en cada triunfo? Allí era, pero allí no existian ya aquellos invencibles guerreiros que

tantas veces lucharon brazo á brazo con los numerosos y aguerridos ejércitos romanos; los que con la máscara de comerciantes se habian hecho dueños del fértil suelo andaluz para desentrañar su aúreo seno. ¡Ah! si entonces se los hubiera dicho: ¡Africanos llegará el día de las represalias! Ese pueblo pacífico y crédulo, á quien con tanta facilidad deslumbráis hoy para usurparle subrepticamente los escondidos tesoros de sus montañas, abrirá un día los soñolientos párpados y entonces ¡ay de vosotros! porque á su vez, sediento de oro, atravesará el mar del Mediodía para saquear vuestras poblaciones, como vosotros habeis saqueado sus tierras, y no como vosotros so el hediondo rostrillo del hipócrita, sino con la faz desnuda y con la frente erguida, como acostumbran á entrar en liza los valientes. Es seguro que hubieran contestado lo que nosotros contestaríamos al fatídico agorero que nos revelase una terrible pero remota desgracia: ¡Mentira!!

Una dilatada y poco interrumpida série de triunfos obtuvieron despues las huestes católicas en Mazarquivir el 11 de setiembre de 1506, acaudilladas por D. Diego Fernandez de Córdoba: en Orán el 19 de mayo de 1509, capitaneadas por D. Pedro Navarro, conde de Oliveto, y animadas por la presencia del ilustre Cisneros, que costeó la expedicion y quiso presidirla; en Bujía el de 6 enero de 1510, bajo las órdenes del mismo conde de Oliveto, habiendo tenido que pelear, para apoderarse de aquella poblacion con un numeroso ejército, á cuya cabeza venia el Emperador Alderrahmet: en Trípoli el 25 de julio del mismo año, dirigidas por el referido conde: en Túnez el 31 de mayo de 1535, siendo el bravo Emperador Carlos V quien las condujo á la victoria: habiénd-

dose asimismo posesionado de Alhucemas el 27 de agosto de 1673 y en distintas fechas de Bona, Susa, Mahometa, Casamar, Monasterio, Larache y otros puestos interesantes del litoral africano. Señaladas fueron algunas de estas victorias; pero entre todas descuella como la mas gloriosa, como la mas digna de memoria eterna, la que consiguieron en las inmediaciones de Arcilla contra un ejército de 100,000 hombres, que, mandados por el rey de Fez en persona, tenia puesto estrecho sitio á aquella posesion portuguesa. Aterrados con la derrota de sus compatriotas, se apresuraron á prestar homenaje al Monarca castellano los reyes de Tremecen y de Tunez, la ciudad de Alger, los estados de Mostagan y de Tedeliz y los pueblos de Tendoles y Guijar, ofreciéndose todos á satisfacer fiel y cumplidamente los impuestos, que como á tributarios se les señalasen.

Heróicos hechos de armas se vieron en aquella conquista, que dió á la nacion española reputacion y laureles sin cuento. De buen grado los narraríamos ó, mejor dicho, repitiéramos lo que distinguidos escritores han dicho con el estilo y lenguaje castizos que nosotros no conocemos; pero como el objeto de nuestra tarea es referir solamente los acontecimientos que tienen relacion directa con la toma del Peñon de Velez, á nuestro objeto únicamente vamos.

III.

¡Velez de la Gomera! ¡Quién al mirar desde el Peñon el inameno y árido paisaje que al S. E. se prolonga, dirá que, no há todavía tres siglos alzaba en él los so-

berbios minaretes de sus mezquitas una ciudad de aquel nombre, rica, laboriosa y mercantil? ¿Qué sobre aquella eminencia de tierra, denominada *Mampuesto*, base derecha del *Cantil* (1) y en la vertiente misma de este monte existía una población de más de 6,000 vecinos civilizados é industriosos? ¿Que allí nacieron los ilustres Gómeres, primogénitos de aquella distinguida familia de árabes, cuyo nombre había de quedar impreso siglos enteros en una de las calles de Granada para memoria de sus pequeña playa de 500 varas escasas de litoral, hoy tan desierta y triste, depositaban los preciosos cargamentos de sus naves los diestros corsarios argelinos al compás de sus guerreras canciones? ¡Ninguno! ¡Ninguno que contemple los raquíticos vestigios que la destructora mano del tiempo ha dejado entre aquellas fragosidades, podía ni aun remotamente creer la existencia de tantos y privilegiados objetos!

¡Triste, lúgubre y aterrador cuadro presenta la patria de los Gómeres! Alguno que otro demolido paredón, semi-velado por los silvestres vegetales que á su pié radican; las ruinas de una atalaya (2) sobre la en-

(1) Monte al Sur del Peñon.

(2) Aunque generalmente se le llama *El molino de viento*, nos parece más probable que fuese una atalaya, tanto porque los gruesos paredones que aun conserva en pié son más propios de una fortaleza que de un edificio industrial, como porque la elevadísima posición en que se halla colocado, casi inaccesible, había de ofrecer mil inconvenientes á la conducción de los cereales. Nos afirmamos, pues, en nuestra opinión y aun nos aventuramos á creer que regularmente tendrían en ella los moros algun fanal para indicar á sus embarcaciones durante la noche, el rumbo que debían seguir para llegar á Velez, salvando los muchos peligros que ofrece aquella costa.

cumbrada cúspide del *Morabito* (3), los restos de un torreón y su lienzo de muralla en forma de gradería á la falda de este monte, construido sin duda para proteger con sus fuegos á la vecina playa, y las denegridas paredes de un pequeño fortín sobre el *Mampuesto*, donde segun la tradicion, estuvo largos años cautivo el conde D. Julian, son los únicos monumentos que dicen á la posteridad: ¡aquí fué Velez de la Gomera! Ni su nombre tampoco se proferiria si no lo hubiera legado en su decadencia al fementido islote que motivó su desgracia.

Un punto de cuya posicion podian reportarse inmensas ventajas, no era posible que permaneciese mucho tiempo exento de los horrores de la guerra. Fué, pues, uno de los primeros que llamaron la atencion del católico rey, quien opinaba, no sin razon, que haciéndose dueño del peñasco, desde el que la ciudad estaba en su mayor parte dominada, podria exigir á esta con las bocas de sus cañones una crecida contribucion. Trataba, pues, de acelerar su conquista cuando la casualidad vino á presentar una ocasion favorable á sus armas. Empeñada un dia la armada que mandaba el capitán general D. Pedro Navarro, conde de Oliveto, en la persecucion de unos barcos piratas, que cargados de rico botin se retiraban á sus impenetrables guaridas, siguió dándoles caza hasta la misma marina de Velez, donde se habian refugiado los que no pudo apresar. Bien por dejar bien puesto su pabellon en la enemiga bahía, bien por escarmentar á los fugitivos en

(3) Morabut ó Morabito: montaña que domina al Peñoⁿ de Velez por el E.

su refugio, ó quizá, y es lo mas factible, porque desease prestar un relevante servicio á su soberano, mandó romper el fuego de artillería sobre las naves ancladas en aquel puerto y el caserío que á la inmediacion de la ribera habia, causando un notable destrozo en unas y otro.

Entre tanto, 200 moros que custodiaban el indefenso Peñon, creyéndose perdidos, si, como era de esperar, les cortaba el conde la retirada, lo abandonaron cobardemente pasando á tierra con sus lanchas. Entonces dispuso Navarro que Diego de Vera, á quien nombró en el acto su alcaide, desembarcase en él con la suficiente fuerza para guarnecerlo y algunas piezas de artillería, practicándose en aquel mismo dia 23 de julio de 1508 su toma de posesion.

IV.

Suscitóse una acalorada polémica entre los monarcas católico y fidelísimo por la toma del islote, lo que prueba evidentemente la importancia que entonces se le daba. Envió el rey D. Manuel de Portugal sus embajadores á D. Fernando, manifestándole que, perteneciendo Velez de la Gomera al reino de Fez y habiéndose estipulado en tratados vigentes, autorizados por el Papa, que la conquista de éste fuera de cuenta de la corona portuguesa como la del de Tremecen de la española, extrañaba en gran manera que un rey cristiano y justo, con quien le unian vínculos sagrados, hubiese saltado á los pactos convenidos apoderándose á viva fuerza de un punto cuya conquista solo á sus armas estaba

encomendada: pedia por tanto se le entregase sin demora, como único medio de enmendar al desacierto cometido. Contestó el monarca de Castilla que no habiéndose fijado todavía por el Papa la división y límites de aquellos reinos, no se podía decir de un modo positivo que el Peñon perteneciese á Fez y no á Tremecen; además, que si del mismo territorio portugués se le hiciese la guerra, no lo había de sufrir, mucho menos de un país infiel que tantos desmanes causaba en el suyo. Mediaron algunas otras contestaciones entre las dos testas coronadas, cediendo al fin de su empeño el rey de Portugal al ver cuán en valde serian sus exigencias.

Siguió, pues, ondeando sobre la almenada cumbre del promontorio marroquí la enseña española, y la decrepita Velez tuvo bien pronto que deplorar la vecindad de su terrible adversario. ¡Oro ó te destruyo! dijo el islote á la ciudad: antes la muerte que desobedecer nuestras leyes ayudando con el sudor de nuestra frente al engrandecimiento de los enemigos del Profeta, contestaron los habitantes de esta; y á las amenazas siguieron las obras: trabóse la lucha horrorosa, sin tregua, y el ángel de la destrucción empezó á cerñerse sombrío, aterrador, sobre la lóngeva población romana: de repente el lúgubre chasquido de sus alas dejó de oirse; había huido dejando incompleta por entonces su obra de maldición. Era que el débil había encontrado un recurso para destruir al fuerte: la traición le prestó sus inmundas armas, y en la noche del 20 de diciembre de 1522 el Peñon de Velez de la Gomera fué teatro de sangrientas escenas: ni uno solo de sus defensores se salvó de la guma musulmana.

Escrito está que su alcaide Juan de Villalobos abrió las puertas de la plaza al cruel sarraceno. Desmiente, sin embargo tan infamante acusacion su conducta anterior, propia solo de un bravo y leal guerrero: desmientela asimismo la tradicion, que asegura fué víctima de un oscuro ardid; y si ni su conducta ni la tradicion la desmintieran, nuestro mismo juicio la reprocharia, porque jamás podriamos creer que un hidalgo de aquellos tiempos fuese capaz de tal vileza. Culpable fué, sin duda, no traidor, si se ha de dar ascenso á la voz de la fama que dice; habia contraido Villalobos relaciones amorosas con una jóven morisca, hermosa como el sol, que habitaba una de las casas mas próximas á la ribera: Almauzora era su nombre. Casi todas las noches á deshora se vió el imprudente Alcaide atravesar, envuelto en un albornoz, por entre las guardias de la fortaleza, botar al mar un pequeño esquife, y, acompañado de un solo remero, dirigirse al campo fronterizo, de donde volvia algunas veces con los alborres de la mañana. No se sabe á punto fijo si fué lazo que le tendió la mujer, ó si los moros descubrieron sus visitas nocturnas, pero es lo cierto que fué asesinado en una de sus escursiones. Un moro se arrebozó en el albornoz del cadáver y volvió á la plaza en el esquife: las centinelas le dejaron franca la entrada, engañadas por el disfraz: todo estaba preparado y una hora despues veíanse trepar entre la oscuridad, por las escalas suspendidas á los muros, cien y cien africanos que, desnuda la corva cimitarra, iban á llevar la muerte á los dormidos habitantes del soberbio castillo. ¡Respetemos las cenizas del imprudente alcaide.

V.

Cuarenta veces los vientos del otoño habian despojado los árboles de la amarillenta hoja que el estio agosta. Cuarenta veces los habia vuelto á engalanar la primavera con frondosa vegetacion desde la horrorosa catástrofe á que la imprudencia ó la perfidia dieron origen. Recobrado que hubo el árabe la gigantesca atalaya, fortificóla á su manera, y advertido por la experiencia de lo importante que le era su posesion, trató á toda costa de conservarla. Volvió, pues, á guarecer en su angosto freo á los atrevidos piratas que regresaban del pais enemigo cargados de riquezas y cautivos, arrancados brutalmente de sus hogares, y tantos y tan repetidos fueron los desastres cometidos por aquella rabiosa trahilla en estos cuarenta años, que mal rey fuera el rey español sino tratase de ponerles coto.

Los temibles corsarios, á que dió humilde cuna Metelin, los dos valientes hermanos Horrue y Aradin Barbarroja, cuyas proezas, aunque mal nos plazca, tanta celebridad les dieron, solian muchas veces escoger al Peñon de Velez como punto mas próximo á las costas de la Bética para centro de sus correrías. Al crepúsculo vespertino de un dia de viento fuerte salian de su estrecha madriguera, y desplegando las alas de sus veloces naves, cruzaban con la rapidez del águila las 30 leguas que de sus contrarios distaban, levantándose el nuevo sol para presenciar las huellas de sangre y devastacion que la cimitarra de aquellos feroces piratas habia dejado impresas en las tierras del Nazareno.

En vano el marqués de Mondejar, capitan general

del reino de Granada, trató de tomar por asalto aquel parduzco promontorio en octubre de 1525, esperando en las promesas de un artillero español, cautivo en él, á quien estaba encomendada esta arma. La secreta correspondencia que mantenian el General y el soldado, fué interpretada y apercebido el mahometano del plan, le fué bien fácil burlarlo. Dejó, pues, al sitiador saborearse con la victoria, y apenas se aproximó lo suficiente para no errar sus tiros, una espesa lluvia de proyectiles de hierro y plomo cayó sobre la imprevisora hueste, que viendo lo infructuoso de sus tentativas, tuvo que retirarse con bastante pérdida. No se desanimó por esto el Marqués, y despreciando el nutrido fuego de artillería que se le hacia á mansalva desde el islote, intentó practicar un desembarco en la contigua playa de Velez; pero la prudencia le aconsejó no insistir en su propósito al notar el destrozo que sus naves habían sufrido. Consiguió por último saltar en tierra con parte de su gente en el sitio donde hoy todavía se miran las ruinosas torres de Calaá; pero rechazado por la muchedumbre morisca, que por instantes crecía, fué preciso reembarcarse, regresando á Málaga con el resto de sus tropas tan mal parado como bien arrepentido.

En vano el rey D. Felipe II, ordenó el 22 de julio de 1563, al general D. Sancho de Leyva, que con siete mil hombres en treinta buques de guerra se hiciese dueño del peñasco. Aleccionado con el descalabro de Mondejar marchó directamente á las referidas torres de Calaá ó Alcalá, y desembarcando con 5,000 de sus soldados cayó rápidamente sobre la ciudad de Velez de la Gomera, ordenando á los 2,000 restantes, que dejó en los buques, bloqueasen desde el mar el fuerte

moristo. Pero encontróse con que la ciudad estaba desierta y sin comestibles de ninguna especie. Conoció, pues la traidora intencion del enemigo, que, reforzado á cada instante, no le dejaba momento de reposo y tuvo que disponer la retirada despues de tres dias de tenaz lucha, sin haber obtenido en ellos la menor ventaja sobre la morisma. Encontró á esta para colmo de sus males, posesionada de las alturas y desfiladeros por donde irremisiblemente tenia que atravesar para reembarcarse, y sin la serenidad y arrojo de aquellos veteranos, muy difícil y acaso imposible le hubiera sido su regreso á Europa.

Hacíase de dia en dia mas insolente la audacia de aquellos piratas, que envalentonados con sus repetidos triunfos iban tomando un aspecto imponente. Hacíase de dia en dia mas necesario poner un dique á sus atrocidades, y reuniéndose al efecto en 1564 Córtes en Monzon, deliberóse equipar una poderosa armada para apoderarse del Peñon de Velez, como principal guarida de aquella hambrienta chusma.

VI.

Llega el 20 de agosto de 1564, y en su alborada el tronador estruendo de muchos timbales y clarines, que anuncian una próxima partida, saca de las aras del sueño á los hijos de la hermosa Málaga, que movidos de la curiosidad corren y se apiñan sobre los muelles de su seguro y anchuroso puerto. Magnífica perspectiva les ofrecen mas de doscientas naves, que engalanadas con sus gallardetes y banderas, se balancean al im-

pulso de la brisa sobre aquella estensa sábana azul, cuyo límite parece besar el firmamento.

El monótono ¡ohoel de los marineros que despliegan la última vela, el incesante murmullo de 16,000 guerreros, que, á modo de enjambres sin hogar, pululan sobre las cubiertas de los buques, el bullicio de los espectadores, el sordo estridor de las olas que mansamente baten el espeso bajío que circumbala y defiende las murallas, y los repetidos tiros de cañon, con que el castillo de Gibralfaro, despide á la poderosa flota, es un *totum revolutum* que aturde y alegra al par.

Pero no es solo el pabellon español el que tremola sobre los altos mástiles de aquellas lujosas embarcaciones, ni todos los soldados que llevan á bordo visten el uniforme de las tropas de España. Es una coalicion de diversas naciones que se adunan para destruir al comun enemigo; porque la lucha del Evangelio contra el sectario de Mahoma, y el interés público aconseja la union del cristianismo. Por eso Nápoles, Portugal, Sicilia, Florencia, Saboya, Italia y el Piemonte, auxilian á España con sus naves y tropas; y si á cualquier observador fuera posible escuchar á la vez la diversidad de idiomas que allí se hablan, se creeria presenciarse la horrorosa catástrofe de la torre de Babel.

Tras la arrogante nao de la popa dorada, que Capitanea el Virey, General en Jefe y Almirante D. Garcia de Toledo, van desfilando con gallardia hasta 90 galeas reales; 12 de Nápoles, al mando de D. Sancho de Leiva; 12 de Juan Andrés Doria; 12 á cargo de D. Alvaro Bazan; 7 que se llamaban de la guardia del Estrecho; 1 del Abad Lupsan; 4 de las órdenes militares; 7 de Sicilia, que acaudilla D. Rodrigo de Carabajal; 5

de la orden de San Juan, del duque de Florencia; 4 del duque de Saboya; 4 de Marco Antonio de Coloma; 5 de los Somelines y Vendimielos de Génova; 8 con el galeron y 4 carabelas del rey de Portugal; una gran urca cargada de víveres y pertrechos; 45 chalupas y otras embarcaciones menores.

Van encerrados en estos nuevos caballos de Troya 6,000 soldados nuevos de Castilla, Estremadura y Andalucía, 45 compañías de soldados viejos, 500 Alemanes, 4,200 portugueses y 300 hidalgos que el rey don Sebastian puso al servicio del de España; un tercio de Lombardia, 4 compañías del tercio del Piamonte, 7 del de Nápoles y 4 de Sicilia. Increíble parece que a tantos hombres de diferentes países, caractéres y condiciones, preocupe una misma idea, un mismo deseo predomine, cuando tantas veces midieron unos contra otros la lanza en las batallas. Sin embargo, fijese la vista en el palo mayor de la galera Capitana, y al conocer el sagrado estandarte de la Cruz que en él agita el viento, desaparecerá la incredulidad del corazón. Cristianos son todos que á los enemigos de la Cruz buscan, y bajo la enseña de la redencion se aunan para pelear con igual ardimiento, con igual arrojo, con igual valor.

Muy pronto al impulso del Este, que hincha las velas, van presentándose en miniatura aquellos castillos flotantes que á paso de gigante, avanzan hácia el Sur, y á las tres horas de su partida distinguense en el horizonte como puntos imperceptibles que ván hundiéndose uno tras otro en el insondable ántro de los mares.

VII.

Dos vueltas habia dado sobre su eje el planeta terrestre sin que la poderosa escuadra, por la mucha bonanza que reinaba hubiera podido llegar al fin de su partida. Por fin, en la noche del 22 de agosto refrescó un poco el viento del Oeste, y al amanecer del siguiente dia ya pudo el árabe distinguirla tan próxima, que apenas le quedó tiempo para prepararse á la defensa. ¡A las armas, hijos de Agar! gritaron los vigías de las atalayas; y levantáronse sobresaltados los habitantes de Velez, que ya tenian noticias, aunque inciertas, de la expedicion cristiana. Corrian los que valor y fuerza tenían á empuñar las armas. Corrian los ancianos, niños y mujeres, á las montañas del interior, abrumados con el peso de las riquezas que sus hombros podian soportar, y entre aquella confusion y baraunda mezclábanse los lamentos de los débiles con los gritos de guerra de los fuertes y las súplicas con las imprecaciones. ¡Que cuadro tan enteramente distinto ofrecia aquella consternada poblacion del que tres dias antes presentara Málaga.

Bien conocieron los valientes veleños que su perdicion era inevitable, pero su misma desesperacion les infundió nuevos bríos, y juraron disputar al advenedizo ejército sus tierras palmo á palmo. Dieron fuego á todas las embarcaciones que poseian para que no pudiese aprovecharse de ellas el cristiano, reservando solamente una en la pequeña ensenada que forma la en-

trada del *charcon* (1) por si era preciso abandonar la fortaleza, que con anticipacion se habia abastecido de víveres y municiones. Con objeto, segun dijo, de reconocer la escuadra invasora, salió del Peñon su alcaide Enzan-Mustalá, fiando el mando de él en su ausencia al renegado Feled-Arraez; ignorándose si fué víctima de su temeridad, ó si, presintiendo el trágico fin de sus subordinados, hizo rumbo para Argel, su patria, puesto que no volvió mas á la plaza.

Siguiendo D. García los acertados consejos de don Sancho de Leiva, práctico ya en aquel terreno, dirigióse á las torres de Calaá y despues de haber desmontado desde el mar dos piezas de artillería del calibre de á 42, con que los moros trataban de oponerse al desembarco, efectuóse este felizmente poniendo mano en seguida á la construccion de algunas trincheras, tanto para proteccion de los efectos de boca y guerra, naves y tropas, como para economizar las vidas de aquellos bravos en caso de reembarque.

Mientras que los trabajos de fortificacion se seguian en tierra con actividad, sin que los rabiosos esfuerzos de la morisma pudiesen un momento paralizarlos, dedicáronse algunas galeras á cañonear la plaza, aunque sin obtener éxito alguno ventajoso. Vióse, pues, la imposibilidad de tomarla por mar, y deliberóse en consejo de guerra trasladar el campo á las cercanías de Velez con el fin de abreviar en lo posible la rendicion del Islote.

Divididos los 14,000 hombres de que se componia el ejército de tierra en tres columnas, empezó á mo-

(1) Mora al S. del Peñon, y en ella hay una cueva practicada en la roca al abrigo de todos los fuegos.

verse con lentitud porque las sinuosidades y aspereza del camino no permitian otra cosa.

Desesperada era la resistencia que los árabes les hacian , ocupando todos los bericuetos y avenidas del *Gomerano* , viéndose no pocas veces precisados los nuestros á usar de la artillería para desalojar aquella muchedumbre insolente de sus ventajosas posiciones.

Abrian la marcha como exploradores algunas compañías españolas y sicilianas , sostenidas por un gran número de ginetes granadinos. Seguía el cuartel de don García , compuesto de muchos caballeros aventureros y arcabuceros , ansiosos todos de gloria y de fortuna, desfilando despues las tres columnas en este órden.

La primera , á cargo de D. Sancho de Leiva , formábase de diez compañías de soldados viejos españoles: de los caballeros y soldados de la órden de Malta , mandados por su jefe Frey Juan Ecio ; de siete compañías del tercio de Nápoles ; de 400 soldados de Alvaro Bazan , y de dos mangas de arcabuceros arrastrando á brazo cuatro piezas de artillería.

La segunda en cuyo centro iban las municiones , componíase de otras dos mangas de arcabuceros y casi todos los portugueses , lombardos , sicilianos y soldados bisoños de Andalucía á las órdenes de Francisco Barreto.

Por último , la tercera , á cuya cabeza marchaba el conde Anibal , contaba entre sus filas á los alemanes , dos mangas de escopeteros del tercio de Lombardía , el resto de los portugueses y del tercio del Piamonte custodiando varias piezas de montaña.

En extremo incomodados por la sed que el excesivo calor de la estacion y la continua fatiga hacian insufri-

ble, llegaron aquellos guerreros á Velez de la Gomera. Halláronla, como era de suponer, enteramente desierta y sin comestibles; pero acomodáronse del mejor modo posible en sus vacios edificios, procurando dar á sus enervados miembros el descanso de que se hallaban necesitados.

VIII.

Amaneció. El moro y el cristiano, cada cual desde sus puestos empezaron á saludarse recíprocamente con las bocas de sus armas de fuego. Apoderóse el ejército del monte *Cantil*, y situando habilmente sobre su elevada cumbre y la cordillera que forma en su descenso llamada *Terrera*, que domina enteramente al Peñon, tres baterías de enfilada y fuegos convergentes, empezóse á desmoronar la poca sólida fortificación del islote, al paso que ayudaban á destruirla desde el mar el galeron y las galeras de la órden de San Juan.

Apenas quedaba ya un reducto en pié, cuando cesó un momento el fuego para intimar la rendición al renegado. La contestacion de este asaz descortés é insolente irritó sobremanera á D. García, y queriendo acabar de una vez dispuso se estableciese otra nueva batería en la *Caleta ó Peñuelas* (1), que acabó de tirar por tierra los demolidos torreones.

La consternacion empezó á cundir entre aquellos fanáticos defensores que apenas tenían donde guarecerse de la espesa metralla que sobre ellos caía; ni un cañon sobre cureña. Por mas que Feted-Arræz trató de in-

(1) Tajo que forma el CANTIL.

fundirles aliento nada consiguió; y favorecidos por la oscuridad de la noche, abandonaron los escombros de su atalaya, unos á nado y otros á bordo del pequeño barco que habian reservado con este. No se apercibieron de la fuga de sus compañeros, 30 hombres, que, rendidos de cansancio, se habian recogido en una de las varias cuevas que forma la roca; y viéndose al despertar abandonados, no permitiéndoles tampoco la claridad del dia escaparse, escogieron como único medio de salvacion el de abatir el rojo tafetan de la media luna, dando á entender á los sitiadores que se rendian á discrecion. En la mañana de aquel mismo dia (6 de setiembre de 1564,) vióse entre mil vítores y aclamaciones el pabellon español en la cúspide de aquella fortaleza que habia de ser muy en breve el padrasto mas cruel de la ciudad á quien debia su nombre.

Efectuada ya la reconquista, que era el principal objeto de la expedicion, terminóse la mision de esta. Era preciso alejarse de aquel suelo inhospitalario cuyos indigenas cercenaban traidoramente sus filas, y en el que amenaza un nuevo peligro, la falta de víveres. Previólo el general, y dejando para guarnecer la plaza 400 soldados de infantería y 30 artilleros, con 100 gastadores, 23 muradores, 20 canteros, 7 herreros y 12 carpinteros, que bajo la direccion de sus respectivos maestros levantasen los derruidos muros, nombrando asimismo alcaide hasta la resolucion del rey, á Diego Perez Arnalte; veedor, á Francisco Delanga; pagador, á Pedro Delgneta; un boticario, un capellan y otros varios empleados, y mandando construir un pequeño fuerte en la playa de Velez, con objeto de proporcionar á la guarnieion agua y combustible, despues de ha-

ber dado tambien las disposiciones necesarias para la seguridad de la roca conquistada, emprendió su vuelta á las naves con admirable órden.

Aunque vencidos los moros, no por eso dejaron de hostilizar al ejército con sus bruscos ataques, causando algunas víctimas. Practicóse por fin el embarque y la victoriosa escuadra arribó á Malaga con tan prósperos auspicios como habia salido de ella.

IX.

Transformóse como por encanto la vetusta atalaya morisca en un soberbio fortin, que, investido con los nombres, unas veces de fuerte, otras de castillo y otra, por último, de fortaleza, presenta sobre los imponentes precipicios que lo circunda una cordillera de murallas mas ó menos sólidas, pero que, favorecidas por el ancho foso natural de que se halla rodeado es capaz de resistir á todos los esfuerzos reunidos del incivilizado rifeño.

Transformóse la cercana ramb'la de Velez en un triste y pavoroso páramo, y en la ensenada que su litoral forma, dejó de oirse el ledo cántico del corsario argelino, por dar lugar al lastimoso chirrido de la paviota que se sumerge en las aguas tras el ligero y jugueson pececillo. El silencio del sepulcro reina en aquella bahía, porque las naves que la frecuentaban la han abandonado temerosas, al mortífero hierro del cristiano; y Velez, la comercial, la rica Velez, presenta á los ojos del hombre una evidente y terrible prueba de la fragilidad de sus obras. Sus asustados colonos, privados

de sus principales medios de subsistencia, apremiados por las crecidas contribuciones que se les exigian y enfurecidos con la inutilidad de su resistencia, tomaron á buen partido abandonar para siempre la ciudad natal, buscando en ignorados lugares la seguridad y manutencion que en aquella ya no hallaban.

No falta quien haya desaprobado la conducta del gobierno español en esta conquista, afeando que, en vez de un sistema reconciliador y benéfico, se hubieran adoptado medidas de destruccion y de sangre. Convenidos demás estamos de nuestras escasas luces para meternos á impugnar la opinion de quien por poco que sepa sabe mas que nosotros pero si nos es permitido esponer nuestro pobre dictámen, diremos en la seguridad de que verdad decimos, hubiera sido infructuoso y aun fatal para nuestras filas haber empleado en aquella guerra la templanza y humanidad. Un tigre no se doma con palabras de buena crianza. Los moros no querian ni podian querer (porque sus ritos se lo prohiben espresamente), transaccion ni treguas de niogun género con el cristiano; y si su situacion les hubiera precisado alguna vez á entrar en negociaciones amistosas, muy pronto su indole traidora les hubiera inducido á quebrantarlas destrozando la misma mano que se les tendia en su decadencia. Su corazon henchido de un odio implacable á nosotros, no podia dar cabida á la amistad (porque amistad y odio no pueden adunarse nunca); y el incauto que en las promesas de aquellos se hubiera confiado, de seguro hubiera tenido bien pronto que arrepentirse. Además, todos los tiempos no son unos, y asi como en nuestros dias se critican los actos de nuestros antepasados, sin tener en cuenta las razones

que para efectuarlos tendrían, ¿quién sabe si en los siglos venideros refutarán y aun ridicularizarán nuestros descendientes los usos y costumbres que hoy como buenos seguimos?

Subsistió una buena parte de la escuadra española costeando algun tiempo aquel litoral, apresando una hoy y dos mañana todas las embarcaciones piratas que habia á mano, pues no cesaban de molestar en sus continuas correrías; y libre ya la Península de aquel temible azote, volvieron los hijos de Belona á sus moradas do enero las vencedoras espadas.

Algunas hordas de beduinos, atraídas por la fama de los despojos que el muslim habia dejado en su fuga, cayeron como una bandada de hambrientos buitres sobre las desamparadas viviendas de Velez. Acostumbrados á una vida errante y salvaje, prefiriendo las concavidades de las rocas ó las grietas de los barrancos á las cómodas mansiones de sus correligionarios y multiplicándose maravillosamente, fueron ocupando todos los parajes mas productivos de aquella costa. ¡Ay de ti, valiente viajero de los mares, que arrostras su cólera desde un frágil leño, si la invencible fuerza del huracan ó el irresistible poder de la marea te posa en aquella orilla inhospitalaria y maldita!...

DESCRIPCION É HISTORIA DEL

IMPERIO DE MARRUECOS.

Muerto Boco , se partió el reino entre sus dos hijos. La parte oriental le cupo á uno de ellos , que llamándose como el padre se le llamó Boco II , y el otro llamado Bogud , reinó sobre la parte occidental ó España transfetana. La guerra civil que encendieron las disensiones de Cesar y Pompeyo , arrastró en pos de sí á los reyes africanos. Juba abrazó la causa de este último , y Bogud la de su afortunado rival. Juba tuvo la fortuna de derrotar á Curion , jefe de los cesarianos en Africa y que habia batido antes á Varo , general de las legiones de Pompeyo. Despues de la batalla de los campos Farsálicos y de la guerra con Farnaces, hijo de Mitridates, volvió César al Africa, en donde se habian rehecho poderosamente los partidarios de Pompeyo , y entre ellos Scipion y Caton. En este terreno acudieron á cada bando sus parciales y aficionados: Juba unió sus banderas con los pompeyanos, y Bohud con César. Las haces se mezclaron en los campos de Thapson. Trata entre sus escuadrones Juba elefantes armados como aparato de guerra y de grande efecto, pero estas fieras, ó poco amaestradas todavía en aquellos ejercicios , ó espantadas con el clamor de las trompetas y el alarido y voceria de los combatientes , se desordenaron y huyeron atropellando y confundiendo las tropas de los pompeyanos. Scipion que huia en una nave , viendo que iba á ser cogido por sus enemigos , se mató. Lo propio

hizo Catón en Úrica en donde le cogió la nueva de la batalla, y Juba, después de haber asistido á un festín, se hizo matar por su amigo Petreyo, quitándose éste después á sí mismo la vida.

El reino de Juba se redujo á provincia romana, y luego de esto se vino César para España, en donde dominaban los hijos de Pompeyo, siguiéndole con los suyos el rey Bogud. Boco, que antes de esto habia abandonado á César ayudaba con sus huestes á los pompeyanos; tomando unos y otros sangrienta parte en la famosa batalla de Munda, en la que se cuenta que los esfuerzos de la caballería de Bogud hizo al fin ladear la victoria en favor de César. A la muerte de este, los reyes africanos cambiaron de papel, aunque no de su natural inquieto y belicoso. Bogud siguió entonces el partido de Marco Antonio, y Boco el de Octaviano. El primero, adelantándose á todos, se vino para España con gruesas tropas para hostilizar á los amigos y parciales del sobrino de César; y en cuanto á Boco, enviando en su seguimiento un ejército á España, entró conquistando por sí mismo con otro los Estados de Bogud. Este fué derrotado en España, y en Africa perdió sus Estados, de donde destronado y fugitivo tomó la vuelta de Oriente para unirse á la fortuna de Marco Antonio y la reina de Egipto, en cuya demanda murió peleando en un asalto en cierta ciudad de la Mesenia que atacaba Agripa, general de la armada de Augusto.

Concluida la guerra en la batalla de Accio, Augusto confirmó las conquistas del rey Boco, adjudicándole todos los Estados de Bogud, uniéndose así de nuevo toda la Mauritania en una misma mano. Boco gobernó en paz por algunos años, y después de su muerte las Mau-

ritanias fueron declaradas provincias del Imperio. Augusto declaró entretanto el privilegio de ciudadanos romanos á los de Tánger por lo bien que le habian servido abandonando la causa de Bogud, dando tambien el título de colonias romanas á otras ciudades. Habia acompañado á Augusto en todas sus expediciones y fortunas un hijo de Juba, que criado en Roma, á donde fué llevado en triunfo, se señalaba así por su destreza en todos los ejercicios militares como por su idoneidad en las letras.

Llamado Juba, como su padre, habia alcanzado el particular cariño de Augusto así por las prendas y valor que en su persona asistian como por lo elevado de su nacimiento. Despues que Augusto sujetó á los cántabros, queriendo premiar los servicios de Juba, le devolvió los Estados del padre, agregándole las tierras de la Mauritania, corriendo tantos Estados bajo un mismo mando aunque dependientes y tributarios del imperio romano. A Juba le sucedió su hijo Tolomeo. En el tiempo de este, los romanos fueron inquietados en sus Estados por un aventurero llamado Tacfarines. Soldado en las turbas númeridas auxiliares de Roma, desertor despues y luego capitán de bandas de salteadores, allegó bastantes gentes para hacer frente á los romanos. Nombrado despues caudillo de varias y tribus y pueblos llamados musulanos, que vivian en las tierras interiores entre el Africa menor y la Mauritania, atrajo á sus banderas mas gentes de la Tingitania acaudilladas por otro jefe africano llamado Muzzipa. Si en el primer encuentro fueron arrollados y desbandados estos aventureros, rehaciéndose poco despues salieron al campo, dando inopinadamente sobre el prefecto Decio, que

mandaba una cohorte, lo derrotaron cerca del rio Pá-gida, quedando el romano muerto en el campo de batalla. La insolencia de este Tacfarines llegó á tanto, que se atrevió á Tiberio, pidiéndole tierras en donde habitar con su gente, amenazando de otro modo el llevar á sangre y fuego todas las tierras sujetas á los romanos.

Ya entonces se le dió al negocio mas importancia y se nombró á Bleso para general de aquella guerra. Bleso logró de tal modo estrechar á Tacfarines, conteniéndole unas veces y desbaratándole otras, que dejando por cautivo este á su hermano desapareció por mucho tiempo de la vista y noticia de los romanos. Al punto que parte de las tropas romanas se sacaron de la Mauritania, volvió á aparecer Tacfarines poderoso con las rehechas reliquias de sus tropas, con muchas gentes que se le alistaban de los súbditos de Tolomeo y con los refuerzos que le proporcionaba el rey de los garamantas, y se atrevió el partidario á poner sitio á la ciudad de Tubusco. Era proconsúl en Africa á la sazón Dolabela, quien tuvo que salir á campaña en toda forma llamando para que acudiese con su contingente al rey Tolomeo, que no se descuidó en asistirle para que cualquiera dilacion ó lentitud no se tomara en el ánimo de los romanos por tibieza á flojedad.

Tacfarines se miró obligado á levantar su asedio y despues á retirarse á cierto fuerte castillo de su pertenencia, en donde siendo sorprendido en una alborada fué muerto despues de vender cara su vida entre la carniceria mas sangrienta. Asi concluyó esta guerra á los siete años de continuos rebatos y correrías. Tolomeo recibió del Senado romano en pago de sus buenos

oficios un baston de marfil y una toga de púrpura, saludándolo como rey y amigo. En este tiempo muerto Tiberio, le sucedió Calígula en el imperio, y ya fuese por apoderarse de las grandes riquezas que la fama suponía poseer Tolomeo, ya envidioso de las muestras de afición con que le acogia el pueblo romano cuando se presentaba en público, lo hizo llamar á Roma con palabras blandas y lisonjeras y lo mandó matar en el circo inhumanamente, á pesar del parentesco que los unia, pues ambos eran nietos de la reina Cleopatra.

Los africanos no sufrieron cobardemente el asesinato cometido en la persona de su rey, y uno de sus validos ó libertos, llamado Aedemon, tomó á su cargo el vengar tal afrenta y revindicar la libertad de las Mauritania. Esta guerra duró lo bastante para que aconteciese la muerte de Calígula, subiendo al imperio Claudio, quien trató de poner fin á aquella lucha, enviando tropas á la Mauritania. Los africanos tuvieron que traspasar el Atlas perseguidos de los romanos; pero rechazados de nuevo bajo la mano de un capitán famoso llamado Salabo, tuvieron los imperiales que mirar ya la guerra como cosa importante. Mandados por Nelo Silio Geta, comenzaron á perseguir al africano, quien hostigado del número y valor de sus contrarios tuvo que engolfarse por los arenales de aquellos desiertos, creyendo así escapar al rayo de la furia romana. Pero la perseverancia de estos triunfó de todos los obstáculos. Silio Geta, aprovisionándose de agua se engolfó también por los mares de arena. Los africanos, mas sufridos y sóbrios y mas prácticos en saber inquirir los pozos ó manantiales de aquellas áridas soledades que los romanos, hubieran podido acaso triunfar de sus

perseguidores, sin la feliz estrella que siempre salvaba a Roma. Lluvias copiosas y continuas vinieron á sacar al jefe romano de tanto apuro, y los africanos considerando aquel fenómeno y prodigio como señal del favor especial del cielo, se dieron prisa á pedir la paz que les fué concedida. Claudio entonces confirmando la incorporacion de la Mauritania al imperio romano, la dividió en dos partes, la Cesariense y la Tingitana, quedando separadas desde entonces.

Desde los tiempos de este emperador hasta mediados del siglo V, la historia de esa parte del Africa septentrional ofrece poco de notable si se exceptúa la agregacion que se hizo de la Bética en tiempo de Oton, de modo que los asuntos de justicia de aquel pais se ventilaban en el convento jurídico de Cádiz. Despues en el imperio de Adriano la España Tingitana tuvo tambien su convento jurídico. Entretanto en las selvas de la Germania y en los páramos de la Escitia y de la Escandinavia se formaba la horrible tempestad que habia de destruir la civilizacion y el poder de Roma, dando principio de mil vicisitudes y catástrofes á las naciones modernas. Los hunos, los suevos, los godos, los vándalos, los francos y cien otros torrentes de bárbaros se desquiciaron desesperadamente sobre el Mediodia y Occidente de Europa, trayendo el instinto de la devastacion en sus pechos y la tea y el hierro en las manos. Los alanos, los suevos, los godos y los vándalos fueron los que invadieron el suelo de España estableciéndose en varias regiones de ella. La Andalucía cupo en suerte á los vándalos, en donde ora provocando á los demas bárbaros participes de la conquista, ora defendiéndose de las irrupciones de ellos se mantuvieron por al-

gun tiempo entregados á los excesos de crueldad á que su condicion los llevaba y á todo el lujo y voluptuosidad que les inspiraban y proporcionaban las riquezas y delicias del pais. Su rey Gen-érico para afirmar una alianza durable entre su pueblo y el de los godos habia casado su hijo Hunerico con la hija del godo Teodoro. Hunerico por sospechas de que su esposa quiso envenenarlo, la mutiló bárbaramente el rostro y la devolvió al padre. Al propio tiempo, propuesta le fué hecha á Gensérico para pasar al Africa, cosa que cuadraba cumplidamente con la inquietud de la condicion suya y del carácter de su pueblo. La cosa pasó de esta manera. El tercer Valentiniano habia sido declarado emperador y regente su madre Placidia. Mandaba en Africa por ella el conde Bonifacio á quien por consejos de otros cortesanos Placidia destituyó á poco y aun envió en contra suya á un godo llamado Segisvulto, que logró desde luego apoderarse de Cartago. Ofendido Bonifacio con tales demostraciones escribió á Gensérico ofreciéndole la tercera parte de las posesiones romanas, si pasaba allá con fuerzas suficientes para repeler á los romanos.

Gensérico aceptó la oferta, y saqueando bárbaramente todo el pais que dominaba y juntando inmensas riquezas antes de embarcarse para el Africa, verificó el paso por el Estrecho de Gibraltar en número de ochenta mil combatientes. El resultado fué rápido y los vándalos se establecieron fácilmente. Bonifacio, reconciliado con Placidia quiso alcanzar con Gensérico el que se volviese á su antiguo asiento dándole por ello sumas inmensas de oro, pero no aceptando el vándalo ofrecimientos, el romano quiso hacerle la guerra; pero ven-

cido por todas partes tuvo que dejar el Africa despues de haber sufrido un año entero de sitio en Hippona, en cuyo tiempo murió San Agustín, obispo de aquella ciudad. Las costumbres sibaríticas que los vándalos aprendieron en España siguieron siendo en Africa, despues de su transmigracion voluntaria, su ocupacion constante. Las termas, los palacios y los jardines voluptuosos de los romanos, que no cuidaban ellos ni de reparar ni de embellecer, cobijaban de dia y de noche sus estrepitosos festines que á un tiempo praticipaban del grosero banquete germánico y del libertinaje de las orgías del imperio. Pareciera imposible creer, si la historia no lo comprobara, que un estado semejante pudiera durar, como duró, cerca de un siglo. Destinados los vándalos por el cielo á ser en las regiones meridionales lo que los hunos en las partes opuestas, tuvieron muy pronto ocasion nueva en donde demostrar sus instintos y hábitos de matar y destruir. Eudoxia, mujer que fué del emperador Valentiniano, y que por fuerza habia pasado al tálamo de Máximo, llevando en dote la púrpura imperial, quiso tomar venganza del asesinato y de la violencia de este, y llamó en su ayuda á Gensérico. Este voó del Africa á Italia con trescientos mil combatientes que no se encontraron enervados por cierto por los placeres y delicias gustadas en el recinto de sus palacios, para derramar sangre de nuevo, destruir é incendiar. Gensérico desembarcó en Ostia; marcha sobre Roma, y todo huye despavorido ante los vándalos. Máximo muerto, Roma fué teatro por catorce dias y catorce noches de horrores que apenas pueden describirse. El saqueo hecho años antes por Alarico de la ciudad del pueblo rey, fué solo una vist-

ta ó escursión, si se compara con la devastacion de aquellas furias frenéticas. El rey vándalo despues de romper ó mutilar los objetos mas preciosos de las artes, de fundir el oro con la plata, de quemar y de destruir, tomó consigo á la emperatriz con sus dos hijas Eudoxia y Placidia, del emperador Valentiniano, y dió vuelta para el Africa dando á Eudoxia por mujer á su hijo Hannerico.

Gensérico despues tuvo que combatir con algunos régulos del pais, que, indómitos como siempre le corrian la tierra y le negaban la obediencia. Los venció primero, despues hizo aportillar ó derribar las fortalezas y murallas, con respecto á los habitantes del pais y romanos para que no pudieran creerse seguros valiéndose de ellas y respecto de los vándalos y de sí propio, como despreciando otro auxilio y reparo que no fuese la propia espada. Las posesiones y Estados mas ricos se los arrancaba á sus poseedores y los distribuia entre sus hijos; las tierras mejores de los antiguos dueños las hizo pasar á mano de sus vándalos, á todos perseguia, y cruelmente atormentaba á los que eran afamados por sus riquezas, hasta que descubrian y entregaban sus tesoros. Para colmo de infelicidad, la persecucion religiosa fué otro nuevo azote con que castigaba Gensérico á aquella tierra infeliz. Fanático por el arrianismo, no dejó nunca en paz á los católicos. La tierra se empapó con la sangre de ellos, y sus huesos bloqueaban los desiertos á donde los arrojaba para pasto de las fieras. Sus armadas infestaban las cosas de la Grecia, del Ilirico, de la Italia y de la España, robando y matando por do quiera, ó cobrando cuantiosísimos rescates por libertarse de su brutal osadía y barbarie. Saliendo cier-

ta vez de Cartago con su nave para una de sus horribles expediciones, le preguntó el piloto: «¿A dónde el rumbo?» «A donde el viento nos lleve,» respondió el rey vándalo, y á donde nos conduzca (podiera haber añadido) la mala estrella del pueblo ó playa en donde toquemos!

En todas estas empresas y escursiones, ya habia hecho asociar y tomar parte á los africanos, como si la barbarie escandinava necesitara de acompañarse de la crueldad africana para hacer sufrir con mas dolor á la triste humanidad. El emperador de Oriente, Leon, quiso remediar tanta osadia. Mandó aprestar una poderosa armada, y con cien mil hombres de desembarco, la dirigió sobre las costas del Africa y las posesiones de los vándalos del Mediterráneo.

Ya se habian apoderado de Cerdeña y de Trípoli, consternando acaso á Gensérico; pero la flojedad y tardanza de Basíides, general de la expedición, no permitieron hacer cosa de mayor efecto, y su armada se retiró despues. Sucediendo en el imperio Cenon, concluyó paz indefinida con Gensérico, que no llegó á turbarse hasta la guerra de Belisario y ruina de los vándalos. Desde que estos salieron de España, nuestras islas Baleares quedaron siendo posesiones suyas que gobernaban desde Cartago. Gensérico murió de edad muy avanzada, cuarenta años despues de su establecimiento en Africa, dejando en el mundo y en la historia un nombre que infunde miedo y espanto.

Dejó establecido que le sucediese el descendiente mas inmediato suyo de línea masculina, prefiriéndose entre ellos el de mas edad. En su virtud eligieron por su jefe ó su rey los vándalos á Hunerico, hijo mayor de Gensérico.

No será fuera del caso hacer observar que un modo análogo de suceder en el imperio establecieron despues los primeros xerifes de Marruecos, como si todas las dinastias que deben su nacimiento á la fuerza y á la injusticia, fiasen mas su valimiento y duracion, de la virilidad del brazo de su jefe, que del respeto que inspira la sucesion directa.

Hunnerico tuvo que combatir con los africanos, que creyendo mas débil el yugo de la muerte de Gensérico, se rebelaron segun su costumbre, pero fueron vencidos. La furia de Hunnerico se volvió entonces contra los vencidos. La furia de Hunnerico se volvió entonces contra los católicos, á quienes persiguió cruelísimamente, ensañándose mas particularmente en contra de los eclesiásticos y obispos. Hunnerico murió de una enfermedad lenta y dolorosísima, arrancándose él mismo con sus manos las propias entrañas; tal era la intensidad de sus padecimientos.

No le sucedieron sus hijos sino uno de los de su hermano Genson, por ser de mas edad, conforme al estatuto de Gensérico. El nuevo rey llamado Gundabando, peleó tambien con los africanos, que como siempre intentaron recobrar su independencia, y despues de vencerlos y de perseguir á los católicos, murió á los doce años de reinado.

Le sucedió su hermano Trasamundo, que aunque arriano, no persiguió tan ciegamente á los católicos. Las tropas de los vándalos sufrieron en estos tiempos una cruel derrota por parte de cierto rey africano de los confines orientales de Tripoli, llamado Kabaon. Esta derrota no tuvo consecuencias de importancia, pues despues de la derrota de Trasamundo, que reinó veinte

y siete años, le sucedió su primo Ilderico, hijo de Hunerico, por ser el de mayor edad de los mas cercanos descendientes de Gensérico. El nuevo rey, al contrario de la raza vandálica, no era cruel ni perseguidor. Era dado á las artes de la paz, antes que á los ejercicios de la guerra. Por esto al cuidado de atajar las rebeliones, que segun costumbre, intentaron los africanos á su advenimiento al trono, lo dejó en manos de su pariente Amer, hombre esforzado por extremo, quien venció á los rebeldes capitaneados por un tal Antala. Ilderico mantenía buena correspondencia con Justiniano, sobrino del emperador Justico, é inmediato sucesor suyo en el Imperio, recibiendo y enviando recíprocos regalos. Estas apariencias y su condicion poco belicosa, dieron ánimos y pretextos á Gilimer, su primo, nieto tambien de Gensérico, como hijo de Genson, para tramarle una conspiracion y destronarle.

Gilimer, como diestro en las armas, y de natural osado y guerrero, fácilmente puso de su parte el ánimo de los vándalos, quienes lo aclamaron por rey, encerrando en duras prisiones á Ilderico, con su privado Amer y su hermano Evagene. En este tiempo regia los destinos del imperio de Oriente Justiniano, que tomó muy en su corazon las demasias del vándalo, resolviendo en fin la restauracion de aquellas ricas y dilatadas provincias. Para ello puso los ojos en Belisario, famoso ya por sus conquistas y victorias en la Persia. Belisario confirmó en esta expedicion y adelantó en mucho el gran nombre que ya tenia como capitan y como político. Gilimer lo esperaba resuelto á combatir á todo trance. Para quedar mas desembarazado hizo matar á Ilderico y á su hermano Evagene, habiéndose deshecho

tiempo antes tambien del valiente Amer. Segun las disposiciones de Gilimer, el ejército imperial debia sucumbir atacado de frente por dos cuerpos, mandados uno por su hermano Ammata, y otro por Gilamundo, su sobrino, mientras que él con otro cuerpo mas numeroso, les tomaba las espaldas á los de Belisario. Pero Ammata se adelantó á salir de Cartago al frente solo de algunas tropas, fiado en su mucho valor, y aunque al principio logró algunas ventajas sobre los romanos, matando doce de los mas valientes por su propia mano, al fin sus tropas fueron desbaratadas, y él muerto con dos mil de los suyos. Gilamundo se detuvo mucho tiempo peleando con el cuerpo de romanos que mandaba Mesagetes, y Gilimer, aunque comenzó rechazando las tropas de Belisario, entregándose á un desvariado sentimiento al encontrar el cadáver de su hermano Ammata, dió lugar á que Belisario, entregándose á un desvariado sentimiento al encontrar el cadáver de su hermano Ammata, dió lugar á que Belisario rehiciese sus haces, á que lo atacase de nuevo arrancándole la victoria de las manos y poniéndolo en huida. Los romanos entraron al siguiente dia en Cartágo, y Gilimer se retiró hácia el campo de Corbules á cuatro jornadas de aquella capital, á donde convocó á todos los vándalos, á las tropas que con su hermano Zizon se hallaban en Cerdeña, y á todos los principes africanos sus aliados y amigos, para hacer, reunidos todos, el último esfuerzo. A punto todo, marchó la vuelta de Cartago en busca de Belisario. Este le salió al encuentro, y puestos en órden, mezclaron las haces con rudo y sangriento choque. Zizon, el hermano de Gilimer, cayó muerto en lo mas recio de la pelea; este azar ó el capricho de la

fortuna , que por algun tiempo tornó su faz risueña á los romanos, decidió la victoria en favor de estos. Gilimer huyó con los que pudieron seguirle , dejando el campo á sus enemigos con inestimables riquezas. Belisario envió á un general en seguimiento del vándalo, pero este escapó no sin haber muerto antes al capitán que lo perseguía, y se guareció en un monte escarpado en los confines de la Numidia , y en region habitada de moros sus partidarios.

Belisario envió á otro general suyo llamado Faras para que finalizase la guerra. Este asedió estrechisimamente el monte que servia de refugio á Gilimer , quien obligado del hambre hubo de entregarse , y traído como esclavo á donde habia imperado como rey , desde Cartago fué conducido á Constantinopla para servir de trofeo á Belisario con otros inmensos despojos. Belisario , antes de regresar á Oriente , envió al conde Juan hácia las partes occidentales de la Mauritania , es decir, á la España Tingitana , para que la custodiase de los ataques de los bárbaros , reedificando ó fortificando á Ceuta como llave del Estrecho y de toda aquella region , y á quien Procopio llama el vestíbulo del imperio. Belisario , en el breve espacio de tres meses , destruyó la dominacion de los vándalos en las Mauritanias, y estos soberbios conquistadores de reinos, que al pasar al Africa cedieron por limosnas las selvas que antes ocupaban en la Germania á los ancianos y esclavos que dejaron en su custodia al comenzar sus crueles aventuras, ahora sin tener un lugar de asilo , ó eran llevados por esclavos á Constantinopla , ó huyendo por los desiertos y soledades del Africa , eran víctima del furor de los naturales , desapareciendo hasta su propio

nombre.

Noventa y cinco años duró en África la dominación de los vándalos desde la entrada de Gensérico en Cartago en 430 (de Jesucristo) hasta la derrota y prisión de Gilimer en 533 á los dos años ó poco mas de su reinado. Belisario, al dar la vuelta á Constantinopla, dejó asegurada su conquista, restauró y reedificó las ciudades destruidas por la incuria y barbarie de los vándalos, y las irrupciones de los africanos como lo hizo con Berenice, Borium, Tolomea, y muy particularmente con Leptis, patria de Septimio Severo: levantó otros nuevos emporios, como fué Caputvada en el mismo sitio en que su armada tocó la tierra en Africa; cercó de muros á varios pueblos, hermoseó á Cartago, y guarneció de fortalezas todo el país.

Por otro orden dió la mano á la iglesia ortodoxa para asegurar la amistad del país, así como los vándalos daban apoyo á los donatistas arrianos y otros disidentes, para perseguir á los católicos; hizo otra nueva division de territorio, repartió tierras á los soldados, y organizó al fin el país de una manera adecuada y conveniente.

Belisario, al dejar el Africa dejó todavía otro bien al país, que fué la justificacion y el valor de su lugarteniente Salomon, pero dotes tan raras y apreciables no pudieron evitar las rebeliones y revueltas, consecuencia forzosa de la inquietud perenne de los moros. La ausencia de Belisario fué la señal de las acometidas y robos, de las sorpresas é interceptaciones por todo el país. Fácilmente se hubieran desvanecido tales amagos, si la poblacion no se hubiera visto sostenida por muchos de los veteranos de Belisario. Este habia dis-

tribuido las tierras incorporadas al imperio, no con el título absoluto de propiedad, sino pagando cierto vectigal ó tributo. Tal carga pareció muy pesada á los soldados colonos, y quisieron probar si se libraban de ella. Descontento tan general se trocó bien pronto en conspiracion abierta, y Salomon tuvo que huir á Sicilia en busca de Belisario. La presencia de capitán tan querido y famoso fué, como lo es casi siempre, señal cierta de la victoria: la turbacion que produjo en los mal contentos, la confianza que dió á los leales, todo concurrió al mas pronto desenlace, todo concurrió al mas pronto desenlace, y Salomon pudo ponerse muy pronto en situacion de dominar los africanos, lanzándolos mas allá del monte Auraxio y sujetando la Numidia.

Los sobrinos de Salomon, que en su nombre mandaban las diversas provincias de la Mauritania, distaban mucho de tener las eminentes cualidades del tío, y con sus vicios, corrupcion y prevaricaciones provocaban sin cesar la animadversion y revueltas de los naturales, combatiéndose por todas partes. En uno de estos choques sucumbió lastimosamente el mismo Salomon, y entonces destituidos los sobrinos por Justiniano, dió el mando del Africa con el nombre de prefecto á Juan Troglita.

Las hazañas y la prudencia de este sosegaron al fin tantas disensiones é inquietudes, y el Africa logró tranquilidad tan cumplida, que no parecia sino que la paz lanzada del mundo entero por las guerras y revoluciones del imperio y las conquistas de los bárbaros, habia hallado un asilo eterno en las regiones de la Mauritania. Se cuenta que al observar el emperador Heraclio,

el sosiego y paz de que disfrutaba el Africa que tanto contrastaba con la faz general del imperio, resolvió fijar su residencia en Cartago, y sin la tempestad que dispersó la armada que al efecto disponia, la antigua émula de Roma hubiera llegado á ser la rival de Constantinopla.

Los nuevos favores que la fortuna comenzó á dispensar á los romanos se extendieron á España tambien. Para procurarse Atanagildo socorro poderoso en contra de sus émulos, solicitó el apoyo de las tropas del imperio, cediéndoles algunas de las antiguas posesiones que conservaron los romanos volvieron á poseer toda la faja de tierra que corre desde Málaga hasta los cabos de San Vicente. Estas posesiones y colonias romanas en España parece cierto que dependian de los prefectos ó gobernadores imperiales del Africa, donde como hemos visto tomaron asiento y consistencia. Pero á fines del siglo VII y principios del VIII, el astro de Roma comenzó á eclipsarse de nuevo para nunca mas aparecer.

Los gobernadores de las provincias remotas solo tenían valor para acabar de romper el flaco vinculo que los unia á Constantinopla, sino se adherian y sujetaban al poder mas cercano que les podia ser útil ó que no podian contrarestar. Los reyes godos de España acabando de despojar de nuevo á los romanos de las posesiones que habian recobrado en la costa, despojo que acabó de verificarse en los tiempos de Suintila, no perdieron la ocasion, segun lo indican las historias, de hacer suyos los restos de la dominacion latina en la Tingitania, si ya no es que los mismos gobernadores no le brindaban con su sumision y obediencia.

A tan larga distancia estos de Constantinopla, las

mas veces incomunicados con la metrópoli, y siempre inquietados por las rebeliones de los naturales y las guerras con los príncipes independientes, no podían abrazar mas partido que ó sucumbir ó buscar un apoyo mas inmediato y efectivo. Los godos por otra parte eran de las gentes del Norte los mas aceptos para los romanos: eran los mas civilizados; en sus tratos guardaban para con ellos mas consideraciones y respeto que los vándalos, suevos, alanos y demás bárbaros, y desde que abjuraron el arrianismo en los dias de Recaredo, tuvieron otro vínculo mas de amistad con las poblaciones de origen latino.

¿Pero desde qué tiempo comenzaron los godos á dominar en la España transfretana? ¿Hasta dónde llegaron con sus conquistas en aquellas regiones? Cuestiones son estas que queremos resolver, aunque sea sumariamente, pues no son ajenas del objeto á que se dirige este libro, de que la parte del Africa inmediata á nuestras costas siempre ha corrido unida á España, ó ha dependido de ella.

Crean, pues, graves escritores, y en verdad con sólidos fundamentos de raciocinio y de historia, que los godos dominaron gran parte de la España transfretana: siendo, sin embargo, muy de estrañar el que hecho de tanta importancia no se encuentre fijado estensa y detalladamente por nuestros historiadores.

Siempre que ellos tocan en este punto lo hacen tan someramente, que antes parece que hablan de cosas estrañas y por incidencia, que de punto que tan de cerca nos interesa, y que merecen tan particular mención. El que mas fija la certeza de la dominacion goda en el Africa occidental, es el arzobispo D. Rodrigo, el que hablando del califa Valid, en el cap. 9 de su historia de

los árabes, dice así: «Valid en tanto dilató poderosamente el señorío de los árabes guerreando sin cesar por espacio de cuatro años. En las partes de la Libia «subyugó toda la marina y mas al occidente ganó y «devastó el temido reino de los godos que desde los «tiempos de Leovigildo y por espacio de 140 años había gozado de completa paz. Este Valid fué el que «conquistó á España despues por medio de su ejército «mandado por Muza.» Parece no admitir duda que la primera y mas crecida parte de este párrafo se refiere á los dominios góticos del Africa, pues aquellas *partes occidentales* no pueden indicar á España que respecto de la Libia no está al occidente, sino al septentrion, ni la paz de los ciento cuarenta años que se supone haber disfrutado aquel imperio tampoco cuadra bien al poder godo en la Península, pues desde Leovigildo hasta la entrada de los árabes hubo en nuestro suelo reñidas guerras, ya contra las reliquias del poder de los romanos, ya contra los vascones ó cántabros, ora contra los francos, ora sofocando varias rebeliones como las de la Galia narbonense en el reinado de Wamba.

Tambien hablan los historiadores de la expedicion que hizo Sisebuto á la España tingitana, agregando aquella provincia ó al menos mucha parte de su territorio al poder gótico de España. En los tiempos de Egica se sabe que se apoderó de Ceuta, Tánger y otros puertos de aquella region, y cuando años despues se verificó la invasion agarena se sabe que el conde don Julian ó Elianus ó Ilian (cualquiera que fuese su nombre) mandaba en aquellas regiones por los reyes godos y que el gobernador de Arcita llamado Requila mantuvo la plaza por sus antiguos señores hasta que fué in-

formado de la pérdida de la batalla de Guadalete.

Mas el fijar cuáles fuesen los límites del territorio ocupado por los godos allende el estrecho, el definir de que modo gobernaban estas posesiones, de que manera fueron cediendo sus conquistas á la media luna, que crecia por instantes, son cosas insuperables de satisfacer por ningun historiador, si descubrimientos importantes no vienen á enriquecer los pocos monumentos que ofrece la historia de España en todo el curso de los siglos VII y VIII.

De los historiadores árabes no es fácil que pueda sacarse gran provecho, pues en la historia de aquellos sus primeros tiempos, además de ser concisos por extremo, confunden generalmente á todos los cristianos con el nombre de rumies; ya sean griegos, ya romanos ó ya vándalos ó godos. Pero ello es cierto que segun todos los antiguos viajeros y muy particularmente de Leon Africano, y del laborioso Luis Marmol, se encuentran en todo el antiguo ámbito de la España transfetana ruinas y monumentos que atestiguan inequívocamente la existencia y dominacion de los godos en aquella parte del Africa.

Si alguna vez está reservado á esas regiones el volver á abrir sus puertas á la civilizacion, el arqueólogo, el anticuario encontrará en tantas ruinas como escombram aquel suelo en losas, en piedras y en otros monumentos los testimonios auténticos del señorío de los godos nuestros antecesores en toda la playa del Mogreb-el-aksa, desde el rio Musloja hasta la desembocadura del Tensift, en la provincia de Doquela. En la costa del Mediterráneo se cuentan como ciudades edificadas ó restauradas por godos á Melilla, Jellez y Velez de la

Gomera, de esta otra parte, á Conté, ciudad cercana al referido rio Tensist, que no existe sino en ruinas, á Méramer, no lejos de Saffi, á varios pueblos de la provincia de Habat, muy poblada entonces de gentes no indígenas, y en lo interior del país á Terga, en la provincia de Erif, á Faraun ó Zaraun, no lejos de Fez; á Dorac en la provincia de Tedla del reino de Marruecos, y otras que no presentan tampoco sino escombros y murallas derruidas.

El señor Romey que con tanto esmero y cuidado se ocupa de las cosas de nuestra historia, dice en sus apéndices del tomo segundo, las siguientes palabras: «Después Ceuta y toda la tierra que se conoce con el nombre de Mauritania Tingitana, sin que sepamos, como observa Masdeu, como y cuando fué reconquistada, volvió á poder de los godos, citándola entre las posesiones de estos San Isidoro, escritor del VII siglo.» Lo que sí podremos hacer notar de paso es que las posesiones africanas se consideraban por los godos como presidios ó colonias solamente, pues en los concilios de Toledo no figuran los obispos de aquellas provincias, tomando parte en las grandes asambleas nacionales, como hubiera sucedido á ser de otro modo, y sabido es el gran número de sedes episcopales que en aquellos tiempos existían en todas las partes de Africa.

Entretanto que la parte oriental de las Mauritanias, sujeta todavía á los emperadores de Constantinopla, gozaban de esa tranquilidad engañosa, precursora de las grandes catástrofes, y que la Tingitania seguía pasivamente las vicisitudes domésticas del poder gótico de España, se concitaba en la Arabia la horrible tempestad que había de descargar sobre el mundo entero, que

pusiera en peligro la libertad y la civilización de Occidente, y que por ocho siglos convirtió nuestra España en un inmenso campo de batalla.

Hablamos del advenimiento de ese hombre extraordinario tan impostor cuanto inspirado y fanático, que supo multiplicar la actividad, la vida, el esfuerzo y el valor de una pequeña tribu de tal manera, que la convirtió en poderosa palanca, y en gérmen activísimo que hizo fermentar y estremecer la humanidad entera. Mahoma ó Moamad, como lo pronuncian los árabes, legó á sus sucesores la empresa de sujetar á los preceptos de su libro y por medio del allanje, todos los pueblos de la tierra. Abu-be-ker, primer califa fiel á tales inspiraciones, sujetó la Siria y adelantó poderosamente la conquista de la Persia.

De esta manera se ve que las primeras conquistas de los árabes se dirigieron naturalmente hácia aquellos países limítrofes con su Península; pero no bien hubieron subyugado la Siria y la Palestina, y hecho tributario á Yezdejed, último rey de Persia, de la estirpe de los Sasanidas, cuando volvieron sus armas á Occidente, y atravesando el istmo de Suez se precipitaron sobre el Africa. En el año 48 de la egira ó 639 de J. C., bajo el califato de Omar, un famoso llamado Amru-ben Al-ass, puso sitio á Alejandria y la rindió al cabo de ocho meses de estrecho sitio; y seis meses le bastaron para reducir el Egipto todo al dominio del Islám. Osmán-ben Affán, que sucedió á Omar en el califato, dispuso que un ejército de veinte mil hombres á las órdenes de Abdalla ben Sad invadiese la Nubia ó Egipto superior y llevase hasta las fuentes de Nilo el pendon del Profeta.

De vuelta de esta expedición, que fué cumplida y venturosa como todas las demás emprendidas bajo aquel reinado, Abdalla recibió cartas del califa en que le mandaba no dejar las armas de la mano hasta haber sujetado al imperio musulánico todo el litoral de Africa. Era entonces gobernador de la Mauritania oriental un patricio romano llamado Gregorio, el cual aunque á tan larga distancia de Constantinopla y sabiendo que no podia contar con auxilios ningunos de su soberano, con todo, como fuese hombre de resolución y esfuerzo, determinó contener por aquel punto las incursiones de los árabes ó morir en la demanda. Habiendo juntado con la mayor diligencia todas las fuerzas que obedecian su mando desde el desierto de Barca hasta los confines de la Tingitania, logró reunir un ejército considerable, con el cual marchó á Yacula, ciudad de la provincia de Bysacena, en cuyas inmediaciones habia Abdalla acampado con todas sus fuerzas. Aunque el ejército invasor era muy inferior en número al de los griegos, con todo, era tal el fanatismo religioso de los sectarios del profeta, que no dudaron en aceptar la batalla que les presentó Gregorio.

Sin embargo, antes de venir á las manos, y con el fin de evitar el derramamiento de sangre, Abdalla envió un mensaje al general enemigo, brindándole con la paz si consentia en abrazar con toda su gente el islamismo, ó hacerse tributario del califa; condiciones ambas que el Corán manda espresamente se propongan á todo enemigo infiel antes de apelar á la espada. Gregorio desechó, como era natural, proposiciones tan humillantes. Resuelto á vencer ó morir, salió de su campo marchó contra el enemigo, el cual le aguardó á pié

firme. La batalla, que fué muy reñida, duró hasta el anochecer, hora en que cada cual se retiró á sus atrinchamientos sin conocida ventaja por una ni otra parte. Al dia siguiente se peleó con igual furor, logrando Gregorio, por medio de una carga de toda su caballería, desbaratar águn tanto y separar el ala derecha del ejército invasor. Según los historiadores árabes, tenia Gregorio una hija de incomparable hermosura y notable esfuerzo, la cual, deseosa de partir las fatigas y laureles de su padre, habia venido últimamente al campo. Vestida de luciente malla y montada en un fogoso alazan, se la veia animar á los combatientes y pelear mezclada con el tropel. Deseando pues Gregorio hacer un último esfuerzo y romper las haces enemigas, hizo publicar un bando ofreciendo la mano de su hija y cien mil piezas de oro al guerrero que le presentase la cabeza del general enemigo. Por su parte Abdalla, habiendo sabido por sus escuchas lo que se tramaba contra su persona, hizo venir á su presencia á los mas valientes de su lineste, y animándolos al combate, propuso igual recompensa al que le trajese á Gregorio muerto ó vivo.

Un jóven guerrero, llamado Zobeyr-ben Abdalla, el mismo que algunos años despues alzó el estandarte de la rebelion en Meca contra su señor el califa Merwan, y logró hacerse independiente en toda la Arabia, aceptó gustoso tan peligroso encargo, y tomando consigo doce hombres de su tribu, se dispuso llevar á cabo su aventura al dia siguiente, en lo mas encarnizado de la pelea, y mientras Gregorio animaba á sus guerreros, Zobeyr, seguido de sus doce compañeros, penetró hasta el lugar en que se dejaba ver el patio y le derribó del

caballo de una lanzada. Mas pronto que el relámpago, el jóven musulman echa pié á tierra, corta la cabeza de su enemigo y la fija en la punta de su lanza, lo cual, visto por los griegos, desmayan y huyen precipitadamente á Subeytala, (la antigua Sufetula) ciudad distante algunas leguas del campo de batalla, y en la cual Gregorio tenia por lo comun su corte. Estaba esta ciudad ceñida de fuertes y torreados muros; pero fué tal el terror que se apoderó de sus habitantes, que tan luego como divisaron la vanguardia del ejército enemigo, se apresuraron á abrir las puertas é implorar la clemencia del vencedor. Grandes fueron los despojos que ganaron los árabes en esta jornada; pues hecho al dia siguiente el reparto, segun los preceptos del Corán, le cupieron á cada ginete tres mil dineros de oro y mil á cada peon. En cuanto á la hija de Gregorio, fué hecha prisionera en el campo de batalla y llevada á la tienda de Abdalla, quien en presencia de los xeques de las tribus y de los oficiales del califa se la entregó á Zobeyr juntamente con los cien mil dineros que le habia prometido.

La Mauritania, pues, volvió á su antiguo estado, y las ciudades que habian prometido pagar un tributo anual, cesaron de enviarlo, lo cual fué tanto mas fácil cuanto que los árabes no dejaron en ella guarnicion alguna. En este periodo de inaccion, de espanto y de mayor olvido del poder de Constantinopla, debió ser cuando los godos estendieron y afirmaron su señorío en la Tingitania, y en el que los régulos, africanos ó griegos impetrarian su dominacion ó su apoyo segun fuera el poder y fuerzas de cada cual. Pero terminada la contienda en Oriente á favor de Moavia, y reconocido este por califa en todas las provincias del imperio,

escepto en la Arabia, en donde Hasan, hijo de Ali, logró sostenerse algun tiempo, se dió nuevo impulso á las expediciones de conquista y se lograron nuevas y ricas adquisiciones de territorio. En el año 34 de la egira (A-D 654-5) el nuevo gobernador de Egipto nombrado por el califa, hizo una incursion en la Mauritania y logró rendir las ciudades de Jelúla (la Usilla de Tolomeo) Marnak, Calsa y Alcorn, en las cuales puso fuertes presidios. Tambien dejó en la frontera un grueso ejército para mantener constante guerra con los países aun no sujetos.

Duró este estado de cosas hasta el año 45 (A-D 665-6) en que el califa Moavia tuvo el feliz pensamiento de separar los gobiernos de Egipto y Frikia ó Africa oriental, nombrando para desempeñar el último á un ilustre guerrero, llamado Ocha-ben Nafi, de la tribu de Fehr, el cual ya en tiempo de Amry, el conquistador de Egipto, se habia distinguido sobremanera por su valor y conocimientos, sometiendo toda la region llamada de Barca, ó la antigua Pentápolis Cyrenáica.

Las nuevas de esta victoria se esparcieron en breve por toda la Mauritania y difundieron por do quiera el terror de las armas musulmicas. Muchas ciudades como Sfax, Calsa y otras se apresuraron a comprar por crecidas sumas la libertad de sus moradores, y Abdalla, satisfecho con las victorias que habia conseguido y el rico botin que habia ganado, se volvió á su gobierno de Egipto, no sin haber antes despachado una embajada al califa, participándole las conquistas que habia hecho y los nuevos territorios que habia reducido á su obediencia.

Algunos años pasaron sin que los árabes hiciesen

nuevas tentativas contra la Mauritania; la guerra civil que se encendió entre Ayxa, viuda de Mahoma, el califa Ali, yerno de aquel, y Moavia, el fundador de la dinastía de los Umeyyas, en la cual tomaron parte casi todos los generales y gobernadores de alguna nota, siguiendo cada cual el partido que le dictara su ambición ó su interés, distrajo algun tanto la atención de los sectarios del profeta y les hizo olvidar la obligación en que estaban de llevar á las partes remotas del globo el conocimiento de la nueva creencia.

De aquí se puede decir que data el establecimiento formal y positivo de los arabes, en Africa. Hasta entonces las expediciones enviadas por los lugar-tenientes del califa en Egipto, se limitaban á ligeras incursiones hechas en el pais enemigo; ó á la toma por asalto de alguna ciudad, con cuyos despojos se enriquecian los invasores, volviéndose en seguida á sus fronteras á gozar el fruto de su victoria. Mas al nombrar un gobernador especial para las nuevas conquistas de Africa, el califa dió á conocer su intención de que los territorios adquiridos al Islam no se abandonasen ya como antes, sino al contrario, sirviesen como de escalon para nuevas conquistas.

Al propio tiempo mandó Moavia pregonar por todas las provincias de su vasto imperio, que los que quisiesen tomar parte en la conquista del Africa, encontrarían allí ciudades opulentas que habitar y fértiles campiñas donde apacentar sus ganados. Publicada que fué esta determinacion, innumerables familias á quienes la Syria, Arabia y Mesopotamia apenas ofrecían ya un escaso sustento, tribus enteras que por varias causas no habian hasta entonces tomado una par-

te activa en la fermentación general, y que por lo tanto habian conservado intactas sus costumbres nómadas y su pobreza, respondieron al llamamiento y trasladaron sus tiendas á las vastas llanuras de la Cyrenaica. Auxiliado por los nuevos pobladores, *Ocba* se dirigió contra *Cyrene*, ciudad que los árabes habian ya tomado en una de sus primeras entradas, pero que confiada en la fortaleza de sus muros y la muchedumbre de sus habitantes, habia sacudido el yugo y vuelto á la obediencia del emperador griego.

Tomada por asalto á los pocos dias, sus moradores pagaron bien cara su rebeldia, pues esceptuando unos pocos que consintieron en abrazar el islamismo, los demás sin distincion de sexos fueron pasados á cuchillo. Viendo *Ocba* que *Cyrene* era ciudad principal y que contenia muchos antiguos y grandes edificios, no dudó en hacerla la capital de sus conquistas por aquella parte; y habiendo edificado una suntuosa mezquita y una madrisa ó colegio para enseñar el Corán á los nuevos conversos, fijó en ella su residencia. Prosiguiendo despues sus conquistas penetró bien adentro en la Cartaginense y llegó hasta el castillo de *Camunia*, no lejos del cual, en un bosque inaccesible, poblado de leones y panteras, echó los cimientos de una ciudad que llegó con el tiempo á ser la capital del Africa Oriental. Llamóse *Cairován*, voz árabe del antiguo dialecto de *Co-raix*, que significa ciudad ó poblacion, porque segun el historiador *Noivairi*, al llegar *Ocba* al sitio en que despues trazó las líneas de la nueva poblacion, dijo á los que iban con él: «*Hada Cairovanokum*» (esta será vuestra habitacion).

Mientras Ocha se ocupaba en fundar á Cairován y en estender sus conquistas por aquella parte, una órden del califa vino á malograr el fruto de tantas victorias. En el año 65 (A. D. 684-5) Moavia volvió á unir los gobiernos de Africa y Egipto en la persona de Moslema-ben-Majlid; el cual como fuese émulo de Ocha y llevase á mal la gloria que tan justamente se habia adquirido, nombró en su lugar á un liberto suyo llamado Abu-l-mohájir.

No paró aquí el resentimiento de aquel hombre envidioso y vengativo; dió la órden á su hechura para que tan pronto como llegase á Cairovan y se hubiese entregado del mando, empezase á derribar los edificios levantados por Ocha, destruyese las fortificaciones é intimase á los pobladores la órden de salir cuanto antes de la ciudad, y esto bajo el pretesto de que el sitio escogido no era el mas á propósito para una capital, y que queria trasladarse á otra parte.

Grandes fueron la indignacion y sorpresa de Ocha al recibir esta órden tan arbitraria é injusta; pero aunque pudiera muy bien resistirla, teniendo muchos parciales y amigos, el temor de encender la guerra civil fué causa de que sofocase su resentimiento y atacase el mandato de su superior. Habiendo, pues, entregado el mando á Abu-l-mohájir, salió de Cairovan y se puso en marcha para Siria con intencion de elevar sus justas quejas al califa Moavia. Murió este en el año de 680, á poco de haber Ocha llegado á Damasco; pero su hijo y sucesor Yezid hizo tal aprecio de las justas reclamaciones del ilustre guerrero, y quedó tan convencido de su ardiente celo por la propagacion del islamismo, que no titubeó en devolverle su gobierno del Africa Oriental,

y en suministrarle recursos para emprender nuevas conquistas.

El primer acto de Ocha á su llegada á Africa fué prender á Ahú-l mohájr. Al propio tiempo mandó que la poblacion que aquel estaba edificando en otro punto fuese echada por tierra, y que los moradores todos tornasen á Coirovan, á donde el mismo trasladó su corte hermoseándola con nuevos y suntuosos edificios. Esto hecho, y puesto orden en las cosas del gobierno, Ocha se dirigió hácia la Mauritania Cesariense, en la cual no habian aun penetrado los ejércitos musulmicos. Despues de haber derrotado á los griegos cerca de Bagaya (hoy Bugia) Ocha tomó por asalto aquella plaza, asi como Malix y otras ciudades fuertes de aquella provincia. Marchando despues al Zab se apoderó sin gran dificultad de su capital, la ciudad de Arba; desbarató cerca de Tihart á un numerosísimo ejército compuesto de griegos y berberiscos, llegó sin que nadie se lo estorbase á la antigua Tingis, hoy Tánger. Mandaba á la sazón en esta ciudad, asi como en Ceuta y los distritos adyacentes, un griego llamado Julian, el cual, segun todos los indicios, parece haber sido el mismo que 30 años despues abrió á Taric y á sus guerreros las puertas de la península. Segun ya dijimos en otro lugar parece evidente que este Julian dependia de los reyes godos; pero cuando y cómo originó aquella dependencia, que clase de obediencia era la qué les prestaba, si gobernaba por ellos y en su nombre aquellos distritos ó era tan solo su tributario, son cuestiones que no pertenecen á este lugar, y en las que quizá entraremos de lleno en otra ocasion.

Aunque dueño de varias plazas en estremo fuertes, y

pudiendo contar con la ayuda de una poderosa tribu berberisca, llamada Gomera ó Gomeles, que habitaba en su territorio y le rendia homenaje, razon sin duda por la cual algunos historiadores árabes le llaman rey de los Gomeles, Julian no se sintió con fuerzas suficientes para oponerse al torrente desolador que amenazaba sumergirle, y saliendo al Ocha, no solo se captó su voluntad por medio de ricos presentes, sino que se ofreció á servirle de guia, siempre que dejando el territorio que entonces pisaba, se dirigiese á las provincias puestas del otro lado del Atlante. Ocha aceptó con tanto mas gusto esta oferta, quanto que habia oido decir que el mediodia de Tánger, no lejos de la ciudad de Terudante, habitaban ciertas tribus berberiscas que vivian en la idolatria, y celoso musulman deseaba ante todas cosas estirpar en Africa el colto de los ídolos. Ocha pasó sin tropiezo alguno los desfiladeros del Atlante; atravesó el Sus al aña ó Susremoto en donde los Masamudas, los Agisa, Kotama, Sanhaga y otras tribus berberiscas se habian reunido con innumerable caballeria para darle batalla. Pero el fanatismo religioso y superior disciplina de los árabes, triunfaron por segunda vez de aquella desordenada muchedumbre; y Ocha continuó su carrera victoriosa hasta tropezar con el grande Océano. Entonces fué cuando rebosando de zelo místico y sintiendo sobre su corazon que el mar le estorbaba el proseguir mas adelante, se metió en el con su caballo hasta tocar el agua en las cinchas, y dijo: «oh señor Alá! si estas profundas aguas no me detuvieran, yo llevaria mas allá el conocimiento de tu ley y santo nombre.»

No hallando ya mas enemigos que combatir, Ocha emprendió su marcha hácia Coirován, pero como co-

meliese la imprudencia cuando aun se hallaba á algunas de aquella ciudad, de permitir que el grueso de su ejército se adelantase, cayó en una emboscada que Kusila, rey de las tribus de Uraba y Beranis, le habia armado de antemano cerca de Tehudá. Viéndose Ocba que llevaba tan solo trescientos hombres, rodeado por todas partes de enemigos, hizo sus oraciones, ordenó su gente en batalla y los exhortó á morir como valientes. Mandando despues comparecer á Abu-l-mohajir, á quien siempre llevaba consigo, le mandó quitar las prisiones y le dijo: «Hoy, amigo, es dia de libertad, de martirio y de ganancia para todo buen muslim; y no quiero yo ser causa de que pierdas tan buena ocasion.» «Así, es verdad,» respondió Abú-l-mohajir, «te doy gracias porque me concedes esta oportunidad, y te deseo igual ventura.» Mandóle Ocba dar armas y caballo; luego cada uno de ellos rompió la vaina de su espada y todos los demás imitaron su ejemplo. Trabóse entre ambas huestes atroz pelea, quedando tendidos en el campo de batalla Ocba, Abú-l-mohajir y todos los suyos, á escepcion de unos pocos que cayeron prisioneros en manos del enemigo.

La muerte de Ocba produjo los mayores desastres. Zohayr-ben Cais, que mandaba la vanguardia, no bien supo la desgracia acaecida á su general, cuando determinó salir de Cairovan á vengar su muerte. Desgraciadamente no pudo verificarlo; pues como ocurriese una disputa entre él y otro general llamado Hanax ben-Abdalla, este, que á mas de haber sido compañero del profeta, gozaba de grande influjo entre los muslimes por sus virtudes y su esperiencia se retiró á Egipto, siguiéndole la mayor parte de la hueste.

Marchó Zohayr con el resto de la gente á Barca, en donde se fortificó para aguardar al enemigo. Mientras tanto *Kusita*, sabiendo que Cairovan se hallaba sin defensores, marchó allí con todas sus fuerzas. Los habitantes no esperando auxilio alguno le entregaron la ciudad mediante una capitulación honrosa, y el berberisco ufano y envanecido en su victoria, se hizo en breve señor de casi todos los distritos que poseían los árabes. *Zohayr* mientras tanto no estaba inactivo; desde los muros de Barca, á donde se habia refugiado, hacia frecuentes incursiones en el corazon de Mauritania, llegando hasta las mismas puertas de Gartago, que sitió y hubiera probablemente tomado por fuerza de armas, á no haber aparecido en sus aguas una poderosa armada que Justiniano II enviara en auxilio de sus Estados africanos.

Tal estado de cosas continuó hasta el año 65 de la egira ó 684 de Cristo, en que subió al trono *Abdo-l-malec ben Merivan*, sexto califa de la familia de Umeyya, el cual como lograrse poner feliz término á la rebelion que *Zobeyr* le suscitó en la Arabia, pudo fácilmente dedicar toda su atencion y cuidado á consolidar las conquistas hechas bajo el reinado de sus predecesores. Su primer cuidado fué enviar á *Zohayr* socorros considerables de hombres y dinero, con órden espresa de buscar á Kusla y castigar su insolencia. Estaba aquel acampado con su ejército en Oss, lugar de la provincia de Cairován muy ajeno de creer que viniesen los árabes á buscarle hasta allí.

Aceptó sin embargo la batalla que le ofrecia *Zohayr*, y despues de un reñido combate, murió peleando con la flor de su ejército. Satisfecho con tamaña victoria y

con haber así vengado la muerte de su amigo Ocba, Zohary hizo dimision del mando y se puso en marcha para Oriente, diciendo: «Yo vine á Africa para hacer la guerra á los infieles, no para gobernar en tiempos de paz á los muslimes; y supuesto que ya me concedió Alá la victoria sea otro y no yo el que recoja los laureles.» Mas como caminase hácia Egipto, seguido de una pequeña escolta, tropezó cerca de Barca con una division griega que acababa de desembarcar de Sicilia. Aunque muy inferior en fuerzas al enemigo, Zohayr no dudó en atacarlos y fué muerto con todos los suyos.

Hasan ben-Nóman-Al-gosani, gobernador de Egipto, fué el encargado por el califa de vengar la muerte de Zohayr, y de llevar adelante el terror de las armas musulmicas. Con un ejército de cuarenta mil hombres alistados en las diferentes provincias de su gobierno, puso sitio á Cartago, ciudad que habia hasta entonces resistido cuantas tentativas hicieran los árabes para tomarla, y que confiada ahora en la fortaleza de sus muros, en lo numeroso de su poblacion, y mas que todo en la comodidad de su puerto, por donde podia ser en todo tiempo socorrida, se creia del todo segura. Hosan, empero, que conocia lo fuerte de sus murallas, y los muchos medios de defensa que tenian los habitantes, temiendo que el fanático valor de sus soldados no fuese bastante para rendir la ciudad, mandó construir por artífices griegos, domiciliados en Egipto, varios arietes, catapultas y otras máquinas de guerra usadas por los antiguos en los sitios.

Con este auxilio, y á pesar de los socorros enviados tanto por Justiniano II, como por el rey godo Egi-

ca (1), logró Hasan abrir brecha y tomar la ciudad por asalto, huyendo sus habitantes, los unos á Sicilia y los otros á España. Todavía despues de perdida la capital trataron los griegos de rehacerse en la parte occidental de la provincia, pero atacados cerca de un lugar llamado Setfura, fueron derrotados y puestos en huida, siendo muertos muchos y escapándose los demás á Bona (la antigua Hippo Regia), y á Bagia en donde se fortificaron.

Hasta aquí hemos visto á los árabes luchar solo con los imperiales que ocupaban las ciudades opulentas de la costa; poblacion mista, compuesta de númidas, romanos, griegos y vándalos, corrompida por el lujo y la molicie; sin historia, sin tradiciones, sin interés en el suelo que habitaban; y á quienes hubo de ser indiferente que este ó el otro conquistador dominase en Africa, con tal que ellos continuasen haciendo el comercio esclusivo del Mediterráneo, y enriqueciéndose con sus ganancias. Vencidos estos, tuvieron los árabes que lidiar con otro enemigo de diferente especie, y tanto mas temible, quanto se advertia en él notable semejanza con el pueblo invasor. Sus costumbres patriarcales, su aficion decidida á la vida nómada y pastoril, su aficion decidida á la independendencia, su humor inquieto y belicoso hacian de los berberiscos ó amazirgas un enemigo harto mas poderoso y temible que cuantos habian encontrado hasta entonces los musulines. Son varias las opiniones sobre el origen y procedencia de los amazir-

(1) Así lo aseguran Leon Africano, Novairi ben Jaldún y otros historiadores árabes, si bien los nuestros nada dicen de esta expedicion godo-hispana.

gas. Segun unos, vinieron del Yemen ó Arabia Feliz; segun otros, de Palestina, de donde emigraron á Africa despues de la victoria de David sobre Goliath, como ya lo hemos hecho notar en otro lugar.

El historiador Tabari los hace descender de Abraham por un hijo que tuvo llamado Naxan; opinion que no se confirma por las analogías lengüísticas, (pues el berberisco se diferencia esencialmente, segun dicen los viajeros, de todos los dialectos de la familia de Sem), mientras que ben Jaldun, escritor africano de nota y muy versado en la historia y genealogia de las tribus berberiscas, le dá por padre á Canaan, hijo de Cam, opinion que aparece la mas verosímil y que tiene mas crédito y autoridad.

Sea de esto lo que fuere, eran ya los árabes señores de casi todas las plazas fuertes y ciudades marítimas del Africa, y aun estaban por domar esas mismas tribus pobres y guerreras, conocidas de los antiguos bajo el nombre genérico de Numidæ ó Nómades, que opusieron fuerte valla á las armas de los cartagineses y romanos, y resistieron igualmente la civilizadora influencia del cristianismo, y los benéficos resultados de las artes y del comercio. Si alguna vez vinieron á las manos con los invasores, fué mas bien como aliado de los griegos que en defensa de su propia independendencia. Varias tentativas hechas por los muslines para atraerse por medios suaves á este pueblo feroz y guerrero, asi como para introducir entre ellos el conocimiento de un solo Dios, habian salido del todo vanas; de modo que, como no habitasen en ciudades, sino bajo tiendas, y por lo tanto, no presentasen lado alguno vulnerable; como al menor amago del enemigo se internaban en

sus desiertos para volver por caminos extraviados á colocarse á su retaguardia, era muy difícil, si no imposible, el sujetarlos.

Estaban entonces los amazirgas divididos en dos grandes troncos ó familias: los Botar y los Beránis; los cuales de tiempo inmemorial se hacian cruda guerra siempre que se encontraban en el mismo territorio; pero que en las actuales circunstancias decidieron unir sus armas contra el enemigo comun. La tribu de Gerawa, una de las mas poderosas de los Beranis, y que habitaba, como aun hoy dia habita, las gargantas del monte Auras (el Aurasius de Procopio), obedecia á una mujer, la cual, si hemos de creer lo que nos cuentan los historiadores africanos, era una especie de profetiza que ejercia grande influencia, no solo sobre su propia tribu, sino tambien sobre toda la nacion berberisca, mediante sus conocimientos en la astrologia y las ciencias ocultas. Ello es, que todos los escritores que habemos consultado la llaman Alcahina, es decir, la maga ó la encantadora.

Conociendo cuán importante era el que al menos, mientras los árabes se hallasen poseidos del espíritu de conquista, cesasen las disensiones entre los berberies, hizo los mayores esfuerzos para procurar una reconciliacion que consiguió al fin, logrando que cada tribu le enviase su contingente de hombres para oponerse á la invasion. Noticioso Hassan de estos preparativos, salió de Cairován con ejército numeroso, y se dirigió hácia el monte Auras en donde le esperaba Cahina con todos sus guerreros. Tenia esta guardados los desfiladeros con su mejor gente, y como los musulimes que no conocian el terreno, penetrasen mas adelante de lo que convenia,

cargó sobre ellos la Reina con todas sus fuerzas, y fueron derrotados completamente, quedando la mayor parte muertos ó prisioneros. Entre los últimos se cuenta á Játid-ben Yezid Alcaisi, el cual como fuese hombre letrado y entendido, logró favor con la Reina, quien le destinó para preceptor de sus hijos.

Hassan con las reliquias de su ejército, se retiró á Barca, desde donde despachó un correo al califa, noticiándole la derrota que habian sufrido los musulimes y pidiéndole instrucciones. Abdo-le-malec le mandó que conservase sus posiciones, prometiendo enviarle en breve nuevos auxilios. Cinco años se pasaron sin que el califa pensase en reforzar su ejército de África, y Hassan tuvo que presenciar, aunque á despecho suyo, la pérdida de casi todas sus plazas, las cuales fueron cayendo una a una en manos de Cáhina. Llegó al fin el deseado refuerzo; y Hassan se puso por segunda vez en campaña, dirigiéndose hácia la provincia de Castilla, en donde á la sazón se hallaba la Reina de los berberies. Esta, como entendiése la venida de Hassan, apellidó sus guerreros y se preparó á la pelea. Deseando, empero, saber si saldria ó no victoriosa en la próxima contienda, hizo cuantiosos sacrificios á sus ídolos, llamó á consejo á todos los magos y zahoríes de su reino, consultó á los astros, y no perdonó modo alguno para indagar el porvenir.

El resultado de sus averiguaciones fué fatal para ella. «Hassan saldrá vencedor de la lucha, las tribus derrotadas, y tú misma muerta en la refriega.» Tan funesto pronóstico no fué parte para que desmayase Cáhina; al contrario, redobló su vigilancia, aumentó sus fortificaciones y defensas, y se preparó con ánimo fuerte y de-

nodado para la próxima lucha. Convencida, sin embargo, de que se acercaba su fin, llamó á sus dos hijos, y les dijo: «Yo debo morir en la batalla que me han de dar los árabes; id á ver á Hassan, y suplicadle que os perdone la vida.» Al propio tiempo rogó á Jáled, á quien segun ya dijimos habia Cahina encomendado la educacion de los dos principes, que los acompañase al campo de Hassan, el cual los recibió con la mayor benevolencia y agrado, encomendando su custodia á un anciano de conocidas virtudes. Esto hecho, Cahina se preparó para el combate; la pelea fué sangrienta y duró sin intermision desde la aurora hasta ponerse el sol, hora en que habiendo los musulmanes hecho el último esfuerzo, cargaron al grito de la *illaha ila alla*, sobre los apiñados escuadrones de Cahina, y lograron desbaratarlos y ponerlos en fuga. La reina, rodeada de un batallon sagrado, compuesto de jóvenes guerreros, sostuvo por algun tiempo el ímpetu de la caballería enemiga, cayendo al fin atravesada de infinitas lanzas.

La muerte de Cahina, que segun los autores mejor informados sucedió en el año 74 de la Egira (693 de Cristo), produjo la sumision de todas las tribus berberiscas de su inmediato mando, así como el allanamiento de los distritos que habitaban aquellas. Hassan les impuso el jarag ó contribucion de guerra, y dispuso que doce mil de ellos le acompañasen siempre en sus expediciones en calidad de auxiliares.

Musa ben Noseyr, que sucedió á Hassan en el gobierno de Africa hácia el año 82 (701 de Cristo), completó la obra comenzada por aquel, y logró sujetar las tribus berberiscas que todavía ofrecian alguna resistencia. Auxiliado por sus tres hijos, Abdalla, Abdo-l-azis

y Mervan, guerreó por dos años consecutivos contra los amazirgas, ganando tantas victorias y haciendo tal número de prisioneros, que si hemos de dar crédito á los historiadores árabes, pasaron de trescientos mil los que hizo en sus diferentes campañas.

Su hijo Abdalla desembarcó en Mallorca, y la saqueó; Merwan, otro de sus hijos, tomó en lo interior las ciudades de Dará, Tafilete y Sus. Tánger y otras plazas marítimas le prestaron obediencia: solo Ceuta, donde mandaba el griego Julian, el mismo que treinta años antes saliera al encuentro del conquistador Ocba y le prestara homenaje, resistió por algun tiempo sus fuertes ataques, gracias á los socorros de víveres y dinero que le envió Vitiza. Pero mal podia un jefe aislado, aunque auxiliado por el rey godo, cuyo vasallo y tributario parece haber sido, luchar contra un enemigo poderoso, animado por el fanatismo religioso y la sed de conquista. La plaza se entregó por capitulacion, y cuatro años despues, Julian, bajo el pretesto de restablecer á los hijos de su soberano Vitiza en el trono usurpado por don Rodrigo, abrió á los árabes las puertas de la Andalucía.

Pero si Muza por su valor y su pericia militar contribuyó eficazmente á la consolidacion del imperio árabe en Occidente, el resultado fué en gran parte debido á la sagacidad y talento de aquel general, el cual supo mejor que otro alguno comprender y sacar partido del humor inquieto y belicoso de las tribus berberiscas.

En lugar de emplear la violencia como hicieron sus predecesores, trató á los vencidos con notable soavidad y dulzura, mandóles alfaquies y alimes que les enseñasen los deberes de la religion mahometana y las re-

compensas reservadas para los fieles; hizoles creer que, aunque habitando regiones distintas y apartadas, eran hermanos de los árabes, nacidos de un mismo padre y destinados á coger los mismos laureles; en una palabra, de un enemigo poderoso y en todo tiempo temible, supo hacerse un auxiliar activo y útil. Así es, que cuando algunos años despues de la toma de Ceuta se trató de enviar á España tropas de desembarco que explorasen el pais é informasen sobre la disposicion de él, usos y costumbres de sus habitantes y defensas naturales, el mando de la expedicion, compuesta enteramente de amacirgas ó berberies, fue confiado por Muza á un liberto suyo, recién convertido á la religion de Mahoma, y cuyo nombre era Tarif ben Amru. Al año siguiente, otro liberto de Muza, llamado Táric ben Zeyyad, á la cabeza de doce mil hombres tambien berberies (pues tan solo venian con ellos diez y seis alfaquíes ó doctores árabes), desembarcó al pié del monte Calpe (dicho despues Jebal Tárick (1) ó monte de Táric), y habiendo con increíble esfuerzo y ventura sin par derrotado á los godos en los campos de Guadalete, conquistó en pocos meses la mayor parte de la Península. Es, pues, evidente que sin el auxilio y esfuerzos de aquella poderosa nacion, debido todo á la prudencia y acertada política de Muza, no hubieran los árabes conquistado la Península, ó se hubiera al menos aplazado la gran catástrofe que ocho siglos de heróicos y continuos esfuerzos pudieron apenas reparar.

Noticioso Muza de la completa victoria alcanzada por su liberto, no tardó en embarcarse para España

(1) Gibraltar.

con un ejército numeroso, compuesto principalmente de árabes de las tribus de Siria y Palestina; pero seria salir de nuestro propósito el seguir á aquel conquistador en su marcha victoriosa por las provincias de la España goda. Baste decir que despues de haber sujetado casi toda la Península, á escepcion de la parte montuosa de Asturias y Galicia, cuna de la independenciam española; cuando se preparaba á pasar el Pirineo y llevar á Francia el estandarte del profeta, recibió orden del califa de presentarse en su corte para responder á los cargos que se le hacian, uno de los cuales era el haber injustamente maltratado á su liberto Táric, y haber tomado mayor parte de la que le correspondia en los despojos. El ilustre guerrero obedeció el mandato de su soberano, pero como pudiesen mas los tiros envenenados de la calumnia y de la envidia que sus señalados servicios á la religion y al Estado, fué encarcelado, azotado y multado en una suma considerable de dinero; por último, el conquistador de Africa y de España, el que tantas victorias habia ganado, murió triste y despechado, mendigando el preciso sustento entre las tribus de la Arabia. No fué mejor por cierto la suerte que cupo á sus dos hijos Abda-l-ázis y Abdalla. El primero, á quien Muza habia dejado encomendado el gobierno de España, pereció víctima de una conspiracion urdida secretamente por los emisarios del califa; y el segundo, que tambien quedó mandando en Africa, fué depuesto del mando y degollado de orden del califa Suleymán.

Nada notable ocurrió en Africa hasta el año 422 de la Egipt (ó 740 de Cristo), en que los amazirgas ó berberies se rebelaron y trataron de sacudir el yugo de

los conquistadores. Mandaba á la sazón en Africa un sira llamado Obeydalla ben Al-ha-bhad, el cual, como tratase de sujetar á los berberies al pago del jarog ó tributo de que se hallaban exentos segun la ley coránica, todos aquellos que se sometian y abrazaban el islamismo, se malquistó aquella gente turbulenta y veleidosa, y puso en inminente peligro las posesiones adquiridas á fuerza de sangre y de sacrificios. Coincidió con esta medida imprudente la propagacion en Africa de ciertas heregias cuyos autores fueron dos árabes llamados Abdalla ben Ibad y Abdallah ben saffar, de donde se derivaron los nombres de ibaditas, dado á los secuaces del primero, y de saffaritas á los del segundo. Los berberies, que si bien habian abrazado cordialmente el islamismo, no estaban aun suficientemente firmes en sus doctrinas para no prestar oidos á las varias heréticas opiniones que en aquellos primeros tiempos se propalaron contra su unidad, entraron gustosos en una revolucion religiosa que favorecia sus miras de independencia. Un tal Meysara Al mari, hombre de conocido esfuerzo y de grande influencia entre los de su nacion, fué el primero que abrazó las nuevas doctrinas de los saffaritas, y levantó bandera contra los árabes. Seguido de sus parciales marchó á Tanager, sorprendió la guarnicion y se apoderó de aquella plaza, dando muerte á su gobernador Omar ben Obeydalla.

Las nuevas de este triunfo circularon rápidamente entre las tribus berberiscas, las cuales, viendo que era llegado el momento de sacudir el aborrecido yugo de los árabes, acudieron de todas partes alrededor de Meysara y le saludaron rey, dándole el título de Amiro-l-mumenin ó principe de los creyentes. Un ejército

enviado por el gobernador de Africa Obeydalla para contener la rebelion, fué derrotado por otro caudillo berberisco, llamado Jaled ben Hamid Az-zenati (ó de la tribu de Zeneta), y los rebeldes se hicieron dueños de toda la tierra, á escepcion de algunas plazas fuertes que guardaban los árabes. No fué mas venturoso otro gobernador llamado Kolzum ben Ayad, el cual vino enviado por el califa Hixem con un florido ejército de doce mil siros. No lejos de Tánger, en una llanura llamada Sebua, donde estaban acampadas las principales fuerzas de los rebeldes, fué derrotado por Jaled, quedando él y la mayor parte de los suyos tendidos en el campo de batalla.

Un sobrino suyo, llamado Baleg que mandaba un cuerpo de reserva, logró entrar en Ceuta, desde donde despues de un largo y estrecho sitio, pasó á España con todos los suyos, llamados por su gobernador Abdo-l-malec ben Cotan, el cual se veia igualmente á pique de sucumbir á otro alzamiento semejante.

Es el caso, que los berberies que militaban en España, como entendiesen lo que pasaba en Africa, quisieron hacer causa con sus hermanos de allende el mar, y enarbolaron por do quiera el pendon de la revolucion. A mas del natural instinto y de los estrechos lazos de parentesco, tenian los berberies de aquende otros motivos poderosos para secundar aquel movimiento. Quejábanse y con razon, de que á pesar de haber sido ellos los que conquistaron la España, los que deshicieron la pujanza de don Rodrigo á orillas de Guadalete, los que rindieron á Córdoba, Toledo y otras ciudades principales, y los que regaron con su sangre los montes de Asturias y las llanuras de Turs y de Poi-

tiers, no habian sido recompensados cual correspondia á sus servicios; que mientras los árabes dueños de cuantiosos bienes, disfrutaban tranquilos de la paz y del sosiego en las ricas ciudades y fértiles vegas del Andalucía, ellos estaban sin cesar espuestos á los azares de una guerra sangrienta, y no poseian mas bienes que los ganados por su espada sobre el campo de batalla.

Sin embargo, despues de dos años de continua y encarnizada lucha, la mejor disciplina y mayores recursos de los árabes, triunfaron tanto en Africa quanto en España de la obstinada rebeldia de las tribus berberiscas, y las cosas volvieron á su primitivo estado.

Siguió el Africa siendo una dependencia de los califas de Damasco, quienes enviaban allí sus lugar tenientes ó gobernadores hasta el año 472 de la Egira, época en que los Aglabitas por la parte oriental y los Edrisitas por la occidental, la separaron para siempre del imperio de Oriente. No entrando en el plan que nos hemos trazado el referir los sucesos ocurridos fuera de los límites hoy dia asignados al imperio de Marruecos, nos abstendremos de tratar aquí de los Aglabitas, y pasaremos desde luego á presentar algunos pormenores sobre la ilustre familia que arraucó á los califas el imperio de Occidente.

XVI.

De la dinastía de los edrisitas, y de la fundacion del reino de Fez.

El Africa toda, sin escepcion alguna, hasta la época presente no hizo mas que pasar de las manos de unos

para entrar en el señorío de otros, sin embargo de que el natural inquieto de los naturales, se dejase siempre entrever por entre sus incesantes revueltas y rebeliones. Pero desde la entrada de los árabes, las disensiones y discordias de esas gentes tomaron un carácter mas político, al través de las reyertas teológicas y de sectas. El bereber y el árabe, encontrándose y confundiéndose por consecuencia de la irrupcion del Islamismo en las regiones del Africa, estrecharon de nuevo los vínculos que los unian treinta siglos antes, cuando la division de las gentes y cuando despues sus abuelos pastoreaban y abrevaban sus ganados en los valles de la Siria y en las llanuras del Egipto. Una gran semejanza hallaron los primeros discípulos de Mahoma que penetraron en el Occidente, entre las soledades del Yemen y los desiertos africanos.

La palma, el camello y el caballo eran en un país y en otro el alimento, el ajuar y el compañero del hombre. Una misma era la condicion, unos los hábitos—unas las inclinaciones. Si á los tantos motivos de cercanía, llegaba á reunirse, como sucedió, el lazo fuerte de una religion fanática y el recuerdo vago y poético del antiguo parentesco y comun origen, la fusion ó identidad habia de llegar á ser cumplida, absoluta. Esto sucedió lenta y laboriosamente en todo el periodo que los gobernadores administraron el Africa, por cuenta de los califas de Oriente. Los africanos entonces comenzaron á participar de todas las pasiones políticas y religiones que agitaron sucesivamente á los árabes, á tomar interés vehemente en las disensiones y discordias de las dinastías y familias, y á tener su porcion en la ganancia ó en la perdida que provocaban tantas vi-

ciudades, guerras y catástrofes. Entonces el antiguo espíritu de independencia y emancipación africana, teniendo en su abono y ayuda estos resortes poderosos y pretestos tan elocuentes é inmediatos, hubo de descollar al fin, venciendo todo obstáculo. El celo y fanatismo religioso daban unidad á la inclinación independiente de aquellos pueblos, y los intereses de secta y dinastía encontraban poder inmenso perseverante para sostenerse en la condición belicosa y tenaz de los africanos. De la combinación de estos elementos nació la emancipación del Africa, de los califas de Damasco, como veremos muy pronto, prestando motivo para ello el odio y discordia de las familias y dinastías de Moavia, y de Alí, sobrino y yerno del profeta.

Desde la muerte de este ocurrida en fuerza de un asesinato en el año 40 de la Egira (661 de Cristo), sucediéndole en el imperio el usurpador Moavia, no dejaron sus descendientes de hacer valer siempre que pudieron sus derechos al trono de los califas. Mas foé tal la vigilancia de Moavia y de sus sucesores, que cuantas tentativas hicieron personajes diversos de aquella ilustre familia para apoderarse del poder, salieron frustradas.

En el año 71 Huseny, hijo de Alí, murió peleando como valiente en los campos de Kerbeyé; igual suerte cupo á Zeyd hijo de Huseyn, y á otros príncipes de la misma estirpe que seguidos de sus partidarios, osaron en distintas ocasiones tomar las armas contra los Umeyyas. Derribada empero esta dinastía y habiéndoles sucedido los Abbasidas, creyeron los descendientes de Alí que era llegada la hora de vengar la injurias recibidas y reclamar su legítimo derecho al trono de los califas. En el año 145 (762 de Cristo) un

descendiente de Alí, llamado Mohammad habiendo reunido un número considerable de partidarios, consiguió que los habitantes de Medina, en donde por lo común residia, abrazasen su causa y le proclamasen califa, bajo el título de Al-mahdi.

Abú Giasar Al-mansur, de la estirpe de Abbás, que á la sazón reinaba, no bien supo lo que contra él se tramaba en la Arabia, que habiendo alistado un ejército de cuarenta mil hombres envió á un sobrino suyo llamado Isa á que se sofocase la naciente rebelion. Derrotado Mohammad á las puertas de Medina por las tropas del califa, cayó prisionero en manos del vencedor, quien le mandó al punto degollar, haciendo que llevasen su cabeza á las principales ciudades de Siria y Arabia para escarmiento de sus habitantes.

Un hermano de Mohammad, llamado Edris, logró escapar y acompañado de su liberto Ráxid, se fué á Egipto en donde un leal partidario de su familia le tuvo algun tiempo oculto. El gobernador que se llamaba Ali ben Suleyman, tuvo noticia de la llegada de Edris, pero como por una parte le repugnase el manchar sus manos con la sangre de un descendiente del Profeta, y por otra no quisiese hacer traicion á su soberano, mandó avisar al príncipe mancebo para que partiese sin tardanza, y en tres dias saliese de Egipto.

El mismo sugeto que habia hospedado á Edris le sirvió de guia, y por caminos seguros y estraviados le llevó á tierra de Barca, para evitar que cayese en manos de los que le buscaban de órden del califa. Llegados á Barca le proveyó de lo neccsario y le dejó con su liberto Ráxid. Despues de detenerse algun tiempo en aquella ciudad pasaron los dos á Canovan, pero no

considerándose seguros allí se dirigieron á Tremecen, y en seguida á Tánger en donde estuvieron algunos dias.

Todavía como no hallase en esta ciudad la acogida que esperaba, Edris seguido de su leal Ráxid, pasó á Walila, pequeña villa del reino de Fez, puesta en medio de una fértil vega. Su gobernador llamado Abdo-l-megid de la tribu de Avara, que profesaba la secta de los Metazélitas, le hizo tan buena acogida que no dudó el fugitivo príncipe en descubrirse á él y declararle su intencion. A los seis meses de su permanencia en Walila, Abdo-l-megid, juntó á sus amigos y parciales y les presentó al jóven Edris, el cual fué al punto aclamado rey por ellos en la luna de Ramadan del año 472 (788 de Cristo).

No tardaron en seguir este ejemplo los Zenetas y otras tribus berberiscas que habitaban aquellos contornos; de modo que viéndose Edris á la cabeza de numerosas tropas marchó á la provincia de Temecena, la cual sojuzgó en muy poco tiempo. Desde allí pasó á la de Teleda, cuyos moradores eran por la mayor parte cristianos y judíos, y les obligó á que abrazasen el islamismo. Marchando despues á Tremecen donde residian las tribus de Magrava y Beni Yefrun, las venció en batalla campal, y la ciudad se le entregó á partido.

Grande fué el pesar del califa Harún Ar-racid al oir las rápidas conquistas que hiciera su enemigo Edris; y habiendo consultado sobre esto á su visir Yahya el Barmecida, decidió enviar al Africa cierto asesino que le librase de su temible rival. El enviado para este fin fué Suleyman ben Genir, hombre docto y elocuente, al propio tiempo que astuto, el cual supo ganar la confianza de Edris, tanto mas, quanto no habia en aque-

estas partes sino gente rústica é ignorante. El cuidado y desvelos del fíel Ráxid impidieron mucho tiempo el que Suleyman pusiese por obra su infame encargo. Un día que estaba a solas con Edris le presentó un pomo de olor, diciendo que lo habia traído de Oriente, y que como sabia que en Africa no habia confecciones aromáticas de ninguna especie, le rogaba que lo admitiese. El pomo estaba envenenado, y Suleyman fingiendo una necesidad natural salió y se fué á gran priesa á su casa, y tomó un caballo y huyó al momento. Edris apenas olió el pomo cayó desmayado y murió aquella misma tarde, sin haber podido hablar palabra.

Poco despues de la muerte de Edris se notó la falta de Suleyman, y como algunos dijese haberle visto salir de la ciudad con gran diligencia, al punto entró en sospecha Ráxid y salió en busca de él, alcanzándole al paso del rio Muloya, donde le acometió é hirió, cortándole la mano derecha, si bien logró escaparse el asesino. Ocurrió este lamentable suceso el dia quince de la luna de Rabí, postrera del año 177, que corresponde al mes de agosto de 793.

No dejó Edris hijos nacidos, sino una esclava en cinta de siete meses, por lo cual juntó Ráxid los xeques de las tribus, y les propuso que esperasen que la esclava diese á luz; que si fuese niño lo reconocerian por su señor, y si fuese de su agrado. A los dos meses la esclava, que se llamaba Kinza, parió un hermoso niño, á quien nombraron Edris en memoria de su padre. Al punto fué reconocido por heredero del trono de su padre, quedando Ráxid encargado de la regencia y educacion del príncipe durante su menor edad.

A los once años y meses, empezó Edris á reinar por sí mismo. La fama de sus virtudes le atrajo muchos pueblos á su obediencia, y acrecentó sobre manera la fuerza de sus ejércitos. Viendo que la pequeña villa de Walila no podia ya contener el gran número de forasteros que de todas partes acudian á él, pensó en fundar una nueva ciudad en la falda de un monte; pero notando que era lugar espuesto á inundaciones, mudó de parecer y la edificó en otro sitio, comprando el terreno á los berberíes que lo poseían.

Tal fué el origen de Fez, que hermo세ada despues y engrandecida por los sucesores de Edris, llegó á ser con el tiempo la ciudad mas populosa y magnífica del Africa Occidental. Despues de haber dilatado su imperio con muy venturosas conquistas, murió Edris en el año 213 de la Egira (828 de Cristo), de edad de 33 años, dejando doce hijos varones. Sucedióle el mayor, llamado Mohammad, el cual como fuese de índole generosa, repartió entre sus hermanos los gobiernos mas pingües de su imperio. El resultado de esta medida impolitica fué que la guerra civil se encendió por doquiera en sus Estados.

A los pocos meses de haber subido al trono, un hermano suyo, llamado Isa, el cual era gobernador de la provincia de Temecena, se rebeló contra él: mandó Mohammad á otro hermano suyo llamado Al-casim, se unió con Isa é hizo una causa comun con él. Vencidos al fin por Omar, el gobernador de Gomera, otro hermano de Mohammad, que permaneció fiel á sus deberes, fueron ambos despojados de sus respectivos gobiernos.

Murió Mohammad en la luna de Rabí postrera de

221 (abril de 836) despues de un reinado poco tranquilo de ocho años y un mes. En tiempo de este rey la poblacion de Fez se aumentó con mas de ocho mil familias que Al-hakem II, tercer rey de Córdoba de la estirpe de los Umeyyas, espulsó de su capital.

Fundaron los recién llegados un nuevo barrio en la orilla oriental del rio Subu, que aun hoy dia conserva el nombre de Idwatu-l andalusim, ó barrio de los Andaluces. Sucedióle su hijo Ali, acerca del cual los historiadores árabes nada nos dicen sino que fué un rey magnánimo y justiciero. Murió Ali en la luna de Regeb de 234 (marzo de 848), habiendo reinado cerca de trece años; su hermano Yahya le sucedió por no haber dejado Ali hijos varones. En tiempo de este príncipe la ciudad de Fez fué hermoseedada con nuevos y suntuosos edificios.

Una mujer, llamada Fátima, hallándose á la muerte de su padre y de su esposo poseedora de inmensas riquezas, determinó consagrarlas á la construccion de una hermosa mezquita en el sitio llamado Idivatu-l-caraivin ó arrabal de la gente de Cairovan, en que ella habitaba. Al principio no tuvo mas que cuatro naves, pero continuada despues la obra por el Rey Yahya y por sus sucesores, llegó á ser con el tiempo el edificio mas magnífico y suntuoso de toda el Africa. Una hermana de Fátima, llamada Mariam, costeó así mismo otra mezquita famosa en el opuesto barrio de los Andaluces, cuya descripcion puede verse en el Leon Africano, y en nuestro Mármol Carbajal, quien copió, quizá con demasiada libertad, á aquel escritor.

Los escritores árabes nos pintan á Yahya como un

tirano estúpido feroz, y encenegado en los mas torpes vicios y sin ninguna cualidad buena. Como tratase un dia de sacar por fuerza de un baño público á una doncella judia de incomparable hermosura, los parientes y deudos de esta acudieron á sus gritos y lograron rescatarla, causando este acto arbitrario é injusto grande sensacion entre los honrados habitantes de Fez. De allí á pocos dias un tumulto popular, á cuya cabeza se puso un tal Abde-r-rahmán ben Saht, obligó Yahya á desamparar su palacio y pasarse á la opuesta orilla del Subu, en donde fué alcanzado y muerto. Despues de esto, temiendo los habitantes de Fez la cólera de los hijos de Yahya, enviaron á ofrecer la corona á un sobrino suyo, hijo de Omar el gobernador de Gomera, el cual acudió sin tardanza al llamamiento, y fué al punto proclamado. No disfrutó este por largo tiempo el trono con que le brindaran los amotinados.

Un árabe andaluz, llamado Abdor-razzák, que habia pasado á Africa desde la ciudad de Huelva, su patria, levantó en las sierras vecinas á Fez una partida de malhechores, que creciendo en el tiempo derrotó las tropas enviadas en su persecucion, y logró hacerse dueño de un territorio considerable. Allí salió en persona contra los rebeldes; pero vencido en una batalla sangrienta á las mismas puertas de Fez, tuvo que huir á las provincias meridionales de su imperio, abandonando su capital á Abdor-razzák, el cual entró en el barrio de los Andaluces y fué al punto aclamado Rey de Fez. La otra parte de la ciudad, ó el barrio de los de Cairovan, los cuales habian mirado siempre con ánimo hostil á los andaluces, permaneció fiel á los edrisitas, molestando desde la opuesta orilla del rio á Ab-

dor-razzák y á los suyos, y enviando por último á llamar á Yahya, hijo de Al-casim, el cual derrotó y mató á Abdor-razzák, y se apoderó del Arrabal en donde se habia fortificado.

Yahya II, ocupó el trono de sus abuelos hasta el año 272 (885-6) en que fué muerto en batalla contra un rebelde llamado Rabi ben Suleuman. Sucedióle un pariente suyo llamado tambien Yahya, el cual era nieto de Omar, y por lo tanto sobrino de Alí II, el que fuera destronado por Abdo r-razzák. Yahya III fué en extremo aficionado á las ciencias. Veíasele siempre rodeado de matemáticos y astrólogos, así como de poetas y oradores, con los cuales conversaba y discutia, no habiendo apenas ciencia en que no estuviese versado. Su aplicacion al estudio no le impidió el procurar por todos los medios que estaban á su alcance el bienestar de sus súbditos y el atender al buen gobierno de su Estado: así es que á los pocos años de haber Yahya subido al trono, los males causados por las pasadas contiendas y guerras civiles se olvidaron del todo; y el reino de Fez se puso mas floreciente que nunca. Desgraciadamente tan feliz estado de cosas vino á ser turbado por una de esas grandes revoluciones de que el Africa ha sido tantas veces teatro, y que tanto han influido en los destinos de aquel país.

Habíase pocos años antes establecido en la parte oriental de Africa un aventurero llamado Obeydalla y Al-mahdi ó director, el cual, segun unos, descendía de Fátima, hija del Profeta (razon por la cual dinastía que fundó fué llamada de los fatimitas), y segun otros, era hijo de Husseyn, hijo de Ahmed, hijo de Abdalla, hijo de Maymún Al kaddan, natural de Ahwaz, en Persia,

Admed ben Abi Taher en su historia de Bagdad, dice que Obeydalla fué un liberto de Aben Sindan el Bahe-
 li; que su padre se llamaba Abdalla y su abuelo Sa-
 lem, que nació en Salemia, ciudad de Corasan; y que
 cuando el Karmati se rebeló en Syria se fué con él, y
 despues pasó á Egipto y luego á Algarbe. Los escrito-
 res sunaitas ú ortodoxos, todos convienen en que fué
 un aventurero de origen oscuro, que tomó solo aquel
 nombre para llevar á cabo sus planes de sedicion. Los
 xiitas ó partidarios de Ali, por lo contrario sostienen
 que era realmente de la casa del Profeta; pues descen-
 dia en línea recta de Ismael, hijo mayor de Guiafar
 As-sedik, el sexto Imán de la posteridad de Ali. Sea de
 esto lo que fuere, hácia el año 296 de la egira (ó 908
 de Cristo) bajo el califato de Al moctader, el décimo
 octavo príncipe de la estirpe de Abbas, como el núme-
 ro de los xiitas ó partidarios de Ali se hubiese aumen-
 tado considerablemente en Asia y Africa, un capitán de
 ellos llamado Abdallah, se puso al frente de un nume-
 roso ejército, y se hizo en breve tiempo señor de todo
 el Africa oriental, despues de haber destronado á Ziya-
 datolla, el último de los Aglabitas que reinaron en Cai-
 rovan. Abdallah no era mas que un discípulo ó fami-
 liar de Al-mahdi, el cual, desde Egipto, donde á la
 sazón residia, le habia enviado á Africa para que espar-
 ciese por aquellas regiones la secta de Ali y fundase al-
 gun imperio donde él y los que profesaban sus princi-
 pios religiosos pudiesen vivir seguros de la persecucion
 que experimentaban en los estados musulmicos.

Asi fué, que como se viese Abdallah dueño de los
 estensos territorios que los aglabitas poseian en el Afri-
 ca oriental, luego al punto envió mensageros á su su-

perior, rogándole que viniese cuanto antes á sentarse en el trono que le habia conquistado. Vino pues Moammad y fijó su corte en Cairovan, ciudad que los aglabitas habian aumentado y hermozeado sobremanera. Desde allí envió varios ejércitos á conquistar los reinos comarcanos, y como los edristas fuesen en aquellos tiempos los señores mas poderosos y temibles de Africa, destacó contra ellos un ejército numeroso á las órdenes de un general experimentado, que le decian Mosála ben Habús Al meknasi ó de la tribu de Meknása. Yahya por su parte se aprestó á defender sus Estados; pero como fuese derrotado por su enemigo, se vió precisado á encerrarse dentro de Fez, á donde le siguió Mosála, teniéndole allí cerrado durante algunos meses.

El Edrisita, por último, viendo que la fortuna le era adversa, hizo proposiciones de paz al general enemigo, el cual consintió en levantar el sitio mediante el pago de una gran cantidad de dinero, y que Yahya se hiciese vasallo de Almahdi. Sucedió esto en el año 305 de la Egira (907 de Cristo). Cuatro años despues volvió Mosála á entrar en Mogreb, y sin respetar los tratados establecidos se apoderó de la ciudad de Fez y prendió á Yahya, sujetándole á toda especie de malos tratamientos hasta conseguir que le dijese donde tenia ocultos sus tesoros. Dió Mosála la vuelta á Cairovan, dejando por gobernador de Fez á un caudillo de su tribu llamado Rihán, el cual se mantuvo en aquella capital hasta el año 310 (922 de Cristo), en que los habitantes se rebelaron contra él y le echaron de la ciudad, eligiendo por rey á otro edridista llamado Alhasan ben Mohamad, á quien cupo de allí á poco la misma suerte que á su antecesor en el trono.

Atacado por Musa ben Abi-l-áfiya, xeque de la tribu de Mekoása, que seguía el bando de los fatimitas, fué derrotado cerca de Fez, con pérdida de sus mejores soldados, faltando poco para que él mismo cayese en manos del vencedor. De vuelta á su capital, un caudillo árabe llamado Hámid ben Hamdán, á quien Alhasán habia encomendado la guarda del alcázar, como lo viese entrar en Fez fugitivo y solo y desease hacer méritos con los fatimitas, prendió á su rey la misma noche de su llegada y despachó un correo á Músa avisándole de lo ocurrido. Sin pérdida de tiempo, el general fatimita se dirigió á Fez, y habiendo con el auxilio de Hámid entrado en el barrio de los habitantes de Cairovan, combatió desde allí al de los andaluces hasta que logró rendirlo y hacerse dueño de toda la ciudad.

El desgraciado Alhasan fué precipitado de noche desde una torre del alcázar; pero aunque la altura era considerable, solo se rompió un muslo, y quedó allí tendido hasta que algunos honrados habitantes del barrio de los andaluces, los cuales se mantuvieron siempre fieles á los Edrisitas, le recogieron y llevaron á una casa donde le ocultaron y curaron de sus heridas. Habia Alhasan reinado poco mas de dos años.

Dueño ya de Fez, Músa ben Abi l-afiya salió con un poderoso ejército contra los gobernadores puestos por los Edrisitas, logrando en corto tiempo sujetar las provincias de Tezza y Tesúl y tomar las plazas de Basra, Arzila y Tánger, en las cuales paso fuertes presidios. Entretanto los Edrisitas huyeron á Hjar Annosor ó peña de las Aguilas, fortaleza inaccesible que habia edificado á orillas del mar Mohammad ben Al Kásim ben Edris.

Sitiólos allí Músa, pero cansado de las dificultades del sitio, se volvió á Fez, dejando encargado del cerco á un caudillo de su tribu, Abú-l-fatah con mil caballos. Continuó Músa ben Abi-l afiya mandando en Fez y en las demas provincias que componian el antiguo reino de los Edrisitas hasta el año 330 en que, ya fuese que Al-mahdi hubiese concebido sospechas, ó lo que es mas verosímil se hubiese Músa rebelado contra su soberano, ello es que entró en Mogreb Meysúr el xiita, con un poderoso ejército para hacerle la guerra. No atreviéndose Músa á hacer frente á su enemigo, abandonó su capital que fué al punto entrada por Meysúr, y se internó en el desierto, en donde perdió la vida algunos años despues, peleando contra la gente de Tekrur, region situada en los confines del Sus al aksá, y lindante con el pais de los negros.

Un hijo de Músa ben Abi-l afiya, llamado Ibrahim, que sucedió á su padre en el mando de la tribu de M-knása, siguió haciendo la guerra con varia fortuna, tanto á los Edrisitas como á los fatimitas, hasta que falleció en el año 350 (964 de Cristo) Sucedióle su hijo Abdalla hasta el año de 360 en que murió, y despues su hijo Ahmed ben Abdalla, en cuyos dias los almoravides se hicieron dueños de todo el territorio que aun quedaba en manos de los Beni Al áfia de Mequinenza, segun denominan los historiadores africanos á esta dinastía.

Pero volvamos á los Edrisitas, los cuales, como viesen divididos á sus enemigos, no cesaron de hacer la guerra contra ellos, hasta reconquistar la mayor parte de sus Estados, exceptuando tan solo á Fez, en donde Meysúr antes de volverse al Africa oriental puso un

fuerte presidio.

Reinaba á la sazón sobre ellos Al-Kasim, el cual tenía corte en Hjar An-n-sor, el mismo inespugnable castillo que, según ya digimos, había resistido cuantas tentativas hiciera Musa para tomarlo.

Murió Al-Kasim en el año 339 (950 de Cristo,) dejando por sucesor á su hijo Abá-l-ayx Ahmed denominado Kannúm.

Por este tiempo había el estado de los árabes andaluces llegado al mas alto grado de esplendor y pujanza. Abder-rahmán, tercero de este nombre denominado An-nasir lidin llan (el emperador de la ley de Dios) que ocupaba á la sazón el trono de Córdoba, era en el sentir de todos los autores, tanto árabes como cristianos, un gran monarca dotado de admirables prendas, solícito en extremo en procurar el bien de sus súbditos, y en afianzar por cuantos medios estaban á su alcance el dominio de Islám.

Desde el principio de su reinado en el año 300 de la Egira, (912 de Cristo) Abder rhamán había visto con recelo los movimientos causados en Africa por el alzamiento de los Fatimitas. En tanto que sus conquistas se ciñeron al Africa oriental, el prudente monarca se contentó con atraer á su obediencia algunos gobernadores y reyezuelos de la costa, preparando de este modo los medios de defensa para lo venidero; pero á medida que los generales de Al mahdí se fueron acercando hácia el Occidente, y sugetando una á una las ricas provincias que poseyeran los Edrisitas, su temor y solicitud se aumentaron sobre manera, y tomando el parecer de su Meyuar ó consejo, se decidió á poner raya á su desordenada ambición, tanto mas cuanto así la

secta que seguía el fatimita, como el origen verdadero ó supuesto que se atribuía, era incentivo bastante para ello; habiendo de todo tiempo reinado un odio implacable entre las dos familias de Umeyya y de Alí: otro acontecimiento no menos importante hubo de contribuir á que Abderrhamán se preparase cuanto antes á medir las armas con su poderoso rival.

Desde el establecimiento de la dinastía de los Umeyyas, los sultanes de Córdoba se han contentado con el título de Amiro l-moslemín, es decir, príncipe de los musulimes ó señor temporal de España, sin disputar á los califas de Bagdad los títulos de Imam y Amiro-l-mumenín ó príncipe de los creyentes, que se daban como sucesores del profeta y vicarios de él en la tierra, que tal es el significado de la palabra Jalifa. Así es que, aunque para nada se reconocía en España la autoridad del califa del Bagdad, no se dejaba por eso de proclamarle en las mezquitas y de hacer la «jotba» por él todos los viérnes.

Pero hácia el año 325 de la Egira (636-7 de Cristo), como viniese Abdrr-hamán que los Abbasidas del Bagdad habian poco á poco dejado que los turcos, tártaros y otras naciones bárbaras, se repartiesen su imperio y les usurpasen en gran parte la autoridad que les competía en materias de religion, no dudó á solicitacion de sus súbditos, en declararse jefe de la comunión musulmíca, y tomar con la debida solemnidad los títulos de califa y Amiro-l-mumenín. Pero como Al-mahdi que se decía heredero de Alí, tuviese iguales pretensiones y hubiese igualmente tomado aquellos títulos, dió esto lugar á ágrías reconvenções de una parte y de otra, y á diversas embajadas que no tuvieron otro resultado

que el de encender mas y mas el odio mútuo que se profesaban , concluyendo los dos califas occidentales por anatematizarse y maldecirse el uno al otro desde el púlpito de sus mezquitas.

En estos momentos , viéndose Abú-l-ayx el edrista cercado por todas partes de enemigos , envió una solemne embajada á Abder-ramán, ofreciendo reconocerle por su señor y prestarle obediencia con tal que le ayudase á reconquistar el reino de sus abuelos. No deseaba Abder-rhamán otra cosa; pero queriendo al propio tiempo asegurarse en lo posible contra la veleidad é inconstancia de las tribus africanas, se negó á conceder el socorro que le pedia Abu l-ayx mientras aquel no le entregase á Ceuta y Tánger. Abu-l-ayx que conocia bien la importancia de aquellas dos plazas, desechó proposiciones tan onerosas , resultando de aquí que Abder-rhamán se enojó sobre manera y envió órdenes á Sáid Ben Sahl, que era su gobernador en Nocor y sus comarcas, para que hiciese la guerra á los edristas.

Abú-l-aix, por último , se vió precisado á entregar aquellas fortalezas , y se retiró á Basra donde puso su corte. Dueño ya de la costa, Abderrahman dispuso que Giafar ben Otsman, gobernador de Mallorca y Al-ókailí almirante de su flota en el Mediterráneo, pasasen á Africa con crecida hueste de á pié y de á caballo , y que de acuerdo con los caudillos Zenetes leales á los Edrisitas marchasen á Fez y echasen de allí á los Fatimitas. Giafar y Al-okailí con el mandato de su soberano buscaron á los Fatimitas, los derrotaron en varios encuentros , tomaron á Fez por asalto y se hicieron dueños en pocos meses de todo el Mogreb ó Africa Occidental. Abú-l-ayx en tanto nada ganó con este cam-

bio, pues los generales de Abder-rahmán ocuparon el país en nombre de su señor, escusándose con que los Edrisitas habían ya perdido el prestigio y no tenían las fuerzas suficientes para oponerse á las irrupciones de los Fatimitas. En tal conflicto el infeliz Abú-l-ayx no tuvo mas remedio que implorar la clemencia de Abder-rahmán. En el año, pues, de 347 (958 de Cristo) envióle á pedir licencia para pasar á España y tomar parte en una expedicion que se enviaba á tierra de cristianos. Abder-rahmán se la concedió, y como desease en cierto modo borrar la mancha de ingratitude que sobre él pesaba, dispuso que el príncipe Edrisita fuese tratado con la mayor magnificencia, y que se le preparasen posadas desde Algeciras, donde desembarcó, hasta la capital. Al llegar á Córdoba salió á recibirle el príncipe heredero Al-hakem con muy lucida caballería, y fué hospedado en el palacio real. Al cabo de algunos dias partió Abú-l-ayx para la frontera, en donde fué muerto por los cristianos.

Un hermano de Abú-l-ayx, llamado Al-hasan-ben Kannúu, á quien dejara aquel por gobernador de su pequeño Estado durante su ausencia, continuó reinando bajo la proteccion de los califas de Córdoba hasta el año 363 (973-4 de Cristo) en que Jauhar, general de Al-Káyem biamri-llad, hizo una entrada en Mogreb y despojó á los Edrisitas de todas las plazas que todavía reconocian su señorío. Al propio tiempo como hubiese derrotado en campal batalla y muerto á Yali ben Mohammad Al-yefruni, señor de la tribu de los Zene-tas, á quien Al-hakem, hijo y sucesor de Abder-rahman, habia encomendado la custodia de sus Estados africanos, se apoderó sin mucha dificultad de Fez, así

como de las demás plazas que obedecian á los Beni Umeyya, esceptuando tan solo á Ceuta y á Tánger.

Despues de los Edrisitas reinó en todo el Africa Occidental una dinastia llamada de la Zeyritas, del nombre de su fundador Zeyri ben Alia, el cual era xequé ó señor de la tribu de Magrawa, una de las ramas de la gran familia de los Zenetas. Habiendo marchado á Fez en el año 369 (979 de Cristo), logró apoderarse de aquella capital y echar á los Fatimitas de todo el Magreb. Murió Zeyri en el año 394 (1004 de Cristo), sucediéndole su hijo Al-moezz hasta el año 420 (1029 de Cristo). Tanto Al-moez como su padre Zeyri reconocieron la soberanía de los Umeyyas de Córdoba. Himáma, hijo de Al-moezz, se mantuvo en los Estados de su padre hasta el año 424 (1032-3) en que le destronó Temim Al yeferum, señor de la tribu de Yeferum, otra rama de los Zenetas. Cinco años despues (otros dicen siete), Himáma que se habia retirado á Wadja, ciudad puesta en los confines del desierto, volvió al frente de numerosas tropas de la tribu de Magrawa, y se apoderó de Fez. Murió Temim en el año 340 (654 de Cristo), sucediéndole su hijo Dunás, á cuya muerte en el año 456 (1064 de Cristo) entraron á reinar sus dos hijos Al-fotúh y Agisa, partiendo entre sí los dominios de su padre, y fijando ambos su corte en Fez. Al-fotúh se estableció en el barrio de los Andaluces, mientras que su hermano Ajisa ocupó el de los habitantes de Cairován; pero á los pocos meses se encendió entre ellos, cruel guerra, que duró sin intermision por tres años consecutivos, hasta tanto que habiendo Al-fotúh logrado entrar á traicion en el barrio de los de Cairován, prendió y mató á su hermano Agisa. Despues de

esto reinó solo Al-fotúh hasta el año 457 (1065 de Cristo), en que fué destronado por su primo Moanser ben-Al-moezz. Por este tiempo salieron los Almoravides de sus desiertos é invadieron el Mogreb. Moanser peleó con ellos con varia fortuna hasta que fué vencido y muerto por Yúsuf ben Texefin en el año 460 (1068 de Cristo), sucediéndole su hijo Temím, el cual tuvo igual suerte dos años despues. Fué Temim el último príncipe de la dinastía de los Zeyritas de la tribu de Magrawa, la cual habia durado un siglo escaso. De estos Zeyritas, que tambien tuvieron Estado en el Africa Oriental, descendian los que se establecieron despues en Elvira y Granada, formando allí un reino independiente hácia principios del siglo undécimo.

Despues de los Zeyritas pasó el señorío del Africa Occidental á manos de los Lamtuna y Sanhagá, mas conocidos bajo el nombre de Al-moravides; pero como tanto su salida de los desiertos que habitaban quanto sus rápidas conquistas forman, por decirlo así, época en la historia de Africa, dejaremos para el siguiente capítulo el tratar de tan interesante asunto.

XVI.

De los almoravides, de su origen, guerras y conquistas, y del principio de los almohadas.

Al mediodia de Marruecos, entre los distritos de Dára y Güerguela, y en los bordes mismos del Sahará ó gran desierto, habitaban de tiempo inmemorial cier-

tas tribus guerreras conocidas bajo los nombres Lamtuna, Gudalá, Masúfa, Lamta, y Mesurata, ramas todas de la gran familia de los Sanhagas, que se decían descendientes de Homayr, uno de los primeros reyes de Yemen ó Arabia Feliz.

Vivian estas gentes en la mayor ignorancia sin que hubiesen penetrado hasta allí los destellos de la civilización musulmana.

Apegados, como siempre, á sus usos y costumbres no moraban en ciudades ni tenían determinado asiento, sino que vagaban por sus desiertos, llevando de una parte á otra sus tiendas segun la ocasion del tiempo y lugar lo requeria. La agricultura y las artes les eran de todo punto desconocidas: la leche de sus ganados y la carne de sus camellos era su único sustento, y no usaban otra vestidura que una manta de lana con que se cubrian el rostro para defenderse tanto de los rayos del sol cuanto de las arenas movedizas del desierto.

De este velo llamado lizam, el cual se usa aun hoy dia en lo interior del Africa, se deriva el nombre de Almalazzamún (ó la gente del lizam) que dan los historiadores africanos á todas las tribus oriundas de los Sanhagas. La causa que movió á estas gentes á salir de sus desiertos fué como sigue. Dicen que un hombre llamado Yahya ben Ibráhim, de la tribu de Gudála, á quien sus negocios habian traído á la costa, pasó en peregrinacion á la Meca, y á su vuelta visitó Cairovan; como se detuviese allí algun tiempo para ver las curiosidades de aquella ciudad, sus aljamas y escuelas, hizo conocimiento con un alfaqui, natural de Fez, hombre de mucho saber y bien conocido en la ciudad y sus

contornos por su santidad y la austeridad de sus costumbres. Aconteció un día que Abú-Imrám (que así se llamaba el alfaquí) preguntó al peregrino de qué tierra era, á que tribu pertenecía y cuál de las cuatro sectas ortodoxas del Islám era la que profesaba. Yahya le respondió que las tribus de su tierra carecian de ciencias y de letras; que ninguna noticia tenían de las sectas de que le hablaba, y que apenas conocian los principios fundamentales de la religion mahometana.

Que vivian apartadas de todo trato y comunicacion en medio de sus desiertos, á donde no llegaban sino gentes rústicas ó traficantes que tan solo se cuidaban de comprar y vender y hacer sus granjerías; que sin embargo no eran tan bárbaros y feroces que no desearan aprender y civilizarse, siendo por lo comun de buen natural y muy humanos en medio de sus rústicas costumbres, y que así le rogaba encarecidamente le diese alguno de sus discípulos que le acompañase á su tierra y enseñase la religion y las letras á sus compañeros. Propuso Abú-Imrán el negocio á sus discípulos, pero como ninguno de ellos se resolviese á aceptar, ya fuese por la gran distancia que habia desde Cairovan hasta el desierto, ya por las dificultades y peligros que tan árduo camino ofrecia, y como por otra parte Yahya no pudiese ya detenerse por mas tiempo, el alfaquí le indicó á un compañero y amigo suyo llamado Ishac, que vivia en la provincia de Sús, el cual le dijo era tan virtuoso y habia siempre mostrado tal celo por la propagacion del Islam, que no dudaba le proveería al punto de maestro cual le convenia y él deseaba.

Partió, pues, Yahya y llegó á la provincia de Sus, y habiéndose avistado con Ishác obtuvo de él que le diese á un talbe llamado Abdalla ben Yasin de quien él confiaba mucho, hombre docto que habia estudiado siete años en Córdoba y era insigne letrado. Llegó Abdalla al desierto y fué muy bien recibido de los Gudála, á quienes empezó á enseñar el Corán y la suma, logrando en poco tiempo tener un número considerable de discípulos que le miraban como padre y señor de todos ellos.

Fué tal el prestigio que logró Abdalla adquirirse en poco tiempo, que se atrevió á mandar á la tribu de Gudála que atacasen á otra tribu comarcana llamada Lamtúna; y de tal manera se habieron con ellos valerosamente que lograron sujetarlos á la obediencia de su maestro.

Con igual valor y fortuna redajeron á las demás tribus del desierto, creciendo mucho la reputacion y autoridad de Abdalla, así como el poder de los de Gudála; de modo que así en su tribu como en la de Lamtúna, era mirado Abdalla como rey y señor; pues el xequé de Lamtúna, que se llamaba Abú Zacaria Yahya ben Omar, se declaró tambien su discípulo, y en paz y en guerra seguía su consejo y no hacia sino su voluntad.

Despues de esto, como otras tribus de la misma familia de Sanhaga, que habitaban en una áspera sierra contigua al territorio de los Lamtunies, y no tenían religion alguna, despreciasen su doctrina, ó no hiciesen caso de sus predicaciones, mandó Abdalla que se les hiciese cruda guerra hasta sujetarlos á su obediencia, lo cual se ejecutó segun su mandato.

Eran los lamtuníes gente suelta, ligera y robusta, muy endurecida y acostumbrada á las fatigas. Nunca se les vió volver la espalda en las batallas, queriendo antes morir en ellas que ceder ni perder un pié de tierra, ni huir por grande y excesiva que fuese la multitud de enemigos que les acometia.

Viendo pues Abdalla que eran tan esforzados y bravos en la guerra, y que se hallaban dispuestos á morir en servicio de la religion, les puso el nombre de Morabitin, esto es, hombres dados espontáneamente al servicio de Dios, (de donde se derivó el apelativo de Almoravides, (1) que les dan nuestros cronista é historiadores), y se dispuso á hacer una entrada en tierras de

(1) La raiz rabata, de donde se deriva la palabra al-moravit, y en plural al-morabitin, significa consagrarse al servicio de Dios y hacer la guerra á los infieles en la frontera. Ya antes de los almoravides era costumoren entre los moros andaluces el acudir con armas y caballo á cualquier punto de la frontera, y hacer allí la guerra durante un tiempo determinado. Este servicio, que era puramente voluntario, duraba un mes ó mas, según el celo y piedad del militante, el cual iba derecho al paraiso si sucumbia, y si no ganaba indulgencia plenaria. Los que seguian tan arriesgada vocacion se reunian por lo comun en una ermita, cuartel ó casa fuerte llamada rabita, de donde se derivan los nombres de rapita, rabida, arrabida, etc., tan comunes en nuestra península. Si no temiésemos alargarnos mas de lo conveniente, diriamos que el origen de nuestras órdenes militares, ha de buscarse en la espresada institucion sobre la cual los escritores árabes nos suministran muy interesantes detalles. De la propia raiz rabata se derivan tanto las palabras rebato y arrebato, quanto moravetim ó maravedí, moneda introducida por los almoravides. Las voces modernas morabuto y morabito tienen el mismo origen.

Al-mogreb. El mando de la expedición fué encomendado á Abú-Zakaria, el xeque de la tribu de Lamtuna, el cual saliendo del desierto á la cabeza de numerosas tropas, se apoderó de las provincias de Dása y Sugil-mesa, y ahuyentó á las tribus Zenetas que ocupaban aquellos países; si bien en una sangrienta pelea con gente de Gudála murió peleando como bueno sin que dejasen por eso los suyos de quedar vencedores.

Muerto Abú Zakaria, nombró Abdalla para sucederle en el mando del ejército á su hermano Abú-Beker, el cual habiendo pasado el Atlas, conquistó toda la provincia de Sus, y se apoderó de Agmat. Era esto hacia el año 450 de la Egira, (ó 1058 de Cristo). De allí á poco tiempo, como hiciese Abdalla una entrada en la provincia de Temecena, procurando sujetar y traer á su obediencia á los naturales de ella, fué herido de una lanzada y muerto. Mucho sintió su falta Abú Beker; pero desde la ciudad de Agmat, en donde puso su corte, se fué poco á poco apoderando de los distritos comarcanos, hasta formar un poderoso Estado; siendo tanta la gente que por todas partes se le vino á reunir, que como no cupiese ya dentro de los estrechos límites de la ciudad, se resolvió el xeque á escoger sitio á propósito para fundar una nueva capital, como lo hizo echando en el año 462 (1080 de Cristo) los cimientos de Marruecos.

Ocupábase Abu Beker en la fundación de su capital, cuando le vino nueva de como la tribu de Lamtúna á que pertenecía, habia sido atacada por los de Gudála, con quienes desde tiempo antiguo tenían desavenencias. Mucho le pesó á Abu-Beker esta noticia, y aban-

donó la ocupacion que allí le detenia, nombró por califa ó lugarteniente suyo á su primo Yúsuf-ben-Textefiu, y se volvió al desierto.

Era Yúsuf hombre de grandes disposiciones y talentos para gobernar: valiente, experimentado, pero ambicioso y astuto en extremo. Como quedase en el mando de Marruecos y de sus provincias, luego comenzó á reinar con mucha prudencia y destreza, atrayéndose al pueblo y á la gente de guerra con el fin de hacerse absoluto dueño del Estado y alzarse con el imperio. Habiendo despues comprado gran número de esclavos negros que le vendieron unos traficantes de Guinea, los envió á España, donde eran muy estimados, y tomó en cambio muchos mozos cautivos cristianos, á quienes ejercitó en el manejo de las armas y caballos, formando de ellos una lucida guardia que le acompañaba á todas partes. Tambien impuso graves tributos á los indios de su Estado, que eran muchos y ricos; de suerte que como se viese en breve dueño de considerables riquezas y al frente de numerosas tropas concibió el proyecto de señorearse de toda el Africa occidental.

Llegado que fué el año 450 (1062 de Cristo), partió Yúsuf de Marruecos á la cabeza de cien mil caballos y se dirigió á Fez. Saliéronle al encuentro las tribus de Zuaga, (á quienes nuestros historiadores y viajeros llaman Azuagos), Sadina, Sedrana, Maquila y otras que habitaban aquellas regiones; pero fué tal ímpetu de los Almoravides, y tal la confianza en que estaban de salir vencedores á las órdenes de tan insigne caudillo, que una tras otra fueron todas destrozadas y vencidas. Continuó Yúsuf su victoriosa marcha hasta llegar á la pro-

vincia de Fez, en donde permaneció algunos años haciendo la guerra á los Magrawas y Zenetas, que la ocupaban.

Mientras esto pasaba en la provincia de Fez, volvía el Amir de Abú Beker despues de haber tomado venganza de los de Gudáta; pero como á su llegada á Agmat le contasen el engrandecimiento y potencia de su primo Yúsuf, y los pensamientos que abrigaba, concibió fundadas sospechas de su fidelidad. Sin embargo, como no se sintiese con fuerza, para luchar con su rival, disimuló su enojo y envió sus mensajeros á Yúsuf para concertar unas vistas. Accedió gustoso este, y señalado el dia, se juntaron los dos primos en un bosque á mitad del camino entre las dos ciudades de Agmat y Marruecos. Saludó Abú Beker á su primo Yúsuf, que estaba á caballo, cortesía que no solia hacer á nadie: luego se apearon ambos y se sentaron sobre un albornoz, lo cual dió motivo para que aquel sitio fuese despues llamado fahso-l-bornús ó el cambio del Albornoz. Despues de conversar un rato juntos, Abú Beker dirigiéndose á su primo, le habló de esta suerte: «Yo no conozco á nadie que pueda mantener el imperio de esta tierra, ni acrecentar la gloria de los Almoravides como tú. Yo me vuelvo al desierto de donde no saldré ya mas: mi venida aquí no ha tenido otro fin que declarararte mi ánimo y voluntad, y decirte que eres el solo dueño y señor de estos Estados.» A estas razones le contestó Yúsuf con humildad y dándole las gracias; y llamados á su presencia los xeques de las tribus, se otorgaron al punto las escrituras en que Abú Beker renunciaba á todos sus derechos en favor de su primo Yúsuf. Concluida que fué la ceremonia, retiróse Abú

Beker al desierto, donde murió á los tres años haciendo la guerra á los negros. No falta quien diga que no se sosegó su enojo y que se rebeló despues; que Yúsuf le venció, y entró en triunfo en la ciudad y le mandó matar.

En el año 455 (1063 de Cristo), Yúsuf ben Texefin puso sitio á la ciudad de Fez y la rindió al cabo de un año de estrecho sitio. Desde alli se dirigió á la sierra de Gomera, pero mientras se hallaba allí guerreando con las tribus belicosas de aquella comarca, Al-casim hijo del Moanser, rey que fuera de Fez, allegó una poderosa hueste y volvió á entrar en aquella capital. No le duró mucho su triunfo, pues á los pocos años Yúsuf acampó delante de ella con todo su ejército y la apretó tanto que la entró espada en mano y pasó á cuchillo á cuantos cayeron en sus manos de las tribus de Magrawa, Yeferún y Meknasa; siendo tal la mortandad, que estuvieron por muchos dias atascadas de cadáveres las calles y casas de la ciudad. Sucedió esta segunda entrada de Fez en jueves dos de sumada segunda del año 462 (abril de 1070).

Prosiguió Yúsuf sus conquistas hasta apoderarse de todo el Mogreb, y lograr que las tribus todas le jurasen obediencia y le reeonesen por su señor. Algunos años despues, como cundiese por todas partes la fama de las victorias de Yusuf y del intrépido valor de sus Almoravides, los musulimes españoles, acosados entonces por las armas de Alfonso VI de Castilla, acordaron enviarle una embajada, suplicándole les socorriese en su necesidad y les mandase fuerzas con que defenderse de su enemigo. Hízolo así Yúsuf, y habiendo desembarcado en Algeciras con numeroso ejército, marchó

contra Alfonso á quien derrotó en un lugar llamado Zalaca, á poca distancia de Badajoz. Volvióse Yúsuf á Atrica despues de esta victoria; pero como las tropas que á su partida dejára, no bastasen para contener las correrías de los cristianos, hubo de pasar segunda vez á España y trabar mas de una lid sangrienta, para recobrar la parte de frontera que los castellanos le habian tomado.

Hallábase á la sazón dividida la España árabe en varios pequeños reinos, los cuales se formaron á la estension de la célebre dinastía de los Umeyyas, por los mismos gobernadores que estos tenian en sus provincias. Habia pues reyes de Córdoba, de Sevilla, de Algarbe, de Málaga, de Granada, de Zaragoza, de Valencia, de Murcia, de Almeria, sin contar una multitud de otros caudillos, que aunque dueños tan solo de una pequeña ciudad ó castillo no reconocian autoridad ninguna superior, resultando de aquí cierta desunion y discordancia que contribuyó no poco á la restauracion de la monarquía española en tiempo de Alfonso.

Ya sea pues que Yúsuf los hallase harto remisos en cumplir con uno de los mas sagrados preceptos del Corán, cual es el hacer incesante guerra á los infieles: ó lo que es lo mas verosímil, que el ambicioso africano hubiese resuelto unir la España á sus otras conquistas, lo cierto es que á su tercera venida destronó á Abdalla ben Balkin, rey de Granada, de la dinastía de los zeyritas, y que cuando poco despues tuvo que partir á Africa, dejó mandado á su general Sir ben Abi Beker que hiciese otro tanto con los demás. Cumplió el caudillo Almoravid con el mandato de su soberano, prendiendo ó matando uno á uno á todos los reyezuelos

árabes ó africanos de España, hasta lograr que todo el país obedeciese á su señor.

Murió Yúsuf ben Texefin en la luna de Moharram del año 500 (1107), de edad de cien años, y despues de un venturoso reinado de cerca de cuarenta años, contando desde el dia en que su primo Abú Beker le nombró jalifa ó lugar-teniente de sus posesiones en el Mogreb. Estando ya cercano á morir, hizo llamar á su hijo Ali á quien ya en otra ocasion, habia nombrado por su heredero, y entre otros consejos le exhortó á que mirase por los musulimes de España y los defendiese á toda costa de sus enemigos los cristianos. Fué Yúsuf ben Texefin gran rey, solícito en extremo en procurar el bien de sus vasallos, y en acrecentar la gloria y los dominios del Islám. Se cuenta de él que nunca castigó con pena de muerte, y que los mayores castigos que hacia, eran prision perpétua y destierros de sus reinos. Fué enterrado en su mismo alcázar dentro de Marruecos, hallándose presentes sus dos hijos Abú Táyr Temin y Abú l-hasam Ali, con los xeques de las tribus de Lamtuna y Sanhaga.

Muerto Yúsuf, fué al punto proclamado su hijo Ali, apellidado Abú l-hasan, el cual habia nacido en Ceuta el año 476 (1084 de Cristo), y tenia á la sazón 23 años. Fué su madre una esclava vizcaina de incomparable hermosura, llamada Comyákia, á quien su padre Yúsuf habia siempre querido con extremo, prefiriéndola á sus demás mujeres. Tan luego como subió al trono, envió sus cartas á todas las provincias así de Al-mogreb como de España, anunciando la muerte de su padre y su exaltacion al trono, mandando que hiciesen por él la «jobta» en las mezquitas.

Era á la sazón gobernador de Fez y de su comarca un sobrino de Ali, llamado Yahya-ben-Abi Beker, el cual, como se creyese ofendido por la elección hecha por su abuelo, se escusó de proclamar á su tío y le negó obediencia, ayudado en su intento por algunos caudillos de la tribu de Lantúna. No bien supo Ali la rebelión de su sobrino Yahya, y cuando saliendo sin tardanza de Marruecos, se dirigió á Fez al frente de numerosas tropas.

Llegado á Maguila, ciudad de la provincia de Fez, hizo alto con su hueste, y escribió á Yahya, reprendiéndole por su desobediencia y extravío con mucha dulzura, y convidándole á que se viniese á su merced y le jurase obediencia, como habían hecho todos sus parientes y los gobernadores de las provincias. Al propio tiempo escribió á los xeques de la tribu de Lantúna, amonestándoles sobre lo mismo, y amenazándoles con su resentimiento si no abandonaban la causa de su mal aconsejado sobrino y se reducían á su obediencia. Recibida la carta por Yahya, al punto mandó llamar á los xeques de las tribus y les previno que se dispusiesen para la defensa; pero ellos conociendo que el pueblo no estaba á su favor, y que mal podían defender la ciudad contra las fuerzas de Ali, le aconsejaron que no hiciese resistencia, y se fiase de la generosidad de su tío; lo cual oído por Yahya, al punto salió de la ciudad acompañado de sus criados, y se retiró á Tremecen. Entró Ali en Fez y á los pocos días se le presentó su sobrino, habiendo obtenido antes un salvo conducto. Ali le perdonó y le permitió que fijase su residencia en Marruecos; pero al poco tiempo fué preso por sospechas de conjuración y levantamiento, y

enviado á Algeciras , en donde permaneció hasta su muerte.

Apaciguadas estas disensiones Ali se dispuso á cumplir con los preceptos de su padre, llevando la guerra á España en donde desembarcó á fines del año 500 (1107 de Cristo). Era gobernador de sus estados de aquende el mar , un hermano suyo llamado Temim , el cual aunque era caudillo valiente y experimentado , y tenia á sus órdenes un ejército numeroso y bien disciplinado , con todo , como tuviese que luchar por una parte con el rey de Aragon y por la otra con el héroe castellano , Cid Ruiz Diaz de Vivar , se hallaba malparado y apenas podia á fuerza de valor y de constancia impedir que las huestes del campeador penetrasen en Andalucía. Logró algun tanto Ali restablecer el equilibrio de las armas musulmicas , reconquistando parte de los terrenos que le habian sido tomados.

Pasó , despues , á Africa su hijo Texefin llevando en su compañía la flor de la caballería de los Almoravides , que hizo despues notable falta para las revueltas y turbaciones que se suscitaron en su ausencia : asimismo llevó cuatro mil mancebos muy diestros en las armas , que servian en la caballería de su guardia. Cuando llegó á Marruecos , al punto se dispuso para salir contra los Almohadas , y juntas numerosas tropas salió á buscar á sus enemigos ; pero no fué tan feliz en esta guerra como lo fuera antes en España ; pues varias veces quedó vencido , experimentando cada dia mas contraria la fortuna. Su padre , el rey Ali , como viese fallidas sus esperanzas , y no recibiese sino nuevas de vencimientos y derrotas , tomó de ello tanto pesar que adoleció de grave enfermedad , nacida de su profunda tristeza y

despecho, la cual fué agravándose hasta que se le acabó la vida en la luna de Regeb del año 539 (1144 de Cristo), despues de haber reinado treinta y nueve años y siete meses.

Publicada la muerte del rey Alí, fué al punto proclamado rey de los musulimes su hijo el príncipe Texefin, quien, habia sido jurado sucesor al trono. Habia por aquel tiempo Abdo l múmen señoreado toda la sierra de Gomera, y sujetado á su imperio las belicosas tribus que habitan sus guajaras y fragosidades; las cuales, como militasen ya bajo el pendon de los Almohadas, empezaron á bajar á la sierra llana, y á talar y hacer cautivos llegando con sus correrías hasta las mismas puertas de Fez. Aconteció un dia que el rey Texefin topó con estas desconsoladoras huestes á la vuelta de cierta expedicion, y rodeándolas de todas partes con sus cristianos y Almoravides, hizo en ellas gran destrozo, dejando el campo cubierto de cadáveres enemigos para agradable pasto de aves y fieras.

Tan inesperada victoria no hizo sino agravar mas los males de los Almoravides, pues habiendo Abdo-l-múmen juntado un poderoso ejército, salió contra el rey Texefin, y habiéndole encontrado en un lugar de la sierra entre Fez y Tremecen, en donde por lo áspero y quebrado del terreno no pudo jugar su caballería, le derrotó completamente, obligándole á encerrarse en Tremecen, donde le sitió. No cesó Abdo-l-múmen de combatir la ciudad, hasta que cansado de la resistencia de los Almoravides, imaginó levantar su campo y poner sitio al castillo de Waharán (Oran), en donde Texefin tenia sus mujeres y tesoros. Tenia el rey Texefin muy fortificado aquel castillo, tanto por las razones ar-

riba indicadas, cuanto por ser tambien sitio á propósito para pasar á España en caso de apuro, por cuya razon tenia siempre listas en el puerto diez grandes naves. Temiendo, pues, que Abdo-l-múmen no se apoderase del castillo, salió Texefin de Tremecen, rompió el campo de los Almohadas que lo cercaban y logró entrar en la fortaleza; pero como viese que el cerco iba largo, que el enemigo no mudaba de propósito, y que tarde ó temprano tendria que rendirse, perdió toda esperanza de sustentarse en el imperio de Marruecos, y trató de pasarse á España: así que, falto de consejo y desesperado, se salió secretamente y de noche del castillo, con ánimo de ir al puerto grande donde estaban sus naves.

Salió, pues, en una mula muy ligera que él tenia llamada Rihana; era la noche oscura y el rey iba harto turbado y temeroso de caer en manos de sus enemigos; como llegase á un tajo ó barranco, parecióle al animal que toda la tierra era igual, y se despeñó de allí abajo, ó tal vez se espantó y asombró del mar con la noche; ello es, que al siguiente dia unos almohadas hallaron el cadáver del rey y el de la mula hechos pedazos al pié de un hondo precipicio. Lleváronle á Abdo-l múmen que le mandó clavar en un palo y llevar la cabeza á Timmelel. A los pocos dias entraron los almohadas en Wahrán pasando á cuchillo la guarnicion toda y la mayor parte de sus habitantes.

El Mexuar de Marruecos, luego que entendió la desgraciada muerte del rey Texefin, proclamó sin tardanza á su hijo Ibrahim Abú Isac, á quien poco antes habia enviado su padre desde Wahrán; y temiéndose de su contraria fortuna, habia ordenado que se le jurase

sucesor suyo y sócio en el imperio. Fué, pues, Ibrahim jurado solemnemente por todos los xeques de las tribus, esceptuando tan solo su tio Ishác, el cual le negó obediencia, pretendiendo que le proclamasen á él. No faltaban nobles Almoravides que mantenian este desventurado partido, suponiendo á Ishác dotado de prendas y talentos militares que prometian el restablecimiento de su caduco imperio. Mientras esto pasaba en Marruecos, Abdo-l-múmen prosiguió ufano sus victorias.

No bien hubo entrado en Wáhrán, que dejando allí un fuerte presidio, se dirigió á Mersa l-Kebir (hoy Mazalquivir), que tambien ocupó. Levantando en seguida su campo, fué sobre la ciudad de Tremecen, cuyos moradores se defendieron con la mayor intrepidez y constancia, hasta tanto que debilitada su guarnicion por los continuos y recios combates, la entraron los Almohadas espada en mano y pasaron á cuchillo sus habitantes.

Detúvose Abdo l-múmen en Tremecen siete meses cumplidos, enviando desde allí tropas á cercar las ciudades de Fez y de Mequinez. Entregóse la última por avenencia; pero la primera en donde se habia encerrado un príncipe de la sangre real llamado Yahya, hizo una tenaz resistencia. Tenia Yahya por segundo á un valiente caudillo andaluz, llamado Abdolla ben Jayyar, mas conocido entre la gente de guerra por Abú Ali al-giatem ó Abú Ali el de Jaen. Este valeroso caballero defendia bien la ciudad, haciendo cada dia fuertes salidas con escogida gente de guerra que trababan sangrientas escaramuzas con los almohadas. Viendo Abdo-l-múmen, que habia acudido en persona al sitio, que los

de la ciudad se defendian con obstinado valor, dispuso el siguiente stratagemma para rendirla. Habiendo primeramente allegado gran número de leños y cortados árboles, mandó labrar con ellos un murallon que atajase el rio Subu que entra por medio de la ciudad. Ayudaba á su propósito la natural disposicion de la tierra por venir el rio por un estrecho valle ó cañada. Contuvo pues, con aquel recio muro toda la corriente, con lo cual se formó un grande y maravilloso estanque, que parecia mas bien un mar capaz de grandes naves.

Levantadas á grande altura las aguas, derramábanse por los campos buscando nuevo cauce. Entonces hizo Abdo-l-múmen romper de una vez aquel murallon, y con horroroso estruendo y furioso ímpetu fué la inundacion á dar á la ciudad, y se llevó y arrancó hasta los cimientos gran parte del muro, destruyendo tambien los edificios, casas y puertas allí contiguas.

Cuando Abú Ali oyó el estruendo, al punto conoció de que procedia, y enviando gente de armas á las puertas mas cercanas, con encargo de que defendiesen y guardasen el derribado lienzo de la muralla; él mismo con parte de la caballería salió á dar en los enemigos que no lo esperaban. Fué tanto el ímpetu con que los cargó el intrépido andaluz, que logró se retirasen de sus reales sin poder penetrar en la ciudad, infundiendo nuevo ánimo y valor á los suyos que luego se pusieron á reparar el estrago causado por las aguas. Ya habia cerca de un año que los Almohadas tenian sitiado á Fez, y su rey Abdo l-múmen desconfiando rendirla, trataba ya de levantar el campo, cuando un acontecimiento imprevisto hubo de hacerle dueño de aquella capital. Estaba Abú-Alí muy prendado de una hermo-

sa y noble doncella á quien requería de amores. Pidióla en casamiento á sus padres, los cuales se la concedieron al punto designando el día y hora para el próximo enlace. Acaeció pues que el príncipe Yahya pasó una tarde por delante de la casa de la novia, en ocasión en que esta se hallaba puesta de pechos en un ajimez, sin alharamé y con un laúd en la mano cantando unas sentidas trovas.

Quedóse algún tiempo Yahya al pié del ajimez atónito y embelesado, hasta que reparando en él la recatada doncella dió un grito de espanto, y metiéndose en lo más escondido del cuarto desapareció á su vista. Yahya que era mozo arriscado, y á quien la sin par hermosura de la doncella dejara cautivado, sin reparar en nada entró en la casa, y enviando á llamar al padre le dijo quien era y cómo pretendía la mano de su hija á quien había visto y amaba en extremo.

Turbado y atónito el padre, le contestó diciendo: que su hija estaba ya prometida á su teniente Abú Alí el de Jaen; el mismo que había defendido la ciudad contra los Almohadas; pero Yahya, sin admitir disculpas, la mandó al punto llevar á su palacio, en donde se desposó con ella. Grande fué el pesar que recibió Abú Alí al oír tan infausta nueva; pero disimulando su enojo, buscó medio de alcanzar cumplida venganza de la afrenta que se le había hecho. La misma noche despachó un esclavo suyo con una carta para Abdo-l-múmen, en que se le informaba del agravio que había recibido y cómo estaba resuelto á entregarle la ciudad mediante ciertas condiciones que estipuló. Cuando todo estuvo arreglado, Abú Alí abrió de noche una de las puertas encomendadas á su custodia, y dió entrada á

los Almohadas que se apoderaron de la ciudad, logrando Yahya huir á Tángier, desde donde se pasó á España. Fué la toma de Fez por Abdo-l-múmen en la tarde del miércoles 14 de Dilcada del año 540 (1145 de Cristo). Al siguiente año Agmat, Salé, Meknás (ó Mequinenza) y otras ciudades, cayeron igualmente en manos del vencedor, entregándose unas por avenencia, siendo otras tomadas por fuerza de armas.

Mientras esto pasaba en Africa, ardía tambien en España la guerra civil. Yúsuf ben Texesin habia pasado el Estrecho, y so color de contener las correrías de los cristianos, habia tomado en sus manos el gobierno de todos los reinos que aun ocupaban los musulimes de España, despojando uno á uno los régulos y príncipes que los poseian desde la subversion de la dinastía de los Umeyyas.

Esto hecho, puso en las provincias y ciudades sojuzgadas, walies y gobernadores que las mantuviesen en su obediencia y las defendiesen de los ataques de los cristianos; y si bien él mismo residia en Marruecos, no dejó por eso de visitar tal cual vez nuestra España, ora capitaneando temibles entradas en tierras de cristianos, ora haciendo sentir su férreo yugo á los árabes andaluces, quienes mas de una vez se unieron á los cristianos para arrojar de su suelo á los africanos; tal era el implacable odio que les tenian. Siguió Alí la misma política que le trazára su padre, logrando á fuerza de severidad y de castigos ejemplares, contener las varias rebeliones suscitadas contra su gobierno: hasta que la aparicion del fingido Mahadí vino á distraer algun tanto su atencion y que las rápidas victorias de los Almohadas le obligáran á hacer venir á la España á su

hijo Texefin con la flor de su ejército. No bien entendieron los árabes españoles que en Africa se habian levantado unas gentes que luchaban de poder á poder con los Almoravides, y que era llegado el momento de sacudir un yugo que tanto les pesaba, que aprovechando la ocasion aparecieron por do quiera nobles caudillos descendientes de sus antiguos señores, alzando unos el pendon de la independencia, proclamando otros al Mahadí y á su nueva secta, si bien todos á una se dieron la mano para lanzar de su suelo á sus bárbaros opresores.

Sabido que fué esto por Abdo-l-múmen, al punto envió tropas que auxiliasen á los naturales é hiciesen la guerra á los Almoravides, quienes dueños aun de Granada, Córdoba y otras ciudades, y acaudillados por un famoso capitán llamado Aben Ganía, peleaban con su acostumbrado valor y constancia, y defendian la tierra palmo á palmo.

En el año de 541 (1146 de Cristo), como no bastasen las fuerzas enviadas los años anteriores para sujetar á los almoravides, destacó Abdo-l-múmen segundo ejército al mando de un general experimentado, el cual desembarcó en Algeciras, y habiendo tomado á Gibraltar, marchó á Sevilla cuyos moradores le abrieron las puertas. Córdoba, Granada, Jaen y otras ciudades, se entregaron asimismo por avenencia, y Aben Ganía con el resto de sus Almoravides se embarcó para Mallorca, en donde se mantuvo despues contra todas las fuerzas de los Almohadas.

En Africa, solo Marruecos donde reinaba Ahú Ishác hijo de Texefin, el que pareciera en Wahrán, quedaba aun por los almoravides. Habia Abdo-l-múmen puesto

su campo sobre un monte llamado Gelez, que cae al poniente de aquella ciudad desde el cual la combatia reciamente. Pero como fuese muy poblada y en extremo fuerte, y por otra parte los habitantes estuviesen resueltos á sepultarse entre sus ruinas antes que entregarla á los Almohadas, adelantaban muy poco los sitiadores. Viendo Abdo-l múmen que el sitio se alargaba y que llegado el otoño se veria precisado á levantar el cerco á causa de las lluvias que en aquella tierra se suceden sin interrupcion, imaginó edificar allí una ciudad que sirviese de abrigo y amparo á sus gentes, ejemplo imitado despues por los Reyes Católicos en el cerco de Granada.

Labró en medio de ella una mezquita con su alta torre y almenara que señoreaba y descubria toda la ciudad de Marruecos y los cercanos campos, y dentro de su espacioso recinto dispuso apartadas estancias y alojamientos para las diferentes tribus de su poderoso ejército.

Semejantes preparativos dieron á conocer lo bastante cuales eran las intenciones de Abdo-l-múmen, y los sitiados empezaron á desmayar. El inmenso gentío y las fuerzas que en la ciudad habia, acabaron pronto y consumieron todas las provisiones; se principió á padecer escasez y luego hambre, creciendo hasta tal punto la necesidad, que los habitantes comian bestias muertas y cadáveres humanos, y en las cárceles se sorteaban y comian unos á otros los miserables presos.

Era tal la mortandad, que las plazas y calles estaban llenos de pútridos cadáveres, y los pocos que aun vivian lánguidos y escuálidos, ni podian llevar las armas ni defenderse apenas, si en algo se diferenciaban de los

muerlos.

Reinaba en tanto el mas espantoso silencio en la ciudad, que mas bien parecia vasto cementerio que no la rica y populosa capital de un poderoso Estado. Tan horrenda calamidad acompañaba la caída del imperio de los Almoravides. Por último unos cristianos que servían en Marruecos tuvieron secreta inteligencia con Abdo-l-múmen y concertaron que le darian entrada por la puerta de Agmat, el dia mismo que por todas partes intentase escalar la ciudad.

Prometióles seguro, y dispuesto todo lo necesario para el asalto, el sábado 18 de la luna de Xawal, fué atacado Marruecos por todas partes, entregando los cristianos la puerta conforme lo habian prometido.

La defensa fué corta, solo hubo alguna resistencia en el alcázar á donde se habia refugiado Abú Ishac con los principales caballeros de su corte. Continuó la matanza hasta ponerse el sol: pues aunque los infelices moradores pedian á gritos la vida, el ciego furor de los Almohadas no perdonó á nadie.

Entrando en el Alcázar, sacaron de él al rey Abú Ishác y le llevaron á presencia de Abdo-l-múmen, quien como le viese tan jóven se compadeció de él y manifestó á sus Wazires y cortesanos la compasion que le causaba, diciendo «harta es ya su desventura; si os parece le dejaremos llorar en perpétua prision;» mas ellos dijeron: «señor, no quieras criar un leoncillo que despedace á todos.» Entonces Abú Ishác, con lágrimas en los ojos, se arrojaron delante de Abdo-l-múmen y le rogó que le perdonase la vida que el en nada le habia ofendido lo cual visto por un xequé de los Almoravides, pariente cercano suyo que le llamaban Seyr

ben Alhak, se acercó á Abú Ishác, y escupiéndole en la cara le dijo: «¡miserable! ¿piensas por ventura que estás hablando á un padre tierno y compasivo? Sufre como hombre, que esta fiera no se aplaca con lágrimas ni se harta con sangre.» Estas razones enojaron mucho á Abdo-l-múmen, el cual mandó al punto matar á Abú Ishác y á todos los xeques y caudillos Almoravides que habian caido en su poder. Así acabó el imperio de los Almoravides, el cual duró ochenta y cuatro años contando desde el año 462 (1070 de Cristo) en que Yúsuf ben Texefin rindió á Fez, hasta el de 546 en que fué tomada Marruecos, y muerto Abú Ishác.

XVII.

De la dinastia de los Almohadas y de sus guerras y conquistas hasta la apariciencia de los Benimerines.

En el capítulo anterior hemos visto á los de Masamuda dejar sus habitaciones en el desierto ó inflamados de fanático celo, arrojarse sobre el territorio de los Almoravides, derrocar su poderosa dinastia y sujetar á su imperio todo el Africa occidental. Tan estopenda revolucion no fué tan solo obra del fingido Mahdí, debióse en gran parte á su discípulo Abdo-l-múmen, sin cuyos talentos militares y consumada prudencia, no hubiesen los Almohadas podido vencer en tan corto tiempo la pujanza de sus enemigos. No estará, pues, demás el dar aquí algunos pormenores sobre el origen

y descendencia de tan ilustre personaje. Según los cronistas africanos, Abdo-I-múmen nació en Telura, aldea de la provincia de Tremecen, hácia el año 495 (1101 2 de Cristo.) Unos le hacen descender de Ali ben Abi Talib, el yerno del Profeta; otros dicen que pertenecía á la tribu árabe de Kays-Aylán y que su padre se llamaba Alí; los mas son de parecer que era de origen Amazirga y de la tribu de Zeneta; tal y tan grande es la divergencia de opinion que se nota entre los genealogistas africanos.

Sin embargo, el autor de Kartás ó historia de los reyes de Fez, á quien hemos seguido principalmente para la formacion de estas páginas, apunta una especie que parece mas verosímil. Dice que Ali el padre de Abdo-I-múmen era en efecto de origen árabe, aunque estaba incorporado á la tribu de Cuma, una de las ramas de los Zenetas.

Añade que era de oficio alfarero, y educó en él á su hijo, pero que como advirtiese en él desde la mas tierna infancia cierta afición al estudio y penetración poco comun, luego le envió á la escuela, en donde hizo Abdo-I-múmen los mayores adelantos hasta lograr que un tío suyo que era alfaquí y habia ya hecho varias peregrinaciones á la Mecca, le tomase bajo su protección y amparo y se encargase de completar su educación. Aconteció un dia que como el tío y el sobrino saliesen juntos del pueblo de su naturaleza con dirección á la Mecca se encontraron en el camino á Mohamad ben Tiunarta que llegaba entonces de Oriente, y revolvía ya en su mente los planes subversivos que llevó despues á cabo.

Trabada conversacion con los peregrinos, al punto

conoció Mohammad que Abdo-I-múmen era un mozo vivo y de talento, dotado de un alma candorosa al par que grande y noble; el cual, instruido por él, podría con el tiempo ayudarle á difundir entre las tribus amazirgas el conocimiento de su nueva secta. Con tal intento no dudo el celoso apóstol en desandar parte del camino que llevaba hecho y acompañar á los peregrinos: y de tal suerte se hubo con ellos acariciándolos y halagándolos, que al cabo de algunas jornadas Abdo-I-múmen pidió á su tio licencia para quedarse en Africa y tomar por maestro á Mohammad, el cual dicen le enseñó un libro intitulado *Algefr*, que contenia varias profecias relativas á su persona.

Concedióle el tio lo que le pedia y desde aquel instante siguió Abdo-I-múmen la suerte de su maestro, ayudándole, segun ya dijimos, con su valor y sus conocimientos, y sucediéndole despues de muerto en el mando de almohadas. Pero volvamos á nuestra narracion.

Dueño ya de Marruecos y demás provincias que formaran el imperio de los almoravides resolvió Abdo-I-múmen llevar sus armas á la parte oriental de Africa, ocupada á la sazón por varias dinastias enemigas de los Masamudas, como eran los Zeyritas, los Beni-Hammad de Sanhaga y otros.

Otra razon no menos poderosa influyó para que Abdo-I-múmen invadiese aquellas regiones. En el año de 545 (1148 de Cristo) un rey normando de Sicilia, habia desembarcado en la costa con un numeroso ejército, y se habia apoderado de Mehedia, Sifakis ó Sfax, Bona y otras ciudades con grave daño de los Muslimes, y era de temer que ufanos los cristianos con estas

victorias intentasen hacer iguales desembarcos en sus costas.

Dejando, pues, á su pariente Abú Hafs ben Yahya por gobernador en Marruecos, partió Abdo-l-múmen para Salé, en donde estuvo dos meses, como si su intento fuese pasar á España. De allí pasó á Ceuta y al cabo de unos dias marchó con su hueste á Kasr Abdil-Kerim, continuando su marcha hasta llegar al rio Muluya.

De allí partió á Tremecen, donde no se detuvo mas que un dia, publicando por bando que nadie de su hueste declarase á qué punto se dirigian bajo pena de la vida. De esta manera caminó Abdo-l-múmen con su ejército hasta llegar á Bugía, donde reinaba á la sazón Yahya ben An-nasir, apellidado Aziz-billa, príncipe de la dinastía de los Beni-Hammád de Sanhaga. Habia Abdo-l-múmen tomado al paso las fortalezas de Medina y Al-gezayr (hoy Argel) que dependian de aquella ciudad, de suerte que como conociese Aziz-billa, que se habia encerrado en Bugia, no serle cosa fácil luchar contra tan poderoso enemigo, se salió disfrazado de su capital y se retiró á Constantina.

Sitió Abdo-l-múmen á Bugía que se le rindió á los pocos dias, y marchando despues á Constantina, puso á Aziz-billa en tal estrechura que le fué forzoso rendir su ciudad y entregarse á partido. Durante la permanencia de Abdo-l-múmen en Argel, un jóven de la dinastía de los Zeyritas que se hallaba allí retirado se presentó á él con lágrimas en los ojos y le suplicó tuviese compasion de su desgracia. Llamábase Al-hasan, y era hijo de Alí, hijo de Yahya, hijo de Temim, hijo de Mad, hijo de Yedis; como hubiese sido destronado por el

rey de Sicilia, se pasó á Argel con su familia y se estableció allí, aguardando que la fortuna se le mostrase propicia para reconquistar sus perdidos Remos.

Quedó Abdo-l-múmen tan prendado de su gentileza que le casó con una hija suya, prometiéndole volver al siguiente año con poderosa hueste á echar á los cristianos de todos sus Estados. No tardó Abdo-l-múmen en cumplir su promesa. Dejando otra vez por gobernador de sus Estados á su primo Abú Hafs se puso en camino para el Africa Oriental seguido de innumerables tropas. Al llegar á Túnez salió á recibirle una diputacion compuesta de los principales vecinos, suplicándole que no intentase nada contra la ciudad y los recibiese bajo su fé y amparo. Concedióles Abdo-l-múmen seguro para ellos, sus mujeres y familias; pero en cuanto á los bienes dijo que debian repartirse entre sus tropas. No satisfechos los de Túnez con tal respuesta, al punto cerraron sus puertas, y Abdo-l-múmen, dejando parte de sus fuerzas en el cerco de la ciudad marchó con las restantes á Cairovan que luego se le rindió, así como las ciudades de Susa y Safes, pasando desde allí á Mehedía donde se hallaban reconcentradas todas las fuerzas de los cristianos. Antes de llegar Abdo-l-múmen á Mehedía las tropas que tenían cercada á Túnez apretaron tanto á los vecinos que se rindieron con las condiciones que aquel les pusiera en primer lugar.

Cercó Abdo-l-múmen á Mehedía por mar y tierra, y combatiéndola con toda especie de máquinas y cierta artillería llamada radat ó truenos, que entonces empezaba á usarse. Vinieron al socorro de los cercados doscientas naves de Sicilia con mucha gente de armas,

máquinas y provisiones; pero como les saliese al encuentro Abú-Abdilla-ben Maymún, que mandaba la escuadra de Abdo l múmen, los atacó con tal denuedo, que echó á pique la mayor parte de las naves, y tomó las restantes á vista de los sitiados. No desmayaron por esto los cristianos, antes bien redoblaron su esfuerzo haciendo continuas salidas y rebatos con que molestaban sin cesar á los sitiadores; por último, como viesen los cercados el firme propósito de Abdo l-múmen, quien habia jurado no levantar el sitio hasta haber entrado en la ciudad, la enviaron ocho mensajeros que le hablaron con mucha humildad, diciendo haber hallado en ciertos libros suyos que un rey africano, que no podia ser otro que él habia de apoderarse de toda aquella tierra, y asimismo de su ciudad; pero que les convenia disimular á los vecinos de ella el deseo que tenian de entrar bajo su obediencia hasta tiempo de seis meses, cumplidos los cuales le entregarían la ciudad, siempre y cuando se les permitiese salir libres con sus bienes y armas.

Viendo, pues, Abdo l-múmen que la ciudad era muy fuerte y que abundaban en ella los recursos; importándole por otra parte mucho el lanzar cuanto antes á los cristianos de toda aquella costa, aceptó sus ofrecimientos, y cumplido que fué el plazo convenido entró en la ciudad, retirándose á Sicilia los cristianos que la guarnecian, con lo cual quedó Abdo l-múmen hecho señor de toda aquella tierra.

Acabada la conquista del Africa oriental, se dirigió Abdo-l-múmen á Tánger con ánimo de pasar á España, en donde aun hacian armas contra sus generales ciertos caudillos Almoravides. Pero como en su mar-

cha á aquella ciudad encontrase ciertas tribus belicosas de cuya fidelidad no estuviese muy seguro, resolvió atacarlás y someterlas con el fin de no dejar enemigo ninguno á sus espaldas. No pudo esto lograrse sino al cabo de algunos meses, y despues de sangrientos combates, y como viesén los Almonadas que se dilataban sus expediciones y se alargaba su permanencia en Oriente, algunos de los principales con el gran deseo de volver á sus tierras, y creyendo que para esto no habia otro medio, determinaron matar á su rey. Concertaron entre sí que el modo mas fácil era asesinarle de noche durmiendo en su pabellon. Un honrado xeque que sabia algo de esta conjuracion se fué derecho á Abdo-l-múmen, y contándole la trama que se urdia contra su vida, le pidió le permitiese dormir en el pabellon real y en su propio lecho aquella noche, sin que nadie sospechase nada.

Creyendo Abdo-l-múmen que no debia despreciar aquel aviso, aceptó el ofrecimiento del xeque, el cual se quedó á dormir en el pabellon y cama del rey, mientras éste, disfrazado, se aseguró en otra parte. Llegaron en efecto los conspiradores, y tomando al xeque por Abdo-l-múmen, le mataron á puñaladas y le cortaron la cabeza. A la hora del alba, entró Abdo-l-múmen en su pabellon, y halló muerto al xeque, causándole la vista de su mutilado cadáver notable dolor y sentimiento. Luego, al punto, hizo azala por él, le amortajó por sus manos y le puso sobre una camella, mandando que dejasen el animal suelto y que nadie le guiase. La camella caminó vagando á derecha é izquierda hasta que se cansó y echó. En aquel mismo lugar en que la camella se habia echado, mandó Abdo-l-múmen la-

brar un sepulcro para el xequé y una suntuosa capilla, en cuyo contorno mandó despues edificar una buena poblacion, disponiendo que de cada tribu que obedecian su mando, quedasen allí diez hombres.

Tal fué el origen de la ciudad de Bateba, voz árabe que significa pântano ó laguna, habiéndosele puesto tal nombre por ser el sitio en que se edificó en extremo pantanoso.

Venido el año de 557 (1163 de Cristo), salió Abdo-l-múmen de Marruecos, y entró en Rabát Alfatah, poblacion que él mismo fundara algunos años atrás en frente de Salé. Llegado que fué allí, mandó sus cartas á todas las tribus de su vasto imperio, exhortándolas á que viniesen á tomar parte en una expedicion que meditaba contra los infieles de España. Acudieron á su llamamiento infinitas gentes, y en especial de Zenetas, de tal suerte, que en poco tiempo se le juntaron mas de trescientos mil caballos y cien mil peones y balles-teros. Con tamaño armamento trataba Abdo-l-múmen no ya de contener como antes las correrías de las cristianos, sino de sujetar la España toda al dominio del Islam.

Mas cuando se preparaba el africano á embarcarse, le sobrecogió súbita enfermedad: cada dia se fué agravando mas y mas su dolencia, y conociendo que no podia durar mucho, mandó que se omitiese en la jotba el nombre de su hijo Mohammad, á quien algunos años antes habia declarado su sucesor, nombrando en su lugar á su hermano menor Yusuf. Tomó Abdo-l-múmen esta determinacion por haber tenido noticia de que en Marruecos, donde á la sazón residia, habia el príncipe intentado levantarse y anticiparse la posesion

al trono.

Su mal se fué poco á poco agravando, en términos que falleció la noche del viérnes 8 de la dicha luna; si bien otros dicen que espiró el martes 10 de Giumada postrera de 558 (1164 de Cristo), á los sesenta y tres años de edad, despues de un reinado de treinta y tres años, cinco meses y tres dias. Lleváronle á enterrar á Tinmelel, al lado del sepulcro del Mahdi. Era Abdo-l-múmen alto y robusto de cuerpo, blanco de rostro; los ojos los tenia negros y rasgados, el pelo algo crespo y la nariz bien hecha; la barba era suave y redonda.

Fué muy amante de los sabios y protector declarado de los buenos ingenios. Por su favor florecieron las ciencias y las artes en todos sus reinos, y con especial en España, en donde volvieron á su pristino estado, á pesar de las inquietudes continuas de la guerra. Era de ánimo esforzado, pronto é impávido en los mayores peligros, sufridor de trabajos, frugal en la comida, justo é imparcial en sus juicios, afable en su conversacion y trato, pero sumamente severo y hasta cruel con sus enemigos. Deseando promover por cuantos medios estaban á su alcance el acrecentamiento de la fé y religion entre sus súbditos, así como el engrandecimiento y duracion de su dinastía, fundó en Marruecos una madrisa ó colegio, en que á los jóvenes de su corte se les enseñaba las ciencias y el Corán, al mismo tiempo que se les adiestraba en el manejo de las armas, con el fin de que saliesen de allí no solo letrados, cadíes y gobernadores de provincias y ciudades, sino tambien caudillos y buenos guerreros. Hizo Abdo-l-múmen variaciones en algunas cosas de gobierno, y en especial en la moneda de plata, que mandó labrar cuadrada en

lugar de redonda como antes era, poniendo en ella la siguiente inscripcion: por un lado: «Alá es nuestro Dios, Mohammad el mensajero en quien creemos, Almadí nuestro Imám:» y por el otro: «No hay mas Dios que Alá: el imperio es todo de Dios: no hay fuerza ni poderio sino en Dios.»

Yúsuf, apellidado Abú Yacub, que sucedió á Abdo-l-múmen en el imperio de Occidente, siguió en un todo las huellas de su ilustre padre. Solícito en extremo en procurar el bien de sus vasallos, intervenia en todos los actos de su gobierno, sin descuidar el mas mínimo negocio del Estado. Lleno de ardor por la propagacion del islám, llevó en distintas ocasiones la guerra al corazon de España, y trabajó con sus temibles entradas los campos de Castilla la Nueva. En 1173 venció cerca de Toledo á cierto caudillo cristiano, á quien los moros habian dado el apellido Abú-l-barda, por causa de que solia usar una silla ó albarda (1) de seda bordada de oro y nesgada con inestimable pedrería y aljofar. En Africa fué igualmente feliz. A los pocos meses de haber subido al trono, un berberi de la tribu de Sanhága, llamado Marzadag se levantó en los montes de la Gomera, y tomó el título de rey, acuñando monedas con su nombre y pretendiendo ser el Mahdí, libertador del género humano. Ya en tiempo de su padre Abdo-l múmen, un moro andalaz llamado Mohammad ben Húd, quien, segun lo indica su nombre, debió pertenecer á la familia de los Aben-hudes, reyes de Zaragoza, enarbo-

(1) ALBARDA y no ALABARDA, como dice el señor Conde (Tomo II, pág. 381), que tal es el significado de la palabra arábiga BARDA. Alabarda se deriva de la voz tentónica HALBART.

ló en Salé la bandera de la rebelion, y se dió tambien el título de Mahdí, haciendo creer á las gentes de aquel distrito, que traia una mision del cielo para regenerar la especie humana, y establecer la paz y buen gobierno en toda la tierra habitada. Pero aun estaba muy reciente la revolucion hecha por los almohadas, y demasiado fuerte el imperio que estos fundaron, para que sus movimientos aislados como estos, los derrocasen del puesto encumbrado á que se habian elevado. Vencido y preso Marzadag, pagó en un suplicio su rebeldia, como le sucedió á Mohammad ben Húd en tiempo de Abdo l-múmen. En el año 1184, habiendo Yúsuf puesto sitio á la ciudad de Santarem en Algarbe, los cercados hicieron una salida, penetraron en el campo de los almohadas y llegaron hasta el pabellon del rey, á quien hirieron de una lanzada, de cuyas resoltas murió á los pocos dias el sábado 12 de Rabí postrera de 580 (1184 de Cristo).

Sucedióle su hijo Abú Yúsuf Yacub, á quien sus muchas victorias merecieron el sobrenombre de Almansúr bisá Ihillad (el vencedor por la gracia de Dios). Este fué el que en el año 1195, habiendo pasado el Estrecho con poderosa hueste, venció cerca de Ciudad-Real y en el sitio llamado Ilark ó Ilarcunris á Alfonso VIII. Fué tan grande el número de prisioneros hechos en esta batalla, que no sabiendo Yúsuf que hacer con ellos, ni á que destinarlos, pobló con ellos en Africa un barrio de la ciudad de Rabat, en donde, segun los viajeros modernos (1), se conservan hasta nuestros dias los des-

(1) Chenier, Recherches sur les Maures Jackson, Account of Morocco.

cendientes de aquellos desgraciados. Murió Yúsuf en Marruecos el día 22 de la luna de Rabí, primera del año 595 (1198 de Cristo.)

Luego entró á reinar su hijo Mohammad, llamado Annásar-hdini llud (el amparador de la ley de Dios), á quien nuestros cronistas llaman Mohammad, «el verde,» suponiendo equivocadamente ser tal el significado del nombre Annásir que le daban sus vasallos. De este rey hace el autor de Kartás la siguiente pintura: era de mediana estatura, blanco, delgado de cuerpo, tenia ojos grandes y rasgados, negra y poblada barba, hermosas y arqueadas cejas y largas pestañas. Era de mucha prudencia para todos los negocios de paz y guerra, pero tenia una grave falta de rey, cual era el confiar demasiado en sus ministros, y guiarse las mas veces por su dictámen. A poco de haber subido al trono, se rebeló contra él en los montes de Gomera un berberi llamado Aludán; pero aunque logró atraerse considerable gentio, y se defendió algun tiempo con valor por aquellas enriscadas sierras, fué vencido y muerto como todos los demás que osaron levantar el pendon de la sedicion contra los Almohadas en los tiempos de su mayor pujanza.

Igual suerte tuvo cierto caudillo Alworavid, llamado Abú Ishác ben Gania, descendiente de aquellos Abengañas que segun ya digimos se retiraron á Mallorca á la entrada de los Almohadas en España, y fundaron allí un pequeño Estado. Habiendo desembarcado con una fuerte division en la costa de Mahdiya, por otro nombre Mehedia, logró al principio apoderarse de aquella fortaleza, y sojuzgar otros muchos distritos de aquella fortaleza. Acudió luego Annásir con numeroso

ejército, y habiendo sitiado á Mehedía, logró rendirla al cabo de ocho meses de estrecho sitio, si bien no pudo haber á las manos al Almoravid, quien huyó acompañado de sus deudos y esclavos al desierto, en donde algun tiempo despues fué alcanzado y muerto. En el año 1206, como llegasen á Marruecos diputados de todas las ciudades de Andalucía, manifestando el triste estado á que se hallaban reducidos por las correrías de D. Alfonso VIII, el cual no cesaba de molestarlos y sojuzgar la tierra, sin que hubiese caudillo alguno Almorabada que se atreviese á hacerle frente, resolvió Mohamad pasar en persona á España y poner coto á tantas victorias.

Despues de haber hecho pregonar el jibád ó santa guerra (especie de cruzada que tenían los moros) por todas las provincias de su vasto imperio, y haber distribuido cuantiosas sumas á los caudillos que tomaron á su cargo el hacer gente, se dedicó con el mayor esmero á hacer acopio de armas y viveres para la próxima campaña.

Acudió al llamamiento innumerable gentio de todas las provincias y tribus, así de á pié como de á caballo, movidos los unos de fanático celo por la fé, impelidos los otros por el interés, y creyendo todos que en breve se repartirian los bienes de los cristianos.

Tribus enteras salieron del desierto y se trasladaron con sus mujeres é hijos á los campos de Marruecos, el sitio fijado para su reunion. Millares de feroces negros de Gana, Gago y otras provincias que atraviesa el Níger en su dilatado curso, salieron de sus abrasados desiertos para tomar parte en la expedicion. Salió Annásir de Marruecos el día 19 de la luna de Xában del año

607 (1244 de Cristo), y llegó á Kasr Abi-l Kerim, por otro nombre Kas-Al-mejaz ó alcázar del paso, por ser el puerto que los Almohadas escogian de preferencia para pasar á Andalucía.

El dia 25 de Dhi-l-cáda del mismo año, desembarcó en las playas de Tarifa, donde le vinieron á recibir los caudillos y alfaquíes andaluces, dándole el parabien por el brillante ejército que habia reunido, y la prontitud con que habia acudido á la defensa de los oprimidos Muslimes. No nos detendremos en enumerar aquí las varias operaciones de esta memorable campaña, que emprendida sin concierto, sin talento, produjo un resultado contrario del que se prometian Ah-nasir y sus almohadas.

Debilitadas sus fuerzas con el sitio de Calatrava que los nuestros tomaron poco antes, y perdida la coyuntura de atacar á los reyes cristianos antes de que hubiesen reunido sus fuerzas; Ah-nasir acampó con sus huestes sobre el puerto de Muradal, con ánimo de impedir á los cristianos el paso á Andalucía. Ahi, encerrando en un hondo valle fué sorprendido y derrotado, sin que las innumerables aunque indisciplinadas tropas de que venia acompañado, sirviesen mas que de confusión y estorbo en el estrecho sitio en que habia acampado. Fué tal la mortandad, y tan grande el número de los prisioneros, que de los seiscientos mil hombres, á que segun los autores mas fidedignos ascendian la hueste de Ahnásir tan solo unos cuantos lograron volver á sus hogares.

El autor de Kartás asegura que de resultas de esta espantosa derrota, quedaron yermas y despobladas muchas ciudades del Africa, y estintas y aniquiladas varias

tribus berberiscas que antes contaban gran número de guerreros. Volvió Ah-násir triste y despechado á Marruecos, en donde á los pocos dias fué tal el sentimiento y pesar que le causó tamaña desgracia, que adoleció de grave enfermedad y murió á los pocos dias. No falta quien diga que le adelantaron el fin de sus dias con una bebida confeccionada que le dieron, y que á las pocas horas de haberla bebido espiró el miércoles once de la luna de Xában de 607 (1213 de Cristo,) despues de un reinado de quince años, cuatro meses y diez y ocho dias.

Dejó Mohammad Ah-násir un hijo de tierna edad, el cual fué al punto proclamado por los almohadas con el nombre de Al-mostanser billah (el que espera ó solicita la ayuda de Dios). Era de buena estatura y bien formado; tenia el cabello largo y negro, ojos negros y rasgados, y color florido y hermoso. Nada hizo Al-mostanser para vengar la derrota de las Navas, pasó sus dias encerrado en los alcázares de Marruecos, rodeado de doncellas y esclavos, sin pensar en otra cosa mas que en los placeres. Murió en la flor de su mocedad en la luna de Dhi-l-hajja del año 623 (1123 de Cristo, despues de un reinado de trece años.

Como el fallecimiento de Al-mostanser fué repentino é inesperado, y no dejó sucesion, luego se suscitaron desavenencias y guerras entre sus parientes sobre la sucesion del imperio.

Por el pronto, un tio de Al mostanser que lo llamaban Abdo-l wáhed, se apoderó del trono logrando que los xeques del consejo le reconociesen por su señor; mas otro hijo de Yácub Al-mansúr, llamado Abú Mohammad Abdalla, que se hallaba á la sazón en España y era muy querido de las tropas, no bien supo lo ocur-

rido en Marruecos, que creyéndose ofendido y perjudicado por la elección, se hizo proclamar en Murcia bajo el nombre de Al-ádil bí-ahkámí-llah ó el justiciero por la gracia de Dios.

Al poco tiempo consiguió que los xeques de su bando en Marruecos depusieran á Abdo-l-wáhed, obligándole á abdicar bajo juramento, aunque á los pocos días, recelando que ayudado de sus parciales, haria por recobrar el trono de que le habian privado contra su voluntad, y tomaria cruel venganza de su ofensa, le quitaron la vida. Habia Abdo-l-wáhed reinado solos ocho meses y nueve días.

No desmintió Abú-Mohammad Al-ádil el nombre de justiciero, que le dieran sus vasallos al proclamarle. Luego trató de reprimir las exigencias y demasías de los xeques del consejo, y corregir los vicios de su administración, castigando á los delincuentes de cualquier clase ó categoría que fuesen, hasta que los mismos que le habian proclamado, se desconcertaron con él y no pensaron sino en destruir su propio obra, ofreciéndoles buena ocasion para ello, porque habiendo entrado los cristianos en tierra de Murcia con poderoso ejército, auxiliados de un pariente de Abú Mohammad, que era señor de Baeza, y Al-ádil no tuviese fuerzas bastantes para oponerse á tanto poder, luego se apaciguó con ellos, pensando asegurarse en el trono, y con el tiempo mejorar su condicion y el estado de las provincias. Sabido esto por los xeques del consejo, comenzaron al punto á vituperar su conducta y á alborotar los pueblos contra él, poniéndole de mal Muslim y de amigo de los cristianos; y con pública y solemne deposicion le declararon indigno del trono: y porque no fuesen

vanas estas ceremonias, ganaron á los principales de su guardia que le mataron á traicion, despues de un corto reinado de tres años, ocho meses y nueve dias.

Muerto Al-ádil proclamaron los xeques almohadas por rey á un hermano suyo llamado Edris Abú-l-ala, el cual era á la sazón gobernador de Sevilla. Este Edris, el cual es mas conocido en nuestras historias bajo el nombre de Al-mamon, que significa el que cree ó confia en Dios, era varon esforzado y de gran consejo. Siguiendo las buenas máximas de su hermano Al-ádil procuró corregir la ilimitada autoridad de los xeques almohadas, y habiendo compuesto un escrito contra la política y leyes del Mahdí, en que apuntaba los inconvenientes y desórdenes que de ellas procedian, manifestó la intenciou de corregir la constitucion política de los almohadas. Ayudábale en esta difícil quanto peligrosa empresa su vizir Abú Zakariya ben Abi-Amir, varon sábio y experimentado en cosas de gobierno, el cual conocia como él las enfermedades del Estado.

Cuando los xeques almohadas entendieron la trama que se urdia contra ellos no omitieron diligencia alguna para evitar su propia ruina y mantenerse en su estado de autoridad y soberano poder. Habiendo pues declarado nula y de ningun valor la eleccion de Al-mamon, eligieron por sucesor de Al-ádil á un sobrino suyo llamado Yahya, el cual era hijo del rey Mohammad.

Luego fué Yahya proclamado bajo el nombre de Ah-násir, y con escogida gente de caballería é infantería pasó á España á hacer la guerra á su tio. Al-mamon que entendió la venida de su sobrino Yahya, allegó sus gentes, y con auxilio de varios caballeros cristianos que tomó á su servicio, salió contra su rival, á quien der-

rotó en una sangrienta batalla léjos de Medinasidonia.

Despues de esto, como ardiese Al-mamon en deseos de castigar la insolencia de los xeques almohadas, se pasó á la otra banda con un numeroso ejército, compuesto en su mayor parte de aventureros cristianos que militaban bajo sus órdenes.

Llegó á Marruecos con un campo volante de caballería con tanto secreto y diligencia que halló la ciudad desproveida y entró en ella sin que nadie se lo estorbase. Luego al punto mandó venir á su presencia á los xeques de los dos consejos, el de los diez y el de los cincuenta, y allí mismo delante de su guardia, despues de haberles reprendido su deslealtad y su desmedida ambicion, los mandó degollar á todos. Lo mismo mandó hacer con los ausentes, siendo tan rigorosa su justicia y tan exactamente obedecida su órden que en pocos dias vinieron á Marruecos cuatro mil cabezas que mandó poner en garfios por los muros de la ciudad.

Tan ejemplar castigo infundió en los ánimos de los almohadas un saludable temor de que no tardó Al-mamon en aprovecharse para llevar á cabo la reforma política que tenia meditada. Como la desmedida autoridad de los consejos no tenia otro origen que la Constitución, planteada por el Mahdí, resolvió Al mamon alterarla de todo punto. Limitó las facultades de aquellos dos cuerpos, reduciéndolos á unos meros consultores del cadí en materias civiles ó en puntos tocantes á la religion, y quitándoles toda intervencion en las cosas de gobierno. Despreciando las preocupaciones del vulgo, mandó que en lo sucesivo se omitiese el nombre de Mahdí en las oraciones públicas y en los sermones; y mandó quitarle tambien de las monedas en que antes

se ponía, y borrarle de las inscripciones públicas, prohibiendo con graves penas se le nombrase en ningun acto público como antes se acostumbraba. Reformas como estas, que no tan solo atacaban los privilegios é inmunidades de los nobles, sino que herian al vulgo en sus preocupaciones y en su creencia, no podían menos de traer consigo la sedicion y el descontento. Otra causa no menos poderosa influía para que los súbditos de Al-mamon, en especial los habitantes de Marruecos, aborreciesen su yugo.

Habia aquel llevado á Africa un crecido número de aventureros cristianos, levantados en los Estados del rey de Castilla, y con su consentimiento, si bien tuvo Al-mamon que firmar ciertas condiciones, una de las cuales era que los cristianos edificarian en Marruecos una iglesia en donde celebrar misa y demás ceremonias de su culto católico, y podrian usar de campanas de bronce, cosa que los moros andaluces nunca toleraron en los pueblos sujetos á su mando. Cumpliendo, pues, con lo pactado, y en recompensa de los grandes servicios que le prestaron sus auxiliares, Al-mamon, luego que entró en Marruecos, señaló sitio conveniente para una iglesia, y habitaciones espaciosas para los cristianos de su guardia. Confiados estos en su número y en el favor que les dispensaba Al-mamon insultaban con frecuencia á los habitantes, persiguiendo á las mujeres y cometiendo tropelías de toda especie. A las horas del alba y de la oracion, cuando las campanas de la iglesia tañian llamando á los fieles, era tal el efecto que su lúgubre sonido causaba en los musulmanes, que al punto se tapaban los oidos, y dando descompasados gritos huian despavoridos á sus casas, en donde se encerraban. Dos

veces se presentó Yahya delante de Marruecos llamado por sus habitantes; pero fué tal el valor y esfuerzo de los cristianos, que en ambas ocasiones fué derrotado con pérdida de sus mejores soldados.

En el año 629 (1231 de Cristo,) un hermano de Al-mamon, llamado Abú Musa, el cual habia visto con desagrado las reformas introducidas por aquel, aprovechándose del descontento que reinaba entre los almohadas se rebeló en Ceuta, haciéndose proclamar rey por los habitantes. Marchaba Al-mamon con sus cristianos á reducir al rebelde, cuando le vino noticia de que las tribus de Beni Fezár y Nekáya se habian sublevado en tierra de Mequinez. Al punto dejó el camino que llevaba y se dirigió hácia aquella ciudad, desde donde apaciguada que fué la rebelion, volvió á emprender su marcha hácia Ceuta, la cual tuvo sitiada cerca de tres meses sin poder rendirla, por haber Abú Musa obtenido considerables auxilios de Aben Hud, rey de España.

Hallábase aun Al-mamon ocupado en el sitio de Ceuta, cuando le vinieron nuevas de que su rival Yahya, auxiliado por las tribus de Sufyan y Henteta habia vuelto sobre Marruecos. Luego partió en busca suya, pero al llegar al Guada-l-abid ó rio de los Negros, fué atacado de súbita enfermedad, de la cual falleció á los pocos dias, en la luna de Dhi-l hajja de 629, ó segun el cronista ben Atjatib en 18 de Moharram de 620 (1232 de Cristo.)

Muerto Al-mamon proclamaron las tropas á un hijo suyo llamado Abú Mohammad Abdo-l-wáhed á quien dieron el nombre de el constante. Sabida que fué en Marruecos la noticia de la muerte de Al-mamon, los

habitantes abrieron sus puertas á Yahya y le proclamaron solemnemente bajo el nombre de Almotassembillah (el que confía en Dios.) Marchó Abdo-l-wáhed sin tardanza á Marruecos, despues de haber prometido á sus auxiliares los cristianos, que si lograban hacerle dueño de aquella capital, serian suyas todas las riquezas de sus habitantes. Defendiéronse estos con singular constancia y denuedo, hasta que viendo que eran inútiles todos sus esfuerzos, que los cristianos se habían ya apoderado de uno de los arrabales y que su rey Yahya se habia fugado, acudieron á Abdo l-wáhed suplicándole les perdonase las vidas y haciendas. El rey les contestó que aunque habían sido malos vasallos de su padre, rebelándose á menudo contra su soberana autoridad, y dando entrada en la ciudad á su rival y competidor Yahya, con todo les concedia generosamente la vida; pero en cuanto á sus haciendas no le era posible hacer lo mismo por habérselas de antemano prometido á sus auxiliares los cristianos. Entonces los diputados de la ciudad pasaron á la tienda de Farcasel, que así se llamaba el capitan de los cristianos, y concertaron con él el rescate de sus haciendas mediante la cantidad de quinientos mil dineros de oro.

No permaneció Abdo-l-wáhed por mucho tiempo señor de Marruecos. A los tres años de su elevacion la tribu de Al-jalát, furiosa porque el Rey habia mandado degollar á algunos de sus xeques convidados, marchó sobre Marruecos y se apoderó de aquella capital, huyendo Abdo-l-wáhed y sus cristianos á Sogilmesa. Los rebeldes enviaron al punto á llamar á Yahya, el cual entró en su capital donde hizo castigos ejemplares. Yahya se retiró huyendo hácia Rabat-Teza, en donde unos

Alarabes le sorprendieron y mataron, cortándole la cabeza que llevaron á Abdo-l wáhed. Sucedió esto en la luna de Xawal del año 633 (1236 de Cristo.)

Durante estas parcialidades y revueltas, el imperio de los almohadas así en Africa como en España, se iba cada vez mas debilitando y consumiéndose. En España la rebelion de Mohamamad ben Húd, el cual supo en breve tiempo hacerse señor y dueño de toda Andalucía, y las conquistas del santo Rey Fernando, privaron á los almohadas de todas sus posesiones. En Africa, los Beni Abi Hafss por una parte, y los Beni Zeyyán por la otra, iban cada dia estrechando mas y mas los límites de su imperio.

Descendian los primeros de un xeque llamado Abú Hafss, discípulo del Mahdi y paciente de Abdo-l-múmen, el cual prestó los mas señalados servicios á la causa de aquel impostor, y cuyos hijos y nietos ocuparon siempre los mas altos puestos y los mejores gobiernos de Africa y España.

Era gobernador del Africa oriental en tiempo de Al-mamon un caballero vástago de esta noble familia, cuyo nombre era Abú Mohamamad Ibu Abú Hafss, el cual, como estendiese las reformas así políticas como religiosas que su soberano trataba de plantear en Marruecos, luego le negó obediencia y se declaró independiente. Ocupado como lo estuvo Al-mamon todo el tiempo de su reinado en defenderse contra su competidor Yahya, mal pudo acudir á sofocar la rebelion de Hafsida: así que el gobierno del Africa oriental, que comprendia los reinos de Tunez y de Argel, quedó para siempre desmembrado del imperio del Mogreb. No menos felices los Bení Zeyyan, consi-

guieron establecerse en Tremecen y sus contornos, desde donde hacian frecuentes algaras dentro del territorio de los almohadas. Pero otro enemigo aun mas temible y á cuyas manos debia de pasar con el tiempo el imperio del Africa occidental, vino á agravar con su presencia la triste situacion á que se hallara entonces reducido el imperio fundado por el Mahdi.

Si el poder de los almohadas iba desvaneciendose insensiblemente como nube al viento, ó iba desapareciendo entre aquellos desiertos, como los rios que bajando del Atlante van á perderse en los arenales del Sahara, otra tribu ya nombrada y poderosa entre aquellas gentes, y que era rama de otra mas célebre y temible todavía, iba adquiriendo cuanto poder é influencia los almohadas perdian. Los Benemerines eran una rama de la tribu Zeneta ó de los Zenetes de que tanto hablan los escritores del Mogreb, y aunque por la semejanza del nombre se les quiere hacer descender de un mercader genovés, llamado Merini, que haciendo el comercio en el siglo XI por las costas de Errif, abrazó el islamismo enlazándose con una mujer de los Zenetes, todavía encontramos en la genealogía que dá el Kartas de esta familia, que figura el nombre de Merin en generaciones mucho mas remotas que las que pudieran corresponder al siglo X. Esta familia rica y numerosa y con poderosa y segura influencia con otras gentes y ramas de los Zenetes, se miraba capitaneada al declinamiento de los almohadas por un hombre valeroso, prudente y de grande espíritu, llamado Abd-el-hak Yali-sa-ben Bubecker el Merini.

Se dice que este hombre tuvo un sueño que le confirmó en la alteza de sus pensamientos. Soñaba pues

una noche que de su pecho se desprendia una llama voraz que cobijaba y consumia todo el Mogreb, y en este signo creyó ver al ambicioso xeque el pronóstico de su futura grandeza, lo cual parece le fué confirmado por los Zahories ó prácticos en tales interpretaciones entre aquellas gentes.

Su padre llamado Abu-Galed Mogid, hijo de Abubeker, se encontró en la famosa batalla de Alarcos, capitaneando la caballería de los Zenetes otras tribus, cuyo cargo alcanzó del Amir el-mumenin el dia de la batalla por galardón de los servicios prestados, y por el valor y sagacidad que desplegó en aquella guerra, á donde vino de simple voluntario.

Regresó al Africa despues de la victoria, y allí murió de resultas de las heridas que recibió en la lid, dejando honrosa memoria entre los suyos, y preparado al hijo Abd-el-hak el camino para mayores cosas.

Estos Benimerines habitaban originariamente en los campos dilatados que se estienden desde el Africa menor hasta Sujilmesa, y que se llamaban la region de Zab.

Como los demás Bereberes no tenían mas riquezas que sus ganados, mas ajuar que su tienda, el camello, el caballo y sus armas; ni conocian otros manjares que el dátíl, la carne de sus reses, la leche y la miel.

De vez en cuando entraban en los confines de la Mauritania, bien para tratar de sus cambios, acaso tambien para mejorar de pastos ó buscando mejores fuentes y abrevadores en ciertas estaciones del año.

Pues como la matanza que los cristianos hicieron en aquella de las Navas de Tolosa, batalla que los escritores árabes conocen el con nombre de Alacab, fuese tal y

tan horrible que quedasen deshabitadas muchas de aquellas regiones y territorios donde vagaban las tribus y kábilas que para aquella jornada pasaron á España algunos de los benimerines, en una de sus escursiones en la Mauritania, hallando la tierra desierta y poblada solo de leones y tigres, escribieron á sus hermanos y familias que viniesen á disfrutar de las delicias de un pais fértil, abierto y dilatado, sin dueño ni poseedor. Todo aquel enjambre de hombres oyeron aquella voz y se pusieron en marcha para los yermos del Mogreb, en donde tomaron asiento sin reconocer dominio ni señorio alguno, sin pagar un tributo ni sarda, y conservándose tan independientes como en los arenales recónditos en donde antes habitaban.

Despues de la muerte de Abú-Haled, le sucedió en el mando de los benimerines, como ya hemos apuntado, su hijo Abdo-l-hak, el cual se hizo famoso por sus proezas, y mantuvo grandes guerras con la tribu árabe de Riyáli y sus confederadas, hasta que murió en una batalla en compañía de su hijo Edris el año de 614 (1217 de Cristo.)

Por muerte de Abdo-l-hak entró á reinar su hermano Abú Said Otsman, el cual como hubiere jurado vengar la derramada sangre de su hermano y sobrino, y no dejar las armas hasta haber muerto á cien nobles xeques de las tribus enemigas, guerreó con ellas hasta lograr que la mayor parte le prestasen obediencia. Tambien hizo incursiones en tierras de Fez, acrecentando mucho sus Estados y obligando á los pueblos á que le reconociesen por su señor y le pagasen tributo. Vivió Abú Sáid hasta el año 638 (1240 de Cristo), en que un esclavo suyo á quien él habia criado desde

pequeño, le mató de una lanzada que le dió en la garganta.

Sucedióle su hermano Abú Moarrafa Mohammad, el cual prosiguió la reduccion de las tribus del Mogreb, y las fué venturosamente sojuzgando unas en pos de otras: pero volvamos á los almohadas.

Libre ya Abdo I wáhed de su enemigo, reinó algunos años en perpétua inquietud, causada tanto por las algaras de los Benimerines, quanto por revueltas y sediciones de sus propios vasallos, hasta el dia nueve de la luna de Gumáda postrera del año 640 (1242 de Cristo) en que pereció ahogado en una laguna, donde le metió su caballo desbocado. Sucedióle su hermano Abú I hasan Ali, apellidado As-sáid ó el Venturoso, el cual tuvo grandes guerras con los Benimerines.

En el año 642 (1244 45 de Cristo), como Abú Moarrafa al frente de numerosas tropas hiciese una entrada en el territorio de Fez, envió As said contra él un florido ejército en que iban cerca de veinte mil almohadas y alarabes de Hescura con algunas compañías de cristianos. Encontráronse las huestes en un lugar de los alrededores de Fez llamado Sajrat Abi-Biyax, y se dieron atroz batalla que duró sin interrupcion desde el alba hasta la venida de la noche.

En lo mas recio de la pelea, un caudillo cristiano mató á Abú-Moarrafa de un bote de lanza y le derribó del caballo, lo cual visto por los Benimerines, luego cedieron el campo y quedaron vencidos. Despues de esta victoria, como tratase As-said de contener las correrías que Yagmoránsen-Ben Peyyan, señor de Tremecen, estaba de continuo haciendo en sus tierras, murió peleando como bueno el año de 646 (1248 de Cristo.)

Sucedióle en el trono un pariente suyo llamado Abú Hafs-Omar, el cual se apellidó Al-mortadabillah (el que se complace en Dios.) Era Abú-Hafs príncipe sábio y virtuoso, al par que valiente y justiciero; en el año 649 (1242 de Cristo), hizo un viaje á Tinmelet por visitar el sepulcro del Mahdí, como acostumbraban sus antepasados los príncipes almohadas.

Durante su ausencia se levantó contra él un pariente suyo llamado Edris Abú-l-alá, pero mas conocido por el apodo de Abú Dabbus ó el de la maza, porque solia siempre llevar consigo una maza de armas. Codicioso Abú Dabbus de la soberanía, y olvidando la sangre de que procedia, no dudó en concertarse con los enemigos de su propia familia, ofreciendo á los benimerines que si le hacian dueño de Marruecos les entregaria la mitad de su Estado. Tenia entonces el mando de los Benimerines Abú Beker Yahya, hermano de aquel Abarraf, que muriera peleando en los confines de Fez, y como fuese príncipe astuto, no dudó en aceptar un ofrecimiento que tarde ó temprano debia hacerle dueño de todos los dominios de los almohadas. Así fué que habiendo juntado un poderoso ejército marchó á encontrarse con Abú Dabbús, y despues de haber vencido á Abú Hafs en una batalla sangrienta, puso á su aliada en posesion de Marruecos que al punto se rindió. Huyó Abú Hafs con algunos caballeros hácia Azamer, donde creia poder estar seguro: los habitantes cuando le vieron con tan poca compañía se le rebelaron y pusieron en prision. Con promesas y ofrecimientos logró que un siervo le sacase de la cárcel de noche y descolgándose por el muro huyeron ambos en caballos que tenian prevenidos; pero en el camino incitado quizá por la sed del

oro que llevaba consigo el infeliz Abú Hafs, el aleve siervo le quitó la vida. Así murió el rey Abú Hafs en el año de 665 (1267 de Cristo), despues de un reinado de 18 años, nueve meses y veintidos dias.

Edris Abú Dabbús, quien á su subida al trono tomó el apellido de Al-watsic-billad (el que descansa en Dios), apenas gozó dos años el mando que habia usurpado. Ya fuese que al verse en el poder no quisiese cumplir á los Benimerines lo que tenia pactado, ó lo que es mas verosimil que la ambicion desmedida de Abú Yúsuf Yacub, otro hijo de Abdo-l-hazc, que sucediera á su hermano Abú Yahya en el mando de aquellas tribus pobres y guerreras, no se hallase aun satisfecho con los distritos y ciudades que el príncipe almohada le habia cedido, ello es que al punto invadió con poderosa hueste sus dominios. Como al tercer año de su trabajoso reinado quisiese Abú Dabbús aventurarse en una batalla, fué vencido y muerto, y su cabeza llevada á Fez, en donde Abú Yúsuf tenia su corte. Así acabó el imperio de los almohadas descendientes de Abdo-l-múmen.

XVIII.

En donde se prosigue la relacion del imperio de los Benimerines, y se cuenta la estincion de tal dinastía y el advenimiento de los primeros xerifes.

Despues que Yúsuf se vió libre de los últimos restos de almohadas, sus competidores, no pensó mas que

en asegurar el imperio del Mogreb, y entrando en Marruecos despues de la muerte de Dabbus en el mes de **Moharram** del año 668 de la Egira (1269 de Cristo), le confirmaron las gentes el título de príncipe de los musulimes que habia tomado, y se dedicó á dar paz al pais, castigando los perversos é impíos, limpiando los caminos de salteadores y derramando por do quiera la justicia y los beneficios. En seguida envió á su hijo **Abú Malek** á la region del Sus para sujetar los revoltosos que allí vagaban todavía, lo cual llevó á efecto cumplidamente el príncipe, y habiéndose rebelado las tribus de **Daraa**, salió el mismo **Yúsuf** á combatir las, lo que llevó á cabo tomándoles sus castillos y plazas, recuperando las presas y robos que habian hecho, y obligándoles á pedir la paz que les concedió por intercesion de su hijo **Abu-Malek**, cumpliéndoles las seguridades que les diera. Yendo en seguida **Yusuf** á **Rabat** hizo aclamar allí á su hijo por los benimerines, lo cual disgustó en gran manera á **Mohammad ben Edris**, á **Musa ben Raha**, nietos de **Abdo-el-hak** y á sus hijos, que seguidos todos de muchos amigos y familiares se huyeron aquella noche del campo de **Yusuf** y se repararon en el monte **Abracu**. El príncipe de los musulimes salió en seguimien- to de ellos, enviando delante á su hijo **Abu Yacub** con cinco mil ginetes, y en pos de él á **Abu Malck** con otros cinco mil caballos. Cuando se principiaba el combate llegó **Yusuf** con el ejército de Benimerines y rodeó y estrechó en el monte á los rebeldes. Estos pidieron partido y **Yusuf** se lo concedió á condiccion que se pasasen á **Tremecen**, pero ellos tomando otro camino se vinieron á España. **Yusuf** quedó sin mas rivales en las Mauritánias que **Yagmorasen**, hijo de **Zey-**

yán, que coal se ha visto, con los de la tribu de Avañadaqui, por su parte, y los benimerines por la suya, habian destruido el poder de los almohadas. Yagmorasen dominaba en Tremecen, Narasan y sus comarcas, obediéndole tambien algunas de las tribus que por la parte de Sajilmesa habian seguido el partido de los almohadas, prefiriendo su imperio al de los benimerines y Yúsuf. Este salió hácia Tremecen para castigar á su rival al frente de muchas tropas de árabes, andaluces, azuagos y cristianos que le trajo su hijo Abú Mialek de las partes de Marruecos y de las tribus de benimerines que componian su real, acampándose en las márgenes del rio Muluia.

Entonces le llegaron mensajeros de Ben Al-ahmar, rey de Granada, solicitando su favor y ayuda contra los cristianos de España que tenian puesto en grandes apuros su reino. Yúsuf, queriendo amparar á los muslimes españoles, propuso la paz al de Tremecen para ir todos juntos á la guerra sagrada. Yagmorasen recibiendo en su tienda á los enviados de Yúsuf, que le hablaron con palabras y cortesías, les dijo: «Despues de la muerte del hijo mio nunca habrá paz entre nosotros.» Con tal respuesta se preparó Yúsuf para el combate. Las haces se encontraron en las orillas del rio Abili, cerca de Ugeda. La pelea fué obstinada, quedando al fin el de Tremecen desbaratado, pudiendo él escapar con algunos de sus hijos quedando en el campo uno de ellos llamado Fures con multitud de muertos de las tribus Abdevadi y de Beni-Raved y todos los cristianos que se encontraban en el real de Yagmorasen; y si algunos escaparon de la espada vencedora fué á merced de las tinieblas de la noche que á poco sobrevino. Yúsuf puso

sitio á Tremecen causando estrago en todo el pais. Para ayudarle vinieron los de la tribu de Tagún, grandes enemigos de Yagmorasen, y á su cabeza el príncipe Abú Zeyyán Mohamad, hijo de Abdelcavi.

Yusuf se sirvió de ellos y luego los despidió, dando por regalo al príncipe Abú-Zeyyán dos mil camellos, gran número de caballos de las presas habidas de los Beniabdeldadis, un manto real y muchas espadas, escudos y otras armas y jaeces. Yusuf se mantuvo sobre los muros de Tremecen hasta que estos auxiliares ganaron su pais evitando que Yagmorasen fuese en su seguimiento. Despues dió la vuelta por la Mauritania, y en Fez perdió á su hijo Abu-Malek, de donde partió para Marruecos, arreglando así desde allí las cosas de paz como las de guerra en todas aquellas comarcas. En el año 671 de la Egira (1273 de Cristo), se vino para Tánger con objeto de combatirla y entrarla. Esta ciudad, que así como Ceuta habia estado bajo la dependencia del rey de Granada, estaba dominada á la sazón por el moro Abu Casem. Al acercarse Yusuf á la plaza se disponia á evadirse de ella el alcaide, pero dilatándolo de un dia á otro, llegó de pronto el príncipe de los musulimes y ciñendo con sus gentes los muros le impidió la salida. Le comenzó á combatir, y en tanto un xequé llamado Yahya, que mandaba en uno de los fuertes de la plaza, enarbolando por señal una bandera blanca, llamó á la gente del real de Yusuf y la posesionó de aquel puesto, desde donde combatiéndose la ciudad fué entrada á fuerza, bien que Yusuf hizo pregonar perdon y seguridad, siendo pocos los que sufrieron el rigor de la espada.

Luego envió á su hijo Abu Yasub contra Ceuta, y á

poco de tenerla asediada su gobernador Alasefi lo aclamó como señor y se allanó á pagarle anualmente cierto tributo, lo cual admitido, se levantó el sitio. Esto fué en el año 672 de la Egira ó (1273 de Cristo), en seguida marchó Yusuf para la guerra de Sugilmesa, ciudad y territorio que se mantenian por el rey de Tremecen, Yagmorasen, que enviaba allí todos los años uno de sus hijos para guardar la tierra y recoger los tributos. Puesto el sitio y jugando la artillería y las catapultas, se peleó con gran encarnizamiento, subiendo los habitantes á las murallas para denostar y llenar de improperios á los de Yusuf, hasta que las máquinas de guerra habiendo aportillado un baluarte, fué entrada por allí la ciudad y muerto su gobernador Abdul Malek hijo de Haneke, y con él la guarnicion de los árabes de Beni-abdi y Almonábat, perdonando Yusuf á los habitantes y recibéndolos bajo su proteccion.

Todo sujeto y aquietado el pais, resolvió Yúsuf pasar á España á favorecer á los moros de ella. Envió delante de si á su hijo Abu-Zeyyan con cinco mil ginetes, quien tomando tierra en Tarifa en el dia 16 del mes de Dyleada del año 675 (1275 de Cristo), dando algun descanso á gentes y caballos, salió para Abahara (Bejer) tomándola y saqueándola, y enviando la presa para el Africa.

El príncipe marroquí siguió corriendo y devastando el pais, llegando hasta Jerez, cogiendo ganados, riquezas y cautivos, dando despues la vuelta para Algeciras. Desde la batalla de Alacab (Las Navas) esta fué la vez primera que los moros pudieron mantener el campo delante de los cristianos. Entretanto Yúsuf, para venir desembarazadamente con todas sus fuerzas sobre Espa-

ña, trató nuevamente de paces con Yagmoraien, enviando de mensajero al efecto para traer su enemigo en este concierto, á su nieto Texefin, hijo de Abdei-Vahed. El de Tremecen asistió esta vez á los propósitos de Yusuf, quien por celebridad de suceso tan fausto para todos los musulimes, mandó hacer grandes fiestas y repartió grandes limosnas.

Esto así, mandó Yusuf escribir las cartas para la guerra sagrada, convocando á los xeques de los benimerines y á las tribus de árabes, y á las de Masamuda, Maknasa, Sanhaga, Gomara, Auraba y las otras de la Mauritania, dando la cita á todos para Alcázar-Sagner, desde donde principió á embarcar para España to los sus ejércitos, tribu despues de tribu, y turba despues de turba, yendo los voluntarios separadamente en otros barcos, cuya operacion duró bastante tiempo.

Las gentes se iban acampando en los campos desde Tarifa hasta Algeciras, con sus banderas y estandartes desplegados, pasando despues de todo el príncipe de los Muslimes, y desembarcando en Tarifa en el dia miércoles 24 del mes de Safar del año 674 (1275 de Cristo): desde aquí marchó para Algeciras, en donde le esperaban Ben-Alahmar Rey de Granada, y Ben Axquilola señor de Málaga, y procurando apagar los celos y rivalidades que dividian á los musulimes de España, comenzó desde luego la guerra entrando él por la parte de Sevilla y Ben-Alahmar por la de Jaen.

Yusuf devastó los campos de Guadalquivir, llegó hasta Almodovar en el distrito de Córdoba, tomó por asalto el castillo de Boley, (Aguilar) y cautivó, mató é incendió por todas partes, llevando en la vanguardia á su hijo Abú Yacub con cinco mil ginetes.

En esta expedición fué cuando murió don Nuño de Lara, que á la cabeza del ejército cristiano vino á encontrar los moros que estaban sobre Ecija. La batalla fué desastrosa para nosotros. Don Nuño murió peleando, y con él, segun los moros, diez y ocho mil de los soldados y caballeros cristianos. La presa fué tan grande, que además de siete mil ochocientos y treinta cautivos (tan puntuales andan los escritores árabes sobre este punto) cogieron setecientas veinte y cuatro mil cabezas de ganado vacuno, doble mas de ganado lanar, vendiéndose cada oveja en Algeciras por una onza ó dracma sola, seiscientas catorce mil cabezas entre caballos, acémilas y otras bestias de carga, y número inmenso de cotas de malla, escudos, espadas, arneses y otras riquezas.

La relacion á pesar de ser tan puntual, es de tal modo exagerada, que al leerla, no se puede menos de recordar cuán aficionados son los orientales á lo hiperbólico y maravilloso. Despues que Yúsuf repartió en Algeciras las riquezas alcanzadas en la primera escursion, dando su porcion á cada cual segun su merecimiento, sin olvidar al flaco ni al esclavo, volvió á hacer entrada por tierra de cristianos llegando á la vista de Sevilla, y despues de varios encuentros y escaramuzas, revolvió sobre Jerez pero sin hacer mayor efecto. El príncipe don Sancho no queriendo, como entendido, arriesgar la suerte y salud de España en una sola batalla, se mantuvo sobre la defensiva á la vista siempre de los moros. Estos, deseosos por volverse á sus tierras, hicieron manifestaciones de ello, lo cual decidió á Yúsuf para regresar al Africa, verificándolo en el último dia de Regeb del año de 674, (1275 de Cristo) habiendo durado

seis meses su expedicion. Al llegar á Fez, se le rebeló Saleh, hijo de Alí Al-batin, quien con sus parientes y amigos se encastilló en el monte Azrez, en el pais de Fazaz, á donde se encaminó luego el príncipe de los musulimes, y cercando el monte, pidió Saleh volver á la obediencia lo que le fué concedido, perdonándolo Yúsuf.

En este mismo tiempo ocurrió en Fez un gran levantamiento contra los judios, encarnizándose tanto los moros con ellos, que mataron mas de cuatro mil, y á no haber interpuesto Yúsuf su autoridad y fuerza, no hubiera quedado uno con vida. La nueva Fez se comenzó á edificar en el mismo año, mandando Yúsuf que se sacase el horóscopo de la nueva ciudad por los astrólogos mas entendidos de su corte. Las figuras levantadas prometian toda felicidad y dicha, siendo una de las bendiciones del naciente pueblo, el que no muriese en él ningun soberano, y otra, el que jamás saldria de su recinto estandarte que no volviese triunfante, ni ejército que no tornase vencedor. Despues comenzó Yúsuf á tratar la nueva expedicion para España que llevó á efecto como otras sucesivas, pues por cuatro veces pasó de Africa á nuestro pais, ya con el fin de hacer la guerra sagrada, ya con el de favorecer al rey D. Alonso el Sábio en las disensiones con su hijo don Sancho el Bravo, y siempre lleno del deseo de ensalzar el Islám y dañar á los cristianos. Pero la ambicion, desavenencias y desconfianzas de los moros entre sí, que no eran ni menos vivas, ni menos continuas que entre los cristianos, inutilizaron siempre los esfuerzos del africano.

Si él favorecia al desdichado don Alonso, el rey de

Granada seguía el bando del bravo don Sancho, y para llamarle la atención también en Africa, logró el granadino que de nuevo le declarase guerra á Yúsuf el inquieto é incausable Yagmorasen, rey de Tremecen.

Por esto, todo el efecto que alcanzaba Yúsuf en sus expediciones, se reducía á entradas, devastaciones, matanzas, presas y cautivamientos que si llenaban de riquezas á los musulimes, les estorbaban intentar nada de provechoso y grande, pensando solo en poner cobro á la presa y botín. Puso cerco á Córdoba, amenazó á Toledo, combatió Alabern en la Mancha, dió vistas á Sevilla y asedió varias veces á Jerez, Carmona y otros pueblos de importancia, siempre sin resultado alguno definitivo. Al fin, hechas paces con el rey don Sancho, y deslindados bien los términos que sus Estados de España guardaban con los del rey de Granada, se disponían para pasar á la Mauritania cuando le sobrecogió la muerte en Algeciras, en 22 de Moharram del año 685 de la Egira, ó 1286 de J. C. Su cadáver fué conducido á Rabat y sepultado en la mezquita de Xallá.

Yúsuf reinó veinte y nueve años, cuando desde la muerte de su hermano Yahya y 17 ó 20 dias desde la estincion de la dinastía de Abdo l-múmen.

Alcanzó setenta y tres años de su vida. Fué principe de presencia hermosa, de agradable trato, muy cumplidor de su palabra y juramentos, misericordioso con los pobres y menesterosos, amigo de fundaciones piadosas y de obras de utilidad y ornato, valiente de su persona, justo para con sus iguales y equitativo para con sus inferiores y súbditos. Con el rey don Alonso se condujo con piedad y largueza, amparándole en su

desvalimiento y franqueándole grandes sumas para que se valiese de ellas en la guerra que traía con su hijo.

Se cuenta, que habiendo concebido el rey don Alonso desconfianza de él, por malas informaciones que le dieron, diciéndole que lo quería prender, tomó tanto sentimiento el moro de la mancha que se le imponía á su lealtad, que devolviéndole al castellano mil caballeros escogidos que tenía á su lado, se retiró al Africa noblemente pesaroso. Sin embargo de esto, mediando despues la cumplida satisfaccion del castellano, volvió á defender su causa con igual celo. A Yúsuf se le puede considerar como el verdadero fundador de la dinastia de los benimerines.

Preguntándole por qué desistia tan fácilmente de la guerra que traía con don Sancho, respondió: «porque yo soy el primero que he entronizado mi linaje, y él trae su descendencia de cuarenta reyes y quanto á él le presta atrevimiento y esfuerzo, á mi se me trueca en timidez y espanto.»

Despues de la muerte de Yúsuf, fué aclamado su hijo Abu Yacub, que se hallaba en expedicion en tierra de Mauritania. Los xeques que verificaron su aclamacion en Algeciras, le enviaron tal nueva inmediatamente, hallándolo en las cercanias de Fez, desde donde se vino la vuelta de Tánger, y en las galeras que le esperaban se vino para Algeciras. De aquí pasó á Marbella á verse con el rey de Granada, verificándose estas vistas con gran pompa y aparato, y en ella cedió el africano al granadino todas sus posesiones de España, reservándose únicamente á Ronda, Algeciras, Tarifa y Guadix. Dejó gobernando estas dependencias á su hermano Abu Alta, dándole el mando de la frontera y de la caballe-

ría al afamado capitán Ali-Ben Yartagen, con tres mil ginetes escogidos de los benimerines, y confirmando las treguas con el rey don Sancho, luego se pasó al Africa en el mes de Rabi 4.º del año de 685 (1286 de Cristo). Fijó su residencia en la nueva Fez, dando desde allí sus disposiciones para sujetar las diversas rebeliones que ocurrieron en aquel país, castigando á veces á sus autores, como lo hizo dando muerte á los hijos de Edris, hijo de Abd-el-hak, sobrinos y parientes suyos, y perdonando á veces como lo hizo con su hijo Amer que se rebeló en Marruecos.

Despues hizo la guerra al hijo de Yagmorasen llamado Otsman, porque daba abrigo á Ben-Alar, que fué el instigador para que se rebelase Abu-Amer, y por ello puso sitio á Tremecen, pero sin efecto alguno. Yacub en seguida quiso pasar á España, y para ello publicó la guerra sagrada, viniéndose para Alcázar Ziguier. El rey don Sancho, teniendo noticia de su venida, hizo que sus galeras cruzasen el estrecho hasta encontrar con la armada africana que fué derrotada completamente.

El africano entonces tuvo que aguardar á que le llegasen nuevas fuerzas de mar, lo que verificándose al fin, desembarcó en Tarifa en el mes de Ramadan del año 690, (1291 de J. C.) desde donde salió á correr tierra de cristianos, poniendo sitio al castillo de Bejer, sobre cuya fuerza estuvo tres meses. Y como la estación de las lluvias se acercase, y supiese tambien Yacub que las galeras aragonesas le ibau á tomar el paso del Estrecho, se apresuró á regresar á Mauritania, poniéndolo en obra en Moharram de 691 (1292 de J. C.) perdida ya su buena inteligencia con el rey de Granada. En fuerza de tales desavenencias, Ben-Alahmar se

puso de acuerdo con el rey castellano para despojar al africano de la importante plaza de Tarifa que era el estribo desde donde tomaba siempre la tierra de España.

A la cuenta, los moros españoles tenían que sufrir mucho también de las visitas de huéspedes tan feroces como las tribus africanas. El granadino debía ayudar al castellano en la empresa como lo hizo debiendo quedar la ciudad después de rendida en manos de Ben-Alahmar, pero entrada la plaza por capitulación en el propio año 1294, la retuvo para sí don Sancho, ofreciéndole al granadino otros castillos en cambio que este rehusó siempre.

Abú Yacub tuvo mucho que entender en el Mogreb con las rebeliones de sus parientes, señalándose entre todos los hijos de Yahya que se apoderaron del castillo de Tazuta en el país de Errif, con grandes riquezas, y haciendo huir al príncipe Abú Alí Mansor, sobrino de Yacub.

Los rebeldes obligados á desamparar la fortaleza se refugiaron en Tremecen, desde donde alcanzado el perdón del príncipe de los musulmes se venían para Fez; pero el príncipe Abú Amer, de quien ya hemos hablado, sabiendo el camino que traían los saltó y mató, publicando que aquello lo hacía por orden de su padre; pero este se justificó cumplidamente de tal acusación, y demostrando grande enojo para con su hijo, lo mantuvo desterrado en las montañas de la Gomera, en el país de Errif, en donde murió; desde allí fué llevado su cadáver á Fez para ser enterrado.

Sus dos hijos Amer y Soliman sucedieron después en el trono de su abuelo Abú Yacub. Este entretanto

queriendo recobrar la perdida plaza de Tarifa, ordenó al vazir Abú Ali Omar que pasase á España y fuese sobre la plaza; lo que puso por obra, aunque sin resultado alguno, verificándose entonces por parte de Don Alfonso Perez de Guzman, gobernador de la plaza, aquella heróico hazaña que le valió gloria inmortal y el sobrenombre de Guzman el Bueno. Ben Athamar volvió á su amistad con el africano, viniendo para ello desde Granada á Mauritania, y trayéndole de regalo á Yacub el célebre Coran que habia sido de los reyes Omiadas de Córdoba, siendo fama que estaba escrito todo del puño del califa Ostman Ben Affan, cuarto sucesor de Mahoma.

Abú Yacub que por causa de las disensiones pasadas habia puesto sitio á Tremecen sin fruto alguno, se resolvió al fin á ganar á toda costa la ciudad, por donde salió en el mes de Regeb el año 696 de la Egira (1297 de Cristo.) El rey Ostman salió á defender la tierra, pero fué desbaratado: y encerrándose en la plaza se preparó para el sitio. Dejando Yacub á su hermano Yahya para que lo tuviese en respeto, combatiendo las comarcas de Tremecen y Nadruma, regresó para Fez. Yahya se dió tan buena traza que sujetó todos aquellos distritos, viniendo á su obediencia los xeques de las tribus y cabilas, lo que participado á su hermano y á Yacub movió á este á encaminarse de nuevo para Tremecen, sitiándola estrechamente.

Catorce años duró tan prolongado asedio, y como muestra de la firme voluntad que tenia Yacub de no apartarse de aquellos muros sin allanarlos, edificó al lado mismo de la ciudad otra poblacion, á quien llamó Nueva Tremecen, cercándola de buenas murallas

y adornándola con baños, hospederías, mezquitas y otros edificios. En su real trasformado en ostentosa metrópoli, recibió Yacub varios y numerosos embajadores de distintos príncipes del Oriente, y cuando pensaba tener mas cercana la rendicion de Tremecen, fué muerto en el palacio que allí mismo habia mandado fabricar, á manos de un eunuco llamado Lasaad, quien le dió una estocada por el vientre hallándolo dormido. Esto sucedió en el miércoles siete del mes de Dilcada del año 706.

Sucedióle su nieto Abú Tabet, de edad de veinte y cuatro años, hijo del príncipe Amá, como ya hemos apuntado. El nuevo Amir convocó á los xeques y príncipes del ejército, y pidiéndoles su parecer sobre lo que deberia hacerse, le aconsejaron todos unánimemente que regresase á sus Estados haciendo la paz con el de Tremecen. En tan largo sitio habia fallecido el rey Otman, sucediéndole su hijo Abú Zeyyán.

A este le devolvió Abú Tabet todas las antiguas posesiones, esceptuando solo la nueva ciudad de Tremecen, que habia de depender siempre de Fez y Marruecos, siendo sin embargo cargo del Abú Zeyyan el sostenimiento y reparo de sus muros, baños y mezquitas. Vuelto Abú Tabet al Mogreb ocurrieron algunas rebeliones, siendo la mas señalada la que llevó á cabo en la ciudad de Marruecos su mismo alcaide Yúsuf ben Omar. El amir reunió para combatirlo cinco mil ginetes mandados por dos capitanes de cuenta, los cuales derrotaron al rebelde cerca del rio Umm er-rebich ó Morbea. El fugitivo, entrando en Marruecos, hizo matar cuantos cristianos habitaban la ciudad, saqueando sus casas y tomando los bienes, saliendo despues para Agmat.

Este mal hombre fué entregado por un alcaide á Abú Tabet, quien lo hizo matar á azotes, cortarle la cabeza y que fuese paseado por Fez.

Tambien hizo justicia en los compañeros y cómplices del rebelde, matando á muchos de sus partidarios en Agmat. Este principe se vino para Tánger en 708 (1308 de C.), con objeto de dar calor á la entrega de Ceuta que años antes habia sido entrada por los moros de España en cuyo poder estaba todavía, ayudados de las galeras del rey de Aragon. Abú Tabet el resultado que tendrian los tratos que movió para esto, fué acometido de una aguda dolencia en la Alcazaba de Tánger, que le arrancó la vida en el dia domingo 8 del mes de Saffar del dicho año 708.

Fué proclamado en el siguiente dia su hermano Soliman que á la sazón tenia poco mas de 19 años, y partió para Fez en seguida con hacer objeto de confirmar su aclamacion como lo logró. En su tiempo se recuperó á Ceuta, pues sus habitantes estaban descontentos del gobierno de los moros de Granada, y así dieron facilidades para ser tomada al alcaide Texefin. En el año 710 (1310 de Cristo), su propio visir Abderrahman le abandonó y se vino para Teza con el alcaide ó jefe de los cristianos, con objeto de hacer proclamar á Abd-el-hak, hijo de Otsman y nieto del primer Abd-el-hak, deponiendo á Soliman. Este envió en pos de ellos buen golpe de benimerines mandados por Omar y Yúsuf, y él mismo fué como de reserva con otros escuadrones. Los rebeldes viendo la diligencia con que se les perseguia y considerando su flaqueza, dejaron á Taza y se fueron para Tremecen, de donde se pasaron á España.

Soliman entrando en Taza hizo matar á cuantos partidarios pudo hallar de los rebeldes, y allí mismo, acometido de una súbita dolencia, falleció á los dos años y cinco meses de reinado.

Le sucedió Otsman, á quien se le conoce por el nombre de Abú Said, hijo de Abú Yúsuf y nieto de Abd-el-hak, que era tío de los dos últimos príncipes, Abú-Said supo hacerse independiente de los manejos é intrigas de vazir Abd el-alah ben Abi Medin que bajo los reinados anteriores habia gobernado el Imperio, no estando libre de sospechas sobre la muerte de aquellos soberanos. Abú Said castigó sus maldades y se aplicó en seguida á hacer la felicidad de sus Estados. Lo hubiera conseguido del todo sin la estremada indulgencia que tuvo con su hijo Umer á quien colocó en el trono voluntariamente para retirarse él mismo á la vida privada. Sea porque se arrepintiese Abú Said de su determinacion, ó sea que el hijo no le guardase las consideraciones debidas, ello es que uno y otro acudieron á las armas llenando de sangre el país. El ejército del padre fué desbaratado, y Abú Said tuvo que encerrarse entre las murallas de Teka, adonde lo sitió estrechamente su hijo Umer. Ya se miraba este cercano á apoderarse de la ciudad, cuando una aguda enfermedad vino á quitarle la vida y á devolverle el trono á Otsman Abú Said que reinó hasta el año 4330. En tiempo de Abú Said volvieron los Muslimes á apoderarse de Gibraltar que estaba en manos de cristianos.

Le sucedió su hijo segundo Abú l-Hazem Alí, al que los cristianos le ganaron la famosa batalla del Salado, dada cerca de Tarifa, en el día 30 de octubre del año 4340, y cuya victoria se celebra todavía por aniversa-

rio en la catedral de Toledo. Este príncipe de vuelta al Africa encontró muy entibiado el amor y respeto de sus súbditos, pero lleno de ambicion no perdió la esperanza de ser mas afortunado en otras empresas.

En la sazón traian grandes guerras y disensiones los Beni-Zeyyan que reinaban en Tremecen, como ya hemos visto, y la familia de Beni Abi Haffa que mandaba en Túnez.

El soberano de esta familia llamado Abú Yahya, que habia sido destronado por su rival, acudió á Alú-el-Hazem pidiéndole ayuda, quien al punto se la prometió ordenándole al de Tremecen que devolviera sus Estados á su protegido.

Con su repulsa se puso el de Fez en campaña y pronto se apoderó de Tremecen, y refugiándose el rey Abd-er-rahmán en el castillo con algunos valientes que le permanecieron fieles, fué acometido y tomado por asalto, y aquel infeliz degollado.

Entrando Abú Yahya en sus Estados no aguardaba Abú l-hazem mas que una ocasion para apoderarse tambien de ellos, la que no tardó mucho en ofrecérsele, porque muriendo este soberano y sucediéndole su hijo Amer, se dejó llevar á escesos tan grandes de crueldad y tiranía que sus mismos pueblos imploraron el auxilio de Abú l-hazem para librarse de tan insoponible yugo.

El de Fez no se hizo rogar mucho, y pronto derrotó á Amer quitándole la vida despues de cogido prisionero.

Entonces quedó aquel príncipe siendo el señor de todo el Mogreb, pero muy pronto conduciéndose como feroz tirano se enajenó el cariño de sus nuevos súbditos,

provocando otra revolucion. Los de Túnez degollaron la guarnicion que el Sultan les habia dejado, y el mismo Abú-l-hazem, que marchaba contra los revoltosos, fué derrotado completamente en las cercanías de Caïrován, teniendo que andar oculto de una parte á otra, emboscándose últimamente en las montañas cercanas á Túnez. Aquí le llegó noticia de que su hijo Faris Abú Inan, rebelándose contra su autoridad se habia apoderado de Fez y de Marruecos.

Deseoso de atajar tanto daño no vaciló en embarcarse en las playas de Túnez para volver á sus antiguos Estados á pesar del invierno rigoroso que reinaba.

La tempestad mas horrible le asaltó á poco de verse en el mar. Sus galeras fueron sorbidas por las olas ó hechas pedazos unas contra otras. La que él montaba, dando al traste en unos escollos, quedó hecha astillas, y él solo por su habilidad en el nadar y su valor pudo ganar la cima de una roca, desde donde vió perecer todos los que componian su séquito.

Siendo socorrido y tomando la playa, pudo entrar en Argel en donde encontró á su hijo Nasir, que allí mandaba, con algunas tropas.

Con ellas, y con algunas tribus de las cercanías que logró alistar en sus banderas se creyó reconciliado de nuevo con la fortuna, encaminándose animosamente con su pequeño escuadron la vuelta de Tremecen. Los habitantes le salieron al encuentro temerosos de caer de nuevo bajo su yugo, y peleando con desesperacion lograron desbaratarlo quedando muerto su hijo Nasir y el mismo Abú-l-hazem herido dolorosamente en una ingle, no debió su salvacion sino á la constancia con que resistió en el caballo, que con él escapaba, los do-

lores agudos que le atormentaban. El Sultán pudo á despecho de tanta desgracia penetrar en Marruecos.

Todo lo puso en obra para reanimar su partido y hacer triunfar su causa. Su hijo Ibú Inan acudió cuanto antes para atajar el fuego á tiempo. El sultán animoso como siempre, aunque inferior en fuerzas, salió en la pelea en la que fué derrotado, pudiendo él con trabajo recogerse en las montañas de Henteta, en donde solitario y abandonado murió al poco tiempo. Seguro ya en sus Estados Abú Inan, volvió su vista sobre los pueblos de Tremecen y Túnez, cuyos soberanos se habian aprovechado en las disensiones de Marruecos para reconquistar su poderio. Tremecen fué tomada por asalto y sus príncipes degollados: en seguida la tempestad se dirigia sobre Túnez, cuando los habitantes, temiendo igual catástrofe, abrieron sus puertas al vencedor, quien no disfrutó mucho de la victoria, pues falleció un año despues de la conquista en 759 de la Egira, ó 1357 de nuestra era.

La muerte de este príncipe fué la señal de eruda guerra civil entre sus hijos que con las armas en la mano se proponian hacer valer sus derechos al trono. Abú beker Said logró la superioridad y se sentó en el sólio, pero habiendo querido sujetar á los Beni Zeyyan de Tremecen, que con las recientes turbulencias de Marruecos se habian hecho de nuevo independientes, fué burlado en su empresa por la sagacidad y valor del príncipe Abú Amer, teniendo Abú beker que refugiarse vergonzosamente en sus Estados. Tal revés le despojó de toda consideracion y le preparó mayores desgracias.

Es el caso, que con las persecuciones de su padre

Abú-Iuan, habia huido de Africa y refugiándose en España varios hermanos y sobrinos suyos. Uno de estos, llamado Ibrahim, sabiendo la muerte de su tio, resolvió tentar fortuna, y con muchos árabes españoles que quisieron seguir su suerte, se encaminó para el Africa apoderándose de Velez de la Gomera. Las ciudades de Ceuta y Tánger abrazaron tambien su causa, y muy pronto se vió á la cabeza de un poderoso ejército. Abú be-ker, abandonado de los suyos, y seguido de su hijo solamente, huyó á los montes, de donde, prisionero y aherrrojado, fué traído ante Ibrahim, quien le mandó matar con el infeliz de su hijo.

Ibrahim fué lanzado del trono por otro usurpador, quien á su vez tuvo que cederlo tambien á otro pretendiente llamado Mohamad-Abú Feian. El hijo de este llamado Muley Said, le sucedió, principe afeminado y de menos valer, en cuyo tiempo realizó el rey don Juan de Portugal su expedicion sobre Ceuta, de que ya hemos hablado. Los moros rabiosos con la pérdida de plaza tan importante, estallaron en horrible revolucion encontrándose á la cabeza de los rebeldes el mismo vazir de Abu-Said, llamado Abn-Baha, quien penetrando en el palacio con las turbas, mató á puñaladas á su señor y á seis de sus hijos.

Un hermano de Abú Said que estaba en Granada, vino al Mogreb á hacer valer sus derechos, pero habia sido prevenido en sus intentos por otro hermano llamado Yacub, de donde se originó una porfiada lucha entre los dos hermanos que duró ocho años. Para poner fin á guerra tan desastrosa, se convinieron los dos competidores en poner en el trono á un hijo de Muley Abu Said, llamado Abdhak. La madre de este príncipe

que era una esclava, tuvo manera de libertarlo del puñal de Abú-Baba, cuando el asesinato de Abú Saïd y de sus hijos, y refugiándose en Tunez, aguardaba alguna favorable variacion en la fortuna que abriese á su hijo la subida al trono, como al fin sucedió. La aparicion de este príncipe cuando el país se miraba tan trabajado con guerras interminables, fué un consuelo para los pueblos que encontraron con abrazar su causa un pretesto para huir de la anarquía, desertando las pretensiones de los dos hermanos, y aun estos vieron un motivo honroso para desistir de su propósito, temiendo y con razon, que de otro modo, un extraño pudiera llevarse la corona. Ellos, pues, fueron los primeros en ensalzar al sobrino. Abdolhak entró á reinar en 1423, siendo al principio muy estimado de sus súbditos. Un acontecimiento desgraciado y funesto para los cristianos vino á darle nuevo prestigio en el año de 1437. Reinaba en Portugal despues de su padre don Juan el primero el rey don Duarte.

Los cinco infantes sus hermanos, ardian en deseos de emprender alguna hazaña notable en contra de los infieles de Africa, aguijándoles todavía mas el recuerdo del buen efecto que años antes habia logrado la empresa de Ceuta.

Publicada la cruzada, se reunieron seis mil soldados, número escaso por extremo para nada de importancia, pero en el consejo que se celebró para tomar resolucion conveniente el infante don Fernando, Gran Maestro de Avis, que era el mas fervoroso de los hermanos, se ofreció á mandar la expedicion, siguiéndole el infante don Enrique.

La armada se hizo á la vela, y surgió en Ceuta, en

donde oídos los pareceres de los generales, se decidió el sitiar y tomar á Tánger.

El cerco se emprendió con vigor y osadía, pero los moros se defendieron valerosamente por espacio de treinta y siete dias, con la esperanza que abrigaban de ser socorridos como lo fueron en efecto, viniendo todo el poder de Africa, y con él el rey Abdolhak sobre los sitiadores.

A pesar de la desigualdad del número, los cristianos pelearon valerosamente, pero estrechados por tanta morisma y escuadrones de ginetes, tuvieron que sucumbir y capitular que saldrian de Africa, evacuando tambien la ciudad de Ceuta, quedando en rehenes el infante don Fernando y otros principales caballeros.

El rey don Duarte, oyendo sobre el caso el parecer de sus consejos y de personas entendidas resolvió que no estaba obligado á cumplir aquel pacto, á cuya determinacion lo inclinaba con sus cartas el fervoroso don Fernando, que quiso morir cautivo antes que ver á Ceuta de nuevo en poder de los infieles. El infante murió efectivamente en cautiverio en Fez despues de largos padecimientos, levantándole los moros en medio de la plaza un alto sepulcro como por trofeo de su victoria. Abdolhak despues de ella volvió triunfante á su corte, y siguió reinando por dilatado espacio, bien que sus tiranías y excesos fueron entibiando de tal manera el amor de sus súbditos, que concluyeron por hacerlo aborrecido y odiado; estallando al fin una terrible rebelion en Fez, fué asesinado en su propio palacio, por cierto personaje que se decia xerife ó descendiente de Mahoma; sucediendo esto en el año de 1471. Los caudillos de los Zenetas se sublevaron contra este

advenedizo y lo desterraron; y con ello, la mas espantosa division reinó en el pais, apoderándose cada cual de la provincia ó territorio que gobernaba, espirando de este modo el reinado de los benimerines de la primera línea.

Entre los xeques que mas repugnaban el imperio del advenedizo Xerife, era el gobernador de Arcila llamado Seyd Wataz.

XXII.

Algunos pormenores sobre la muerte de Victor Darmon, vice-cónsul de España en Mazagan, y sobre la usurpacion del campo fronterizo de Ceuta.

Este individuo era hebreo y habia nacido en Marsella en 5 de julio de 1814, de padre tunecino y de madre francesa. Cuando vino á fijarse al territorio de Marruecos, trajo su pasaporte en regla, pero descuidando al cumplir su mayor edad; el llenar las formalidades prescritas para el caso por el código civil, no era protegido por el cónsul general de Francia en aquel pais. Victor Darmon se estableció hace ocho ó nueve años en Mazagan, ciudad del distrito de Azamor, en donde era gobernador ó bajá el Haggi Moza Ben Mohamad el Gerbi que lo es todavía en la actualidad, quien vejándolo con continuas socaliñas y estorsiones le obligó á establecer otra factoría en Dar-al-Bayda ó Casablanca del distrito de Salé y Rabat, sin abandonar por ello del todo su antigua residencia. Este paso dis-

gustó mucho al gobernador Muza, porque vió en él un defraude hecho á las obvenciones y emolumentos que le proporcionaba el trafico de Darmon, quien ya ejercia en este tiempo la agencia consular de España en aquellas partes. Otras circunstancias vinieron tambien á aumentar la malquerencia que le inspiraba Darmon. Criado á la europea no era tan escrupuloso observador de la ley de Moisés como los judíos africanos exigian en su ciego fanatismo, y los avecindados en Casablanca vieron en él un rival temible, que por su superioridad y mayores relaciones iba á señorear todo el comercio que ellos hacian.

La juventud de Darmon y sus modales enteramente europeos, accidentes que estan léjos de desagradar á las mujeres musulmanas, ayudaron tambien á despertar los celos y la ojeriza de los padres y maridos que daban crédito á cuantas anécdotas y aventuras dejaban traslucir las indiserecciones de Darmon ó sabia aduletter la malevolencia de sus émulos. Las cosas en este punto, creyó Muza era llegado el caso de su venganza, y por lo mismo escribió largamente al emperador, presentándole los deslices de Darmon como pecados capitales. El emperador no se mostró muy severo en esta primera acusacion, contentándose con mandar desterrar al Darmon de Casablanca, y señalándole para su residencia la ciudad de Mogador. El Haggi Muza se apresuró a comunicar tal resolucion á su víctima, despachando al momento dos soldados con la órden imperial á Casablanca para ponerla en ejecucion. Enterado Darmon de lo que pasaba, formalizó una justificacion con los informes del Cadí y otras personas respetables del pueblo, que destruia la acusacion fulminada

contra él, pensando presentarse con ella ante el emperador á la sazón en Rabat; pero instruido de ello el gobernador de Casablanca, y considerando que si aquella documentacion se perfeccionaba podia perjudicar á su cólega de Azamor, impidió que tuviese resultados, viéndose obligado por lo mismo Darmon á seguir á los soldados que en su busca habia enviado el Haggi Muza. Llegado á la presencia de este, le leyó la órden imperial, pero le añadió que quedaba detenido en Azamor hasta que pagase treinta y dos quintales de pólvora que adeudaba por derechos de aduana.

Darmon le replicó que aunque era cierto el adeudo, estaba asegurado el pago con las existencias y bienes que tenia en almacenes y con los créditos que en su favor tenia contra varios personajes del pais, reclamando por lo tanto que se le dejase en libertad para pasar primero á Casablanca á recoger sus intereses, y despues á Mogador, como mandaba el rescripto imperial, no pudiendo tardar por otra parte la remesa de pólvora que estaba ya pedida á Gibraltar tiempo habia.

Ninguna de estas reflexiones alcanzaron nada en el ánimo de Muza, ni tampoco la consideracion que se hacia valer de la inmunidad consular que disfrutaba Darmon, ordenando el bajá que quedase detenido en un *fondac* ó posada con guardas de vista hasta que satisfaciese su adeudo, prohibiéndole que escribiese ni comunicase con nadie. A pesar de tanto rigor, los regalos hicieron que Darmon tuviese á mano recado de escribir, con el que pudo reclamar proteccion de los consulados generales de España y de Inglaterra, de cuya última potencia habia sido agente, nombrado tambien vice-cónsul en Casablanca.

Desgraciadamente estas comunicaciones cayeron en poder del Haggi Muza, y aun se dice que se enteró de su contenido, traduciéndoselas un europeo. Al cabo pudo lograr Darmon que llegasen sus reclamaciones al cónsul general de España, quien al punto gestionó lo que convenia. Entretanto, un hermano del Darmon llegó á Tanger, con objeto de reclamar de los cónsules de Francia y de Inglaterra el que sacasen al detenido de las garras del Maggi Muza; pero estos dos representantes se escusaron de tomar cartas en el negocio, con har- to desmerecimiento del alto carácter de las dos po- tencias.

Entonces hubo de contentarse con el apoyo del con- sulado de España, quien escribió al Haggi Muza de- mostrándole la violacion que se hacia de los tratados y de la inmunidad consular, vejando de tal modo á un agente de España, exigiéndole por lo mismo la libertad del Darmon, y protestando los daños y perjuicios que de lo contrario se le originasen. No surtiendo efecto es- tas reclamaciones, el cónsul de España acudió al emperador avisando de tales gestiones á los interesados para que les sirviese de gobierno.

Mientras esto sucedia, Darmon no se descuidaba, y poniendo en juego los empeños y relaciones de los co- merciantes europeos de Mazagan, pudo alcanzar que el Haggi Moza le permitiese venir á este último punto, pagándole de antemano el importe de la pólvora que los dos comerciantes le adelantaron, y saliendo estos tambien por fiadores de su persona.

Darmon regresó pues á Mazagan, en donde aguarda- ba el resultado de las gestiones que en favor suyo y cerca del emperador hacia el cónsul de España, cuan-

do un incidente imprevisto vino á causarle su total ruina. Todos los sucesos que hemos relatado tuvieron lugar desde principios de setiembre de 1843 hasta principios del corriente año, cuando en 10 de enero llegó á noticias de Darmon que el Haggi Muza venia á las cercanias de Mazagan para festejar á cierto santón ó xerife que volvia de la peregrinacion de la Meca. Darmon, ligero como francés, é impaciente como jóven, se resolvió á salir de Mazagan á encontrar al gobernador y tener una entrevista con él sobre sus asuntos, y para ello salió de la ciudad acompañado de un criado, sin dar cuenta al Halifa ó teniente de la plaza.

Al llegar cerca del punto donde creia encontrarse con el Haggi Muza observó que venia en pos de él un grupo de árabes á caballo, y receloso de algun peligro, metió espuelas al buen caballo que montaba seguido de su criado y perdió de vista á sus perseguidores.

Creyéndose fuera de peligro detuvo su carrera, y á poco aparecieron de nuevo los árabes, y pareciéndole reconocer entre ellos al teniente de gobernador de Mazagan, al punto volvió atrás y se dirigió á él para preguntarle la causa de su aparicion. El Halifa le replicó, que habiéndose divulgado en Mazagan su fuga, habia salido para detenerle, puesto que nada le avisára de su marcha, á lo que le contestó Darmon, que como agente consular y como comerciante, no tenia necesidad de dar tal aviso para ir tan cerca á ver á la autoridad principal del distrito. Entonces el Halifa, como convencido de las razones del Darmon, le dijo que le acompañaria, y poniéndose á su lado comenzaron á caminar.

Prosiguiendo en conversacion, de repente fué aco-

melido Darmon por dos de los árabes, que viniendo á escape uno por la derecha y otro por la izquierda, trataron de desmontarlo al pasar, cogiendo uno de ellos la escopeta de dos tiros que Darmon llevaba en bandolera. La escopeta la enredó el moro con su albornoz, y disparándose, lo hirió en el suelo; otro de los árabes fué á recogerla y se disparó el otro tiro, pero esta vez sin azar alguno. Los árabes, al ver herido uno de sus compañeros por un hebreo, sin considerar la inculpabilidad del Darmon ni otra cosa alguna, cargaron sobre él, lo maltraron cruelmente y le robaron cuanto llevaba, dando cuenta despues por espreso al Haggi Muza.

El gobernador contestó que regresasen á Mazagan á donde él iria al dia siguiente, dejando en libertad al Darmon. Este, que por efecto de las contusiones recibidas no pudo visitar á sus colegas en Mazagan, les pasó una circular relatándoles lo sucedido y pidiéndoles que en fuerza de aquel nuevo atentado reclamasen del gobernador una satisfaccion cumplida. El gobernador no vino tan pronto á Mazagan como habia prometido, y entretanto participó al emperador todo el suceso, pintándolo siempre de la manera mas desfavorable al Darmon. A su llegada el Haggi Muza mandó venir en su casa y presencia é todos los agentes consulares, á quienes manifestó su determinacion de prender á Darmon y dejarlo en la cárcel pública con grillos y cadenas hasta la llegada de la contestacion del emperador. Al oir los agentes europeos tal proposicion, le hicieron observar las consecuencias que de hacerlo le podrian resultar; que en modo alguno podia ejecutarlo, puesto que la calidad de agente consular de que se hallaba revestido Darmon, le hacia inviolable.

El agente sardo, en cuya casa se hallaba alojado el Darmon, hizo la mas fuerte oposicion á la violencia de su domicilio y pabellon que se hallaban entonces enarbolado en él, y que en modo alguno permitiria que se verificase.

El Haggi Muza con mucha calma contestó á todos diciéndoles: «Es preciso que se haga lo que yo mando, y que todo se ejecute al momento y á la fuerza.» Así lo verificó sin la menor consideracion á las protestas que sobre tal violencia le hicieron los agentes, y enviando soldados prendieron y llevaron á la cárcel pública á Darmon, donde lo cargaron de cadenas sin hacer la menor oposicion el infeliz, pues no se hallaba en estado de hacerla. En fin, el 20 de enero llegó la respuesta del emperador, conteniendo la órden fatal de ejecutar á Darmon en el mismo sitio don.le habia sido herido el moro. Al momento el Haggi Muza mandó reunir de nuevo á todos los agentes consulares para comunicársela, manifestándoles lo sensible que le era el que su amo hubiese tomado una resolucion tan violenta, pero que él no habia querido nunca hacer daño alguno á Darmon, y que así habia determinado escribir otra vez al emperador, haciéndole observar muy particularmente la calidad de agente de España, el ningun resultado de la herida del moro, y pedirle una conmutacion de pena. En esta ocasion fingió interesarse mucho en la crítica posicion de Darmon, manifestándole que haria cuanto estuviese en su alcance para evitar la ejecucion de la horrible sentencia.

Aprobaron y apoyaron todos tan buenos deseos, y aseguran que alguno de ellos le ofreció una fuerte suma si así lo conseguia. Espidió pues á Marruecos dos

soldados de su confianza con la carta, encargándoles hacer toda la diligencia posible para regresar pronto; pero todo fué inútil, pues el emperador convencido de la realidad de cuanto contra Darmon se le habia participado anteriormente, creyó que la nueva réplica del Haggi Muza era efecto de algun crecido regalo ofrecido al mismo por parte de los amigos del detenido, y así, desde el primer momento confirmó la bárbara orden que entregó á uno de los soldados de su guardia, para que sin avistarse con el Haggi Muza la ejecutase.

Despachó despues los mensajeros del espresado gobernador, con una fuerte reprension para este, por no haber desde el primer momento ejecutado su orden imperial, añadiéndole que él no ignoraba la calidad de agente de España de que se hallaba revestido Darmon, y que aunque hubiese sido cónsul general, debiera haberla cumplido sin réplica ni tardanza, indicándole que uno de los guardias se habia dirigido hácia Mazagan para cumplir el fallo. Este mandato se mantuvo muy reservado en Mazagan, sin sospechar la víctima nada del triste fin que tan próximo le aguardaba.

El verdugo, en virtud del firman que llevaba consigo, estrajo de la cárcel al infeliz Darmon, haciéndole cabalgar en una mula en pelo que encontró en la calle, lo dirigió hácia el sitio en que se habia derramado la sangre del moro. Darmon creia que era conducido para Azamor á ser presentado al Baja, pero al llegar al lugar en donde tuvo ocasion el suceso de la herida, al volver la vista se encontró la boca de la espiugarda del moro, que apuntándole al costado derecho le descerrajó un tiro derribándolo en tierra. El moro se aprestaba á sacar su yatagan para cortarle la cabeza, cuando Dar-

mon en medio de los dolores que sufría teniendo horror á la muerte que se le preparaba, suplicó al verdugo que lo rematase primero de otro, á lo que este se redujo al fin vencido de los ruegos de la víctima, y cargando su arma con la mayor sangre fría, la aplicó al corazón de Darmon y acabó con él.

Cuando se divulgó por Mazagan la nueva orden del emperador, todos los agentes consulares acudieron al Haggi Muza para que suspendiese la ejecución, pero entretanto ya se supo el triste fin de la víctima, y aunque acudieron de nuevo para reclamar el cadáver el gobernador no quiso ó no pudo otorgar esta súplica siquiera y el cuerpo de Darmon quedó sirviendo de pasto á las aves y á las fieras carnívoras. No tardó mucho en llegar á Mazagan el hermano de Darmon que venia con el dinero y medios necesarios para lograr la libertad del prisionero, pero ya era tarde.

Entonces sus amigos pensaron en poner cobro á los bienes y efectos del asesinado, acudiendo para ello otra vez al gobernador, quien se ofreció desde luego á representar al emperador sobre el caso; pero á los dos ó tres días despues reformó su promesa, manifestando á los que se habian interesado que no podia ni debia mezclarse en tal asunto; que el hermano de Darmon pasase á Tánger á verificar sus reclamaciones, y que fuera cuanto antes, pues no era prudente que permaneciese por mas tiempo en aquel punto. El hermano de Darmon tomó el consejo del gobernador, y embarcándose en un buque que iba para Madera, llegó á Gibraltar á fines del mes de mayo próximo pasado, desde donde tratara de proseguir sus reclamaciones.

Por el relato que llevamos hecho, es fácil conocer

que la inesperienza é indiscrecion de Darmon le provocarian las primeras asechanzas de los funcionarios marroquíes y el odio de sus mismos correligionarios, y que no prestándose á las humillaciones que exigen aquellos bajaes y alcaides, con la abyeccion que acostumbra todo hebreo, no encontró sino ojeriza y persecucion por todas partes. Segun todos los datos que hemos recogido, solo el representante de España hizo en favor del infeliz sacrificado todas las gestiones imaginables, secundado por el de Cerdeña.

Mas si desde un principio hubieran tomado voz y mano en el negocio el representante de Inglaterra, como agente británico que era Darmon en Mazagan, y mas señaladamente el de Francia, por la naturaleza y nacimiento de este infeliz, es cierto que el negocio no hubiera tomado el sesgo fatal que la tibia voluntad de aquellos cónsules permitió llevar á cabo viviendo todavía Darmon, y escusándonos el trance en que nos ha puesto el justo sentimiento de salvar nuestro decoro y seguridad. Este hecho de bárbara crueldad que acaso dió márgen á un rompimiento con el imperio de Marruecos, ha sido poco conocido, sino que desfigurado á sabiendas por algunos periódicos extranjeros, especialmente por la *Crónica de Gibraltar*, pretendiendo por servir á intereses momentáneos de una política mezquina y anticivilizadora, escusar este rasgo feroz del carácter siempre sanguinario y desleal de los moros, ya pintando como un criminal endurecido y reo de graves delitos al infortunado Darmon, ya defendiendo que á pesar del carácter público de que estaba revestido como agente consular de España en los puertos de Marruecos, dependia de la justicia del pais que podia juz-

garlo según sus leyes.

Para dar cierta apariencia de fundamento á tan poco humana cuestión, háse dicho que por una nota pasada por el actual emperador en 1836 á los cónsules agentes diplomáticos de las potencias cristianas, se les prevenia que para evitar complicaciones y motivos de disgusto con sus respectivos gobiernos tuviesen entendido, que los judíos sus tributarios que estuviesen encargados ó en adelante se encargasen de agencias consulares de alguna nación cristiana, quedaban sin embargo sujetos á la Divina ley que regia en sus venturosos estados, sin gozar de inmunidad en caso de que delinquieren: y así, que los que no se conformasen con esta disposición, proveyesen las agencias consulares de sus gobiernos respectivos en naturales de sus mismos países ú otros europeos. Añadiendo dicho periódico, que no habiéndose protestado esta decisión del sultán de Marruecos por el cuerpo diplomático á quien se dirigia, quedó de- de entonces recibida como parte del derecho internacional que debe reglar las relaciones de los gobiernos cristianos.

Pero al presentar así la cuestión se ha prescindido en obsequio de la justicia hecha por el emperador Abderraman, de la exactitud de los términos en que está concebida la nota omitiendo el insertar su final en que se ha apoyado el cónsul general de España en aquellos dominios para sus reclamaciones, pues el emperador concluyó manifestando que los hebréos que no sean sus tributarios y si súbditos de naciones cristianas, podrán desempeñar los cargos de agentes consulares, ú otros, disfrutando de la inmunidad.

Así es evidente, que aun á costa de ocultar la verdad

una mal entendida política ha torcido el giro, tratando de estraviar la opinion sobre el hecho atroz que tiene en este momento rotas las relaciones de España con Marruecos (1), que amenaza tal vez una hostilidad abierta, y que puede producir resultados quizas muy contrarios á los que se han propuesto los que han abogado la causa de la barbarie africana contra la civilizacion europea.

Blanco de mil opuestos intereses, el emperador Abderraman, en guerra mal disimulado con la Francia, espuesto á las asechanzas de su propia familia, y á las intrigas de Abd-el-Kader, el ídolo de los fanáticos montañeses, enemistado ahora con la España, y en no buena inteligencia con las naciones de segundo orden del Norte de Europa, que aprestan sus escuadras para dar mas eficaz apoyo á la pretension de emanciparse de un tributo ignominioso: el emperador Abderraman, tal vez pague cara su loca temeridad y la insolente arrogancia con que ha contestado el ultimatum del gobierno español, y desdenado la amistosa mediacion de una gran potencia.

Si por el relato que dejamos hecho resalta de tal modo la barbarie é insolencia con que el sultan se ha conducido en la cuestion de derecho de gentes, respecto de España, por lo que vamos á referir en lo tocante al punto de frontera por la parte de Ceuta, se vendrá en conocimiento de lo que puede esperarse de la justicia y moderacion de aquel déspota y de los miserables esclavos de componen su corte y su consejo.

La plaza de Ceuta ha disfrutado siempre por la parte del campo fronterizo de un rádio bastante dilatado,

(1) Téngase presente, que está escrito á principio de noviembre de 1859.

cuyo aprovechamiento le es indispensable para pasto y abrevadero de sus ganados, para desahogo de su población, no de pequeña importancia, y sobre todo porque es un derecho costosamente adquirido, laboriosamente conservado y que lo consignan y aseguran los nuevos y antiguos tratados desde que nuestros antepasados pusieron los pies en aquellas playas. Por otra parte esta posesión es la mas eficiente y poderosa que puede imaginarse, pues en ella no hay ficción civil alguna, puesto que se funda sobre el material alcance del cañon, la ocupación positiva y una inmemorial prescripción. Este derecho lo habia conservado Ceuta hasta el año de 1837 en que un hecho horroroso cometido por aquellos moros fronterizos y que para castigo digno de él, debieron haber sido obligados á dar mas ensanche á nuestro territorio, provocó por el contrario nuestro despojo y lanzamiento.

Era regidor del ayuntamiento de Ceuta en 1837 un natural de la misma ciudad, llamado D. José Valverde, quien por sus relaciones con los moros mogataces y los del campo, salia frecuentemente de la plaza para asuntos de cambios y comercio, aunque siempre acompañado de un moro de paz. Por aquel tiempo teniendo que llevar cierto regalo al alcaide del Serrallo, que es el último puesto que tienen los moros frente de la plaza, se acompañó Valverde con el mogataz Hamido y se dirigió en busca del alcaide.

Al llegar Valverde al Serrallo se separó Hamido de su lado, y sonando un tiro alevoso cayó herido mortalmente el cristiano espirando á pocos instantes. Se cuenta que tal asesinato lo motivó la envidia que los moros habian concebido en contra de Valverde, por

haber sido este nombrado heredero del moro mogataz llamado el Sordo, quien por esta liberalidad y demostracion quiso satisfacer á un tiempo el cariño y obligaciones que con el cristiano tenia, pues Valverde habia sido su cajero y comensal. No queremos hablar de la importancia de un hecho que en otro trance menos apurado que el en que nos encontrábamos empeñados en 1837 hubiera provocado ó la satisfaccion y esplicacion mas cumplidas ó la venganza que reclama siempre la sangre injustamente derramada del súbdito de una nacion temida y poderosa; pero haremos notar bien que esta fué la ocasion y el momento que escogieron los moros para despojarnos del campo, como añadiendo insulto á insulto y casando la sangre con la usurpacion.

La plaza que miró reducida su frente y se vió despojada de un aprovechamiento tan legítimo cuanto indispensable, comenzó á negociar con el bajá de la provincia, llamado Jarbí-el-hiddi para que repusiera las cosas en el antiguo estado. El bajá por sus palabras y promesas estaba de acuerdo en el derecho indisputable que tenia la plaza; y en las vistas que tuvo en la línea con el cónsul general de España, se allanó á dejar desembarazado el campo, mediando cierto regalo que parece costó el comun del vecindario.

Tales gestiones han tenido el triste resultado que tendrá siempre con los moros cualquiera reclamacion que no vaya apoyada en una cierta demostracion de fuerzas. La plaza de Centa sigue despojada de su territorio; y acaso si en tiempo oportuno España hubiera hecho valer sus derechos de frontera de la manera que cumple á una nacion poderosa, no nos viéramos hoy empeñados en un conflicto cuyos precedentes se en-

contrarán solo en la debilidad, incuria y criminal abandono con que se ha mirado por la prensa, por la tribuna y por el gobierno asunto que así importa á nuestro decoro como á nuestros intereses mas inmediatos.

La prensa y el gobierno han despertado de su letargo en esta cuestion, y al reunirse las Córtes es cierto que la tribuna tomará en ella la parte y la influencia que de derecho le toca, y tenemos la íntima confianza de que por esta vez la justicia de una nacion civilizada obtendrá victoria sobre la insolencia de un pueblo medio salvaje, teniendo fin esos ultrajes, que si nos hacen desmerecer á nuestros propios ojos, nos vilipendian miserablemente ante la Europa entera.

Como la intencion de los marroquíes, ya sea espontánea en ellos, ó ya inspirada por ajenas sugestiones, se dirige á provocar á todo trance un rompimiento con España, tenemos entendido que tratan de fortificar el sitio llamado Ceuta la Vieja, que es un collado ó colina muy cercano á aquella plaza, y desde donde tendrán siempre en alarma á nuestro presidio, dominando al mismo tiempo la mayor parte de aquella bahía. Este terreno se encuentra enclavado dentro de los límites del campo fronterizo que es propiedad nuestra, y semejante demostracion es una hostilidad abierta, consecuencia inmediata y forzosa del abandono en que por espacio de siete años se ha mirado la revindicacion de nuestros derechos. Todos estos datos harán conocer la importancia de la cuestion que se ventila, y los grandes intereses anejos á ella.

No podemos menos de hacer aqui notar, que á pesar de los agravios incesantes y siempre en aumento que ha recibido nuestro pabellon de parte de los mar-

marroquies, nuestras demostraciones de queja se han contenido sin embargo, dentro de los límites de la mas discreta moderacion. Si el derecho nos asistia para lanzar á la fuerza del campo de Ceuta á los moros fronterizos que nos lo habian invadido, nos hemos contentado con reclamar y negociar, multándonos nosotros mismos con objeto de regalar á aquellos alcaides y bajaes. Si la sangre española ó de los agentes españoles ha corrido, no se han despachado buques armados á la costa de Mazagan ó de Tánger á tomar venganza de vella, como lo hacen cada dia naciones menos grandes y poderosas que la España; sino que, por medio de reclamaciones diplomáticas hemos pedido la satisfaccion mas moderada que puede exigirse, reducida á la destitucion y castigo de los funcionarios que tomaron parte en aquellos asesinatos.

Nosotros estamos muy lejos de aplaudir tantos miramientos, que á los ojos de aquellos bárbaros se consideran solo como tibieza y debilidad de parte nuestra, pero en el punto en que se encuentra la cuestion, hacen resaltar mas y mas á los ojos del mundo entero, la justicia que nos asiste y el frenesí que deslumbra y ciega á los marroquies. A la última nota que les ha pasado nuestro gobierno, se dice, segun es fama que ha contestado solo el sultan con denuestos é injurias. No creemos que quede mas remedio en tal conflicto que acudir á las armas, y cuando un pueblo valiente se mira reducido á apelar á tal medio por la injusticia de sus enemigos, siempre es coronado por la victoria.

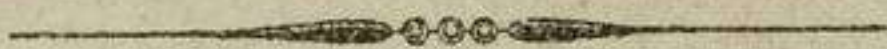
Los marroquies han encontrado siempre en nosotros, en sus desastres, pestes y hambres, los buenos oficios de la vecindad mas cordial, y nunca nuestros médicos

han sido sordos á la voz de la humanidad doliente en aquellos paises, ni nuestros hospitales ni arsenales se han mantenido cerrados á los pedidos de aquellos sultanes y gobernadores. Los xerifes mismos han encontrado siempre en España la hospitalidad mas generosa cuando sus disensiones y discordias los han lanzado sucesivamente del Africa á pais extranjero, y hubo un tiempo en que el alcázar de Carmona era, por decirlo así, residencia ordinaria y habitual de varias ramas de aquel innumerable linaje. Si todo esto se olvida, y para defender los antojos de la barbarie y las exigencias y desafueros de la injusticia se echa mano de la insolencia y de las injurias, no queda otro recurso que el de las armas, y la diplomacia mas contemplativa no reconoce al fin otro medio. La persona mas belicosa, vistos los azáres que trae consigo una guerra, quisiera evitar este rompimiento; pero hay eventos que no pueden evitarse.

En los trances en que se cruzan la honra y el buen nombre, no basta siempre la voluntad para dar esta ú aquella direccion á los sucesos: hay leyes inmutables y de una terrible fatalidad, que obligan y fuerzan á seguir el camino trazado de antemano, y el individuo ó el pueblo que es bastante cobarde para rehuir de él, además de la infamia que desde luego alcanza, no asegura por ello la tranquilidad ó seguridad á que todo lo sacrifica.

Nadie sueña en una conquista del continente africano, mas para tomar venganza de los insultos de que hemos sido objeto, es preciso visitar aquellas playas, pues de otro modo son impalpables los agresores, que no tienen ni marina, ni comercio, ni otro alguno de los

puntos vulnerables que tienen los pueblos civilizados. Los eventos que puedan sobrevenir son incalculables: tenemos un pié en Africa; justicia por nuestra parte, las simpatías de toda Europa y los intereses en nuestro favor de naciones marineras como la Dinamarca, Suecia y Holanda. Acaso lo que ha tomado el sultan Abd-el-rahman por desahogo de su fanatismo y de su crueldad, pueda costarle el imperio y aun la vida. Hay en aquellos países todavía muchos príncipes que tienen mejor derecho que él á la corona, y en las provincias del Sus se conserva independiente un sultan, un descendiente de los primeros Xerifes, que con poca ayuda podria venir á sentarse en el trono de sus antepasados.



La espedicion á Marruecos se llevó á cabo y nuestro noble y esforzado ejército en repetidos combates y batallas que fueron la fecha de otras tantas victorias, dejó el honor español justamente vengado, orlando nuestro pabellon con una corona imperecedera de Gloria.

La historia de la guerra de Africa se halla escrita en el corazon de todos los buenos españoles.

FIN.

puntos vulnerables que tienen los pueblos civilizados.
 Los eventos que pueden sobrevenir son incalculables.
 Tenemos un país en África y también por nuestra parte
 las simpatías de toda Europa y los intereses en nuestro
 favor de naciones innumerables como la Dinamarca, Sue-
 cia y Holanda. Mas lo que ha tomado el sultán Abd-
 el-Kader por desahogo de su fastidio y de su cruel-
 dad, queda costoso el imperio y una vida. Hay en
 aquellos países todavía muchos principios que tienen
 mejor derecho que a la corona, y en las provincias
 del Sur se ven ya independientemente un sultán, un des-
 cendiente de los primeros Xerifes, que con poca ayuda
 podría venir a sentarse en el trono de sus antepasados.

La expedición a Marruecos se llevó a cabo y nuestro
 noble y esforzado ejército en repetidos combates y ba-
 tallas que fueron la causa de otras tantas victorias, de-
 je el honor español altamente venerado, obteniendo nues-
 tro pabellón con una corona un recordado de gloria.
 La historia de la guerra de África se halla escrita en
 el corazón de todos los españoles.



José García González









1089383
SM 2494



IMPERIO
DE
MARRUECOS

SM
2494